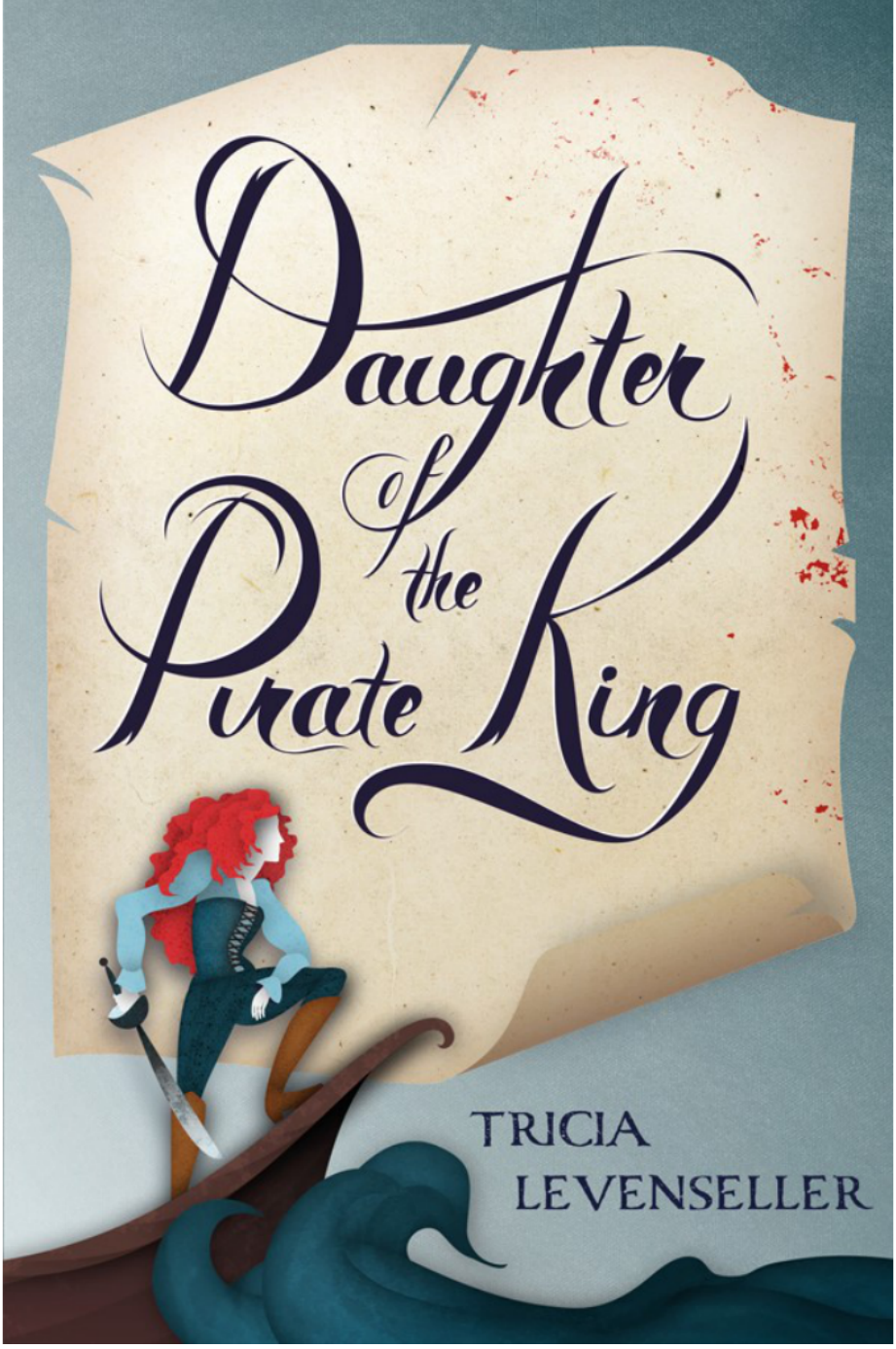
Daughter of the Pirate King
TRICIA LEVENSELLER

OBSESIONES
AL
MARGEN

Traducción y corrección realizada por:

OBSESIONES AL MARGEN

Este libro llega a ti gracias al trabajo desinteresado de otras lectoras como tú. Está hecho sin ningún ánimo de lucro por lo que queda totalmente **PROHIBIDA** su venta en cualquier plataforma. Es una traducción de fans para fans. En caso de que lo hayas comprado, estarás incurriendo en un delito contra el material intelectual y los derechos de autor en cuyo caso se podrían tomar medidas legales contra el vendedor y el comprador

Si el libro llega a tu país, apoya al escritor comprándolo. También puedes hacerlo con una reseña, siguiéndolo en las redes sociales y ayudándolo a promocionar el libro. Los autores (as) y editoriales también están en Wattpad.

Las editoriales y ciertas autoras tienen demandados a usuarios que suben sus libros, ya que Wattpad es una página para subir tus propias historias. Al subir libros de un autor, se toma como plagio.

¡No suban nuestras traducciones a Wattpad!

Es un gran problema que enfrentan y luchan todos los foros de traducción. Más libros saldrán si dejan de invertir tiempo en este problema. No continúes con ello, de lo contrario: ¡Te quedarás sin Wattpad, sin foros de traducción y sin sitios de descargas!

¡Que lo disfruten!

STAFF

TRADUCCIÓN

ZD

CORRECCIÓN

SHURA

DISEÑO

SHURA

ZD

EPUB

ZD

Para Alisa,

mi hermana, amiga y primera lectora.

"NO OLVIDEMOS, AMADOS AMIGOS, A NUESTROS QUERIDOS AMIGOS LOS CHIPIRONES".

CAPITÁN JACK SPARROW

Piratas del Caribe: En el fin del mundo

Capítulo 1

ODIO TENER QUE VESTIRME COMO UN HOMBRE.

La camisa de algodón me queda demasiado holgada, los pantalones son demasiado grandes, las botas son demasiado incómodas. Tengo el pelo en la parte superior de la cabeza, sujeto en un moño bajo a un pequeño sombrero de marinero. Llevo la espada bien atada al lado izquierdo de la cintura y la pistola sin desenfundar en el derecho.

La ropa es incómoda, ya que cuelga suelta en todos los lugares equivocados. ¡Y el olor! Se diría que los hombres no hacen más que revolcarse en tripas de pescado muerto, mientras se untan las mangas con sus propios excrementos. Pero quizás no debería quejarme tanto.

Esas precauciones son necesarias cuando una es invadida por piratas. Nos sobrepasan en número. Superados en armas, siete de mis hombres yacen muertos de espaldas. Dos más saltaron por la borda tan pronto como vieron la bandera negra del *Rondador Nocturno* en el horizonte.

Desertores. Son la basura más cobarde. Se merecen cualquier destino que les llegue. Ya sea que se cansen y se ahoguen o que sean reclamados por la vida marina.

El acero retumba en el aire. El barco se balancea por las ráfagas de los cañones. No podemos aguantar mucho más.

—Dos más abajo, capitán —dice Mandsy, mi primer oficial temporal, desde donde se asoma por trampilla.

—Debería estar ahí arriba, metiendo acero entre las costillas —me quejo—, no escondiéndome como un cachorro indefenso.

—Un poco de paciencia —me recuerda—. Si queremos sobrevivir a esto, tienes que quedarte quieta.

—¿Sobrevivir? —pregunto, ofendida.

—Permíteme reformularlo. Si queremos tener éxito, no deberían verte realizando impresionantes hazañas con la espada.

—Pero quizá si matara a unos cuantos... —me digo a mí misma.

—Sabes que no podemos arriesgarnos a eso —dice ella. Luego añade bruscamente—: Más hombres han abordado el barco. Creo que se dirigen hacia aquí.

Finalmente.

—Da la orden de rendirse.

—Sí, Capitán. —Sube el resto de los escalones que conducen a la cubierta.

—¡Y no hagas que te maten! —Siseo tras ella. Asiente antes de atravesar la trampilla.

Que no te maten, repito en mi cabeza. Mandsy es una de las tres únicas en las que confío en este barco. Es una buena chica, muy brillante, optimista y una buena voz de la razón, que necesitaba desesperadamente durante nuestro viaje. Se ofreció a venir, junto con otras dos chicas de mi verdadera tripulación. No debería haber permitido que se unieran a mí, pero necesitaba su ayuda para mantener a raya a esos despreciables hombres. La vida estas últimas semanas habría sido mucho más fácil si hubiera podido contar con mi tripulación, en esta aventura.

—¡Bajen las armas!

Apenas puedo distinguir su grito a través de los sonidos de la lucha. Pero entonces las cosas se calman. Los sables se estrellan contra la cubierta de madera casi al instante. Los hombres bajo mi mando debían estar esperando la orden. Incluso rezando por ella. Si no hubiera ordenado la rendición, tal vez se habrían rendido por su cuenta. Esta tripulación no es en absoluto la más valiente.

Subo las escaleras y me mantengo al acecho debajo de la cubierta, sin que me vean. Voy a hacer el papel de grumete inofensivo. Si estos hombres descubren quién soy realmente...

—Revisa debajo de las cubiertas. Asegúrate de que nadie se esconde.

Es uno de los piratas. No puedo verlo desde donde me escondo, pero si está dando órdenes, es el primer oficial o el capitán. Me pongo tensa, aunque sé exactamente lo que viene a continuación.

La trampilla se levanta y aparece un rostro horrible, con una barba sucia y desaliñada, dientes amarillos y la nariz rota. Unos brazos carnosos me agarran bruscamente, me levantan de la escalera y me arrojan a la cubierta.

Es un milagro que mi sombrero siga en pie.

—¡Alineadlos!

Me pongo de pie mientras el feo pirata me quita las armas. Entonces su pie se clava en mi espalda y me obliga a arrodillarme, junto con el resto de mis hombres. Miro a la fila y me relajo al ver a Mandsy. Sorinda y Zimah también están ilesas. Qué bien. Mis chicas están a salvo. Al diablo con el resto de la tripulación.

Me tomo un momento para observar al pirata que ladra órdenes. Es un hombre joven, quizá no tenga ni veinte años. Eso es *inusual*. Los hombres jóvenes no suelen dar órdenes, sobre todo en tripulaciones como ésta. Sus ojos se iluminan con la victoria de la batalla. Su postura es segura, su rostro confiado. Probablemente sea una cabeza más alto que yo, si estuviera de pie, con el pelo castaño oscuro del color del pelaje de una foca. Su rostro es bastante agradable, pero eso no significa nada para mí cuando sé que pertenece a esta tripulación. Se fija en Mandsy en la fila. Su sombrero se ha caído, dejando ver su larga melena castaña y su bonita cara. Le guiña un ojo.

En general, diría que es un cabrón engreído.

Mi tripulación y yo esperamos en silencio lo que los piratas nos tienen reservado. El humo de las ráfagas de los cañones se extiende a nuestro alrededor. Los temblores se esparcen por el barco. El olor de la pólvora se filtra en el aire, arañando el fondo de mi garganta.

Suenan los pasos de un hombre que cruza la pasarela que une los dos barcos. Su cabeza apunta hacia abajo, revelando nada más que un sombrero negro con un penacho blanco que surge del costado.

—Capitán —dice el mismo pirata que gritaba órdenes antes—, todos los hombres del barco están ante usted.

—Bien, Riden. Pero esperemos que no sean *todos* hombres.

Unos cuantos piratas se ríen. Algunos de mis hombres miran nerviosos en mi dirección.

¡Tontos! Me están delatando con demasiada facilidad.

—He visto a tres muchachas hasta ahora, pero ninguna es pelirroja.

El capitán asiente.

—¡Escuchen! —grita, levantando la cabeza para que podamos verlo por primera vez.

No es mucho mayor que su engreído primer oficial. Observo lentamente los rostros de la tripulación pirata. A muchos ni siquiera les crece el pelo en la barbilla. Es una tripulación pirata increíblemente joven. Había oído que el *Rondador Nocturno* ya no estaba bajo el mando del señor pirata Jeskor, que le había sucedido un joven capitán, pero no esperaba que toda la tripulación fuera tan joven.

—Todos habéis oído las historias de Jeskor el Rompecabezas —continúa el capitán pirata—. Yo soy su hijo, Draxen. Y descubriréis que mi reputación será mucho peor.

No puedo evitarlo. Me río. ¿Cree que puede hacerse una reputación *diciendo* a todo el mundo lo temible que es?

—Kearan —dice el capitán, señalando con la cabeza al hombre que está detrás de mí.

Kearan golpea la parte inferior de su espada en la parte superior de mi cabeza. No es lo suficientemente fuerte como para noquearme, pero sí lo necesario como para que me duela mucho.

Ya es suficiente, creo. Las palabras de precaución de Mandsy están ahora muy lejos de mi mente. He terminado de arrodillarme en el suelo como una sirvienta. Apoyando las manos en la cubierta de madera, extiendo las piernas hacia atrás, enganchando los pies detrás de los talones del feo pirata que está allí. Con un tirón hacia delante, Kearan cae hacia atrás. Me levanto rápidamente, me doy la vuelta y le quito la espada y la pistola antes de que pueda volver a ponerse de pie. Apunto la pistola a la cara de Draxen.

—Salga de esta nave y llévese a sus hombres.

Detrás de mí, oigo un forcejeo cuando Kearan se pone en pie. Doy un tirón de mi codo hacia atrás, conectando con su enorme tripa. Suena un gran estruendo cuando se desploma en el suelo una vez más.

Se hace el silencio. Todo el mundo puede oír el chasquido de mi pistola amartillándose.

—Vete ya.

El capitán intenta mirar por debajo de mi sombrero. Podría esquivar su mirada, pero eso significaría quitarle los ojos de encima. De repente, un disparo me arranca la pistola de la mano. Aterriza en la cubierta y se pierde de vista.

Miro a la derecha y veo al primero al mando, Riden, guardando su pistola en la funda. Una sonrisa arrogante se dibuja en su rostro. Aunque me gustaría arrebatarle la mirada con mi espada, puedo admitir que ha sido un disparo impresionante. Pero eso no impide que me enfade. Desenvaino mi espada y doy un paso hacia el primer oficial.

—Podrías haberme quitado la mano.

—Sólo si hubiera querido.

Demasiado rápido, dos hombres me agarran por detrás, uno sujetandome cada brazo.

—Creo que hablas demasiado para un simple grumete al que aún no se le ha cambiado la voz —dice el capitán—. Quítate el sombrero.

Uno de mis captores me arranca el sombrero de la cabeza, y mi pelo cae en su sitio, llegando hasta la mitad de mi espalda.

—Princesa Alosa —declara Draxen—. Ahí estás. Eres un poco más joven de lo que esperaba.

Él es uno de los que habla. Puede que me falten tres años para llegar a los veinte, pero apostaría el brazo de la espada a que podría superarle en cualquier desafío de ingenio o habilidad.

—Me preocupaba que tuviéramos que destrozar el barco antes de encontrarte —continúa—. Ahora vendrás con nosotros.

—Creo que aprenderá rápidamente, capitán, que no me gusta que me digan lo que tengo que hacer.

Draxen resopla, apoya las manos en su cinturón y se vuelve hacia el *Rondador Nocturno*. Su primer oficial, sin embargo, no me quita los ojos de encima, como si esperara una reacción violenta.

Bueno, por supuesto que voy a reaccionar violentamente, pero *¿por qué debería esperarlo ya?*

Golpeo con mi tacón el pie del pirata que me sujeta por la derecha. Él gruñe y me suelta para agacharse. Entonces clavo el lado de mi mano liberada en la garganta del otro pirata. Emite un sonido de asfixia antes de llevarse las manos al cuello.

Draxen se gira para ver cual es esta la conmoción. Mientras tanto, Riden me apunta con otra pistola, aunque todavía tiene una sonrisa en la cara. Las pistolas de un solo tiro tardan en recargarse con pólvora y una bola de hierro, por lo que la mayoría de los hombres llevan al menos dos.

—Tengo condiciones, capitán —le informo.

—¿Condiciones? —pregunta con incredulidad.

—Vamos a negociar los términos de mi rendición. Primero tendré su palabra de que mi tripulación será liberada e ilesa.

Draxen saca su mano derecha del cinturón y busca una de sus pistolas. En cuanto la tiene, apunta al primero de mis hombres en la fila y dispara. El pirata que está detrás de él se aparta de un salto mientras el cuerpo de mi tripulante cae hacia atrás.

—No me pongas a prueba —ordena Draxen—. Subirás a mi barco. *Ahora.*

Ciertamente está ansioso por demostrar su reputación. Pero si cree que puede intimidarme, se equivoca.

De nuevo recojo mi espada. Entonces la paso por la garganta del pirata que se está recuperando del golpe que le di en el cuello. Los ojos de Riden se abren de par en par mientras los del capitán se entrecierran. Draxen saca otra pistola de su cintura y dispara al segundo hombre de la fila. Cae como el anterior.

Clavo mi espada en el pirata más cercano a mí. Grita antes de caer primero de rodillas y luego a la cubierta. Las botas que llevo puestas están ahora pegajosas de sangre. He dejado unas huellas rojas en la madera que hay debajo de mí.

—¡Detente! —grita Riden.

Se acerca, apuntando su arma a mi pecho. No me sorprende que su sonrisa haya desaparecido.

—Si me quisieras muerta, ya me habrías matado —digo—. Como me quieres viva, cumplirás mis condiciones.

En cuestión de segundos, desarmo a Kearan, el pirata que me agarró antes. Lo obligo a arrodillarse. Con una mano le tiro de la cabeza hacia atrás por el pelo; la otra mantiene mi espada firme contra su cuello. No emite ningún sonido mientras tengo su vida en mis manos. Impresionante, teniendo en cuenta que me ha visto matar a dos de sus compañeros. Sabe que no me sentiré culpable por su muerte.

Draxen está ante un tercer miembro de mi tripulación, con una nueva pistola en la mano.

Esta es Mandsy.

No dejo que el miedo aparezca en mi rostro. Tiene que pensar que soy indiferente. *Esto funcionará*.

—Para alguien que pidió la seguridad de su tripulación, parece que estás siendo insensible cuando los mato uno a uno —dice Draxen.

—Pero por cada hombre que pierda, tú también perderás uno. Si tienes la intención de matarlos a todos después de que yo esté a bordo, entonces no importa realmente si pierdo a unos cuantos mientras negocio la seguridad del resto. Tiene la intención de llevarme cautiva, Capitán. Si desea que suba a su barco por voluntad propia, entonces sería prudente que escuchara mi oferta. ¿O vamos a ver a cuántos de sus hombres puedo matar mientras intenta obligarme a subir?

Riden se acerca a su capitán y le susurra algo. Draxen aprieta su arma. Siento que mi corazón late rápidamente.

Mandsy no. No Mandsy. Ella es una de las mías. No puedo dejarla

morir.

—Diga sus condiciones, princesa. —Prácticamente escupe mi título —. Y sé rápida al respecto.

—La tripulación debe permanecer ilesa y liberada. Subiré a bordo de tu barco sin resistirme. Además, traerás mis accesorios.

—¿Tus accesorios?

—Sí, mi vestuario y pertenencias personales.

Se vuelve hacia Riden.

—Quiere su ropa —dice incrédulo.

—Soy una princesa, y seré tratada como tal.

El capitán parece a punto de dispararme, pero Riden habla.

—¿Qué nos importa, capitán, si quiere arreglarse para nosotros todos los días? Por mi parte, no me quejaré.

Una suave risa resuena en su tripulación.

—Muy bien —dice Draxen al fin—. ¿Eso es todo, Su Alteza?

—Sí.

—Entonces lleva tu mimado culo a la nave. Vosotros —señala a un par de brutos en la parte de atrás— llevad sus pertenencias al barco. En cuanto a la tripulación de la princesa, llevadla a los botes de remos. Voy a hundir este barco. Son dos días y medio de navegación hasta el puerto más cercano si reman rápido. Y les sugiero que lo hagan antes de morir de sed. Una vez que lleguéis a la orilla, llevaréis mi nota de rescate al rey pirata y le informaréis de que tengo a su hija.

Los hombres de ambos bandos se apresuran a cumplir las órdenes. El capitán se adelanta y me tiende la mano para que le dé la espada. De mala gana, la entrego. Kearan, el pirata al que había estado amenazando, se pone en pie y se aleja lo más posible de mí. No tengo la oportunidad de sonreír ante su reacción, porque Draxen me asesta un golpe en la mejilla izquierda. Todo mi cuerpo se tambalea por la fuerza del golpe. El interior de mi boca sangra en el lugar donde mis dientes muerden la piel. Escupo sangre a la cubierta.

—Aclaremos una cosa, Alosa. Eres mi prisionera. Aunque parece que has aprendido un par de cosas al crecer como hija del rey pirata, el hecho es que serás la única mujer en un barco lleno de degolladores, ladrones y corazones negros que no han llegado a puerto en mucho tiempo. ¿Sabes lo que eso significa?

Vuelvo a escupir, intentando quitarme el sabor a sangre de la boca.

—Significa que tus hombres no han estado en un burdel recientemente.

Draxen sonríe.

—Si vuelves a intentar hacerme quedar mal delante de mi tripulación de esa manera, puede que deje tu celda sin cerrar por la noche para que cualquiera pueda entrar, y me quedaré dormido escuchando tus gritos.

—Eres idiota si crees que alguna vez me escucharás gritar. Y será mejor que reces para que nunca te duermas mientras mi celda está abierta.

Me dedica una sonrisa malvada. Observo que tiene un diente de oro. Su sombrero se asienta sobre un pelo negro que asoma por debajo en pequeños rizos. Su cara está oscura por el sol. Y su abrigo le queda un poco grande, como si hubiera pertenecido a alguien antes que él. ¿Lo robó del cadáver de su padre, tal vez?

—¡Riden! —grita—. Llévate a la chica. Metela en el calabozo. Luego ponte a trabajar en ella.

¿Trabajar con ella?

—Con mucho gusto —responde Riden mientras se acerca.

Me agarra el brazo con fuerza, casi lo suficiente como para que me duela. Es un fuerte contraste con su complexión ligera. Me hace preguntarme si los dos hombres que maté eran sus amigos. Me arrastra hacia el otro barco. Mientras camino, veo a mis hombres y mujeres alejarse en los botes. Reman a un ritmo constante para no cansarse demasiado rápido. Mandsy, Sorinda y Zimah se encargaran de intercambiar posiciones con regularidad para que cada hombre tenga su turno de descanso. Son chicas brillantes.

Los hombres, sin embargo, son desechables. Mi padre eligió a cada uno de ellos. Algunos le deben dinero. Algunos fueron atrapados robando del tesoro. Algunos no siguieron las órdenes como se suponía. Y algunos no tienen más culpa que la de ser una molestia. Sea cual sea el caso, mi padre los reunió a todos en una sola tripulación, y traje a nada más que tres chicas a mi barco para que me ayudaran a mantenerlos a raya.

Después de todo, mi padre sospechaba que la mayoría de los hombres morirían una vez que Draxen me capturara. Por suerte para ellos, pude salvar la mayoría de sus miserables vidas. Espero que Padre no se moleste demasiado.

Pero eso no importa ahora. El punto es que ahora estoy a bordo del Rondador Nocturno. Por supuesto, no podía hacer que mi captura pareciera

demasiado fácil. Tenía un papel que desempeñar.

Draxen y su tripulación no pueden sospechar de mí.

No pueden saber que me enviaron en una misión para robar su embarcación.

Capítulo 2

ENVIDIO LAS BOTAS DE RIDEN.

Son de una fina manufactura y negras como el ojo hambriento de un tiburón. Las hebillas parecen de plata pura. El cuero es firme y ajustado. El material se pliega alrededor de sus pantorrillas en un ajuste perfecto. Sus pasos resuenan en la cubierta. Robustos. Fuertes. Poderosos.

Mientras tanto, yo tropiezo constantemente cuando Riden me arrastra. Mis botas demasiado grandes casi se caen. Cada vez que vacilo para poder reajustarlas, Riden tira más fuerte de mi brazo. Tengo que agarrarme varias veces antes de caer al suelo.

—Sigue así, muchacha —dice alegremente, sabiendo muy bien que soy incapaz de hacerlo.

Finalmente, *le piso el pie.*

Gruñe, pero no me suelta. Espero que me golpee como hizo Draxen, pero no lo hace. Sólo me hace avanzar más rápido. Podría, por supuesto, separarme de él fácilmente si quisiera. Pero no parezco demasiado hábil, especialmente cuando me enfrento al primer oficial. Y necesito que los piratas se asienten a mi alrededor después de mi exhibición en el otro barco.

Este está vacío excepto por nosotros dos. Todos los hombres de Draxen están en mi nave, despojándola de todo lo valioso. Mi padre me dio suficientes monedas para hacer felices a los piratas, pero no demasiado rentables. Si me encontraban viajando sin dinero, Draxen iba a sospechar.

Riden me hace girar hacia la derecha, donde nos encontramos con un conjunto de escaleras que conducen a la parte inferior de la cubierta. Es un viaje incómodo hacia abajo. En dos ocasiones pierdo un escalón y casi me caigo. Él me atrapa cada vez, pero su agarre es siempre más firme de lo necesario. Es probable que mañana mi piel esté magullada.

Saberlo me cabrea.

Por eso, cuando estamos a tres pasos del fondo, le hago tropezar. Está claro que no se lo espera. Se cae, pero no he tenido en cuenta ese apretado agarre suyo. Así que, naturalmente, me lleva con él.

El impacto es doloroso.

Riden se levanta rápidamente y me eleva con él. Luego me empuja a una esquina para que no tenga a dónde correr. Lleva sus profundos ojos marrones hacia abajo y hacia arriba, observándome con curiosidad. Soy algo

nuevo. Un proyecto, quizás. Un encargo de su capitán. Debe aprender la mejor manera de tratarme.

Mientras me observa, me pregunto qué es lo que deduce de mi rostro y mi postura. Mi papel es el del prisionero angustiado y exasperado, pero incluso cuando se interpreta un papel, pueden colarse trozos del verdadero ser de una persona. El truco es controlar qué parte de mí quiero que vea. Por ahora, son mi terquedad y mi temperamento. Esos *no tengo que fingirlos*.

Debe llegar a alguna conclusión mientras dice:

—Dijiste que serías prisionera voluntariamente. Veo que tu palabra no significa mucho para ti.

—Difícilmente —replico—. Si me hubieras dado la oportunidad de ir al calabozo sin tu ayuda en lugar de magullarme el brazo, no te dolerían las rodillas.

No dice nada mientras la diversión ilumina sus ojos. Al final, extiende el brazo en dirección al calabozo, como si fuera una pareja potencial que me presenta la pista de baile. Avanzo sin él, pero desde atrás me dice:

—Lass, tienes cara de ángel pero lengua de serpiente.

Estoy tentada de darme la vuelta y darle una patada, pero consigo contenerme. Ya tendré tiempo de darle una buena paliza una vez que haya conseguido lo que he venido a buscar.

Camino y recorro el resto del camino hasta el calabozo. Observo rápidamente las distintas celdas y selecciono la más limpia. En realidad, es igual que las demás. Pero intento convencerme de que la sustancia oscura de la esquina es suciedad. Al menos la celda tiene una silla y una mesa. Tendré un lugar donde poner mis pertenencias. No dudo ni por un momento que el capitán cumplirá su palabra.

Es mutuamente beneficioso para todos los capitanes piratas ser honestos unos con otros, incluso si es probable que nos matemos mientras dormimos. No sería posible hacer tratos y negociaciones entre señores rivales sin una cierta apariencia de confianza. Es una nueva forma de vida para todos los piratas. Mi padre introdujo el concepto de honestidad en el repertorio pirata. Todos los que quisieran sobrevivir bajo el nuevo régimen debían adoptarlo. Porque cualquiera que sea encontrado siendo deshonesto en sus tratos es rápidamente eliminado por el rey pirata.

Inspecciono el asiento de la silla. Todo está demasiado sucio para mi gusto, pero tendrá que servir. Me quito el gran abrigo de cuero marrón de los hombros y cubro con él el asiento y el respaldo de la silla. Sólo entonces me siento.

Riden sonríe, probablemente al ver mi clara incomodidad en estas dependencias. Me encierra en la celda y se guarda la llave. Luego saca una silla para él y se sienta, justo al otro lado de los barrotes.

—¿Y ahora qué? —le pregunto.

—Ahora hablamos.

Hago ademán de suspirar dramáticamente.

—Ya me tienes prisionera. Id a reclamar vuestro rescate y dejadme enfadada en paz.

—Me temo que el dinero de tu padre no es lo único que queremos de ti.

Me agarro al escote de mi camisa de algodón como si me preocupara que los piratas pretendieran desnudarme. Esto es parte del acto. Se necesitarían muchos hombres para sujetarme; no tengo problemas para manejar a tres a la vez. Y no cabrían más en esta celda.

—Nadie va a tocarte ahora que estás aquí abajo. Yo me encargaré de eso.

—¿Y quién se encargará de que no me toques?

—Déjame asegurarte que nunca he tenido necesidad de forzar a una mujer. Ellas vienen de buena gana.

—Me resulta difícil de creer.

—Eso es porque aún no he trabajado mis encantos contigo.

Me río con desprecio.

—Como mujer pirata criada por otros piratas, he tenido que rechazar a los hombres más despreciables y persistentes. No me preocupa demasiado.

—¿Y qué harías tú, Alosa, si tuvieras que rechazar a un hombre que no fuera despreciable y persistente?

—Te lo haré saber cuando conozca a uno.

Se ríe. El sonido es profundo y rico.

—Me parece justo. Pero ahora a los negocios. Estás aquí porque quiero información.

—Eso está bien. Quiero una celda limpia.

Se reclina en su silla, poniéndose cómodo. Tal vez se da cuenta de que esto va a tomar un tiempo.

—¿Dónde toma Kalligan puerto?

Resoplo.

—Eres un terrible preguntón. ¿Crees que te voy a dar la ubicación del escondite de mi padre? ¿No deberías facilitar las grandes preguntas? Y ya que es tu rey, harías bien en dirigirte a él con su título apropiado.

—Como tengo a su hija encerrada, creo que tengo la libertad de llamarle como quiera.

—Te matará a ti y a todos los demás en esta nave. Y no lo hará rápido. —Sentí que ya era hora de lanzar una o dos amenazas. Eso es lo que haría un verdadero prisionero.

Riden no parece preocupado. En absoluto. Lleva su confianza como si fuera una prenda más de su ropa.

—Nos será difícil devolverte si no sabemos la ubicación de tu padre.

—No necesitan saberlo. Él me encontrará.

—Nos adelantaremos varios días a los hombres de tu padre. Es tiempo más que suficiente para escapar a algún lugar donde no nos encuentre.

Sacudo la cabeza.

—Tú, simplón. Mi padre tiene hombres a su servicio en toda Maneria. Sólo hace falta uno de ellos para descubrirte.

—Somos muy conscientes del alcance de tu padre. Aunque no veo cómo piensa que eso merece el título de rey que se ha dado a sí mismo.

Ahora es mi turno de reclinarme en mi silla.

—Estás bromeando, ¿verdad? Mi padre controla el océano. No hay un solo hombre que navegue sin pagarle un peaje. Todos los piratas deben darle un porcentaje de su botín. Aquellos que no lo hacen son expulsados del mar. Así que dime, intrépido Riden, primer oficial del *Rondador Negro*, si mata a los hombres por no pagar el dinero que le deben, ¿qué crees que hará con los hombres que se han llevado a su hija? Tú y esta tripulación no son más que un grupo de niños pequeños jugando un juego peligroso. Dentro de quince días, todos los hombres del mar me estarán buscando.

Por supuesto, tengo la intención de salir de este barco antes de que pasen quince días.

—¿Niños pequeños? —Se endereza en su silla—. Debes ser más joven que casi todos los hombres de este barco.

Después de todo lo que dije, ¿a eso se aferró?

—Apenas. ¿Qué tienes, quince años? —Lo estoy provocando. Sé que debe ser mucho mayor que eso, pero tengo curiosidad por saber su edad real.

—Dieciocho —me corrige.

—En cualquier caso, mi edad no tiene nada que ver con nada. Tengo una serie de habilidades especiales que me convierten en una mejor pirata de lo que la mayoría de los hombres pueden aspirar a ser.

Riden inclina la cabeza hacia un lado.

—¿Y qué habilidades son esas?

—¿No te gustaría saberlo?

Su sonrisa se ensancha ante eso.

—Como estoy seguro de que ya has adivinado, esta no es una tripulación ordinaria. Puede que seamos más jóvenes que la mayoría de los hombres del mar, pero la mayor parte de nosotros hemos visto el lado más cruel de la vida, que existe. Los hombres son despiadados, cada uno de ellos ya es un asesino.

Por un momento, su rostro decae, y una pizca de tristeza lo invade. Está reflexionando sobre una época anterior.

—Si vas a empezar a llorar, ¿podrías esperar a volver a la cubierta? No soporto las lágrimas.

Riden dirige su mirada hacia mí. Casi como si no me mirara a mí, sino a través de mí.

—Eres realmente una criatura sin corazón, Alosa. Matas sin dudar. Puedes vencer a dos tipos a la vez en una pelea. Ves morir a tus propios hombres sin pestañear. Sólo puedo imaginar la clase de educación que debes haber tenido bajo el pirata más notorio de toda Maneria.

—No olvidemos el hecho de que soy mejor tiradora que tú.

Se ríe, mostrando una bonita dentadura. Impresionante para un pirata.

—Creo que voy a disfrutar de nuestras charlas juntos durante los próximos días. Y espero sinceramente tener la oportunidad de verte disparar algún día, siempre que yo no sea el objetivo.

—No prometo nada.

El débil sonido de los gritos se eleva por encima de la cubierta. La nave se sacude al soltar más cañones. Eso será Draxen hundiendo mi barco. Bueno, no es mi nave, simplemente la nave que mi padre me dio para esta misión. Mi verdadero barco, el Ava-lee, y la mayoría de mi verdadera

tripulación están a salvo en la torre del homenaje. Aunque echo de menos a ambos, también me emociona el reto que me espera.

Los escalones crujen cuando alguien los desciende. Draxen aparece poco después. Tres hombres le siguen, llevando mis efectos personales.

—Ya era hora —me quejo.

Las caras de los tres brutos que llevan mis maletas están rojas, con la respiración acelerada. Sonrío. Eso significa probablemente que lo tienen todo. No hago las maletas a la ligera.

Cada uno de ellos resopla mientras las dejan caer al suelo.

—¡Cuidado! —Les riño.

El primer pirata es bastante alto. Casi tiene que agacharse para pasar por debajo de la cubierta. Ahora que se ha deshecho de su carga, se mete la mano en el bolsillo y juguetea con algo. Una cadena de lo que parecen ser cuentas se asoma. ¿Una especie de amuleto de buena suerte, quizás?

El segundo me mira como si fuera un sabroso bocado. Hace que se me erice la piel de la base del cuello. Decido que es mejor no acercarse a él.

El hombre al fondo del grupo es Kearan. Joder, es feo. Su nariz es grande, sus ojos demasiado separados, su barba demasiado larga y descuidada. Su barriga cuelga sobre su cinturón para completar el aspecto. Creo que mi opinión sobre él no puede caer más bajo cuando me doy cuenta de lo que tiene en la mano. Arroja un par de mis vestidos al montón que hay en el suelo. Aprieto los dientes.

—¿Los has arrastrado? ¿En este sucio suelo? ¿Tienes idea de lo difícil que fue encontrar a una chica de mi talla para robárselos?

—Cierra el pico, Alosa —ordena Draxen—. Sigo teniendo la intención de tirar todos estos tiestos por la borda, sin importar mi palabra.

Kearan saca una petaca de su abrigo con muchos bolsillos. Toma un gran trago.

—Podría evitar que nos hundamos, Capitán.

—Oh, callate —digo—. No es demasiado tarde para que te mate.

Tiene la decencia de parecer preocupado antes de tomar otro trago. Draxen se da la vuelta.

—Señores, vayan arriba y preparen la nave. Quiero partir inmediatamente. Kearan, al timón. Esperen mi regreso.

Mientras parten, Draxen se acerca a Riden y le da una palmada en la

espalda.

—¿Cómo te fue, hermano?

¿Hermano?

El pelo de Draxen es más oscuro, pero sus hombros tienen la misma anchura que los de Riden. Tienen los mismos ojos oscuros, pero Riden es más guapo. *No, no es guapo. Los piratas rivales no son guapos. Son ratas de sentina.*

—Bastante bien —responde Riden—. Ella es muy leal a su padre. Confía en su capacidad para rescatarla, ya que su alcance en el mar es muy amplio. Sus palabras me llevan a creer que nos buscará en aguas abiertas, así que recomiendo que nos quedemos cerca de la orilla.

Apresuradamente, pienso en nuestra conversación, dándome cuenta de los errores demasiado reveladores de mis respuestas. Riden es más inteligente de lo que parece. Sonríe ante mi expresión de asombro, o quizás ante la mirada de muerte que le envío después. Luego continúa.

—Tiene un temperamento ardiente que hace juego con el pelo rojo de su cabeza. Es inteligente. Supongo que ha recibido algún tipo de educación adecuada. En cuanto a su lucha y demás, apostaría a que fue entrenada por el propio rey pirata, lo que significa que realmente se preocupa por ella y aceptará pagar el rescate.

—Excelente —dice Draxen—. Así que el rey pirata de corazón negro sí vendrá por su hija.

—Probablemente en persona —vaticina Riden.

Me cuido de mantener la misma expresión. Que piensen que mi padre estará buscándome, en lugar de estar sentado a salvo en su torreón, esperando mi informe. Sin embargo, Riden tiene razón sobre mi entrenamiento. Mi padre sólo confiaría esta misión a alguien que hubiera entrenado él mismo. Y sólo ha entrenado a una persona.

—¿Algo más? —pregunta Draxen.

—Ella es peligrosa. Hay que mantenerla encerrada en todo momento. Tampoco dejaría a ninguno de los hombres a solas con ella, por su bien. —dice Riden esa parte bromeando, pero luego vuelve a la seriedad, respirando profundamente mientras ordena sus pensamientos—. Y ella está ocultando algo. Más que los secretos que ya sabemos que guarda. Hay algo que no quiere que descubra.

Me levanto de la silla y me acerco a los barrotes, mi mente se tambalea. Él no puede saber mi secreto más oscuro. Sólo mi padre y unos

pocos elegidos lo saben.

—¿Cómo es posible que lo sepas?

—No lo sabía.

Draxen se ríe.

Cierro las manos en puños. Nada me apetece más que golpear la cara chulesca de Riden una y otra vez hasta que se le caiga cada uno de los dientes que enseña esa sonrisa. Pero, por desgracia, su cara está demasiado lejos. Así que me conformo con agarrar la manga de su larga camisa. Como sigue sentado, vuela de cabeza hacia la celda. Apoya sus manos en los barrotes para que su cara no se golpee. Eso me parece bien, porque me da el tiempo que necesito para usar mi mano libre y sacar la llave de mi celda de su bolsillo. Una vez que la tengo, la meto en mi propio bolsillo y retrocedo hasta la pared de madera de la prision.

Riden gruñe mientras se levanta.

—Quizás tampoco deberías quedarte a solas con ella —dice Draxen.

—Puedo apañarmelas. Además, sabe que cuanto más tiempo se aferre a ella, más tiempo tendrá para disfrutar de mi compañía.

Me recuerdo a mí misma que estoy en esta nave por elección. Puedo irme cuando quiera. Sólo tengo que encontrar el mapa primero.

Abro la puerta yo misma. Los dos hombres me permiten llevar las maletas a mi celda. No se molestan en ayudar. Esperan mientras hago los tres viajes. No es que quiera su ayuda. Tengo ganas de romper huesos. Los de Riden, principalmente. Mi padre, sin duda, admiraría mi moderación. Vuelvo a encerrarme en la celda una vez que he terminado.

Riden me tiende la mano expectante. Dudo un instante antes de lanzarle la llave. La coge sin esfuerzo. Una mirada de escepticismo cruza su rostro. Agarra una barra de la celda y tira de ella. Se queda firmemente en su sitio, *cerrada*.

—Nunca se es demasiado cuidadoso —dice Riden a Draxen—. ¿Revisaste sus cosas?

—Sí —dice el capitán—. No hay nada más que ropa y libros allí. Nada peligroso. Ahora, creo que hemos tenido suficiente emoción por un día. Vayamos arriba y decidamos la mejor ubicación para detener el barco. Y sería mejor no decirle a la muchacha dónde estaremos. No quiero que se haga ilusiones.

Draxen se dirige a las escaleras. Riden frunce el lado derecho de sus

labios antes de seguirlo. Una vez que se pierden de vista, sonrío. Riden no es el único que ha reunido información durante nuestra pequeña charla.

He sabido que Riden y Draxen son hermanos, hijos del señor pirata Jeskor. Todavía no estoy segura de qué pasó con Jeskor y su tripulación original para que Draxen heredara el barco, pero estoy conencida de que lo sabré más adelante. Riden es un buen tirador y tiene la confianza de su capitán. ¿Cómo si no se las arregló para convencer a Draxen de no matar a más de mis hombres? Me pregunto qué le susurró en la otra nave y por qué se molestó en intervenir, en primer lugar.

Riden está preocupado por los hombres de esta nave, no sólo es la preocupación normal que un primer oficial podría tener por los hombres que supervisa. Pienso en cuando me dijo que todos los hombres del barco son asesinos y en lo mucho que le entristeció. Se siente responsable de algo. Tal vez esté relacionado con lo que le ocurrió a la tripulación original del *Rondador Nocturno.*

Hay muchos secretos a bordo de este barco, y tendré mucho tiempo para descubrirlos todos, a partir de esta noche. Sacudo mi brazo derecho. Siento que el metal se desliza hacia abajo y cae en mi mano.

Es la llave de mi celda.

Capítulo 3

TENÍA MUCHAS OPORTUNIDADES de arrebatarle la llave a Riden. El truco consistía en encontrar la manera de encerrarme en la celda antes de cambiar la llave por otra que había traído a bordo. Supuse que la llave del bergantín de mi propio barco sería más o menos del mismo tamaño. Riden no podría haber notado la diferencia.

No es tan inteligente como piensa. Y yo soy mucho más inteligente de lo que él cree. Gran *error* de su parte.

Ahora que estoy sola, rebusco en mis bolsas para encontrar algo adecuado que ponerme. No puedo soportar más este traje de marinero. Necesitaré un frasco entero de perfume para librar mi piel del hedor del último dueño. ¿Quién sabe cuándo se me permitirá un cubo de agua para lavarme? Con el cruel comportamiento del capitán Draxen, estoy segura de que pasará bastante tiempo.

Selecciono un corsé azul oscuro con mangas anchas que se sujetan con gruesas cintas. Lo coloco encima de una blusa blanca. El corsé se ata por delante, así que puedo hacerlo yo misma. Nunca he tenido damas que me atiendan como las hijas de los nobles terratenientes. No hay muchas mujeres dispuestas a trabajar para los piratas. Y las que están equipadas para una vida en el mar no se desperdician como criadas. Mi propia tripulación en la torre del homenaje está compuesta casi en su totalidad por mujeres. Un hecho del que estoy orgullosa.

Me pongo un par de polainas negras y uno calzones limpios encima. Luego las botas, perfectamente ajustadas y cómodas, que me llegan hasta las rodillas. Suspiro satisfecha una vez que he terminado. Estar bien, ayuda a sentirse bien.

Tarareando mientras trabajo, cojo de una de mis bolsas un libro titulado *Las profundidades del mar*. Es un índice de todas las criaturas que se sabe que viven en el océano. Hace tiempo que memoricé cada entrada, y he pasado tanto tiempo en el mar que he visto más criaturas de las que figuran en la propia obra. Por eso no tuve ningún problema en ahuecar la encuadernación del libro y esconder una pequeña daga en su interior.

Voces y pasos llegan a mis oídos. Coloco rápidamente la daga en mi bota derecha y dejo caer el libro junto con mis otras cosas. Me siento de una manera que espero sea discreta mientras tres hombres entran en el calabozo.

—No parece gran cosa —dice uno a los demás.

—¿Pero has visto lo que les hizo a Gastol y Moll? —pregunta otro—.

Muertos como piedras.

El tercer hombre permanece callado, observándome como los demás.

—¿Habéis terminado de mirar? —pregunto—. ¿O esperáis que os haga algun truco?

—No nos hagas caso —dice el primer pirata—. No todos los días se puede ver la propia carne del rey pirata.

—¿Y soy yo lo que esperabais?

—Dicen que el rey pirata es tan grande como una ballena y tan feroz como un tiburón. No esperábamos una cosa tan pequeña.

—Debo salir a mi madre —digo. Nunca he conocido a mi madre, así que no podría asegurarlo, pero mi padre me dice que recibí mi pelo rojo de ella.

El resto del día es muy parecido. Los piratas van y vienen, aprovechando cualquier oportunidad para ver de cerca a la hija del rey pirata. Después del primer grupo, permanezco en silencio.

Se acerca el anochecer cuando aparece mi último visitante. Mientras que todos los demás llegaron en grupo, este hombre viene solo.

No hay mucho que mirarle, a este. De estatura y complexión media. Pelo y barba castaños. Parece mayor que la mayoría de los otros piratas a bordo. Tal vez no llegue a la treintena, pero es difícil saberlo con la barba que le oculta la mitad inferior de la cara. Tiene una moneda de oro en la mano derecha, que mueve sobre sus nudillos con facilidad.

—Hola, Alosa —dice—. Me llamo Theris.

Había estado apoyada sobre dos patas de mi silla, pero ahora me balanceo hacia delante, enderezándome.

—Debo haber visto a todos los hombres a bordo pasar por aquí al menos una vez hoy. ¿Por qué debería recordarte? ¿O importarme cómo te llamas?

—No debería —dice, levantando una mano y rascándose la frente. Sus dedos se mueven rápido, pero el movimiento es inconfundible. Dibuja la letra K—.No soy un hombre muy interesante de conocer.

La K es de Kalligan. Es la señal que usan los hombres bajo el empleo de mi padre para identificarse. Theris debe ser el hombre de la nave que trabaja para él. Seguro fue el quien le hizo saber a mi padre que la tripulación del *Rondador Nocturno* quería secuestrarme. Nunca se sabe cuando oídos poco amistosos están escuchando, así que mantengo la conversación informal.

—Eso parece.

—Sólo quería echar un vistazo a la hija del rey pirata.

—¿Y dejarme verte a mí?

—Precisamente. A veces la supervivencia no consiste en lo que puedes hacer, sino en quién conoces.

—Tomo nota —digo con frialdad.

Theris asiente antes de retirarse.

No esperaba que el hombre de mi padre se diera a conocer ante mí. Tenemos diferentes trabajos en la nave. El de Theris es proporcionarle a mi padre información sobre este barco y su capitán. El mío es hacer de ladrona. No deberíamos necesitar ayudarnos mutuamente. De hecho, se espera que seamos capaces de realizar nuestras tareas solos.

Pero mi padre cuenta con que no falle. Quizás su deseo de encontrar el mapa es tan grande que ha ordenado a Theris que me vigile. Por un lado, puedo entender que no quiera arriesgarse, pero por otro, me siento profundamente insultada. Puedo manejar esta misión por mi cuenta, y no pediré ayuda a Theris.

* * *

Tengo que esperar a que anochezca para poder empezar. Puedo saber cuándo se pone el sol porque la mayoría de los piratas se retiran abajo. No puedo verlos desde el bergantín, pero puedo olerlos. No deben estar lejos. Me los imagino durmiendo en hamacas o en un suelo cubierto de paja. Sea lo que sea, seguro que es mejor que el suelo marrón en el que dormiré yo. Me estremezco al pensarlo.

Comienzo a tararear de nuevo mientras me encojo el abrigo, que tiene un diseño similar al de los justaucorps* que llevan los hombres, pero el mío está hecho para la figura de una mujer. Mandsy lo hizo para mí. Sabe manejar una aguja tan bien como una espada, que es sólo una de las muchas razones por las que la hice parte de mi tripulación.

Aunque el abrigo me ayudará a parecerme a cualquier otro marinero si me ven de lejos, espero no tener mucha necesidad de pasar desapercibida una vez que esté sobre la cubierta. Cuento con la cobertura de la oscuridad para enmascararme.

Una vez desbloqueada la celda, silencio mi tarareo. Recorro las zonas inferiores de la nave para hacerme una idea de su localización. Un almacén

para la comida y los suministros, otro para el botín de los piratas, una modesta cocina y los dormitorios de la tripulación principal conforman el espacio bajo cubierta. Bastante fácil de recordar.

* justaucorps: Es como una casaca. La de ella es mas femenina y se ajusta a su cuerpo.

Ahora tengo que llegar a los aposentos del capitán sin que me vean. Todavía no tengo calado a Draxen, pero si intentara ocultar algo importante, como un mapa, lo mantendría cerca. Sin embargo, existe la posibilidad de que él ni siquiera sepa que el mapa está a bordo. Perteneció a su padre, que es descendiente de una de las tres antiguas líneas de señores piratas. (Yo soy, por supuesto, descendiente de uno de los otros.) Lord Jeskor puede que ni siquiera le haya hablado a sus hijos sobre el mapa. No importa. El mapa tiene que estar a bordo. Jeskor lo tendría aquí cuando murió, y los aposentos de Draxen solían ser los suyos. Definitivamente son el primer lugar donde debo buscar.

Me asomo por el último escalón de la escalera, observando la cubierta. Es difícil ver, ya que la luna está casi nueva. Sólo una pizca de luz ilumina la oscura cubierta del *Rondador Nocturno*. El barco fue una vez una carabela estándar, un tipo de embarcación utilizada para la exploración marítima. La mayoría de los piratas los roban de la propia armada del rey de la tierra. Luego hacemos ajustes para moldear el barco a nuestro gusto. Veo que Jeskor ha rehecho el aparejo. Ha cambiado la tradicional vela latina del palo mayor por una vela cuadrada. *Inteligente,* ya que le dará más velocidad. También he observado, mientras estaba de vuelta en el barco de mi padre y veia cómo se acercaba el *Rondador Nocturno*, que Jeskor ha añadido un mascarón de proa* bajo el bauprés*. Dudo que el rey de la tierra haya mandado a hacer grandes esculturas de mujeres en la parte delantera de sus barcos. Es demasiado práctico para eso.

Sólo hay unos pocos hombres sobre la cubierta. Alguien está en el timón, un hombre se sienta en la cofa* y un par más recorren la cubierta para asegurarse de que todo va bien. Puedo saber exactamente dónde están, porque llevan linternas delante de ellos.

Draxen y Riden ya estarán en sus habitaciones. Seguramente durmiendo. Acaban de hacer una captura impresionante, lo habrán celebrado. Ahora es probable que estén durmiendo la borrachera. Preveo que la aventura de esta noche se desarrollará sin problemas.

*Mascarón de proa: Figura colocada como adorno en lo alto del tajamar de los barcos.

Hay dos niveles separados sobre la cubierta en la popa del barco. El nivel inferior probablemente contenga las habitaciones de Riden. El del capitán estará en el castillo de popa. Todo lo que tengo que hacer es pasar por el hombre del timón. Por suerte para mí, el tipo parece somnoliento. Se apoya perezosamente en la barandilla mientras sostiene el timón con una mano.

Es probable que las puertas de Draxen no estén cerradas. No necesitaría que hacerlo mientras está allí. A menos que esté paranoico o desconfíe de su tripulación. A mí no me parece que sea de ninguno de los dos tipos, así que debería poder entrar directamente.

Me agacho en la cubierta junto a las escaleras que llevan al segundo nivel. Espero a que la cabeza del hombre se incline hacia un lado.

De puntillas, subo con cuidado por la escalera. Todo va bien hasta que llego al último escalón, que emite un sonido tan fuerte en el silencio que parece que podría haberlo oído desde abajo.

Siento que mi cuerpo se pone rígido por mi error.

El marinero del timón se despierta con fuerza y gira la cabeza hacia el sonido. Hacia mí.

—¡Maldita sea, me has dado un susto! Por favor, dime que has venido a relevarme, Brennol.

Está demasiado cansado, y el cielo está sobradamente oscuro para que pueda distinguir quién soy realmente. Rápidamente, le sigo el juego, bajando la voz todo lo que puedo.

—Sí. —Mantengo mi respuesta corta. No tengo ni idea de cómo suena Brennol, y no puedo arriesgarme a que mi voz salga alterada.

*Baupés:
Palo grueso, horizontal o algo inclinado, que en la proa de los barcos sirve para asegurar los estayes del trinquete, orientar los foques y

*Cofa: Meseta colocada horizontalmente en el cuello de un palo para fijar los obrenques de
gavia, facilitar la maniobra de las velas altas, y antiguamente, también para hacer fuego desde allí en los combates.

—Gracias a las estrellas. Me voy, entonces.

Se dirige a la cubierta inferior mientras yo permanezco allí. Tengo que darme prisa antes de que el verdadero Brennol llegue a su turno. Sin pensarlo dos veces, me deslizo dentro de las habitaciones de Draxen.

Lo veo al instante, tumbado en la cama. Tiene la cara desencajada, pero puedo ver la subida y bajada constante de su pecho. Está inconsciente. Una vela arde suavemente cerca de la cama, ofreciendo a la habitación un poco de luz y calor. El lugar no está sucio, pero tampoco está exactamente ordenado. Esto es una pequeña bendición, al menos. Es mucho más difícil enmascarar los robos cuando se hacen en una habitación limpia. Es más fácil para el propietario saber si se ha tocado algo.

Ahora, me pongo a trabajar, empezando por el escritorio, donde tiene varios papeles y mapas esparcidos. El mapa que busco será diferente a los demás. Para empezar, es más antiguo. Será frágil y estará oscurecido por la edad. Además, no llevará el lenguaje de la lengua común. Su lengua, también, es más antigua. Son pocos los que la conocen. Por último, el mapa no está completo. Es una de las tres piezas, separadas hace mucho tiempo y dispersadas entre los tres señores piratas de la época. Con las tres piezas

unidas, el portador podrá encontrar la legendaria Isla de Canta, una isla repleta de tesoros incalculables y protegida por sus mágicas ocupantes, las sirenas.

No está en ningún lugar del escritorio, ni cerca de él. Compruebo cada cajón en busca de fondos falsos y compartimentos ocultos. Paso a los armarios donde guarda su ropa, rebuscando en cada bolsillo de cada prenda. Siento una necesidad desesperada de lavarme las manos después, pero reprimo el impulso. En lugar de eso, sigo registrando el lugar.

Hurgo en cada panel de madera del suelo para ver si hay algo escondido debajo. Golpeo ligeramente las paredes, en busca de irregularidades que indiquen aberturas secretas. Le doy a la última pared con demasiada fuerza, y Draxen se revuelve mientras duerme. Gracias a las estrellas, no se despierta.

Un sueño profundo, ese.

Por último reviso debajo de la cama. Tiene algunas cosas aquí. Medias gruesas de lana, un sextante* roto, un telescopio. Cuando quiero suspirar de exasperación, trago en su lugar. No está aquí.

No está en ninguna parte de esta habitación ni en el lavabo y la sala de estar contiguos. Y eso significa que está en otro lugar del barco. Pero el barco es enorme. Hay innumerables escondites. Y tendré que revisarlos todos hasta encontrar el mapa. Lo voy a pasar muy mal.

Abriendo la puerta del capitán en silencio, asomo la cabeza. Ha pasado más de la mitad de la noche. No tiene sentido seguir buscando ahora. Será mejor que vuelva a mi celda para dormir un poco.

Brennol parece haber hecho su aparición, y se ve muy despierto. Tiene las dos manos puestas firmemente en el timón. ¿Cómo voy a pasar por encima de él? Si simplemente salgo, se dará cuenta de que no soy el capitán. Soy demasiado baja.

Si pudiera descander por la pasarela, probablemente no se fijaría en mí. Pero está a unos buenos tres metros de distancia. Vuelvo de puntillas a los aposentos de Draxen y busco algo que pueda utilizar.

Finalmente encuentro una moneda de cobre. Perfecto. De vuelta a la puerta, coloco la moneda sobre la parte superior de mi pulgar y la dirijo hacia el lado de babor de la popa. Brennol gira la cabeza en esa dirección, inclinándose hacia delante y entrecerrando los ojos. Rápidamente, pero en silencio, me dirijo a las escaleras de la derecha y las desciendo, acordándome de saltarme el escalón de arriba.

* Sextante: Instrumento astronómico para la navegación que consiste en un sector de circulo graduado, de 60 grados, es decir, la sexta parte del total, provisto de dos reflectores y un telescopio.

Cuando llego a la cubierta, me golpeo la espalda contra la pared que hay detrás de la escalera de acompañamiento y me agacho para perderme de vista. Creo que he dado el último paso demasiado fuerte. Y seguro que Brennol está aún más alerta ahora. Debería esperar un par de minutos antes de dirigirme a las cubiertas inferiores.

Una puerta a mi izquierda se abre. La puerta del dormitorio de Riden. Mira primero a su izquierda y luego a su derecha.

—Me ha parecido oír algo. Me temo que tengo un sueño ligero. Pero no te esperaba.

Sólo tengo un momento para registrar el hecho de que todo lo que tiene puesto es un par de calzoncillos antes de que se acerque a mí.

No tengo dónde ir. Entre las paredes y las escaleras, la única salida es a través de él. Y supongo que tiene sentido dejar que me atrape, aunque mis instintos me griten que no lo haga.

Quiero estar aquí. Tengo un trabajo que hacer. Está bien dejar que me atrape.

—¿Cómo has salido de tu celda? —me pregunta.

No hay ni una pizca de sueño en sus palabras, aunque tiene que haberse despertado. Me agarra por la parte superior de los brazos, manteniéndome en el sitio.

—Paré al primer pirata que vi y se lo pedí muy amablemente.

Su rostro está oculto en las sombras, pero juro que puedo oír su sonrisa.

—Soy el único que tiene una llave.

—Tal vez se te cayó, entonces. Ha sido un descuido por tu parte.

Se toca el costado como si fuera a coger algo de un bolsillo, y luego recuerda que no lleva camisa. Un hecho que no he podido olvidar. No sería tan malo si no oliera *tan bien*. Se supone que los piratas apestan. ¿Por qué tiene que oler a sal y jabón?

Me empuja hacia delante y me doy cuenta de que debería oponer al menos un poco de resistencia. Así que pongo las manos en su pecho y le empujo. El aire de la noche es fresco, pero Riden aún está caliente por estar envuelto en la cama. Cálido, sólido y oliendo divinamente.

Con puños de hierro. *Si me magulla el otro brazo, tendré que tomar represalias.* Me levanta hasta la puerta por la que ha salido. Está tan oscuro como el final de una cueva, pero Riden parece encontrar bien lo que busca. Me lleva de vuelta al exterior con él y sostiene algo en el aire para que lo vea.

—Esta debe ser la llave que dejé caer tan descuidadamente —dice.

—Es extraño, eso.

Suspira.

—Alosa, ¿qué estás haciendo aquí?

—Me has secuestrado. ¿Qué crees que estoy haciendo aquí?

—Los botes de remos están allí. —Señala el lado opuesto del barco —. Entonces, ¿por qué estás merodeando por mi puerta?

—Quería matar a mis captores antes de irme.

—¿Y cómo te está funcionando eso?

—Todavía estoy trabajando en ello.

—Ya lo creo.

Bajamos las escaleras, pasamos la tripulación dormida y entramos en el calabozo. Riden me empuja de nuevo a mi celda. Luego prueba la llave. Obviamente, no encaja. Riden la observa más de cerca. La sorpresa se apodera de su rostro.

—Las has intercambiado.

—¿Hmm? —pregunto inocentemente.

Entra conmigo en la celda.

—Dámela.

—¿Qué?

—La llave.

—Tienes la llave en la mano.

—No encaja.

—No puedes culparme si la has roto.

No espero que se crea nada de lo que digo. Estoy aprendiendo que disfruto jugando con él. Me gusta la sorpresa y... no el respeto, pero algo parecido, que muestra en su cara cuando se entera de algo nuevo sobre mí.

Pero no puedo dejar que descubra demasiado sobre mi verdadera naturaleza. Eso sería peligroso. *Para él.*

Porque no voy a fallar. Sólo puedo imaginar lo que mi padre me haría si lo hiciera. Pero no tengo miedo. Lo hago no sólo por mi padre, sino también porque quiero hacerlo. Porque soy una buena pirata y la caza es emocionante. Porque quiero llegar a la isla de las sirenas tanto como cualquier otro pirata. Tal vez incluso más. Estoy decidido a hacer lo que sea necesario para conseguir el mapa. Si Riden se vuelve demasiado difícil, lo quitaré de mi camino por cualquier medio.

—Te daré una oportunidad más para entregarla, princesa.

Hay más luz aquí abajo. Varias linternas están encendidas fuera de las celdas. Puedo ver perfectamente la cara de Riden. Con el atuendo que lleva, puedo ver *mucho de él* perfectamente.

—No tengo nada —vuelvo a decir.

Se acerca a mí lentamente, manteniendo sus ojos en los míos mientras lo hace. Retrocedo hasta chocar con la pared, pero él sigue avanzando. Su cara está demasiado cerca. Puedo ver motas de oro en sus ojos. Son unos ojos preciosos. Me gustaría estudiarlos más tiempo. Pero de repente sus manos están en mis caderas. Creo que voy a dejar de respirar, pero no estoy segura. Me sobresalto, ciertamente; *¿debo apartar sus manos de un manotazo o quedarme quieta?*

Me las sube por el estómago sin dejar de mirarme. Ahora sé que estoy respirando porque creo que acabo de jadear. Estoy segura de que debería apartar sus manos de un manotazo. Pero no lo hago. Una vez que llega a mis costillas, mueve sus manos hacia mis brazos, llevándolas hasta mi hombro.

—No sé qué llevas puesto —dice—. Pero me gusta.

—Hecho a medida —digo.

—¿Y luego robado por ti?

Me encojo de hombros.

—¿Qué haces?

—¿Qué parece que estoy haciendo?

—Me estás tocando.

—Estoy tratando de recuperar mi llave.

—Suena como una excusa para tocarme.

Sonríe y se inclina hacia adelante para que su boca esté en mi oído.

—No veo que me detengas.

—Si lo hiciera, no podría hacer esto.

Sus ojos se disparan alarmados, pero no tiene tiempo de adivinar lo que voy a hacer hasta que ya lo he hecho.

Sí, le doy un rodillazo. Justo entre las piernas.

Se toma un tiempo para recuperarse. El suficiente para que yo salga de la celda y lo encierre. Me mira fijamente.

—Eso fue rastrero.

—Me pareció bastante brillante, en realidad. Además, dijiste que no me tocarías. Veo que tu palabra no significa mucho para ti. —Le lanzo las mismas palabras que usó conmigo.

—Y dijiste que si traíamos tu maldito equipaje a bordo, no pondrías resistencia.

—No opuse resistencia. Salí de mi jaula sin pelear.

—Lass, déjame salir de la celda.

—Creo que estás más capacitado para ello que yo.

Golpea con un puño uno de los barrotes.

—Déjame salir. Sabes que no llegarás lejos. Todo lo que tengo que hacer es gritar, y más de la mitad de la tripulación estará sobre ti.

—Y no puedo esperar a ver las miradas en sus caras cuando encuentren a su primero al mando, atrapado en el calabozo.

—Alosa —dice, con un toque de advertencia en su voz.

—Responde algo por mí y te ahorraré la vergüenza de que tu tripulación te encuentre.

—¿Qué? —Está claramente agitado. Supongo que yo también lo estaría si me hubiera dejado engañar por una cara bonita.

—Cuando nos conocimos, y yo estaba negociando por las vidas de mi tripulación, le susurraste algo al capitán. Algo que le hizo dejar de matar a mis hombres. ¿Qué fue?

Riden parece perplejo, pero responde.

—Le dije que si quería mantener el apoyo de su tripulación, haría bien en dejar de animarte para matarlos.

—¿Se preocupó por ellos? ¿Los hombres que maté?

—No.

Hmm, tal vez me equivoqué sobre lo mucho que le importan los miembros de esta tripulación.

—Entonces, ¿por qué molestarse?

—He respondido a tu pregunta. Ahora déjame salir.

Suspiro.

—Bien.

Aunque me pregunto por qué no quiere hablar de ello. Tal vez he dado con algo ahí. Si no tiene que ver con los hombres que maté, ¿no tendrá que ver con su hermano?

La jaula canta al abrirse y le doy la llave a Riden.

—Tú y el capitán sois hermanos.

—Soy consciente de ello.

—¿Qué pasó exactamente con tu padre?

Riden me cierra con fuerza. Luego se guarda la llave sin quitarme los ojos de encima. Se da la vuelta para marcharse.

—Lo maté.

Capítulo 4

EL SUELO ESTÁ ASQUEROSO, pero de alguna manera consigo dormir. Cuando me despierto, una cara está a centímetros de mi cabeza. Grito y me alejo rodando. Aunque ahora me doy cuenta de que está al otro lado de mi celda, mi corazón sigue acelerado.

—No hace falta que te alejes —dice el pirata—. Sólo necesitaba un mechón de tu pelo, eso es todo.

Mi mano vuela hacia mi cabeza. Efectivamente, me han cortado varios mechones.

—¿Qué estás haciendo? Te mataré por eso.

—Es mejor dejar a la muchacha en paz, Enwen —dice otro hombre. Es Kearan—. Tiene un problema con la gente que la toca.

—Había que hacerlo —dice Enwen—. Te digo que el pelo rojo da buena suerte. Evita que te enfermes y todo eso.

Ahora reconozco que Enwen es el hombre alto que ayudó a bajar mis cosas ayer.

—Eso es lo más ridículo que he oído —dice Kearan—. Espero que te enfermes mañana. Necesitas poner tu cabeza en orden.

—Sólo espera. La próxima vez que caiga una plaga, estaré acariciando este pelo mientras todos ustedes estarán tosiendo, muriendo y tal.

—Necesito un trago.

—No, Kearan. Es muy temprano para eso.

—Si quiero sobrevivir al día, tendré que empezar temprano. —Saca su petaca de uno de sus bolsillos.

—¿Qué es esto? —pregunto mientras me pongo de pie y estiro el cuello. Siento un par de crujidos en él. Y huelo peor que ayer. Maldito suelo.

—Somos sus guardias, señorita Alosa —comunica Enwen—. El primer oficial dice que es prudente tener a alguien que la vigile en todo momento.

Miro a Kearan.

—Y entiendo que ninguno de ustedes se ofreció como voluntario.

—Esa es la verdad —contesta Kearan.

—Oh, yo lo hice con gusto —responde Enwen—. Desde que te vi ayer, he querido poner mis manos en ese pelo tuyo. Es muy raro.

—Te aseguro que no tiene propiedades mágicas —le aclaro, jugueteando furiosamente con el mechón de pelo que ahora es más corto que los demás.

—No es mágico —dice Enwen—. Sólo da buena suerte.

—Me enfermo tan a menudo como cualquier otra persona.

—¿Qué?

—Dijiste que el pelo rojo aleja las enfermedades. Tengo una cabeza entera, y aún así me enfermo.

—Oh. —Enwen parece preocupado por un momento. Se inclina sobre mi mechón de pelo, mirándolo fijamente—. Bueno, supongo que no funciona en ti porque es tu propio pelo. Hay que quitárselo a otra persona para que la suerte sea efectiva.

—Entonces, si te lo vuelvo a robar, ¿me funcionará a mí? —pregunto con sarcasmo.

Kearan se ríe, atragantándose con el ron que tiene en la boca. Unas cuantas gotas caen al suelo mientras tose. Suspira.

—Maldito desperdicio.

Me siento en mi silla, demasiado consciente de la mugre y la suciedad que lo cubre todo en la celda, incluida yo. Necesito cambiarme y un poco de agua para limpiarme. Estoy a punto de pedir esto último, cuando oigo que alguien se acerca.

Es Riden, por supuesto. Lleva consigo una bandeja de comida y una sonrisa peligrosa. Al verlo, siento que mi estómago gruñe. Estoy bastante segura de que es una respuesta a la comida y no a la sonrisa.

—Enwen, Kearan, estáis relevados mientras yo interrogo a la prisionera. Pero volveréis a este puesto cuando haya terminado.

—Sí, maestro Riden —dice Enwen. Kearan asiente, con cara de aburrimiento. Los dos se van.

—¿Tienes hambre? —pregunta.

—Estoy muerta de hambre.

—Bien. Me las arreglé para robarte unos huevos.

Riden abre la celda y pone la bandeja en mi mesa, sin dejar de mirar

mis piernas. Estoy segura de que eso se debe a que desconfía de mis patadas y no a que simplemente quiera mirar. Me vuelve a encerrar, situándose con seguridad al otro lado de los barrotes.

Empiezo a comer de inmediato, cascando los huevos cocidos y añadiendo un poco de sal antes de masticar. Me los zampo todos con un poco de agua de la taza que hay en la bandeja.

Riden parece estar de nuevo de buen humor. Parece que no hay resentimientos por lo de anoche.

—Entonces, ¿qué va a ser hoy? —pregunto—. ¿Más charla sobre mi padre?

—Sí.

—¿Esperando que revele involuntariamente dónde está el torreón? Estás desperdiciando saliva.

—Lo que reveles involuntariamente depende de ti. Lo que quiero discutir es la reputación de tu padre.

—Sea lo que sea que hayas oído, probablemente todo sea cierto.

—Sin embargo, vamos a discutirlo de todos modos.

—Quiero un poco de agua —digo, limpiando una mancha de suciedad en mi brazo.

—Te llenaré el vaso cuando terminemos.

—No, quiero un cubo para lavarme. Y un trapo. Y jabón.

—¿No crees que eso es pedir demasiado para una prisionera?

—Y —continúo, prácticamente cantando la palabra—, quiero uno limpio cada dia, de cada semana.

Al principio se burla. Luego se lo piensa.

—Veremos cómo va nuestra conversación de hoy. Si me gusta lo que oigo, haré los arreglos pertinentes.

Cruzo las piernas y me reclino en la silla.

—Bien. Hablemos.

Riden saca una silla y se sienta. Hoy lleva un sombrero. Un tricornio sin plumas. Su pelo está atado en la nuca. La camisa y los pantalones le quedan bien. Blanco por arriba, negro por abajo.

—He oído rumores sobre las peligrosas acciones de Kalligan. Se dice

que es capaz de enfrentarse a veinte hombres a la vez en una batalla. Ha recorrido cada centímetro del mar, ha luchado contra todo tipo de demonios marinos, incluido un tiburón, con el que luchó bajo el agua con sus propias manos. Hace tratos con el diablo y fomenta el mal en los demás.

—Hasta ahora, no te equivocas —digo.

—Incluso se dice que es el único hombre que ha sobrevivido a un encuentro con una sirena.

Resoplo ante eso.

—Incluso se acostó con ella —continúa Riden—. Utilizó los propios trucos de la criatura contra ella. Ahora me parece que nuestro querido rey es, en el mejor de los casos, un manipulador y un salvaje contador de historias. Tal vez no sea tan honesto como exigen sus nuevas leyes.

—Difícilmente puede evitar lo que los demás dicen de él.

—¿Y qué dirías tú de él?

—Es mi padre. ¿Qué más hay que decir?

—Hay diferentes tipos de padres. Los que aman incondicionalmente, los que aman a condición, y los que no aman nunca. ¿Cuál dirías que es él?

Por primera vez, siento que Riden toca algo que preferiría dejar en paz.

—Difícilmente veo cómo esta línea de conversación es útil para ti.

—Hmm. Estás desviando la pregunta. A condición debe ser. Porque si nunca te hubiera amado, no lo tendrías en tan alta estima. Así que dime, Alosa. ¿Qué clase de cosas has tenido que hacer para ganarte el amor de tu padre?

—Lo de siempre. Engañar. Robar. Matar. —Lanzo cada respuesta de forma improvisada. Espero que no detecte la angustia que siento.

—Te ha convertido en algo. Te entrenó para convertirte en algo que ninguna mujer debería ser. Tú...

—Soy lo que elijo ser. Hablas con ignorancia. Creo que hemos terminado la conversación.

Riden se levanta y se acerca a los barrotes. Luego, pensándolo mejor, retrocede fuera de mi alcance.

—No pretendía insultarte, Alosa. Considérate afortunada. Es mejor tener un poco de amor que tener un padre que nunca te quiso.

Sé que Riden habla de sí mismo ahora. Pero sigo irritada. Siento que debo aclararle las cosas.

—Todo lo que mi padre hizo, lo hizo por amor. Me hizo fuerte. Me hizo alguien que podía sobrevivir en su mundo. No importa lo que hiciera para traerme aquí. Soy una luchadora. La mejor.

No necesito bloquear los recuerdos. Eso es todo lo que son. *Recuerdos*. No pueden hacerme daño. Ya han pasado. No importa que mi padre me hiciera luchar contra chicos mayores y más fuertes que yo todos los días mientras crecía. Ahora puedo vencerlos a todos. No importa que me disparara una vez para mostrarme el dolor de una herida de bala, para que practicara la lucha mientras estaba herida. Porque ahora puedo hacerlo. No importa que me hiciera pasar hambre y me debilitara, para luego darme tareas que completar. Me enseñó a ser resistente. Ahora puedo manejar cualquier cosa.

—¿Y tú, Riden? —pregunto—. ¿Qué te ha llevado a donde estás? Afirmas ser el que mató a tu padre, y sin embargo Draxen es el capitán de este barco. ¿Era Draxen el favorito de papá? ¿O simplemente era el mayor? En cualquier caso, ¿por qué le dejas que se lleve algo que te has ganado?

El rostro de Riden se endurece.

—Draxen es mayor. Y era el favorito de mi padre. No es que eso importe ahora. Antes tenías razón. Deberíamos haber dejado de hablar. ¿Supongo que no quieres decirme dónde está la guarida del tuyo ahora?

—No.

Él asiente, sin sorprenderse.

—Se avecina una tormenta y aún no hemos llegado a nuestro destino. Prepárate para una noche dura.

—Siempre lo estoy.

Aclaro mi mente en lugar de repetir nuestra conversación. Estoy agotada por haber estado fuera hasta tan tarde, así que vuelvo al suelo y me quedo dormida. No es que tenga nada mejor que hacer.

Un fuerte estruendo me despierta y hace que mi corazón se acelere por segunda vez en el día. Alguien ha pateado los barrotes de mi celda. Cuando mis ojos se enfocan, veo a Draxen de pie ante mí, con las manos en el cinturón y un sombrero con plumas en la cabeza. Me observa como si fuera un premio que ha ganado. O una nueva herramienta que ha recibido. Supongo que me ve como ambas cosas. Pero no me importa. Al final, seré el instrumento que acabe con su vida.

Mi padre no podría simplemente tomar el *Rondador Nocturno* por la fuerza. El mapa podría arruinarse fácilmente en la lucha si él dispara a la nave. Tuvo que enviar a una persona a bordo para registrarla. Pero cuando todo esto termine, llevaré este barco directamente a mi padre para que los mate a todos. El rey pirata no quiere competencia en la búsqueda de la *Isla de Canta*.

—¿Qué te parece tu alojamiento, Alosa?

—El suelo es áspero y la celda apesta.

—Adecuada para la princesa de los ladrones y asesinos, ¿no crees?

—Aún así, me vendría bien una cama.

—Puedes pedirle a uno de los miembros de la tripulación que la comparta. Estoy seguro de que cualquiera de ellos se ofrecería.

—Si duermo en la cama de alguien, será porque lo he matado y he tomado su propiedad como propia. ¿No has perdido suficientes miembros de la tripulación, Draxen?

—Estás demasiado segura de ti misma. Creo que debería ordenar a Riden que añada algunas palizas a sus sesiones contigo. Podría haceros bien a los dos. Las estrellas saben que a él, le vendría bien.

Como dudo que pueda terminar mi siesta, me levanto y me siento en la silla, aunque ya estoy muy aburrida de la confrontación. Draxen no tiene nada interesante que decir. Espera verme retorcerme de miedo. Es un hombre que se alimenta del dolor ajeno. Hasta ahora, ninguna de sus intimidaciones ha funcionado.

—Le he dado permiso a Riden para que trabaje contigo, pero si sigues sin cooperar, le daré a alguien con menos encanto la oportunidad de interrogarte. Tenlo en cuenta mientras te quedas sentada aquí.

—Más vale que no se ablande conmigo. Odiaría poner a uno de sus propios hombres en su contra.

—Princesa, Riden ya ha tratado con cientos de mujeres en su vida. Nunca ha tenido problemas para dejar a una de ellas. Tú no serás diferente. — Sus botas resuenan en la habitación vacía mientras se aleja.

Draxen es una pieza de trabajo real. También lo es Riden. Operan de diferentes maneras, pero sus objetivos son los mismos, lo que los hace a ambos igualmente estúpidos. ¿A qué imbéciles se les ocurriría robarle al rey de los piratas? ¿Especialmente sin revisar suficientemente su tripulación en busca de espías? Fue fácil organizar mi "*secuestro*" una vez que Theris proporcionó toda la información que necesitaríamos.

Me sorprendo cuando Riden vuelve a visitarme, esta vez llevando un cubo de agua, una pastilla de jabón y unos cuantos trapos limpios.

Estaba segura de que lo había enfadado más allá de la amabilidad. Casi me siento mal por todas las cosas terribles que he pensado de él.

Casi.

—Tienes diez minutos antes de que envíe a los hombres a vigilarte.

—Sólo necesito nueve —le suelto para hacerme la dificil.

Sacude la cabeza antes de irse.

El barco se mece un poco más en ese momento. Se avecina una tormenta. Tengo un buen par de piernas de mar. Me asiento más robustamente en el mar que en tierra. Estoy acostumbrada a sus movimientos, a su lenguaje. Él te dirá lo que va a hacer, si lo escuchas.

Estoy limpia y vestida con un nuevo corsé, éste rojo, cuando Kearan y Enwen regresan.

—Te digo que da mala suerte girar a la izquierda. Siempre debes empujar y girar a la derecha. Buena suerte, eso es.

—Enwen, si estoy apuñalando a un hombre en el corazón, no importa si giro el cuchillo a la derecha o a la izquierda. De cualquier manera, he logrado matar al bastardo. ¿Por qué iba a necesitar suerte?

—Para el próximo hombre que mates. ¿Supongamos que te hace fallar en el corazón la próxima vez? Entonces desearás haberte tomado un tiempo extra, para torcer bien la vez anterior. No puedes matar a un hombre como es debido si fallas en el corazón.

—Empiezo a pensar que mi *próxima vez* será muy pronto.

—No seas así, Kearan. Sabes que soy el único amigo que tienes en esta nave.

—Debo estar haciendo algo mal. —Kearan ya tiene su petaca fuera, pero al levantarla hacia su cabeza, frunce el ceño.

Está vacía. Así que busca en su bolsillo y saca otra. Ahora entiendo la razón de todos los bolsillos del abrigo que lleva. Habría sospechado que eran para que un ladrón guardara sus hallazgos. No, son para almacenar múltiples frascos de ron. Me pregunto cuántas tendrá ahí.

—¿Cómo se encuentra, señorita Alosa? —pregunta Enwen, volviéndose hacia mí, sin inmutarse por las palabras de Kearan.

—Por las estrellas, Enwen —dice Kearan—. La mujer es una

prisionera. ¿Cómo crees que le va? Cierra la boca por un maldito momento, ¿quieres?

—La mujer puede responder a sus propias preguntas —contesto.

—Tú tampoco deberías hablar —dice Kearan—. No necesito ningún ruido de los dos.

Enwen se frota la sien.

—El maestro Riden sólo dijo que '*probablemente*' no debería hablar con ella, debido a que las mujeres hermosas tienen una manera de jugar con la mente de un hombre. Pero no fue una orden directa.

—¿Dijo que yo era hermosa? —Sonrío al pensarlo.

Enwen parece preocupado. —Probablemente no debería haber dicho eso.

El barco se balancea cada vez más rápido a medida que pasa el tiempo. Acercarse a una tormenta es como meterse en una discusión. Hay algunas señales de advertencia. Las cosas se calientan. Pero luego se produce un salto. La tormenta te golpea antes de que estés preparada. Y entonces estás demasiado lejos para hacer algo al respecto, excepto atravesarla.

Todo es ruidoso. No hay nada que oír excepto el viento y las olas. No hay nada que sentir, excepto el frío intenso. Me pongo el abrigo más grueso que tengo para protegerme del frío. De vez en cuando, me parece oír un grito desde la cubierta. Pero podría ser fácilmente un eco del viento.

Tengo que recurrir a sentarme en el suelo. No se puede confiar en que mi silla no se vuelque. Enwen también se sienta. Saca algo de su bolsillo: un collar de cuentas.

Tal vez perlas.

Kearan empieza a roncar. Sé que debe tener algún problema de sinusitis, porque lo oigo por encima de la tormenta. Se despierta de repente.

—Devuelve eso.

Enwen debe ver la mirada extraña que le lanzo a Kearan. Me explica:

—Habla mucho en sueños.

Kearan se frota los ojos.

—Esta es una desagradable. Podría volcarnos.

Enwen extiende sus perlas.

—No, no lo hará. Tengo nuestra protección aquí mismo.

—Me siento *tan* tranquilo.

—Deberías. Las tormentas son un momento peligroso para estar por aquí. Algunos dicen que es el momento en que los desagradables *marinos* salen de sus dominios submarinos.

—Te refieres a las sirenas —digo.

—Seguramente sí. Les gusta esconderse en las olas. No puedes verlas en el agua cuando el mar está hirviendo y dando vueltas, pero están ahí abajo. Pateando y golpeando el barco, ayudando a que la tormenta nos hunda. Nos quieren. Quieren comer nuestra carne, hacer collares con nuestros dientes, y ahuecar nuestros huesos para hacer instrumentos que ayuden a su canción.

—Malditamente poético —dice Kearan—. Y un montón de basura. ¿Alguien te ha dicho alguna vez que no te puede hacer daño algo en lo que no crees?

La comprensión ilumina los ojos de Enwen.

—Por eso todo va a por mí.

Oculto una sonrisa tras una mano mientras Kearan saca una petaca.

Las sirenas se han ganado una gran reputación a lo largo del tiempo. Se las considera las criaturas más mortíferas conocidas por el hombre. Los narradores de las tabernas cuentan historias de mujeres de extrema belleza que viven en el mar, buscando barcos para hacerlos naufragar, hombres para comer y oro para robar. El canto de una sirena puede hechizar a un hombre para que haga cualquier cosa. Las criaturas cantan a los marineros, prometiéndoles placer y riqueza si se lanzan al mar.

Pero aquellos que lo hacen, no encuentran nada de eso. Una vez que una sirena se apodera de ti, no te suelta. Lleva a su marinero con ella hasta el fondo del mar, donde se sale con la suya. Luego le roba todos sus objetos de valor y lo deja flotando en el abismo.

Hay muchos mitos en torno a las ninfas. Casi nadie distingue la realidad de la ficción. Pero esta parte sí la conozco. Todas las sirenas a lo largo de los siglos han llevado sus tesoros robados a una isla, *la Isla de Canta*. Allí se puede encontrar la riqueza de la historia, tesoros más allá de tú imaginación.

Esto es lo que busca mi padre. Esto es por lo que estoy aquí. Esto es para lo que he sido preparada: robar otra pieza del mapa.

Cada una de las tres piezas se transmitió de padre a hijo durante

generaciones. Una viajó por la línea de Allemos, cayendo finalmente en manos de Jeskor, posiblemente ahora de Draxen. Otra por la línea Kalligan, ahora salvaguardada por mi padre. Y la última pertenece a la familia Serad. Vordan estará en posesión de esa. Con las tres piezas unidas, el portador podrá encontrar la legendaria Isla de Canta. *La Isla de la Canción*. También llamada la Tierra de las *Mujeres Cantantes*.

—No hay sirenas por ahí —le digo a Enwen—. Si las hubiera, ya estarían encantados de saltar por la borda. ¿Oyes alguna música?

—No, porque la tormenta la bloquea.

—¿Entonces la tormenta es algo bueno?

—Sí… no. Quiero decir... —Piensa en eso por un momento.

Enwen e incluso Kearan parecen demasiado nerviosos para dormir esta noche. Incluso un hombre que ha pasado toda su vida en el mar tiene razones para temerlo cuando se enfada. Pero yo no. Duermo profundamente. Escuchando su música. El mar me cuida.

Protege a los suyos.

Capítulo 5

LOS SIGUIENTES DÍAS Y NOCHES transcurren de forma muy parecida. Durante el día, Riden baja a interrogarme. Nos pinchamos el uno al otro, tratando de obtener respuestas. Rara vez sale algo de ello. También me trae la comida, pero aparte de eso, siempre estoy sola en mi celda, con un par de guardias vigilándome. Los guardias se cambian de vez en cuando, pero Kearan y Enwen son, con diferencia, los más entretenidos.

Por desgracia para Riden, los guardias no son el elemento disuasorio que seguramente esperaba. Incluso ellos tienen que dormir, y una vez que lo hacen, salgo sigilosamente de mi celda y me asomo a la nave. Como el mapa no apareció en los aposentos de Draxen, decido empezar mi búsqueda bajo cubierta, de popa a proa, y luego ir hacia arriba. Elegí este orden porque supuse que empezaría por los lugares más fáciles de buscar e iría avanzando hacia los más difíciles.

Pero nada resulta ser rápido ni fácil.

Cuando hay cerca de cuarenta hombres bajo cubierta, durmiendo, siempre hay al menos uno cada hora que necesita orinar por la noche, sin duda debido a que ha bebido mucho antes de acostarse. Me paso la mitad del tiempo escondiéndome, apretándome entre espacios reducidos, o manteniéndome absolutamente quieta mientras ellos se precipitan hacia el borde del barco y luego vuelven a sus camas.

Mi búsqueda es tediosa e infructuosa, y cada noche sólo consigo terminar una pequeña parte del navío.

En mi quinta noche a bordo, Kearan ronca con fuerza mientras Enwen cuenta monedas de oro de un pequeño monedero.

—¿Has estado jugando? —le pregunto.

—No, señorita Alosa, no me gusta apostar.

—¿Entonces de dónde sale tu dinero?

—¿Sabe guardar un secreto?

Miro con atención alrededor de mi celda.

—¿A quién se lo diría?

Enwen asiente pensativo.

—Supongo que tienes razón. —Vuelve a mirar las monedas—. Bueno, esta me la dio Honis. Esta es de Issen. Esta es de Eridale. Esta es de...

—Las estás robando. —Sonrío.

—Sí, señorita. Pero sólo una de cada hombre. Si un hombre ve que todo su monedero ha desaparecido, sabrá que alguien lo ha cogido, pero si sólo le falta una moneda…

—Supondrá que la ha perdido —digo.

—Sí, exactamente.

—Eso es brillante, Enwen.

—Gracias.

—Eres mucho más inteligente de lo que dices. ¿Sólo finges ser un tonto supersticioso para que la tripulación permanezca desprevenida?

—Oh no. Soy tan supersticioso como se puede ser.

—¿Y la parte de ser un tonto?

—Puede que exagere un poco con eso.

Me río ligeramente. Este es el tipo de hombre al que le permitiría estar en mi propia nave, si se las arreglara para reservar sus robos para personas que no fueran miembros de su tripulación.

—¿Y qué hay de Kearan? —pregunto—. ¿Cuál es su historia?

Enwen mira a su compañero que ronca.

—No se sabe mucho de él. No habla de sí mismo, pero he deducido bastante de su conversación en sueños.

—¿Qué has averiguado?

—¿Por qué lo preguntas?

—Simple curiosidad y aburrimiento.

—Supongo que no estaría de más decírtelo. Pero no le digas a Kearan que fui yo quien te lo contó.

—Lo prometo.

Enwen empieza a dejar caer sus monedas de nuevo en su bolso.

—Kearan ha estado en todo el mundo. Conoce las Diecisiete Islas por dentro y por fuera. Ha conocido a todo tipo de gente, ha realizado todo tipo de trabajos y demás. Fue un aventurero.

Así que Kearan no sólo conoce el océano, sino también la tierra.

Inusual para un pirata. Nuestras pequeñas islas están tan juntas que todos viajan entre ellas. Cada una es rica en diferentes fuentes de alimento. El comercio es frecuente y necesario entre las islas. Como tal, quien controla el mar, controla el dinero del reino.

Mi padre tolera la existencia de un monarca sobre la tierra porque no desea gobernar sobre los marineros de agua dulce. Prefiere estar en compañía de los brutos del mar. El rey de tierra paga anualmente un tributo a mi padre a cambio de dejar que sus exploradores busquen nuevas tierras en el océano.

Nadie había logrado un monopolio tan total sobre los viajes maritimos hasta que mi padre estableció su dominio. Y algún día todo ese control pasará a mis manos, por lo que deseo probarme a mí misma una y otra vez ante él. Mi tarea actual forma parte de una larga lista de hazañas que he completado.

Miro el cuerpo gordo de Kearan, su cara fea y su aspecto desaliñado en general.

—¿Estás seguro de que no está inventandoselo mientras duerme?

—Oh, sí. Puede que ahora no parezca gran cosa, pero eso es porque se ha convertido en un hombre que ha perdido mucho. Imagínese que nunca estuviera satisfecho con su vida, señorita Alosa. Imagine que viajara por todo el mundo, buscando la felicidad, buscando emociones para pasar el tiempo. Imagínese que ve todo lo que hay que ver y sigue sin encontrar la felicidad. Bueno, eso le daría una visión muy sombría de la vida, ¿no es así?

—Supongo que sí.

—No hay mucho que hacer después de eso. Kearan se gana la vida en este barco. Es un borracho feo porque le quita el dolor. No tiene deseos de vivir, pero tampoco de morir. Es una situación difícil.

—Sin embargo, eres su amigo. ¿Por qué?

—Porque todo el mundo necesita a alguien. Y no he perdido la esperanza en Kearan. Creo que con el tiempo, si se le da el espacio adecuado, se convertirá en un hombre de provecho. Y la motivación adecuada.

Sinceramente lo dudo, pero le sigo la corriente.

—¿Por qué supones que ha perdido mucho? —pregunto.

—Le oigo gritar el nombre de una mujer por la noche. Siempre la misma mujer. Parina.

—¿Quién es ella?

—Ni idea, y no pienso preguntar.

Enwen se extiende en el suelo, dando por terminada la conversación. Me ha dado mucho que pensar mientras espero a que se duerma antes de comenzar mi búsqueda nocturna. Todo el mundo tiene algo oscuro en su pasado. Supongo que nuestro trabajo es superarlo. Y si no podemos superarlo, lo único que podemos hacer es sacarle partido.

* * *

—¿Te apetece estirar las piernas?

Riden se para frente a mi celda, lanza la llave al aire y la atrapa. Llevo seis días a bordo del Rondador Nocturno. Es la primera vez que me ofrece salir de mi celda.

—¿Te gusta alardear de que tienes mi libertad en tus manos? —pregunto, mirando la llave.

—Sabes, tengo la extraña sensación de me divierto con ello.

—No debe ser muy fácil para ti divertirte, cuando sabes que puedo salir por mi cuenta.

Por supuesto, me estoy refiriendo a la noche en que me pilló saliendo a escondidas y no a todas las noches que me he escapado desde entonces.

Riden se acerca, bajando la voz.

—Desde entonces he cuidado muy bien la llave. Y si yo fuera tú, no mencionaría ese pequeño percance a nadie más. Al capitán se le metería una idea en la cabeza si lo supiera. Y no te gustarán sus ideas.

Inclino la cabeza hacia un lado.

—¿Quieres decir que no le dijiste que intenté escapar? —Es mejor reforzar la idea. Cuanto menos le diga Riden a su capitán, más cuña pongo entre Draxen y la tripulación. Podría usar ese distanciamiento más tarde. ¿Quién sabe qué más pasará mientras esté *cautiva* en el mar? Y añado—: Tal vez deberías hacerte una idea de lo que te haría si lo supiera.

—Supongo que cuento con que estará más preocupado por su propio pellejo que por dañar el mío. Ahora, te voy a dar un descanso de tu celda. ¿Lo quieres o no?

Aprecio el gesto, pero no puedo decir que confíe en él.

—¿A dónde vamos?

—Hemos dado con un barco que parece haber sido abandonado tras la

tormenta. La embarcación está un poco deteriorada, pero puede que encontremos algunos bienes rescatables a bordo. Estamos en medio del mar sin ningún lugar al que puedas ir si intentas escapar. El capitán me ha dado permiso de subirte a bordo para la búsqueda.

Me doy cuenta de que podría estar diciéndome que estamos en medio de la nada, cuando en realidad sólo estamos a un día de tierra. Es imposible saberlo. Aunque no importa de ninguna manera. Aun así, me gusta saber dónde estoy. La incertidumbre me inquieta un poco.

—Siempre estoy dispuesto a robar —digo.

—De alguna manera sabía que lo estarías.

Me deja salir. Luego se guarda la llave en el bolsillo, esta vez metiéndola en los pantalones en lugar de en la camisa.

—Vigilaré esto de cerca, así que no te hagas ilusiones.

—No tengo ni idea de lo que estás diciendo.

Me agarra del brazo y me lleva hacia las escaleras.

—¿Es necesario? —pregunto—. Ya has dicho que no tengo a dónde ir. ¿No puedo tener la libertad de caminar sin tu ayuda? —No puedo evitar añadir—: ¿O simplemente no puedes quitarme las manos de encima? Enwen me informó que estás indefenso ante mis encantos femeninos.

Riden parece despreocupado.

—Si has estado hablando con Enwen, muchacha, seguro que has aprendido que la mitad de lo que dice es cerebro de calamar.

Sonrío y me inclino en su dirección.

—Tal vez.

—Deja de sonreír y sube el culo por las escaleras.

—No se me ocurriría darte esa vista.

Ahora le toca a él sonreír con picardía.

—No tienes la opción de caminar detrás de mí. No me fío de ti. Ahora, arriba.

En la cubierta, los hombres están atando las cuerdas, agarrando sus armas, correteando. La emoción por la aventura que se avecina es casi tangible en el aire. Yo misma puedo sentir la anticipación de la caza. No soy inmune a la perspectiva de una buena diversión. Ningún pirata lo es. Es por lo que elegimos esta vida.

Porque somos buenos en ella.

Y no tenemos moral.

—Ah, Su Alteza ha decidido honrarnos con su presencia —me saluda Draxen—. ¿Qué dicen, caballeros? ¿Debemos hacer que la dama vaya primero?

Unos cuantos "sí" y una buena cantidad de risas son sus respuestas. Miro alrededor de la multitud de hombres y veo a Theris mezclado con el resto de ellos. Me mira pero no me presta ninguna atención especial. Es bueno en su trabajo.

Riden no dice nada desde mi lado. No parece molesto de ninguna manera. No es que deba hacerlo. No está aquí para cuidar de mí, y no necesito que lo haga. Está aquí para asegurarse de que no me escape, cosa que a veces hace demasiado bien. No hay mucho que temer. Todavía tengo algunos trucos bajo la manga.

—Si tus hombres son demasiado cobardes para aventurarse por sí mismos —digo—, entonces, por supuesto, estaré encantada de enseñarles cómo asegurar correctamente un barco.

Un reto y un insulto, todo en uno. *Mi especialidad.*

—Prefiero arriesgar tu vida, a la de ellos. Me voy con ustedes. Riden, tú ve con ella.

Me parece extraño que Draxen me arriesgue cuando sabe que me necesita como palanca. Sospecho que está tratando de compensar lo que pasó en mi nave. Antepuso el enseñarme una lección por encima de las vidas de sus propios hombres. Ahora está mostrando que me pone en riesgo antes que a ellos. Es una jugada inteligente. Especialmente porque es muy poco probable que alguien siga en la nave. Y, como última precaución, envía a Riden conmigo.

Aseguramos la pasarela entre los dos barcos. El barco dañado ante nosotros parece ser un buque de carga. Seguro que hay mucha comida y agua a bordo. Es su propia clase de tesoro.

La pasarela es lo suficientemente grande como para cruzarla sin tener que intentar hacer equilibrio. Probablemente podría hacerlo con los ojos cerrados. Sin embargo, su anchura es lo suficientemente pequeña como para que esté tentada de darle un pequeño empujón a Riden. Como si lo intuyera, suelta:

—Ni se te ocurra.

—Ya lo hice.

—Podría hacer que te dispararan.

—Tu arma tendría dificultades para funcionar una vez que esté mojada.

—No he dicho que tenga que ser yo quien dispare.

—Pero seamos sinceros, te gustaría tener ese placer, a ti.

Sonríe.

El palo mayor del barco se ha roto por completo. Se encuentra en un ángulo, apoyado por la barandilla en el lado de estribor. Eso asegura el barco en su lugar. Todos los botes de remos han desaparecido de la nave, lo que me lleva a preguntarme a qué distancia de tierra podemos estar. El barco todavía flota. Mantendría a los hombres bien mientras duraran sus alimentos y suministros, así que ¿por qué remar si no hay ningún lugar al que llegar?

La cubierta es un desorden disperso. Las cuerdas están tiradas al azar, algunas con nudos, otras enrolladas. Los artículos de ropa se encuentran aquí y allá, probablemente se han caído de las bolsas de sus dueños en la confusión. La madera aún está húmeda. Todo está mojado. Tenemos que estar muy atentos para no tropezar o resbalar.

—Cualquier cosa valiosa probablemente estará debajo de las cubiertas —dice Riden.

—Lo sé.

—Entonces, ¿a qué esperas?

Levanto una ceja.

—¿Me vas a hacer ir la primera?

—No puedo arriesgarme a que intentes saltarme por detrás.

—Pero no tengo un arma.

—Eso no te ha detenido antes.

No puedo evitar sonreír.

—Quiero decir, ¿cómo esperas que baje primero sin un arma?

—Estaré justo detrás de ti.

—Eso no es el consuelo que crees que es.

—Lo sé. —Sus ojos marrones están llenos de alegría.

Creo que disfruta con nuestras pequeñas riñas. Pienso en ellas como

parte de mi actuación. Estoy representando un papel. Si oculto demasiado de mí, podría sospechar que estoy planeando algo. Así que le doy la resistencia que espera. El placer que obtengo al jugar con él es una ventaja adicional. Podría haberme tocado un interrogador peor. Nunca sabré por qué no capitanea el Rondador Nocturno.

—Ve ya, Alosa —dice.

Parece que el agua gotea por todas partes. Hoy es el primer día después de la noche de la tormenta y la lluvia ha cesado. Está oscuro abajo, lo que sugiere que no hay nadie debajo de las cubiertas. Riden, siempre preparado, trajo un farolillo con nosotros. Lo enciende. Luego me lo entrega a mí.

—Sigue adelante.

Encontramos las cocinas, donde las carnes secas, el agua bien almacenada, las galletas, las verduras en escabeche y otros alimentos aptos para el mar están a salvo en sus armarios. Sin duda, todo esto será llevado al Nocturno.

Pasamos por los dormitorios. Quedan algunas mantas. El olor es mucho mejor aquí que en el Rondador. ¿Por qué los hombres de Draxen no pueden mostrar más aptitud para la higiene personal? Realmente, beneficia a todos a bordo.

Estamos a punto de pasar a la siguiente habitación cuando la luz de la vela capta algo en el suelo. Eso debe ser una espada. Es bueno saber que está ahí. Si tan solo pudiera agarrarla sin que Riden se diera cuenta, pero eso es casi imposible. Una espada sería mucho más difícil de esconder que una daga.

No hay nada más de interés en la nave. Al menos no nada que sea visible de inmediato. Es posible que haya algunos recovecos que permanezcan ocultos. Pero también es igual de probable que los miembros de la tripulación se hayan llevado algo valioso. Según mi experiencia, cuando se produce una crisis, en lo primero que piensan los hombres es en el tesoro que pueden llevarse. Los pensamientos sobre sus amigos y compañeros de barco suelen venir en segundo lugar, si es que llegan.

—Parece todo despejado —dice Riden—. Empezaré a buscar más al fondo. Por favor, ve y llama al resto de la tripulación.

—Oh, sí, voy a ir a llamar a la tripulación. De verdad, disfruto ayudando a los hombres que me han secuestrado.

—No puedo dejarte aquí abajo sola mientras voy a buscarlos. ¿Preferirías que te llevara hasta la cubierta conmigo? Sé lo mucho que te gusta que te toque.

Resoplo y subo las escaleras. Es difícil de entender. En un momento parece intentar distanciarse de mí. Al siguiente, juro que le gusto. Seguramente me mantiene alerta, igual que yo intento hacerlo con él. El juego del depredador y la presa puede ser divertido. Cuando eres el depredador, por supuesto. Es divertido restregar la victoria en la cara de tu prisionero. Los has vencido. Los has capturado. Es tu derecho. Padre dijo una vez que si puedes atrapar y encarcelar a un hombre, entonces su vida es tuya para cogerla o hacer lo que quieras. Su filosofía es que si tienes el poder de hacer algo, entonces debes hacerlo.

Una vez en cubierta, saludo a los piratas, indicándoles que todo está despejado. Sin nada más que hacer, vuelvo a bajar. Podría seguir caminando y estirando antes de que me encierren de nuevo en mi celda. No es que no tenga intención de pasar esta noche moviéndome de un lado a otro.

—Están en camino —digo al entrar en la habitación que Riden y yo revisamos por última vez: un almacén. Es entonces cuando me agarran.

A Riden lo empujan de cara a la pared, con la punta de una espada presionada contra la mitad de su espalda mientras la mano libre del portador le empuja el hombro. Ahora puedo ver que han quitado algunos paneles de la pared de enfrente. Una habitación oculta. Tres hombres están en la habitación con nosotros dos: uno mantiene a Riden donde está, y ahora dos me sujetan a mí.

—Maldita sea —me quejo—. ¿No podrías haber gritado una advertencia?

—¿Cuando me apuntan con una espada? —pregunta Riden—. Creo que no.

—¡Cállate! —grita uno de los hombres que me sujeta—. ¿Cuántos hay en tu tripulación? ¿Cuántos vendrán?

—Sesenta —contesta Riden, exagerando el número en veinte.

—¡Estrellas! —exclama el hombre que sostiene a Riden a punta de espada—. No podemos contenerlos. Y no podemos contar con que los otros regresen a tiempo.

—Entonces los usaremos como rehenes —sugiere el último hombre —. Les diremos que mataremos a los miembros de su tripulación a menos que se queden atrás. Podemos ganar tiempo.

—¿Pero será suficiente?

—Tendrá que funcionar.

—¿Pero los necesitamos a ambos? El hombre parece demasiado

problemático para lidiar con él. Yo digo que lo destripemos y nos ocupemos de la chica.

Ser subestimada siempre funciona a mi favor. Pero a veces lo encuentro ofensivo. Eso a menudo me pone violenta. Me hace cuestionar si debo permitir que maten a Riden, sólo para poder darles una paliza a los tres sin que él lo vea. No podría dejarle ver lo que soy capaz de hacerles. Odio tener que contenerme ahora.

Los hombres siguen discutiendo entre ellos mientras yo decido qué voy a hacer. Riden interrumpe mi línea de pensamiento.

—Ahora, Alosa, sería un buen momento para que emplearas la misma táctica que demostraste cuando nos conocimos.

—¿Estás seguro de que no te gustaría encargarte de esto tú mismo? Yo sólo soy, *la chica.*

—¡Deja de hablar! —grita un marinero.

Pero no les escucho. Mis ojos están puestos en Riden. Sus ojos se abren significativamente, frustrantemente. Luego se relaja.

—Por favor.

—He dicho...

Tal vez sea el hecho de que Riden recordó exactamente lo que le hice a esos dos miembros de la tripulación cuando me secuestraron de mi nave. O tal vez es que me gusta el desafío. O es la idea de mostrar a estos marineros exactamente lo que puedo hacer. Pero si soy honesta... es porque él dijo *por favor*.

Esto me impulsa a la acción de una manera que no puedo explicar. Golpeo con mi tacón el pie del marinero de mi derecha. Entonces mi mano libre se dirige a la garganta del otro marinero. Coloco una mano en la nuca de cada uno. Con uno ahogándose y el otro tambaleándose, no es complicado conectar sus cabezas. No es muy difícil.

Eso no era parte de mi rutina en el barco. Pero un poco de improvisación recorre un largo camino. Esta situación es un poco más grave. Por un lado, no es una que había planeado.

Sólo queda el hombre de la espada. Permanece donde está, aunque sus ojos se han ampliado considerablemente.

—Quédate donde estás o lo mato.

Pongo los ojos en blanco.

—Adelante. Me ahorrarías la molestia.

No sé si debería reírme o no de su confusión.

—¿Qué?

—Estoy prisionera de esos piratas. Si dices que vienen más de tus hombres, entonces puedes ayudarme. Podemos usarme como intercambio, como se sugirió antes.

Mira a sus compañeros caídos.

—Lo siento. No me gusta que me retengan contra mi voluntad. Ahora, por favor. Di que me ayudarás.

El marinero se centra en Riden, lo que me da la distracción que necesito para alcanzar mi bota.

—¿Es cierto lo que dice la chica?

—Confía en mí. La chica es más problemática de lo que vale, y no puedes creer nada de lo que dice. Sería mejor que la mataras ahora.

Veo que el sudor cae por la cara del marinero. La mano de su espada tiembla.

—Ya está bien. —Gira su cuerpo hacia mí mientras mantiene su espada sobre Riden—. Yo...

La daga vuela recta y segura, encontrando su lugar en el pecho del marinero. Gracias a las estrellas que aún la llevaba encima. El truco de la daga escondida en el libro es uno que nunca tomaré a la ligera si alguna vez tengo que volver a ser secuestrada intencionadamente. Y era una maravilla que Riden no me hubiera revisado en busca de armas cuando me encontró merodeando por el barco aquella noche.

Riden se pone de pie. Su boca está ligeramente entreabierta, sus ojos au mas abiertos.

—Pensé que... pensé...

—Pensaste que me había vuelto contra ti. Probablemente debería haberlo hecho, pero bueno. Demasiado tarde para eso.

Me acerco a donde está Riden cuando los demás entran en el almacén.

—¿Qué ha pasado aquí? —pregunta Draxen. No parece ni preocupado ni molesto por los cuerpos en el suelo.

Espero a que Riden me venda para salvar su propio pellejo. Podría decirle fácilmente a Draxen que lo dejé morir, diciéndole a los piratas que

subieran a bordo cuando hubiera una emboscada. Sería un poco inverosímil, teniendo en cuenta que sólo había tres hombres a bordo. Pero aún así es plausible.

—Fue un descuido mío —dice Riden—. Pensé que el barco estaba despejado. Le dije a la muchacha que subiera y los trajera. Entonces salieron de una habitación oculta. Me ocupé de ellos.

—¿Perdón? —protesto. Él se está tomando el crédito por mis muertes. No es que necesite que Draxen sepa que soy capaz. De hecho, probablemente sea mejor que Draxen piense que no lo soy. Riden ignora mi arrebato.

—Creo que te gustará lo que te espera en la sala oculta.

Eso me distrae. Miro por encima del hombro de Riden y veo tres cofres llenos de monedas. Podría haber fácilmente más detrás de otros paneles. Los ojos de Draxen arden mientras lo mira fijamente. Él solo avanza, haciendo un balance de todo.

—Son contrabandistas —continúa Riden—. Parece que acaban de entregar su carga, sea lo que sea. Sospecho que después de la tormenta, la mayor parte de la tripulación se fue para conseguir un nuevo barco y volver aquí. No iban a dejar toda esta riqueza atrás. Estos hombres se quedaron aquí para custodiarla. Probablemente no los habría encontrado si no hubiera escuchado a uno de ellos moviéndose a través de la pared.

—Sí, sí —dice Draxen. Dudo que haya escuchado una palabra de lo que su hermano ha dicho. Sigue mirando a la pared—. Lleva a la chica de vuelta. Los hombres y yo nos encargaremos de esto. Tenemos que ser rápidos antes de que el resto de su tripulación regrese. —Casi como una idea tardía, añade—: Bien hecho, hermano.

Riden asiente.

Y así es como vuelvo al calabozo.

* * *

Abre mi celda y me empuja dentro.

—¿Qué estás haciendo? —pregunto.

—Siguiendo órdenes.

—Pensaba que ya habíamos dejado eso de arrastrarme. ¿No hemos establecido que puedo caminar por mi cuenta?

Riden está de pie en la apertura de mi celda. Todavía no me ha encerrado, pero no me mira. Está mirando al suelo.

—¿Por qué lo hiciste?

—¿Hacer qué?

—Me has salvado.

—Sí, y luego te has atribuido el mérito. ¿Qué clase de agradecimiento es ese? Eso fue un maldito insulto. Debería...

—Eso fue por tu bien.

Estoy demasiado llena de energía para sentarme. Suelo estarlo después de una pelea, si no me agoto hasta el punto de desmayarme. Padre me hizo hacer eso en varias ocasiones para que supiera lo que se siente al agotarse, para que pudiera ser consciente de mis propias fuerzas. Es importante saber cuánta energía tengo, por si correr se convierte en la mejor opción. Pero hasta ahora nadie, excepto mi padre, ha sido capaz de desgastarme hasta el punto de perder el conocimiento.

—¿En qué sentido, exactamente, me beneficia eso?

Riden se pone muy serio.

—No sé lo que estás haciendo. Lo que sí sé, es que tuviste la oportunidad de escapar de nosotros allí, y no la aprovechaste. Y evitaste que me mataran cuando no tenías ninguna razón para hacerlo. Ahora eso me deja con dos opciones. O no eres tan despreciable y despiadada como tus acciones anteriores sugieren. O tienes algún tipo de motivo oculto para mantenerme vivo y permanecer en esta nave.

—Todavía no veo cómo el hecho de que reclames mis muertes es una bondad en mí nombre.

Riden cree que estoy tramando algo, ¿eh? Supongo que tendré que mejorar mi actuación. Tengo que librarle de esa idea.

—No conoces a mi hermano. Así que permíteme que te explique algo. Si cree que estás tramando algo, te matará. Ahora te debo mi vida. Así que considera mi silencio como parte de mi pago.

—No hay nada que callar. Estás pasando por alto una tercera opción, Riden.

—¿Y cuál es?

—Me estaba cuidando a mí misma. No había ninguna garantía de que pudiera confiar en esos hombres. Si se enteraban de quién era, podían intentar utilizarme como moneda de cambio, igual que tú, sobre todo si son contrabandistas, como sospechamos. Y si te pasara algo, Draxen haría que alguien más me interrogara. Y es muy probable que le odie más que a ti.

Riden me observa. No parece divertido. No hay gratitud. Nada de nada. ¿En qué está pensando? Finalmente, dice:

—Supongo que no pensé en eso. Claro que debería haber considerado que tu única preocupación era por ti misma.

—Soy una pirata —le recuerdo.

—Sí. Sólo que no sé si eres una buena pirata o una pirata *realmente* buena.

—No estoy segura de saber qué significa eso.

—Que sepas que, sea lo que sea lo que me ocultas, lo descubriré.

El tintineo del metal tiene un ritmo constante. No el de las espadas, sino el de las cadenas. Conozco bien el sonido, ya que he pasado mucho tiempo practicando cómo salir de ellas. Al oírlo, Riden se adelanta y me encierra en la celda. ¿Decidió que nuestra conversación había terminado, o no quiere que Draxen lo vea hablando conmigo a través de una puerta abierta?

Draxen y dos piratas -uno que nunca había visto antes y el tercer pirata que ayudó a bajar mis cosas con Enwen y Kearan- conducen a dos de los contrabandistas, que están atados con grilletes, por las escaleras. El golpe en la cabeza que les di no debió ser suficiente para matarlos. Es una lástima para ellos, porque la muerte probablemente habría sido mejor que lo que los piratas pudieran tener reservado.

Puede que yo también sea una prisionera, pero me necesitan viva y con buena salud si esperan un rescate de mi padre. Estos dos contrabandistas, sin embargo, no necesitan ser intercambiados. Tampoco necesitan información de ellos porque el oro ya ha sido encontrado. El hecho de que los hayan traído a bordo vivos, sólo significa, un desastre para ellos.

—¿Qué es esto? —pregunta Riden.

—Ulgin se está poniendo un poco inquieto —dice Draxen—. Pensé que esto, le vendría bien.

Riden asiente, aunque no parece contento con lo que sabe que va a pasar a continuación. Sin embargo, abre una nueva celda lejos de la mía. El pirata que supongo que es Ulgin conduce a los contrabandistas al interior.

—Y yo he bajado a recogeros —continúa el capitán—. Con nuestro afortunado hallazgo y todo, me imagino que a los hombres les vendría bien un día de paga en tierra. Hay mucho oro para gastar. Quiero que supervises la distribución de la parte de cada hombre. Deberíamos estar en la orilla al anochecer.

Sabía que estábamos cerca de tierra, a pesar de los engaños de todos. Los contrabandistas que dejaron a sus compañeros a bordo de su barco destrozado, habrían tenido que tomarse el tiempo necesario para encontrar un nuevo barco y luego localizar hacia dónde se había desviado el anterior. No es de extrañar que aún no hayan vuelto. Y es una suerte para Draxen y su tripulación que hayan tropezado con él.

—¿Qué vamos a hacer con la princesa?

—Nada en absoluto. Por eso traje a Sheck aquí. Él la cuidará hasta que lleguemos a tierra.

—¿Es eso realmente tan buena...?

—Creo que se lo ha estado pasando demasiado bien, Riden. Es hora de recordarle quiénes somos. No sé por qué elegiste a Kearan y Enwen, de toda la tripulación, para supervisarla principalmente. Si no tuvieran sus talentos particulares, los habría tirado por la borda hace tiempo. Son unos malditos inútiles.

Riden parece querer discutir. Muy a su pesar. Pero no lo hace.

—Vamos a ver el oro, entonces —dice en su lugar.

Por primera vez vuelvo mi atención a Sheck. Y casi salto. Está pegado a los barrotes, mirándome con hambre. Siento como si las ratas se arrastraran por mi piel. En realidad, creo que preferiría que las ratas se arrastraran por mi piel.

Cuando era pequeña y me enfrentaba a un nuevo reto cada día, buscaba la ayuda de mi padre. Me instruía y luego me enviaba al pozo de fuego, en sentido figurado. Siempre me quemaba. Y aprendí rápidamente que acudir a él en busca de ayuda era inútil. Nunca me ayudó. O tenía éxito o sufría las consecuencias del fracaso. No había alivio. Mucho tiempo después, puede que me diera algún consejo y ánimo. A veces incluso consuelo. Pero en el momento, no había ayuda. No pasó mucho tiempo hasta que aprendí a dejar de acudir a los demás en busca de ayuda. Nunca es una opción, así que ni siquiera pienso en ello.

Por eso, cuando me enfrento al pirata de sangre caliente, mi primera respuesta no es mirar a Riden. O pedirle a Draxen que alguien más me proteja. No, manejo mis problemas solo porque así son las cosas.

—No hay ningún problema, ¿verdad, Alosa? —pregunta Draxen. Su mueca está llena de veneno.

—Nunca he tenido un problema que no pudiera manejar yo misma.

Capítulo 6

AUNQUE EL TIEMPO QUE PASÉ con Sheck y Ulgin fue sólo de unas horas, me pareció mucho, mucho más largo.

Empezó con Sheck caminando de un lado a otro frente a mi celda, sin dejar de mirarme. De vez en cuando metía la mano por los barrotes, como si pudiera agarrarme. Intentaba obtener una respuesta de mí. Verme con miedo. Nunca le di la satisfacción. Me quedé en un extremo de la celda todo el tiempo. Aunque estaba cansada y me habría venido bien dormir antes de salir a escondidas de mi celda esta noche, no me eché la siesta. No podía arriesgarme a removerme mientras dormía, quedando al alcance de las manos escrutadoras de Sheck.

Pero eso no era lo único que me impedía dormir. También estaban los gritos. Ulgin, al igual que Sheck, no es un pirata complicado de entender. Cada pirata tiene su vicio. Para algunos es la bebida, para otros el juego, para los que, como Sheck, obtienen un placer retorcido de una mujer que forcejea.

Pero para Ulgin, es ver el dolor en los demás. Así que me senté, de espaldas, mientras Ulgin torturaba a esos contrabandistas hasta la muerte.

Draxen tiene hombres viles en su grupo, pero no me sorprende ni me molesta. Mi padre tiene hombres mucho peores a su disposición. Sé que algunos de ellos disfrutan del sabor de la carne humana, directamente de un cuerpo vivo.

No tengo tales criaturas dentro de mi propia tripulación. Valoro otros atributos por encima de la afinidad por la tortura y el poder sobre los más débiles que uno mismo. Valoro las mentes brillantes, las almas honestas y los que tienen una larga resistencia. Forjo relaciones basadas en la confianza y el respeto mutuo, no en el miedo y el control.

La empatía por la vida humana es algo que mi padre intentó sacarme a golpes. Él cree que lo consiguió. La mayoría de la gente lo hace. Y aunque puedo matar a hombres malvados sin sentirme culpable, el sufrimiento de los demás me duele tanto como a ellos. *Duele*, pero puedo soportarlo. Las cosas malas le ocurren a gente que quizá no merezca ese castigo. El mundo sigue adelante. Yo continúo. Porque, por lo menos, soy una superviviente. Así que miro con alivio a los contrabandistas muertos. Su dolor ha desaparecido por fin.

Poco después, Riden baja con dos piratas que no conozco.

—Ya te has desahogado, Sheck. Ve a tierra con todos los demás. Tú también puedes, Ulgin, cuando hayas limpiado esto. —La postura de Riden es

rígida, y mira a Sheck con tanto asco que me sorprende que su tono no refleje sus sentimientos.

Sheck no ha dicho una palabra en todo el tiempo que lleva aquí abajo. Me pregunto si puede hablar. Me mira de arriba abajo una última vez, como si memorizara cada parte de mí. Luego desaparece de la vista. Riden se vuelve hacia mí, con el rostro inexpresivo.

—Estos son Azek y Jolek. Te cuidarán mientras yo también voy a tierra. —Se acerca a los barrotes, tratando de salir del alcance de todos los demás—. Sé que debo esperar algún tipo de intento de fuga de tu parte, ya que estamos tan cerca de la orilla y todo eso. Así que déjame ahorrarte la molestia. Hay cinco hombres vigilando el barco en la cubierta. Saben que deben tenerte controlada.

Se oye un sonido de deslizamiento; Riden y yo nos giramos para ver a Ulgin arrastrando una sábana cubierta con los cuerpos de los contrabandistas fuera del bergantín. Riden me mira entonces, y puede que sea la mala iluminación, pero juraría que sus ojos están más húmedos que de costumbre. No está cerca de las lágrimas, pero podría estar sintiendo... *algo*.

—Lo siento —susurra. Y luego desaparece.

Se disculpa como si lo de Sheck y Ulgin fueran de alguna manera culpa suya. O tal vez se disculpa por alguna otra razón. Nunca sé con Riden. A veces parece que está tratando de ayudarme. Otras veces, obviamente está haciendo todo lo contrario. Me entregó a Sheck y Ulgin, pero nunca me ordenó que le diera mi daga. Sé que me vio quitársela al contrabandista muerto en la nave. ¿Se le olvidó? ¿O quería que la tuviera mientras estaba bajo cubierta con esos dos?

De cualquier manera, todavía no sé qué hacer con Riden. No importa en este momento, de todos modos. Tengo un problema más urgente. Él asume que trataré de escapar de este barco de alguna manera. Ya sospecha que estoy tramando algo. Que soy más que una simple prisionera en esta nave. Sabe que estoy ocultando algo. Lo que significa qué si quiero mantener las apariencias, tendré que escapar de la nave.

Entonces que me atrapen a propósito.

Oh, las cosas ridículas que uno tiene que hacer cuando es una pirata.

Los dos tipos a los que se les ordenó vigilarme están sentados frente a mi celda, jugando a los dados. Supongo que como no se les permite bajar a tierra y gastar su dinero, la siguiente mejor opción es jugar. A mí también me gusta jugar, pero no con dinero.

—Los seises ganan a los sietes, ¿no? —pregunta Azek.

—Los seis sí. Pero los nueves les ganan a todos —dice Jolek.

—¿Entonces cómo es que tienes más puntos que yo?

—Porque soy mejor con los números.

Sinceramente, no parece que ninguno de los dos sepa contar muy bien. Pero cada vez que el otro empieza a ponerse por delante, estalla una discusión similar. Ambos están tan concentrados en el juego que no me prestan ninguna atención, lo que funciona perfectamente en mi beneficio.

Vuelvo a una de mis bolsas, la que contiene los libros, y saco un libro sobre navegación, otra materia que domino. En el lomo de este libro están mis ganzúas.

El hecho es que cada vez que me escape de mi celda y me atrapen, Riden se empeñará en saber cómo lo he conseguido. Mi truco de intercambio de llaves estaba destinado a funcionar sólo hasta que él intentara usar la llave falsa. Ahora tengo un segundo método para salir de mi celda, que he estado utilizando durante los últimos días. En realidad, ha sido bastante fácil, ya que Kearan y Enwen se duermen rápidamente, y los ronquidos de Kearan enmascaran el chasquido de la cerradura. Azek y Jolek no levantan la vista hasta que la puerta cruje al abrirse. Se levantan de sus sillas y me miran fijamente.

—No pensé que pudiera hacer eso —dice Azek.

—No piensas —dice Jolek—. Sólo finges hacerlo.

En lugar de dejar que hagan el primer movimiento, agarro a cada hombre por la nuca. *Es más fácil golpear que esquivar*, dice mi padre. Utilizo el mismo truco de chocar las cabezas que hice en el barco de contrabando. Tengo cuidado de no romperle el cuello a ninguno de los dos, aunque sólo sea por el hecho de que no me han mirado de reojo como lo hizo Sheck.

La cubierta está casi vacía cuando subo. Puede que haya un par de tipos apoyados en la barandilla cerca de la proa del barco. Me pregunto si Riden se limitó a exagerar el número de hombres que estarían vigilando el barco o si algunos de los piratas abandonaron sus puestos. Quedarse atrás nunca es la primera opción de un pirata cuando hay oro que gastar.

Puedo ver la orilla más adelante. No está lejos, pero todavía necesito un bote.

—¿Abandonas tu misión? —me pregunta una voz desde atrás.

Me doy la vuelta y encuentro a Theris de pie, despreocupado, con una moneda entre dos de sus nudillos. Mirando hacia la proa de la nave, observo que los demás hombres de la cubierta aún no se han fijado en mí.

—Tengo asuntos en tierra —respondo rápidamente.

—¿Terminaste lo que te enviaron a hacer aquí, entonces?

Me cuesta mantener la voz baja cuando lo único que quiero hacer es arremeter contra él.

—No, y no es que sea de tu incumbencia. Volveré pronto.

—Tengo mis órdenes, y estar pendiente de ti, es una de ellas.

Maldito sea mi padre. ¿No puede confiar en mí para hacer esto sola?

—Eso está bien, pero no necesito ni quiero tu ayuda, así que apártate de mi camino.

—Haré algo mejor que eso. Distraeré a los hombres para que puedas desembarcar sin que se note.

—Eso no es necesario...

—Lo haré de todos modos.

Miro al cielo. Luego alcanzo la polea para bajar un bote de remos.

—¿No vas a nadar? —pregunta Theris.

Miro por encima del hombro, entrecerrando los ojos.

—¿Por qué iba a hacerlo?

—Habría pensado que sería más fácil para ti. ¿No es así?

¿Qué sabe o cree que sabe sobre mí? ¿Cuánto le ha contado mi padre?

—Pensé que distraías a los hombres por mí.

—Y yo pensaba que no necesitabas mi ayuda.

Le ignoro una vez que oigo el ligero chapoteo del bote al posarse en el mar. Sus pasos finalmente se alejan mientras me bajo con otra cuerda. Apartando a Theris de mi mente, empiezo a remar. No es mi actividad favorita. Cuando voy a tierra con mi tripulación, siempre hago que otro lo haga.

Tales son los privilegios de ser capitana.

No pueden haber pasado más de unos minutos cuando llego a la orilla. Es de noche y no hay nadie patrullando el muelle. Menos mal, porque no llevo dinero encima. No es que no pueda conseguirlo. Pero eso requiere tiempo y un poco de planificación.

Me ciño el abrigo con más fuerza. El aire de la noche es fresco, como es típico durante el otoño. Algunas de las islas más meridionales de Maneria experimentan temperaturas cálidas durante todo el año, pero aquí, en el noreste, los vientos y las aguas son siempre fríos, salvo cuando estamos en pleno verano.

Me desplazo hacia el interior, intentando hacerme una idea de dónde estoy. Sé que cuando me cogieron, estaba a más de dos días de viaje desde el lado sur de Naula. Llevamos sólo unos siete días en el mar. Podríamos haber dado la vuelta al otro lado de la isla. Inteligente, sí. La mayoría supondría que después de un secuestro, los autores querrían alejarse lo más posible de donde tuvo lugar el crimen.

Mi padre debe haber recibido la noticia de que logré subir a bordo del *Rondador Nocturno*. Estoy segura de que querrá un informe pronto. Podría escribirle ahora, ya que estoy en tierra. ¿Quién sabe cuándo volveré a tener una oportunidad así? Además, es mejor esperar un tiempo antes de dejar que los piratas me atrapen intentando *escapar*. No puedo hacer que parezca que me he escapado con demasiada facilidad.

No quería dejar que Theris me entregara. Sé que el objetivo de esta pequeña aventura paralela es que me atrapen, pero dejar que Theris lo haga sería como usar su ayuda. Y no voy a hacer eso.

Continúo dirigiéndome hacia el interior. Habrá alguien trabajando para mi padre en el barrio pirata de la ciudad. Siempre lo hay. Padre tiene un hombre en cada ciudad portuaria importante, en todas las Diecisiete Islas. El truco será averiguar quién es. Puedo usar la señal que intercambian los hombres al servicio de mi padre. Pero lo más difícil será saber cómo puedo señalar al hombre de mi padre sin que me atrapen primero todos los piratas de la tripulación de Draxen, que probablemente también estén allí.

Mientras camino por las calles de la ciudad, empiezo a sentir un cosquilleo en la nuca. *Me están siguiendo.*

¿Es un miembro de la tripulación de Draxen? No me gustaría que me atraparan ya. Pero no sería lo peor del mundo si Padre no recibiera una carta mía. Siempre y cuando no sea Theris tratando de vigilarme. Empezaré a tomar represalias violentas, si se entromete demasiado.

Miro detrás de mí despreocupadamente, como si sólo estuviera observando el cielo nocturno o alguna otra cosa que me haya llamado la atención. Definitivamente hay una figura en las sombras. Quizá más de una.

Estamos parados entre dos casas de la ciudad. No estoy en la calle, sino en una zona de césped que separa las dos viviendas. La hierba está húmeda, ablandada por las lluvias de los últimos días. No llevo ningún arma,

salvo el puñal que escondo en la bota. No pueden ser muchos, si no los habría visto antes. Es probable que pueda con ellos. Es mejor arriesgarse.

Me palpo los bolsillos, como si me diera cuenta de que he olvidado algo. Doy vueltas en la hierba húmeda, haciendo un ligero ruido de chirrido con mis botas. Esto acentúa mi despreocupación. No intento ser silenciosa. Mis seguidores no creerán que los he descubierto.

Empiezo a caminar de vuelta en la dirección de la que vine. Cuando llego a las esquinas de ambas casas, salto hacia las sombras de la izquierda. Justo donde la escasa luz de la luna está bloqueada por el techo del edificio.

—¡Ah! —grita una voz de mujer. Le pongo las manos en la boca, deteniendo el grito. No podemos permitir que todo el mundo en esta parte de la ciudad se despierte y nos descubra.

—Mandsy, ¿eres tú? —pregunto.

—Hola, capitana.

Suspiro y miro hacia el cielo, aunque nadie puede ver el movimiento.

—Muy bien. Salgan. Todos ustedes.

Son tres, los tres miembros de mi tripulación que vi no hace mucho: Mandsy, Zimah y Sorinda. Me siento aliviada de que hayan llegado a tierra sanas y salvas, pero no dejo que se note.

—Te dije que iba a verte —le dice Zimah a Mandsy—. Eres terrible para permanecer oculta. Y callada. —Se encuentra con mi mirada sólo un momento antes de bajarla al suelo, avergonzada por haber sido sorprendida en tierra cuando se supone que están en el barco.

—¿Qué estáis haciendo aquí? —pregunto.

—Te hemos estado siguiendo —contesta Mandsy, sonriendo ampliamente. Sus dientes brillan ahora que ha salido a la luz de la luna—. Zimah, te ha estado siguiendo. Estábamos preocupadas, capitana. Sólo queríamos asegurarnos de que estabas bien. Odio la idea de que estés atrapada a bordo con ese grupo.

—Cómo puedes ver —digo—, estoy bien. Realmente, esto fue una imprudencia de tu parte. ¿Y si te vieran los hombres de Draxen? Podrías haber descubierto mi tapadera.

—Tuvimos cuidado. Nadie nos vio, con Zimah aquí.

—Yo te vi.

—Eso es porque no nos esforzamos demasiado en escondernos de ti

—dice Zimah a la defensiva, como si se pusieran en duda sus habilidades—. Queríamos hablar con usted. El barco se siente solo sin usted, capitana.

No puedo evitar sonreír.

—Supongo que debería haber esperado esto de ustedes dos. Pero, Sorinda, ¿qué en todos los mares de Maneria estás haciendo aquí?

Callada como la muerte, Sorinda finalmente habla.

—Niridia me ordenó venir con ellas.

Sorinda es la mejor espadachina de mi tripulación. Es una excelente asesina. Y desde que está en mi tripulación, una excelente protectora también.

—¿Lo que significa que Niridia está con el barco cerca?

Niridia es mi primera al mando y confidente de confianza. La hice capitana temporal de mi barco mientras yo iba a mi misión a bordo del *Rondador Nocturno*.

—Sí.

Pongo mi cabeza en mis manos.

—Estoy perfectamente bien. Todas vosotras están siendo descuidadas.

—¿Cómo es, capitana? —pregunta Mandsy—. ¿Estar en el barco de ese señor pirata? ¿Te tratan bien? Nadie te ha puesto las manos encima, ¿verdad?

—No —miento—. Y habrá mucho tiempo para contar historias más adelante. Por ahora debes informar a la *Ava-lee*. Y le dices a Niridia que le ordeno que lleve la nave al puesto de control y me espere allí. Nada de seguirme. Lo digo en serio.

Miro a cada una directamente a los ojos. Mandsy asiente débilmente, mientras que Zimah parece decepcionada. Sorinda hace como si no le importara nada. Pero siempre pone esa cara.

—Sí, capitana —dice Mandsy con un suspiro—, pero, de todos modos, ¿qué haces aquí? ¿Por qué no estás en la nave? ¿Hay algo en lo que podamos ayudar? —No puede ocultar la impaciencia y el entusiasmo en su voz. Así es Mands. Siempre optimista y dispuesta a ayudar. A veces vuelve malditamente loca al resto de la tripulación.

—No, estoy jod… esperando. En realidad, sí puedes. Necesito llevarle un mensaje a mi padre.

—¿Cuál es? —pregunta Zimah. Ella tiene una memoria perfecta. Puede recitarme minutos de una conversación que haya escuchado una sola

vez.

—Dile que nuestros planes para subirme a bordo del *Rondador Nocturno* han ido perfectamente. He empezado a buscar el mapa. Nadie sospecha de mí. Creo que Draxen ni siquiera sabe que el mapa está a bordo de su nave, ya que no lo esconde en sus aposentos. Buscar en el resto de la nave no debería llevarme mucho tiempo. Prepárate en el puesto de control. Te llevaré la nave pronto.

—Entendido —asiente Zimah—. ¿Algo que quieras que transmitamos a la tripulación?

—Díganles que los extraño a todos y que estaré en casa pronto. —Me alegro de oírlo —dice Mandsy.

—Sí, sí, ahora iros. Y daos prisa.

—Sí —obedecen de inmediato, y se apresuran hacia la orilla.

Una parte de mí desea ir con ellas. Otra parte todavía está ansiosa por la caza, por el juego de encontrar el mapa. Anhelo la victoria de conseguir algo tan importante para mi padre. Estará muy contento cuando vuelva. Y me alegro de que avisar a mi padre haya sido más fácil de lo que esperaba.

Ahora puedo pasar a la parte de ser atrapada. Debería ser bastante sencillo una vez que encuentre a la tripulación de Draxen. Lo difícil será hacer que parezca un accidente. Seguramente sospecharán si simplemente me entrego a ellos. Lo último que necesito es que Riden sienta más curiosidad por mis intenciones. No estoy demasiado preocupada, pero tampoco soy descuidada. Puede que haya mentido a mi padre en mi mensaje sobre que nadie sospecha de mí, pero Riden es bastante sencillo de tratar. Padre no necesita saber de él.

Paso por las grandes fincas donde viven los ricos, y tengo que reprimir el impulso de ir a husmear entre sus objetos de valor. Por un lado, tendrán muchos hombres dentro, protegiendo sus riquezas de todos los piratas que hay en este puerto. (Gracias al régimen de mi padre, siempre hay varias tripulaciones en cada ciudad portuaria, que se detienen a gastar su botín). Ese desánimo no tiene ningún efecto sobre mí, salvo que sé que el robo requerirá más tiempo y planificación, que no tengo.

Y, en segundo lugar, no tendría un lugar donde esconder esos objetos de valor después de cogerlos. Riden seguro que se daría cuenta y me robaría una nueva gema del cuello.

Finalmente, llego a la sección más escandalosa de la ciudad, la que está despierta cuando el resto de la ciudad duerme. Se nota que es de los más desagradables, porque es muy ruidosa. La música sale por las ventanas hacia

las calles.

Suenan disparos. Hombres y mujeres ríen. Las mesas se vuelcan. Las calles se llenan de la luz de los faroles.

Aquí se puede cometer cualquier delito, y la ley de la tierra no puede tocarnos. Es parte del trato que mi padre tiene con el monarca de la tierra. Los piratas obtienen un distrito en tierra, libre de las cargas de la ley, y mi padre no hará explotar los barcos excavadores.

Sé al instante cuando estoy en el lugar correcto. Hay una taberna a un lado de la calle, un prostíbulo al otro. Aquí es donde la mayoría de los piratas van a gastar su botín. Son hombres de placeres sencillos. Yo también disfruto de una buena petaca de ron de vez en cuando, pero también me complacen las recompensas más duraderas. Gasto mis ganancias en buena ropa y pintura facial. La apariencia es importante. Pago por información sobre los grandes jugadores de las distintas islas. Me gusta conocer gente nueva y aprender sus historias. Los realmente interesantes se convierten en miembros de mi tripulación. Pero, en última instancia, siempre busco ganarme la aprobación de mi padre, consolidarme como su heredera y convertirme en la reina de los ladrones del mar. No puedo imaginar nada más divertido que humillar a los estirados nobles de tierra mientras cruzan el océano. *Mi océano*.

Me acerco primero a la taberna, ya que es mucho menos probable que los hombres del prostíbulo se fijen en mí mientras se dedican a sus actividades. Ahora, ¿cómo ser atrapada sin que sea demasiado obvio?

Me aproximo a un lado de la taberna y miro a través de una ventana cubierta de mugre. Está llena, y puedo ver a varios miembros de la tripulación de Draxen. Están sentados en las mesas, bebiendo, apostando y hablando. Observo que Draxen no está aquí. Probablemente esté en el prostíbulo. Riden debe estar allí, también... Espera, Riden, está aquí.

Lo veo en la parte de atrás, en una mesa con un grupo de hombres. Tiene una mano llena de cartas y la otra rodea a una mujer sentada en su regazo. Se me escapa un bufido. Y dijo que no pagaba por la compañía femenina. Aunque entrecierro los ojos, acercándome a la ventana sin llegar a tocarla. No está vestida como una puta. Su cara no está extravagantemente pintada…

Las puertas de la taberna gimen al abrirse de par en par. ¡Estrellas!, debería haber prestado atención a la puerta. Un cuerpo viene caminando hacia la parte donde me encuentro. Tras unos instantes, lo reconozco como Kearan. Tal vez *caminar* haya sido un término demasiado generoso. Más bien, *tropezando*. El gran zoquete pasa zigzagueando junto a mí. Luego se detiene, apoyándose en la pared.

Es hora de actuar.

Me pellizco las mejillas para enrojecerlas. Muevo la cabeza hacia abajo, revolviendo mi pelo. Añadiendo un ligero temblor a toda mi persona, me precipito hacia delante, apoyándome en la pared justo al lado de él.

—Kearan. Tienes que ayudarme. Por favor. Ayúdame a salir de aquí. —Gira ligeramente la cabeza en mi dirección, pero no dice nada.

—Por favor —vuelvo a decir—. Sé que en el fondo no eres un mal hombre. Por favor, sácame de aquí.

Mi intención es que asuma que he perdido la confianza. Se supone que debe llevarme de vuelta a la nave. En lugar de eso, vomita y se desploma en el suelo.

No debería sorprenderme.

Es entonces cuando me agarran por detrás. ¡Oh, excelente! Me preocupaba tener que...

Siento un aliento caliente en mi oreja. Huele a ron. Un pecho en mi espalda sube y baja rápidamente. Entonces se me ponen los pelos de punta cuando una lengua húmeda empieza en la esquina de mi barbilla y sube por mi mejilla.

Joder, es Sheck. ¿Por qué tiene que ser él quien me atrape?

Me rodea con los dos brazos, sujetando los míos contra mis costados. Espero que me dé la vuelta, que me lleve hasta Riden o Draxen. Pero no lo hace. Me empuja contra la pared de la taberna. Siento una mano en la parte baja de mi espalda, bajando. Sheck no tiene intención de llevarme de vuelta con Riden, al menos de inmediato. Y yo no tengo intención de esperar hasta que él esté listo.

—Vas a querer soltarme inmediatamente —le digo, dándole una oportunidad para que se aleje, aunque no la merezca.

No Contesta. ¿Y por qué debería hacerlo? Es más bestia que hombre. Salto en el aire y aprieto los pies contra la pared, dándole un buen empujón. Sheck trata de agarrarse. Pero sus opciones son soltarse de mí o caer de culo. Sorprendentemente, elige lo segundo.

Mi cuerpo no tiene suficiente peso para dejarle sin aliento, pero estoy segura de que la caída tuvo que dolerle. Esto me reconforta un poco. Intento rodar para alejarme de él, pero su agarre es demasiado fuerte. Me doy cuenta de que ha hecho esto muchas, muchas veces antes.

La idea me estimula. Levanto la cabeza todo lo que puedo, forzando

el cuello. Luego la envío hacia atrás. Noto cómo su nariz choca con la parte posterior de mi cabeza con un fuerte crujido. Eso es lo que finalmente le hace aflojar su agarre. Me pongo en pie un instante después, pero antes de que pueda dar un paso, Sheck me rodea el tobillo con una mano. Me giro y le doy una patada en la cara con el pie libre.

Su rostro es ahora un desastre sangriento. No puedo distinguir su nariz, sus ojos ni su boca. No puede seguir sintiendo el calor del deseo en su estado, ¿verdad? Espero que no, pero tengo que asumir lo peor de la gente en mi trabajo. Además, algunos hombres reaccionan al dolor. Es probable que Sheck sea uno de ellos.

Kearan gime desde donde yace en el suelo, desmayado en su propio vómito. Huele más mal que Sheck. Pero no necesito tocarlo, sólo la empuñadura de su espada. Podría coger la daga de mi bota, pero usarla en este momento requiere un contacto cercano, y no quiero estar cerca de Sheck nunca más.

Oigo un gruñido detrás de mí. Es el primer sonido que le oigo murmurar a Sheck. Es un sonido feo y asqueroso que me hace querer correr, pero he luchado contra ese impulso toda mi vida. He tenido que hacerlo. Ha sido la única manera de impresionar a mi padre. Además, este hombre merece morir, y con gusto seré yo quien lo haga. Agarro el alfanje y me giro. Sheck no tiene la espada desenvainada. Probablemente no esté acostumbrado a que las mujeres luchen en lugar de intentar huir.

Creo que ni siquiera se da cuenta de que tengo un arma en la mano hasta que le apuñalo en el estómago con ella. Grita, sin dejar de moverse. No es ni la mitad del dolor que se merece por el tipo de vida que ha llevado, pero es suficiente para hacerme sentir un poco mejor. No espero más que un par de latidos antes de retirar el arma y apuñalarlo de nuevo, esta vez más arriba, hacia su corazón. Intenta retorcerse bajo su peso, pero eso sólo hace que su sangre salga aún más rápida. Muere en cuestión de segundos.

Respiro profundamente antes de dejar la espada junto a Kearan. Un monstruo menos en el mundo. Pero todavía necesito que me atrapen. No debería ser tan difícil permanecer como prisionera en un barco pirata. Es la segunda vez que tengo que escenificar mi propia captura. *Es ridículo*.

Me vuelvo hacia la taberna, preguntándome cómo voy a conseguir que alguien dentro me atrape sin que parezca demasiado obvio, cuando veo que hay alguien de pie en la abertura entre la taberna y el edificio de al lado. Es Riden.

Capítulo 7

SUS BRAZOS ESTÁN CRUZADOS, una pierna enganchada sobre la otra. Supongo que debería correr ahora para que parezca que intento escapar, pero ¿para qué molestarme?

—¿Cuánto has visto de eso? —pregunto en su lugar.

—Todo.

No estoy segura de lo que debería sentir después de escuchar eso. Enfado por haber dejado que Sheck intentara cogerme. Confusión porque me dejó matarlo sin ayudar a su tripulante. Preocupación porque vio la rutina de actuación que intenté con Kearan. ¿Sabe que estoy tratando de que me atrapen? No hay forma de saberlo. Su rostro no revela nada en la calle iluminada. Necesito hacer algo. No puedo quedarme aquí y dejar que me lleve. Es incoherente con el personaje que he estado interpretando para él. Así que me acerco y vuelvo a coger el alfanje de Kearan.

—¿Quieres pelear? —pregunta.

—No voy a volver a esa nave —amenazo.

—Lo siento, Alosa, pero tienes que hacerlo. —Saca su propia espada de su funda.

Está bien. Seré suave con él. Que me desarme rápidamente y acabe por esta noche.

—¿De verdad quieres hacer esto? —pregunta—. Estaba en medio de algo allá atrás cuando escuché un forcejeo afuera. Me has puesto de muy buen humor. Yo no me pondría a prueba.

Resoplo.

—He visto a tu amiga. Parecía que ya estaba contenta.

—Una noche en tierra después de meses en el mar, y tienes que venir a arruinarla.

—¿Y qué pasa conmigo? Estaba llevando a cabo una misión muy importante para mi padre cuando me atrapaste. Me has arruinado toda la semana. Debería llevarme una oreja por eso.

—No te llevarías mi oreja. Me dificultaría escuchar tus lloriqueos. Y sé lo mucho que te gusta eso.

No importa. No haré esto rápido. Quiero herirlo un poco primero.

Me abalanzo hacia delante, dando un tajo en su estómago. Riden desvía el golpe y alcanza mis piernas con su espada. Pero salto hacia atrás.

—¿Por qué no me has detenido? —pregunto, enviando una andanada de estocadas hacia él.

—¿Detenerte de qué? —Se defiende rápidamente de cada una, pero yo sigo dándolas mientras hablamos.

—Me has visto pelear contra él. Sabes que tu capitán no quiere que me maltraten de ninguna manera, y sin embargo dejaste que intentara cogerme. Te quedaste ahí parado. Y... oh.

Se orienta y se pone a la ofensiva. Me gusta aprender cómo se mueve. Me permitirá saber cómo vencerlo. Más tarde, por supuesto. Esta noche tengo que dejarle ganar.

—Querías que lo matara —digo—. Por supuesto. Odias lo que hace. Con lo *honorable* que eres y todo eso. Pero no puedes matarlo tú mismo porque por alguna razón eres leal a tu hermano, y no puedes ser visto matando a un miembro de su tripulación. Nunca entenderé esta lealtad; pareces odiar todo lo que hace Draxen.

Le corto en el brazo. Riden va un poco tranquilo porque en realidad no quiere hacerme daño. Definitivamente me da ventaja. Por supuesto, yo tampoco quiero matarlo; herirlo, sin embargo, *sí*. Parte de lo que le dije el otro día es cierto. No quiero que Riden muera, porque es mi opción preferida para un interrogador. Draxen asignaría a alguien aún peor para vigilarme si él no fuera una opción.

—Por eso estabas enfadado el día que me capturaste —digo al darme cuenta—. Saqué lo peor de tu hermano al desafiarlo, al matar a miembros de su tripulación. Tuviste que intervenir y recordarle su humanidad. Pero parece que siempre le cuesta encontrarla, ¿no? Se parece más a tu padre en ese sentido.

Jadeo mientras el dolor me quema la pierna. En realidad, me ha acuchillado con su espada. Debo haber tocado algo demasiado personal.

—¡Arruinaste mis pantalones!

—Lass, cállate —dice Riden.

—¿Pero por qué lo haces? —pregunto, olvidando mi ropa—. Está claro que te sientes miserable entre la tripulación. ¡Probablemente ni siquiera disfrutas pirateando! ¿Por qué te quedas?

Hago otro corte, esta vez en su costado. Me aseguro de que sea superficial. Una sonrisa victoriosa se dibuja en mis labios, pero entonces

Riden hace lo impensable. En lugar de apartarse de mi espada, se inclina hacia ella, me agarra la muñeca con la mano libre y levanta su espada hacia mi cuello. Antes de que pueda parpadear, la mano de mi muñeca agarra mi espada, y me apunta con ambas hojas.

Lo miro fijamente, aturdida. Ha dejado que le corte para poder quitarme el arma. Es un movimiento audaz y estúpido.

Me gusta.

Estoy tan impresionada que ni siquiera puedo reunir la cantidad adecuada de ira. He subestimado a Riden. Envaina su espada, arroja la espalda de Kearan al suelo, y luego me agarra por la parte superior del brazo.

—Me quedo porque es mi hermano. Porque es el único miembro de la familia que me ama incondicionalmente. Algo que tú nunca podrías entender.

Quiero negarlo, defender mi relación con mi padre. Pero no se me ocurren palabras. Así que, con la mano libre, le golpeo en el lugar en el que mi espada le hirió antes. Hace una mueca de dolor y me inclina hacia su otro costado.

—Parece que ambos hemos conseguido descubrir cosas que es mejor dejar enterradas. Ahora, vamos a llevarte de vuelta a la nave.

Me duele la pierna mientras caminamos, pero eso no es nada comparado con el fuego que me han provocado sus palabras en el pecho. Sigue haciéndome enfadar. Estoy muy cabreada. Quiero golpearle más. Me hace falta cada gramo de fuerza que tengo para dejar que me lleve de nuevo a bordo de ese barco maldito.

Intento salir del bote salvavidas una vez, pero Riden me da una patada, y actúo como si el golpe me sacara el aire del pecho. Cuando bajan una escalera de cuerda para que subamos a bordo del *Rondador Nocturno*, le doy un puñetazo en la cara e intento saltar al agua, pero él me coge y prácticamente me sube por la escalera. Es más fuerte de lo que parece.

Estos falsos intentos de fuga son la única satisfacción que me permito por sus puyas venenosas.

Riden me devuelve a mi celda. Ignora a Azek y Jolek cuando intentan dar explicaciones sobre cómo me he escapado. Simplemente les ordena que se vayan. Y desaparece del calabozo sólo un momento. Luego regresa. Me sorprende cuando se encierra en la celda conmigo.

—¿Has decidido que tú también mereces estar entre rejas? —le pregunto.

—Lo decidí hace tiempo, pero no estoy aquí por eso.

Me fijo ahora en las sábanas limpias y las vendas. Un rato después, otro pirata baja un cubo de agua caliente antes de desaparecer de nuevo.

—¿Quieres que te limpie las heridas? —pregunto con un bufido.

—Por supuesto que no; estoy aquí para limpiar las tuyas.

—No te sigo.

—Al capitán no le gustaría si supiera que te he rebanado.

—Te he incitado.

—No importa. Debería ser mejor que eso.

—Eres un pirata —le recuerdo.

—Sigue sin importar. Ahora... —Me levanta y me pone sobre la mesa para que me siente con la pierna herida extendida delante de mí.

—Puedo sentarme sola —digo, completamente descolocada por la forma en que me levantó sin esfuerzo.

—Lo sé, pero eso era más divertido. Ahora, quítate los pantalones.

—Ja. Ni hablar.

—No es nada que no haya visto antes.

—No me has visto a mí, antes. Ni lo harás.

Riden me da su sonrisa diabólica. Qué rápido puede reunirla.

—Tengo una idea mejor —digo, extendiendo la mano hacia abajo. Agarro el desgarro sangriento de mis pantalones y tiro. La tela cede y se desprende de mi muslo. Hago una mueca de dolor.

—Y yo que casi creía que no podías sentir dolor.

—Cierra la boca, Riden.

Se calla, y sé que no es porque me haya escuchado. En cambio, me doy cuenta de que está mirando mi pierna. No, no mi pierna. Mis cicatrices. Las tengo por todos mis brazos y piernas.

—¿Qué pasó? —pregunta.

—Nací del rey pirata.

Extiende la mano, a punto de trazar una de las muchas y finas marcas blancas.

—No lo hagas —le ordeno—. He tenido que soportar a Sheck. No

necesito que nadie más me toque.

—Por supuesto —dice apresuradamente—. Perdóname. Pero no iba a... —Se interrumpe, poniendo fin al incómodo momento. En lugar de eso, se agacha y saca un bálsamo de limpieza y un trapo limpio.

—Dame eso —le pido—. Prefiero hacerlo yo misma.

—Y por eso lo haré yo por ti. Eres una prisionera y has intentado escapar. No puedes exigir más.

—Podría simplemente golpearte.

—Y podría hacer que limpiar este corte doliera más de lo necesario.

Me quedo quieta, pero no le miro mientras me frota un líquido asqueroso en la pierna. Salen burbujas del corte y el dolor es abrasador. Agarro el brazo de Riden y aprieto para no gritar.

—Está bien, Alosa. Ya casi está.

Me sorprende su tono tranquilizador. Se parece mucho al que usa Mandsy cuando me cura. Es extraño escucharlo viniendo de un hombre.

Limpia el líquido restante de la herida. El paño se mancha de rosa. Con manos firmes, corta una tira de venda y la ata alrededor de mi pierna. Sus manos están calientes en esta celda helada.

—Ya está —dice—. Debería curarse rápidamente. Ha sido un corte pequeño.

—Sí, lo sé. Como puedes ver, no es mi primera herida.

—¿Por qué tienes que estar siempre a la defensiva? Te estaba ayudando.

—Sí, y qué sacrificio debe haber sido para ti. Estoy segura de que no disfrutaste cada momento.

Sonriendo, se inclina un poco hacia delante.

—Eres, con diferencia, la prisionera más agradable que ha habido a bordo de esta nave.

—Te aseguro que no estoy tratando de serlo.

Su sonrisa se desvanece. La intensidad se apodera de sus ojos.

—Lo sé.

La mano de Riden sigue en mi pierna desnuda. Sus ojos captan mi mirada. Trago saliva, me lamo los labios repentinamente secos. Pone una

mano en mi mejilla.

—Alosa.

—¿Sí?

La incertidumbre aparece en su rostro. Deja caer la mano.

—¿Cómo saliste de tu celda?

En lugar de responder, me encojo de hombros, sobre todo porque me cuesta un momento encontrar la voz. Da un paso atrás y me observa detenidamente.

—Eres inteligente, Alosa, de una manera poco común para un pirata. Y tienes talento. De eso no hay duda. Y siempre he sabido que ocultas algo. Pero ahora empiezo a tener la sensación de que quieres estar en este barco más que yo.

—¿Quieres estar en la nave? —pregunto incrédula—. Si eso es lo que te preocupa, entonces por supuesto, déjame marchar.

—¿Por qué si no ibas a ir al barrio pirata de la ciudad? Tenías que saber que estaríamos allí.

—Estás bromeando, ¿verdad? Me encerraste y luego enviaste a Sheck y Ulgin aquí. ¿Sabes lo que tuve que soportar? Me propuse encontrarlos a los dos y matarlos antes de irme. No son hombres. No merecen vivir.

—Lo sé. Por eso dejé que mataras a Sheck. Porque no podía hacerlo yo mismo. ¿Pero por qué arriesgarse? Podrías haber escapado fácilmente si te hubieras ido.

—Me cuesta dejar cosas pendientes. No iba a irme hasta que todo estuviera bien.

No puedo decir si me cree. Todavía está tratando de leer mi cara. Pero entonces sus ojos se dirigen a mis maletas. Me pongo delante de ellas de forma protectora.

—¿Qué estás mirando?

—Sabes que voy a tener que registrar tus cosas. A menos, claro, que quieras decirme cómo saliste de aquí.

—Acabo de salir, ¿de acuerdo? Déjame a mí y a mis cosas en paz.

—No puedo hacer eso. Ahora retrocede.

—No.

Se adelanta y se acerca a mí, tratando de apartarme físicamente. Le doy una patada en el pecho con mi pierna sana. La fuerza es suficiente para que caiga de espaldas. Oh, no. Me he pasado de la raya. Prácticamente le estoy contando todos mis secretos. Él es el que más sospecha de mí. Tengo que retroceder. ¡Pero él amenazó mi ropa! Es todo lo que tengo en esta nave, y estoy bastante apegada a ella. No quiero que sus dedos pegajosos las manoseen. Y supongo que no sería bueno que mirara demasiado mis libros. Cuando Riden se levanta, me mira con una nueva comprensión.

—Me has estado ocultando algo.

—Fue una patada bastante decente, ¿eh? —Intento que parezca que he tenido suerte, pero no sé si se lo cree.

—No quiero hacerte daño, pero lo haré si es necesario.

Ja. Como si realmente pudiera hacerlo si me esforzara al máximo. Aunque esa línea de razonamiento es peligrosa. Relajo mi rostro, intentando parecer asustada. Y aunque va en contra de todos mis instintos, me alejo. Riden se inclina por encima de mi ropa de tal manera que también puede vigilarme. No va a dejar que le salte por la espalda. Está aprendiendo.

Busca entre mi ropa. Me doy cuenta de que está revisando rápidamente la ropa interior, con cuidado de no tocarla. Interesante. La ropa más grande, con bolsillos, es en la que busca más a fondo. Como era de esperar, encuentra… *nada*, excepto unas horquillas bastante afiladas, que se embolsa. Pasa rápidamente por encima los libros. Hasta que da con un volumen titulado Etiqueta: Una guía para criar a las damas apropiadas. No tuve problemas en vaciar ese libro. Todo el concepto es ridículo. Por desgracia, Riden también lo cree.

—¿Qué es esto? —pregunta.

—Un libro —respondo inteligentemente.

—¿Debo creer que realmente leerías un libro como este? Eres una pirata.

—Y una dama, también.

—No lo creo.

Ojea las páginas. Cuando eso no resulta fructífero, rompe el libro, separando la encuadernación del lomo.

¡Entre las estrellas!

Un pequeño frasco que contiene un líquido púrpura cae en su mano.

—¿Qué tenemos aquí?

—Es un tónico para el mareo.

—Es vergonzoso.

—Es interesante, porque este líquido es también del mismo color que un tónico utilizado para ayudar a la gente a dormir. Cuando se inhala, el compuesto deja a la persona inconsciente casi al instante.

—Qué coincidencia —me asombro.

—Sí, estoy seguro.

Comienza a hojear el resto de los libros, encontrando diferentes armas. Cuchillos arrojadizos en miniatura, cables para asfixiar, más venenos y muchas otras cosas. Con los bolsillos desbordados, Riden se levanta y se dirige a la puerta.

—¿A dónde llevas eso? —pregunto—. Los pondré en un lugar seguro.

—¿También conocido como el fondo del océano? —Sonríe antes de desaparecer.

Estoy empezando a despreciar a ese hombre.

Capítulo 8

ENWEN Y OTRO PIRATA bajan al calabozo no mucho después de que Riden se vaya. Seguro que la sustitución es necesaria porque Kearan sigue desmayado en algún lugar.

—Este es Belor —presenta Enwen—. Ha venido a ayudarme a vigilarte. Y es un buen pirata. Entiende la importancia de mantener una cantidad saludable de superstición.

—Sin duda —contesto, aunque Belor parece estar más interesado en observar el saco de monedas que cuelga del cinturón de Enwen.

La noche es joven. La mayoría de los piratas aún estarán en la ciudad, durmiendo la borrachera. Esta noche es perfecta para andar a escondidas. Necesito encontrar ese mapa. Estoy lista para deshacerme de este barco y de su engreído primer oficial. Todavía no puedo creer que haya logrado rebanarme. Más que nada, fue un corte a mi orgullo.

—La única cantidad de suerte que se puede encontrar es en el oro frío y duro —dice Belor—. Tú tienes eso, y puedes comprar toda la suerte que necesites.

—Por eso compré estas perlas de aquí —dice Enwen, sacando su collar.

Cuenta la historia de cómo consiguió las perlas. Dudo que Belor escuche una palabra, ya que no hace más que mirar el bolso de Enwen. Ningún pirata me presta atención. Realmente me están facilitando la huida. Ni un alma de mi propia tripulación sería tan descuidada. Ni siquiera la pequeña Roslyn, que es la más joven, con seis años. Por supuesto, nunca la tendría vigilando a los prisioneros. Se queda casi siempre en las jarcias, donde trepa mejor que cualquier mono.

Tan silenciosamente como puedo, doy la vuelta a la mesa y busco la pata de la esquina inferior izquierda. La he ahuecado con mi daga y he metido las ganzúas ahí después de eliminar a Azek y Jolek. Es una pena que a Riden no se le haya ocurrido revisar aquí.

—Sabes, puede que tenga algo que te guste, Enwen. —Belor saca de su bolsillo lo que parece una cuerda de cuero—. El hombre que me dio esto me dijo que provenía de la muñeca de una sirena. Se supone que da protección al portador en el mar.

Enwen lo mira con reverencia, pero estoy bastante segura de que Belor se lo quitó a su bota cuando nadie lo veía.

—Te lo doy por tres piezas de oro —dice Belor.

Ya tengo la puerta abierta. Me pongo delante de los dos piratas.

—Es un intercambio terrible, Enwen. El hombre está mintiendo. Sólo quiere tu oro.

—Pero, ¿y si no lo hace? ¿Cómo puedo dejar pasar un negocio así? ¡No hay más daño en el mar, señorita Alosa!

—Entonces, ¿por qué diablos lo cambiaría por sólo tres monedas?

—Tienes razón. Debería darle cinco por ella.

Belor finalmente levanta la vista del saco de oro, con la perspectiva de más dinero brillando en sus ojos.

—¡Oye! ¿Qué haces fuera de tu celda?

—Asegurándome de que no se aprovechan del pobre Enwen, aquí.

Aunque, ahora que lo pienso, es probable que Enwen tenga la intención de robar el oro poco a poco en los próximos días.

—Le agradezco la ayuda, señorita Alosa, pero será mejor que vuelva a su celda —dice mientras coge su espada.

—No puedo hacer eso. Lo siento, Enwen. Me gustas bastante.

Los noqueo a ambos un momento después. Enwen va a querer beber tanto como Kearan para aliviar el dolor de cabeza que tendrá cuando se despierte. Sinceramente, me siento mal, pero no tengo tiempo para esperar a que se duerman. Eso podría tardar un rato, y tengo que aprovechar que la nave está casi vacía.

Una vez arriba, observo todo con atención. Los dos piratas que custodiaban la cubierta se han ido, y Theris no aparece por ningún lado. Probablemente se les permitió bajar a tierra ahora que Riden está a bordo. Es una pena.

Es mejor evitarlo. Probablemente esté en sus aposentos ahora. Paso junto a ellos en silencio y me acerco a la barandilla, donde terminé mi búsqueda la noche anterior. Paso las manos por ella, golpeando con los pies lo más suavemente posible los tablones de madera de abajo, comprobando si hay puntos muertos.

—Hola, Alosa.

Suspiro y miro hacia el cielo antes de darme la vuelta.

—Hola, Riden.

—He estado esperando a que subieras. No decepcionas.

Sale de las sombras que proyectan las escaleras que llevan al segundo nivel. Ah, no me extraña que no le haya visto.

—¿Sabías que intentaría escapar de nuevo?

—Sólo quedan tres piratas en este barco, suponiendo que hayas dejado a Enwen y Belor con vida. Estamos cerca de tierra. Y no pude encontrar lo que sea que usaste para escapar de tu celda la última vez. Así que, sí. Supuse que intentarías escapar de nuevo.

—¿Así que ya no estás convencido de que estoy tramando más actos nefastos?

—Habría seguido teniendo mis dudas si no hubieras ido directamente al borde de la nave.

Gracias a las estrellas que fui allí primero. ¿Quién sabe qué habría pasado si me hubiera visto buscando en el barco?

—Ahora, Riden. No hay ninguna razón por la que no puedas dejarme ir. Puedes decirle a tu querido capitán que me escapé debido a tu propia estupidez. No le costaría mucho trabajo créelo.

—Me temo que no, Alosa.

—Por favor, no me pongas de nuevo en esa celda. Odio estar ahí abajo. El olor es horrible.

—Tal vez deberíamos encontrarte un alojamiento diferente, entonces.

No me gusta cómo suena esto.

—¿Qué quieres decir?

—Aquí, permítame acompañarla, princesa. —Me levanta y me echa por encima del hombro.

—¿Qué crees que estás haciendo? Bájame ahora mismo. —Me empujo hacia arriba y me agarro a su cabeza. Tiene el pelo recogido como siempre, bonito y largo. *Perfecto para tirar de él.*

—¡Ay!

Consigue abrir una puerta. Estoy demasiado concentrada en lo mío como para darme cuenta de dónde estamos, pero un momento después me arroja sobre una cama. Luego me agarra la muñeca con un apretón mortal, obligándome a soltar mi agarre del pelo. No sé por qué, pero es muy difícil hacerse la prisionera vencida. No soporto rendirme tan fácilmente, no importa cuántas veces me recuerde a mí misma que mi estancia en este barco debe

parecer involuntaria.

Por eso no me tumbo pasivamente en la cama. Riden se coloca sobre mí, con su mano aun sujetando mi muñeca. Mi rodilla choca con su estómago, lo que hace que se encorve aún más. Agarro su otra muñeca con la mía y tiro de él encima de mí antes de empujarlo hacia el colchón. Me quito de encima y me pongo de pie para tener una posición más elevada. Pero él se levanta un momento después. No espero que se recupere tan rápido, así que es capaz de agarrarme por la cintura y sujetarme a la cama. La última posición en la que querría estar.

—Eres más fuerte de lo que deberías —dice.

—¿Qué se supone que significa eso?

—Sólo que no eres una mujer grande, y sin embargo fuiste capaz de levantarme del suelo.

Y esas palabras son la única razón por la que no empujo su lamentable trasero fuera de mí. Tengo que recordar que debo contenerme. ¡Pero es tan difícil! Cuando esto termine, voy a matarlo por despecho.

—Tengo que agradecérselo al riguroso entrenamiento de mi padre para levantar objetos pesados.

—Sin duda.

—Suéltame.

Me mira desde arriba, paseando sus ojos desde los míos hasta mi boca. Muy lentamente.

—¿Estás segura de que quieres eso?

—Estoy bastante segura —digo, pero las palabras no salen con la fuerza que pretendo.

Se inclina más, colocando su nariz junto a la mía.

—¿Qué tal ahora? —susurra.

Es demasiado engreído para su propio bien, pero admito que es guapísimo. Y me hace hervir la sangre, pero sobre todo de rabia. Es un tipo decente por dentro. Pero elige no serlo por fuera. ¿En qué le convierte eso?

Estoy a punto de decirle que se largue, pero entonces siento sus labios en mi mejilla. No me besa exactamente, sólo toca mi mejilla con sus labios. Bajan hasta la línea de mi mandíbula. Tengo que hacer un gran esfuerzo para mantener mi respiración tranquila. *Tranquila*. Sin excitarse en absoluto. No es el momento de ponerse nerviosa. Tengo un trabajo que hacer.

Pero sus labios. Puedo imaginarlos perfectamente cuando cierro los ojos. Son de color rosa oscuro. Llenos y sin marcas. Y ahora mismo están siendo imposiblemente suaves para un pirata. Cuando finalmente me besa, lo hace justo debajo de mi oreja, en ese punto tan sensible.

Luego se mueve más abajo, arrastrando sus labios por mi cuello a un lado, y luego vuelve a subir por el centro. Me besa la comisura de la barbilla y luego se queda expectante ante mi boca.

Quiere que le bese, que sea yo quien se incline hacia delante y haga algo. Por supuesto que quiere eso. Los hombres como Riden viven de la emoción de la victoria.

Por desgracia para él, yo también.

Ha aflojado su agarre, así que no me cuesta nada darle la vuelta y subirme a horcajadas encima de él. Sus manos agarran con fuerza la parte superior de mis brazos. Le preocupa que quiera golpearle o estrangularle de alguna manera. Probablemente debería hacerlo.

En lugar de eso, acerco mis labios a su oreja. Mis dientes rozan su lóbulo y sus manos se tensan de otra manera. Se mueven hacia mi espalda, presionando allí y tratando de acercarme. Cuando me acerco a su cuello, sus manos buscan mi pelo, deslizándose entre los mechones.

—Eres tan hermosa —dice—. Como una diosa nacida del mar.

Eso es lo que finalmente me saca de mis casillas, su exclamación obviamente exagerada. Quiere respuestas de mí. Diría y haría cualquier cosa para conseguirlas. Sólo soy una cara bonita para él. Y eso es todo lo que es él, para mí. No tengo tiempo para diversiones sin sentido. Tengo un papel que desempeñar. Esto sólo hará que mi trabajo sea más difícil. Además, ¿cómo puedo olvidar cómo encontré a Riden cuando me asomé por la ventana de la taberna? Él mismo me dijo que había pasado meses en el mar, y yo interrumpí su única noche en tierra. Ahora espera que lo compense.

Estúpido pirata. No me dejo influenciar por los hombres que buscan añadirme a su lista de conquistas femeninas. Me imagino que sería una buena, siendo la hija del pirata más notorio de todos los tiempos. Me pongo de pie y me alejo de la cama.

—Quiero ir a mi celda ahora.

Riden parece confundido por un momento. Se sacude para salir de él.

—Ya no te quedarás en tu celda. Tus continuos intentos de fuga no me dejan otra opción que trasladarte.

—¿A dónde?

—A mi habitación.

Y con eso, se va, cerrando la puerta tras de sí. Oigo el movimiento de una llave y el clic de una cerradura. Observo que sigue al otro lado de la puerta. Puedo ver su silueta desde el espacio que hay debajo. Aprieto la mejilla contra ella, contengo la respiración y espero. Él suspira.

—¿Qué estás haciendo? —Está hablando solo. Luego se va.

Interesante.

Me doy la vuelta para observar la habitación. No había tenido la oportunidad de hacerlo antes porque... bueno, mi mente estaba en otras cosas. Pero ahora desearía haber podido echarle un vistazo. Aunque sólo sea por la razón de que podría haberla utilizado para burlarme de Riden.

Porque la habitación está limpia. Impecablemente limpia. Ahora, al mirar la cama, me doy cuenta de que ha sido hecha. Su escritorio está ordenado con una pila uniforme de pergaminos. Las plumas yacen junto a él, separadas a intervalos uniformes. Tiene un estuche de libros, y sí, están en orden alfabético. Las alfombras del suelo están libres de polvo y suciedad, probablemente golpeadas con regularidad. Sus botas están pulidas y apiladas de dos en dos. Su ropa está tendida para que no se arrugue.

Sería muy difícil revolver esta habitación sin que Riden se diera cuenta. Pero debo hacerlo. Está claro que Draxen confía en Riden más que en nadie, así que ¿por qué no darle el mapa a él para que lo guarde? Si el mapa no estaba en la habitación de Draxen, entonces la habitación de su hermano sería la siguiente opción. Como sé que Riden tiene el sueño ligero, ha sido difícil encontrar una oportunidad para registrar su dormitorio por la noche. Pero ahora puedo sacar el máximo provecho de estar atrapada aquí. Si no rompo la puerta, no tengo forma de salir. Volví a poner mis ganzúas en la pata de la mesa después de incapacitar a Enwen y Belor.

Me pongo a trabajar, abriendo cajones y revisando bolsillos. Es difícil saber lo que ya he registrado porque tengo que volver a poner todo en su sitio en cuanto termino. Intento empezar en un punto de la habitación y avanzar en círculo.

Ha pasado más de una hora y no he encontrado nada.

¿Dónde lo has escondido, Jeskor? ¿A quién se lo diste si ninguno de tus hijos lo tiene? Simplemente debe estar en algún otro lugar del barco. ¿Por qué he pensado que Riden lo tenía? Ciertamente se ha retratado como el menos favorito de los hijos de Lord Jeskor. No estoy segura de poder decir cuál es mi menos favorito de sus hijos en este momento.

Riden es un maldito imbécil. Encerrándome aquí, tratando de jugar

conmigo, usándome para matar a un pirata que no pudo matar él mismo. A veces pienso que es un cobarde. Pero no un cobarde por miedo. Un cobarde por elección. ¿Qué es peor?

Había mantenido mi mente concentrada a propósito en la búsqueda, pero ahora que ha terminado, es libre de vagar. Y se desplaza directamente a lo que había estado haciendo con Riden hace una hora. A veces soy una idiota. Cierro la mano en un puño antes de dar un buen golpe a la mesa.

Siento la presión en mi mano, luego escucho el estruendo del escritorio y el estallido de los cristales.

¡Las estrellas!

Entre mapas, brújulas y otros instrumentos de navegación, Riden tiene un reloj de arena sobre la mesa.

Tenía un reloj de arena sobre la mesa. Ahora está roto a mis pies. Espero que no tenga ningún valor sentimental.

En realidad, no. Espero que tenga valor sentimental. Mucho, mucho. Se lo merece. De hecho, ¿por qué parar con su reloj de arena? Riden quiere mantenerme encerrada en su habitación. Bueno, será mejor que esté preparado para lidiar con las consecuencias. Reacomodo sus botas para que cada pie izquierdo vaya con el derecho equivocado. Arrojo su ropa al suelo en montones. Pero eso no es suficiente. No puedo evitar saltar sobre ellas. Espero que haya mucha suciedad en la suela de mis botas.

Reorganizo su estantería. Arrugo sus papeles. Derribo todo lo que se mantiene en pie. Voy a ser el mayor grano en el culo con el que Riden haya tratado nunca. Eso le servirá.

Cuando la puerta se abre un rato después, estoy sentada en el escritorio de Riden, haciendo dibujos de criaturas marinas por todos sus mapas, con una pluma mojada en tinta.

—¡Qué demonios!

—Me aburría —digo, sin molestarme en mirarle.

—¿Qué has hecho?

—Bueno, te he hecho algo. Mira. Le puse a este calamar tu cara.

Hay un silencio, y luego:

—Alosa, te voy a matar.

—Será muy difícil cobrar un rescate a mi padre si estoy muerta.

—¿Estás segura de que el hombre no quiere deshacerse de ti? Todavía

no hemos tenido noticias suyas. Estoy empezando a pensar que le hicimos un gran favor. Su pérdida fue nuestra maldita muerte.

Dejo la pluma en el suelo y miro hacia arriba.

—Me he quedado sin pergamino. ¿Hay más en la nave?

Riden aprieta los puños. Creo que se le van a salir los ojos en cualquier momento. Su cara está tan roja como un cangrejo.

—No tienes buen aspecto —observo.

—Te aseguro que me hace falta todo el autocontrol que tengo para no darte un puñetazo ahora mismo.

—No puedo imaginar lo que se necesita para desesperarte, entonces. Dime, Riden, ¿te pica la piel al ver tu habitación tan sucia?

—Me voy a la cama. Por la mañana, vas a desear no haber hecho esto.

—Mmm. Yo tendría cuidado en la cama. Creo que vi algunos fragmentos de cristal allí antes. Deberías tener cuidado con lo que haces ahí.

Riden arranca las sábanas y sacude las mantas. Los cristales caen al suelo. Se toma el tiempo de barrerlo todo antes de arrojarlo por el costado de la nave. Al menos supongo que eso es lo que hace. No puedo estar segura, ya que estoy confinada en la habitación mientras él se va. Cuando vuelve, le pregunto:

—¿Dónde voy a dormir?

Por primera vez en mucho tiempo, sonríe.

—Dormiré en mi cama. Siéntete libre de acompañarme, pero algo me dice que prefieres el suelo. Es una pena que no haya mucho espacio para ti ahora que está cubierto con todas mis cosas.

Riden cierra la puerta por dentro. Luego se guarda la llave. Se quita las botas y la camisa antes de meterse en la cama.

—¿En serio vas a dormir mientras estoy aquí a solas contigo? ¿No tienes miedo de que te mate?

—Ya me he asegurado de que no hay armas en esta habitación. Además, tengo un sueño muy ligero. No podrás dar un paso sin despertarme.

—¿Eso es cierto? —pregunto alegremente.

La cara de Riden cae ante mi tono. Sabe que no puede ser bueno. Esta noche ya es una de las mejores que he tenido en mucho tiempo. Primero destruí la habitación de Riden y lo vi explotar por ello. Ahora consigo

volverlo loco cuando intenta dormir. Sus ojos se cierran. Espero unos minutos. Entonces piso el suelo. Los ojos de Riden se abren de golpe. Se incorpora y comprueba que no estoy tramando nada. Luego se vuelve a quedar dormido.

Repito este proceso tres veces más, cuando Riden finalmente se levanta de la cama. Se acerca a mí a grandes zancadas y se me echa encima.

—Vuelve a hacer eso y te dejaré inconsciente.

Dejo de pisotear y empiezo a tararear.

Pero no parece molestarlo. Sus ojos permanecen cerrados. En todo caso, parece que se acurruca más en su cama. Mi tarareo se convierte en un canto. En realidad, no digo ninguna palabra, sólo pruebo diferentes notas. Es una melodía al azar que se me ocurre. En unos momentos, Riden ronca suavemente.

Esperaba que, al mantenerlo despierto hasta más tarde, durmiera más profundamente. Doy un paso vacilante hacia adelante. Riden no se mueve. En la cama, meto las manos en sus bolsillos, intentando encontrar la llave. Sigue sin moverse. La encuentro rápidamente. Entonces llego a las puertas, salgo y las cierro tras de mí.

Esta noche es la primera en la que puedo recorrer el barco sin interrupciones. Todos los hombres están en tierra, excepto tres. Y a esos los he dejado inconscientes. Abandono mi búsqueda ordenada para recorrer la cubierta. Normalmente hay vigías deambulando por ahí, y esta noche podría ser mi única oportunidad de tener rienda suelta a la cubierta. Busco en lo más profundo de la noche hasta que oigo el chapoteo del agua y las risas de los hombres. Algunos han vuelto para dormir por fin la fiesta.

Aunque mis ojos se tensan por el esfuerzo que supone mantenerlos abiertos, me decepciona no encontrar el mapa esta noche. Sin embargo, me estoy acercando. Y eso es suficiente por ahora.

Capítulo 9

INTENTO DORMIR EN EL SUELO CUANDO VUELVO. Pero después de tantas noches en la fría madera de mi celda, la cama de Riden es demasiado atractiva. Incluso con él dentro. Además, está dormido. Se mantuvo en el borde todo el tiempo que registré la cubierta. No se despertará si me acuesto allí, en el extremo.

Apenas quepo en ese espacio. Puedo sentir el calor que me llega de su espalda. Está muy caliente. No creo que necesite esa manta. Así que se la arrebato y devuelvo la llave a sus pantalones antes de quedarme dormida.

* * *

Lo primero que pienso cuando me despierto es que tengo *mucho calor*. Estoy envuelta en él, como si estuviera atrapada en un gran capullo caliente. Me siento tan bien que me tumbo con los ojos cerrados. No me importa dónde estoy o qué estoy haciendo. Esto es demasiado agradable para arruinarlo haciendo algo tan riguroso como moverse. Siento unos labios en mi frente. Ahora alguien me acaricia el cuello.

—Me has robado la manta, Alosa —me susurra una voz al oído. —Debería conocer esa voz, pero aún estoy aturdida por el sueño—. No pasa nada. No me importa compartirla. Anoche me diste mucho calor.

—Mmm —es todo lo que digo como respuesta.

—Esto es divertido, pero tenemos que levantarnos. Tienes que trabajar hoy.

—Deja de hablar.

Se ríe suavemente. Una mano me aparta el pelo de la cara.

—Me encanta este pelo. Rojo ardiente. Como tu espíritu.

Por fin abro los ojos. Riden se ha acercado a mí, con la cabeza apoyada en su mano izquierda. Su mano derecha sigue jugando con mi pelo. Ruedo fuera de la cama y aterrizo con fuerza en el suelo.

—Ay. —Me pongo de pie un momento después—. ¿Qué estás haciendo?

—Bueno, estaba durmiendo en mi cama. No sé qué estabas haciendo tú aquí. ¿Cómo te las arreglaste para subir a la cama sin despertarme?

—Debo haber caminado mientras dormía.

—Eso debe ser.

Me froto los ojos y me aliso la ropa.

—No hace falta —dice—. Estoy seguro de que nadie se llevará una impresión equivocada cuando salgas de aquí.

—Efectivamente —rujo, apretando los dientes. Pero cuando miro alrededor de la habitación, mi humor se anima—. ¿Deberíamos mostrarles lo que he hecho con el lugar?

Riden se incorpora y hace una mueca de dolor.

—Sobre eso. He decidido que hemos estado desperdiciando tu potencial, por la forma en que te hemos mantenido encerrada en esa celda todo el tiempo. Tienes demasiada energía para escaparte y hacer estragos en mi habitación. Creo que es hora de poner en práctica tus habilidades.

—¿Qué significa eso?

—Ya lo verás. Vuelvo en un momento. —Se pone una camisa y unas botas antes de salir. Una ráfaga de aire frío entra en la habitación cuando se abre la puerta. Es suficiente para despertarme del todo.

Hago algunos estiramientos, vuelvo a ponerme las botas e intento no desanimarme por el hecho de que el mapa aún no haya aparecido. Todavía tengo que comprobar el castillo de popa y el nido de cuervo. También hay un montón de lugares debajo de las cubiertas que necesitan rebuscarse. No creo que Draxen lo esconda donde su tripulación pueda tropezar con él, pero al recordar los paneles ocultos en la nave de contrabando, tengo que reconocer que podría haber muchos buenos escondites bajo las cubiertas. Riden interrumpe mis pensamientos al volver a entrar en la habitación sólo uno momento después. No vuelve con las manos vacías. Lleva un juego de grilletes en la mano.

—Vas a ponerme grilletes, ¿es eso? —le pregunto—. ¿Por qué?

—Numerosos intentos de fuga, causar lesiones corporales al primer oficial, así como a varios miembros de la tripulación, la muerte de un pirata... y por tu propia humillación.

—Eso me recuerda cuánto le interesaría a Draxen escuchar que me dejaste matar a un miembro de su tripulación.

—Lass, ¿crees sinceramente que te creería a ti antes que a mí?

—Eso depende de lo cobarde que Draxen ya sospeche que eres realmente.

La cara de Riden se endurece.

—Ya está bien de eso. —Aprieta los grilletes.

Puedo decir que lo disfruta demasiado. Tiene razón: La humillación de todo esto será horrible. No quiero salir y enfrentarme al resto de los hombres. Me vuelvo hacia él completamente.

—Cuando salga de esto, cogeré a mi tripulación y os cazaré a todos. No pararé hasta que todos los piratas de este barco estén muertos.

—Todos estamos temblando de miedo.

—Deberíais estarlo. Tengo algunas de las mejores rastreadoras del mundo a bordo de mi barco. —Mi corazón se calienta de orgullo al pensar en Zimah.

—¿También son pelirrojas ardientes?

—No.

—Qué pena. Ahora, vamos. No querrás llegar tarde.

—¿Tarde para qué?

Riden me lleva afuera. Naula está ahora lejos en la distancia, un mero punto en el horizonte. Me pregunto cuál podría ser nuestro próximo destino.

Los hombres están por todas partes, fregando y limpiando en la cubierta. Moviendo la carga. Cuidando las velas. Draxen está cerca del timón, supervisando la navegación. Tiene las manos en el cinturón, los pies separados, la sonrisa de desprecio siempre presente en su rostro. Mira hacia abajo.

—Ah, *princesa*, ¿disfrutas de tu estancia?

Estoy tentada de escupir en la cubierta, pero no lo hago. Eso es asqueroso.

—Muy bien, capitán. Pero estoy más emocionada por lo que vendrá después de mi estancia.

—Sí, estoy seguro de que hoy escucharemos muchas más amenazas de muerte de tu parte. Por ahora, ve a tus deberes.

—¿Deberes? —pregunto, mirando entre él y Riden.

—Ayudarás a la tripulación a limpiar la cubierta —explica Riden.

—Ja. Creo que no.

—Has demostrado que no se te puede dejar sola. Por varias razones. —Puedo decir que su mente se desplaza a su habitación

—¿Y cómo pretendes que lo haga?

—¿Liomen?

—¿Si, Maestro Riden? —una voz contesta desde lejos.

—Tráeme una cuerda y un gancho.

—Sí, señor —responde la voz con alegría.

Sé exactamente lo que significa, pero la perspectiva no me preocupa. Esos ganchos pueden colgarse de muchos lugares de los mástiles del barco, y se acoplan muy bien a las cadenas que encadenan los grilletes.

Después de un rato, bajan un gancho desde arriba. Riden lo coloca a través de una de las cadenas centrales de los grilletes que llevo. Duda un momento, como si esperara que cediera. Que acepte el trabajo para poder llevarme el gancho. Pero no digo nada. Incluso desvío la mirada, como si ni si quiera me molestara en mirarle.

—Levántala —ordena finalmente Riden, con una nota de impaciencia en su voz. Toda su vacilación parece haber desaparecido.

No puedo decir cuál es el espectáculo: ¿La vacilación por mí o la impaciencia por Draxen? Tal vez ambas cosas. Tal vez ninguna de las dos. No puedo decirlo con él. Parece ir de un lado a otro con frecuencia, como si no estuviera seguro de lo que quiere. ¿Está tratando de probarse a sí mismo ante su hermano de alguna manera? Pero ¿por qué tendría que hacerlo? Sobre todo, si su hermano le ama incondicionalmente, como afirma él. Tal vez Riden no pueda admitir la verdad ni siquiera ante sí mismo.

Me agarro a las cadenas de ambos lados, justo por encima de las esposas que rodean mis muñecas. Si dejara que todo el peso de mi cuerpo tirara de mis muñecas, el metal me mordería la piel, y me dolería. *Mucho*. Es mejor llevar el peso sobre mis puños apretados.

Riden no parpadea. Draxen observa el espectáculo con interés. Los piratas están ansiosos. ¿Quieren algún tipo de espectáculo? Les daré uno.

En lugar de permitir que el tal Liomen me eleve en el aire, doy un buen tirón a la cuerda antes de que mis pies estén siquiera cerca de despegarse del suelo. Liomen, sin esperarlo o sin poder evitarlo, cae del palo mayor. Unos cuantos piratas se apartan justo antes de que Liomen golpee la cubierta, cortando su grito.

Se oyen gemidos. Probablemente se ha roto uno o los dos brazos. Tal vez una pierna. Es difícil decirlo cuando alguien cae tan rápido. Algunos piratas se ríen. Otros, que deben ser sus amigos, lo rodean. Sus gemidos se transforman rápidamente en maldiciones cuando una corriente de

obscenidades se dirige a mí.

No culpo al muchacho. Yo también maldeciría si estuviera en su lugar. Draxen desciende de la cubierta superior, poniéndose a mi altura. Me mira detenidamente antes de pronunciar los nombres de otros tres piratas.

—Subid todos al mástil. La quiero fuera del suelo. Ahora.

Suben rápidamente, apresurándose a cumplir las órdenes. Yo espero, aburrida. Si hay un defecto en estos piratas, es sin duda su simpleza.

Los tres hombres llegan a la cima. Son muy cuidadosos, enrollando la cuerda alrededor de sus muñecas varias veces antes de tirar de mí hacia arriba. No me molesto en intentar tirar de ellos hacia abajo. Eso supondría más teatro por mi parte. No es que me oponga a la teatralidad. Es que tengo algo mejor en mente.

Se detienen cuando estoy a metro y medio del suelo. Entonces atan la cuerda mientras yo cuelgo, aferrándome a mis cadenas. Un espectáculo para todos los piratas. Me han robado. Soy un premio para ellos, claramente colgado para que todos lo vean. Pero también soy más fuerte de lo que están acostumbrados a ver.

Draxen se acerca lo suficiente para ver mi cara con claridad.

—Ayer mataste a uno de mis mejores hombres. Debería dejar que Ulgin te tenga. Pero no servirá tener a la hija del rey pirata sin identificar una vez que te cambiemos por el rescate. Esto tendrá que servir.

Le ignoro, y me centro únicamente en los tres piratas que descienden al suelo. Espero a que se amolden de nuevo a la multitud para asegurarme de que no puedan ganarme la partida. No tenía que preocuparme. Todos están demasiado aturdidos para hacer algo una vez que empiezo a subir.

—Oi, no puede hacer eso —exclama un pirata.

No me molesto en mirarles; me concentro en los movimientos de mis brazos. Una mano sobre la otra, relajar, tirar. La otra mano, relajar, tirar. La longitud de la cadena no me permite ganar mucha cuerda con cada tirón, pero es suficiente. Todavía puedo escalar. Y lo hago, hasta la cima.

Engancho una pierna sobre la viga de madera redondeada que descansa bajo la vela. Luego me siento, a horcajadas sobre la madera. Ni siquiera respiro con fuerza. Si pudiera pensar en un plan brillante para quitar las cadenas. Pero no tengo nada con lo que trabajar desde aquí arriba.

—Bájenla —dice Draxen, con la cara roja; no es que pueda verla con claridad, pero es divertido imaginarla toda roja e hinchada, echando humo por la ira.

Más y más hombres comienzan a subir al mástil. Pero no tengo intención de dejar que ningún pirata me toque. Así que empiezo a bajar. Me detengo cuando estoy a medio camino de la cuerda. Los piratas dudan en la cima, nadie parece querer bajar y unirse a mí. Riden se acerca a Draxen y le pone una mano tranquilizadora en el hombro.

—¡Alosa! —me grita—. Baja hasta abajo u ordenaré que corten la cuerda.

Suspiro y pongo los ojos en blanco. Riden, Riden. Es triste, de verdad, que todos tengan que esforzarse tanto para que me comporte. Sin embargo, hago lo que dice. No tengo intención de ganarme roturas ni moratones. Simplemente *no quiero limpiar la cubierta.*

Colgada del extremo de la cuerda, espero. Es el único truco que me queda. En momentos como éste es cuando realmente agradezco las malditas pruebas de resistencia de mi padre. Me hicieron fuerte. Me hicieron consciente de lo mucho que puedo soportar. Y nadie ha sido capaz de superarme en aguantar el peso de su propio cuerpo.

Pasan los minutos y sigo aguantando. Todos me observan, esperando que me hunda por el cansancio. Están ansiosos por ver cuánto tiempo voy a aguantar. Riden tose.

—Capitán, tal vez los hombres deberían volver al trabajo mientras la princesa sufre su castigo.

—Sí —asiente Draxen.

—Ya habéis oído al capitán. Vuelvan a sus puestos. Sigan con ello. ¿Quién sabe? Puede que aún esté consciente cuando hayáis terminado.

Los hombres se ríen mientras se dispersan por distintas zonas del barco. Los músculos de mis brazos y mi estómago empiezan a picar. Al menos ahora no tengo tanto público. Son principalmente Riden y Draxen. Este último me mira con satisfacción. Y Riden… Riden mira... no puedo decir más. Sólo mira.

El sol se mueve en el cielo. El viento cambia de dirección. Mi cuerpo comienza a temblar. Me cuesta respirar. Y entonces no puedo más. Me dejo caer. El hierro me pellizca la piel, se me clava en los huesos. Duele muchísimo, pero no pronuncio una queja. Aunque aceptara limpiar, el capitán sólo me mantendría aquí arriba ahora. Quiere que sufra por lo que le pasó a Sheck. Puedo verlo en sus ojos. No habrá alivio durante bastante tiempo.

Finalmente, Riden y el capitán seguirán adelante. Ellos también tienen deberes que cumplir. Creo que ahora están consultando en los aposentos del capitán. Es difícil de decir. Girar la cabeza me supone demasiado esfuerzo.

—Señorita Alosa —susurra una voz.

—¿Sí, Enwen? ¿Puedo ayudarte en algo?

Sonríe, sabiendo muy bien que no puedo hacer nada por él en mi estado actual.

—Haría falta un huracán para apagar tu ánimo, muchacha. Tengo algo para ti.

—¿Qué es?

—El brazalete de la sirena. Se lo compré a Belor después de despertarnos del golpe en la cabeza que nos diste.

—Lo siento mucho.

—Ya se disculpó, señorita. ¿Recuerdas? No hay daño en tratar de luchar por tu libertad. Es una causa noble. No puedo culparte. Habría hecho lo mismo. Ahora, toma.

Ata la cuerda de cuero a mi tobillo.

—Eso es un cordón de botas, Enwen.

—Tal vez sea así. Tal vez no. Lo importante es que lo tienes de todos modos.

—¿Por qué me das algo que has comprado para ti?

—Te robé un poco de pelo. Y tuve que ser tu guardián de la prisión. Secuestrar y maltratar a las mujeres no es la razón por la que me hice pirata. Soy un verdadero ladrón y bueno con el cuchillo. Nada más. No me parece bien lo que le estamos haciendo a Su Alteza. Además, le robaré las monedas a Belor esta noche. —Se acerca y susurra en voz tan baja que apenas puedo oírle—. Y entre tú y yo, los hombres se han burlado de mi ferozmente. Lo único que me trajo el brazalete fue la mofa.

—Hmm. Entonces creo que sus poderes estaban funcionando en mí antes de que me lo ataras.

—No, no, señorita Alosa. Ya he pensado en eso. Esta prenda es una pulsera. Los brazaletes son para las mujeres. Te protegerá del mar, pero a mí no.

Me río suavemente.

—Gracias, entonces, Enwen.

—Es un placer, señorita. Nos vemos por aquí.

La sangre empieza a resbalar por mis brazos. Bah, ahora mi ropa está manchada. De vez en cuando, empiezo a recuperar las fuerzas lo suficiente como para quitarme la presión de las muñecas por un breve momento. Pero siempre termino de vuelta donde estoy, colgando sobre un barco lleno de bárbaros. Excepto por Enwen. Tal vez Kearan, también. Él levanta una petaca en el aire, una pregunta en el gesto. Mi mirada debe ser algo así como: *¿Cómo voy a beber eso exactamente desde aquí arriba?* Se encoge de hombros y se bebe él mismo el ron. Supongo que la intención es lo que cuenta.

En un momento dado, veo a Theris entre la masa de piratas que trabajan. Me mira un par de veces. No hay simpatía ni preocupación en su rostro, sino curiosidad. Como todos los demás piratas, probablemente se esté preguntando qué locura haré a continuación. Lo único que puedo preguntarme yo es ¿cuándo desaparecerá el dolor?

Lo verdaderamente agonizante es que podría liberarme. Si no tuviera que ocultar lo que puedo hacer, podría salir de esto en poco tiempo. Pero necesito permanecer en esta nave más tiempo. No puedo entregarme.

Después de un tiempo, se vuelve difícil pensar. Difícil, ver. Difícil, tragar. Todo se vuelve borroso. La gente se convierte en formas difusas. Intento mirar más allá del barco, esforzándome en la distancia. Al igual que hay un destino más allá de éste, habrá un tiempo más allá de éste, en el que no habrá dolor, sólo su recuerdo.

Mientras intento retener eso en mi mente, creo ver un borrón negro en el horizonte. Un barco. Pero una vez que parpadeo, desaparece. No es hasta que llega la hora de que todos se retiren a sus camas que finalmente me liberan.

—Corta la cuerda —ordena Draxen.

Después de un día sin comida ni agua ni tierra firme, todo mi cuerpo está muy débil. Incluso mis piernas. No puedo agarrarme. Así que caigo sobre mi espalda.

—En tu próximo error, *princesa*, te haré colgar por los pies. Veremos cuánto tiempo tarda la sangre en hacer que te explote la cabeza. Quítala de mi vista, Riden.

—Sí, Capitán.

—Intenta no divertirte demasiado con ella mientras esté en tu habitación. No podemos tenerla en mal estado cuando nos encontremos con el rey pirata.

—Estará a salvo conmigo.

—Entonces, llévatela.

Riden me levanta con un movimiento suave. De alguna manera se las arregla para que nada duela más de lo que ya duele. Es muy gentil conmigo, abrazándome contra su pecho. Creo que preferiría tener la cabeza arrastrada por el suelo, pero no tengo fuerzas para moverme.

Me lleva a su habitación, cierra la puerta y me tumba en la cama. Un instante después, me quita las esposas y jadeo por el dolor que me produce.

—Shh —dice Riden para calmarme—. Lo sé, Alosa. Sólo un momento. Te pondré algo en eso. Quédate aquí por ahora.

¿A dónde voy a ir? No puedo moverme.

Está dando vueltas por la habitación, buscando algo.

—Esto sería más fácil si no te hubieras movido y roto todo.

Abro la boca, pero creo que sale algo parecido a un graznido en lugar de palabras.

—¿Qué dijiste? —pregunta Riden.

Toso y lo intento de nuevo.

—Creo que recuerdo haber pateado algo debajo de la cama.

Suspira antes de ponerse de rodillas.

—Aquí hay algo, creo —dice.

La cama se hunde cuando se sienta en ella. Me pasa las manos por debajo de los brazos y me levanta. Siseo entre dientes.

—Lo siento. Ya casi está.

Me siento en su regazo, con la espalda pegada a su pecho. Su cabeza se inclina alrededor de mi cuello para ver mis manos mientras me pone una especie de bálsamo.

—Oh. —Suspiro satisfecha.

—Apuesto a que se siente mejor.

Deja que el bálsamo permanezca en mis muñecas durante unos minutos antes de aplicar más. Luego me envuelve con vendas la piel desgarrada y en carne viva. Intento pensar sólo en mi respiración. No en el dolor ni en la molestia. Sólo en respirar. Riden ha terminado. Sin embargo, sigue sentado aquí, abrazándome. Está en silencio durante algún tiempo.

—Lo siento. No tenía ni idea de que te dejaría colgada tanto tiempo.

—Si no recuerdo mal, fuiste tú quien sugirió subirme ahí arriba.

—Fue un medio de persuadirte para que hicieras lo que el capitán quería. Esperaba que aceptaras las tareas antes que colgarte de una cuerda. No se suponía que fueras terca.

—Deberías haberlo sabido —replico.

—Sí, debería haberlo hecho. Lo siento de verdad.

Por alguna razón su disculpa me frustra. Con toda sinceridad, le digo:

—Si lo sientes, significa que quieres el perdón. ¿Es eso lo que me estás pidiendo? —Se queda callado. Vuelvo a hablar antes de que pueda responder—. Si quieres mi perdón, significa que quieres arreglar las cosas. Y si quieres arreglar las cosas, significa que no tienes intención de volver a ponerme en peligro. Así que, si estás diciendo que lo sientes, no creo que entiendas lo que eso implica.

—No tuve elección —responde.

—Por supuesto que tuviste elección, Riden. Sólo que tuviste una difícil. Y elegiste la opción fácil, que era no hacer nada.

—¿Fácil? ¿Crees que fue fácil para mí verte? Verte ahí arriba, sabiendo el dolor que debías tener, me hizo sentir... me habría dolido menos si hubiera sido yo quien estuviera colgado. Me odié por lo que pasó. Y la única forma de castigarme era obligarme a verte sufrir. *Ese fue mi castigo*.

Riden empieza a acariciar mi pelo. Estoy tentada a dejar la conversación, a hundirme más en su abrazo y a dormir. Pero a pesar de cómo me está cuidando ahora, sigo furiosa con él.

—Qué bonito sentimiento —replico—. Pero las palabras sólo significan algo cuando se respaldan con acciones. Incluso si todo lo que dices es cierto, eres demasiado cobarde para hacer lo que quieres hacer. Y me parece que hasta que no te separes de tu hermano, no podrás hacer nada en absoluto.

La mano en mi pelo se detiene.

—Eso es gracioso viniendo de ti. Estás sirviendo a un tirano, un hombre que básicamente tiene el control de todo el mundo. Somos piratas. No políticos. Nuestra clase no fue hecha para gobernar. Es necesario que haya orden para que podamos interrumpirlo. Si no hay orden en primer lugar, ¿dónde nos deja eso? El mundo ha cambiado en los últimos años. Y tú has elegido ayudar a que cambie. No para mejor. Nuestras opciones son morir o unirnos al rey pirata. ¿Por qué sirves a Kalligan? ¿Para qué papá te quiera?

—No sabes nada de mí o de mi padre. Deberías dejar de fingir lo contrario. Ahora, déjame ir. —Intento alejarme, pero él me sujeta con más fuerza.

—No.

—Suéltame. No quiero que me toques. Me das asco.

—Lass, eres demasiado débil para obligarme. Deja que me ocupe de ti por ahora. Es todo lo que puedo hacer por ti, así que déjame hacerlo. Puede que creas que me tienes calado, pero no es así. Tengo mis propias razones para querer que Draxen tenga éxito. Te necesitamos. Es lo mejor. Dejar que cuelgues sobre la cubierta nunca debería haber sucedido. Haré lo que pueda para garantizar tu seguridad, si puedes prometerme que dejarás de ser tan malditamente terca.

No quiero seguir hablando con él, así que me hago la dormida. Él resopla en silencio.

—Es como decirle a un pez que no nade.

Capítulo 10

POR SEGUNDA VEZ me despierto en los brazos de Riden. Sigue durmiendo, y me gusta poder mirar su cara todo el tiempo que quiera. Labios carnosos, nariz recta, una cicatriz que se adentra en el nacimiento del pelo en el lado izquierdo de la cara. Debe haber sido un gran golpe en la cabeza. Me pregunto si su padre se lo hizo. Riden nunca parece querer hablar de su padre. Puede que sea por cómo le trató, o puede que sea porque él le mató. Tal vez ambas cosas.

Entonces se revuelve. Me miro rápidamente las muñecas para que no me pillen observándolo. De repente, me invaden las ganas de arrancar las vendas. La mano de Riden sale disparada, agarrando justo debajo de la herida de mi muñeca derecha.

—Todavía no. Mantente las vendas puestas. Necesitas mantener tus heridas limpias durante un tiempo.

—Me pica muchísimo.

—Lo sé, y sólo empeorará, pero no debes rascarte.

—¿Y supongo que has tenido que llevar grilletes antes?

—Todos en el barco lo han hecho.

—¿Al mismo tiempo? —aclaro.

Su respuesta es un poco inusual, llena de amargura y arrepentimiento.

—Sí.

—¿Qué pasó?

La mano de Riden sigue en mi brazo. Le ha dado por acariciar mi piel con las yemas de los dedos. No lo detengo porque eso hace que el picor disminuya.

—Te diré algo, Alosa. Te ofreceré una historia a cambio de una historia.

—¿Qué quieres saber?

—Háblame de tus cicatrices.

—Son muchas historias.

—Pero estoy seguro de que puedes contarme alguna.

—Supongo que podría, pero tú primero.

Riden piensa por un momento. Levanta mi cabeza con la mano libre, la otra sigue trazando mi piel.

—Muy bien. Confío en ti. Yo empezaré primero.

¿Confía en mí? ¿Qué significa eso exactamente? *¿Es un tonto?* No le he dado ninguna razón para confiar en mí. Es más probable que se sienta obligado a ir primero, con los eventos de ayer. Hay muchos tipos de piratas, pero Riden es el primero que conozco que siente remordimientos por su piratería. Tal vez por eso lo encuentro tan interesante. Me trata mejor que cualquier otro pirata trataría a una prisionera, estoy segura.

—Aproximadamente un año atrás —comienza Riden—, mi padre, Lord Jeskor, todavía estaba al mando de este barco. Draxen y yo habíamos vivido en el *Rondador Nocturno* prácticamente toda nuestra vida. Estoy seguro de que te sientes identificada. Los señores piratas necesitan hijos a los que transmitir su legado. O, en tu caso, una hija. Peculiar, lo tuyo. Tendrás que explicarme algún día cómo empezó todo eso.

—No, no lo haré —contesto.

Él sonríe.

—Supongo que no lo sabes, pero tengo curiosidad por saberlo yo.

—¿Tu historia?

—Sí. Bueno, muchos de nosotros en el barco somos los hijos de los

tripulantes originales. Otros son jóvenes ladrones y asesinos que recogimos en el camino. Formamos una tripulación después de que el barco fuera nuestro.

—¿Y cómo se convirtió el barco en vuestro? ¿Dónde están los hierros?

Me pone un dedo en los labios.

—Shh. Estoy llegando a esa parte. A veces eres muy impaciente.

Frunzo el ceño bajo la presión de su dedo. Lo retira y lo deja sobre la cama.

—Mi padre se había vuelto descuidado. Él y sus hombres pasaban demasiado tiempo en tierra y menos en el mar, pirateando. Eran perezosos, borrachos, ruidosos... todo el tiempo. Nosotros, sus hijos y compañeros de tripulación, estábamos casi olvidados. Así que decidimos intentar arrebatarles el barco.

Levanto una ceja con incredulidad.

—¿Esperas que me crea que tu padre, un señor pirata, se volvió vago y eso os motivó a todos a robarle la nave?

—Tú sabes lo que es ser criada por piratas; he visto tus cicatrices. Las nuestras son menos visibles. Apenas nos alimentaban. Nos daban los trabajos más peligrosos durante nuestros robos y saqueos. Nos daban una paliza cada vez que se aburrían, lo que ocurría con bastante frecuencia. Finalmente, nos hartamos. Y tratamos de tomar el barco.

—Y fracasasteis.

—Sí, fracasamos. Nos encadenaron, nos encerraron en el calabozo y luego decidieron matarnos a todos uno por uno por amotinamiento.

—Obviamente no tuvieron éxito.

Riden sacude la cabeza.

—No, pero estuvieron a punto. Mi padre quería empezar conmigo. Yo era... una decepción para él. No había salido como él quería. No me parecía lo suficiente a él. No hablaba, ni caminaba, ni bebía como él. Creo que mi padre lo atribuyó al hecho de que tenemos madres diferentes, pero sea cual sea la razón, Draxen siempre fue más como él. ¿Tienes hermanos o hermanas, Alosa?

—Estoy segura de que a estas alturas hay cerca de un centenar de ellos. Mi padre tiene bastante... apetito. Pero soy la única que ha reclamado. Si hay otros, no los conozco.

—Ya veo. Me crié con Draxen. Hicimos todo juntos. Jugábamos y peleábamos. Siempre cuidó de mí, siendo mi hermano mayor. Cuando mi padre gritaba y me pegaba, Draxen salía en mi defensa. Fue mi protector en nuestros años de juventud, durante la época en que era más grande que yo. Luego crecimos, y pude empezar a cuidar de él a cambio.

Normalmente, aquí es donde lanzaría alguna cantidad de sarcasmo. La historia de Riden es muy ñoña. Pero extrañamente, siento la necesidad de quedarme quieta. De escuchar.

—Tenemos un fuerte vínculo. Es lo más fuerte que tengo en mi vida. Y nunca haría nada para romperlo porque toda mi vida se ha construido en torno a él. Así que, sin él, no sé lo que sería. Nada bueno.

Me pregunto cómo sería tener algo así. Alguien en quien confiar y a quien llamar amigo desde la infancia. Tengo muchas buenas mujeres a bordo de mi tripulación en las que confío y a las que llamo amigas. Pero todas son hallazgos recientes. En los últimos cinco años, más o menos. No tengo nada a lo que me aferre desde que era pequeña.

Excepto mi padre, por supuesto.

—Mi padre estuvo a punto de matarme por lo que supuso que sería mi último acto decepcionante. Pero entonces Draxen estaba allí. Se había liberado de los hombres que lo retenían y había venido a rescatarme. Una vez más. Ese acto me salvó la vida. Cuando más importaba, Draxen me eligió a mí antes que a nuestro padre. Le debo mi vida y mi lealtad. Él es lo mejor que tengo, y nunca haría nada para herirlo o traicionarlo. Draxen entonces lanzó su habilidad con la espada contra nuestro padre. Pero padre era un excelente espadachín, borracho y perezoso o no. Desarmó a Draxen y estuvo a punto de matarlo. Pero yo recogí la espada caída de mi hermano. Y acabé con él...

—¿Y qué pasó después de eso? —pregunto.

—Matar a nuestro padre tuvo un extraño efecto en Draxen y en mí. Nos sentimos más libres sin él, más fuertes. Luchamos hasta llegar al calabozo. Liberamos a todos. Y tomamos la nave.

—¿Así de fácil?

—Bueno, he omitido todas las partes de la pelea, pero estoy seguro de que sabes cómo es y cómo suena una pelea.

Y cómo huele y se siente y sabe.

—Ahora háblame de tus cicatrices —pide Riden.

Un trato es un trato. Así que se lo cuento. Pero no quiero que sienta pena por mí. Así que lo digo todo como si fuera un hecho. Sin sentimientos.

Sin remordimientos. Le hablo de mis pruebas de resistencia. Mis rigurosas prácticas de lucha. Las pruebas periódicas que me hizo mi padre. No entro en demasiados detalles. Sólo necesita tener una idea de la vida con mi padre para estar satisfecho de que no le he mentido al decir que lo compartiría si él lo hacía antes. Al final, Riden me pregunta:

—¿Y todos los hombres de tu padre están entrenados de la misma manera?

—Bueno, yo soy la única a la que ha entrenado personalmente, pero... —corto rápidamente.

—¿Qué?

—¿Por qué quieres saber sobre su entrenamiento? ¿Es este otro maldito interrogatorio? —Salto de la cama en un instante, empujando la mitad del peso de Riden de mí en el proceso—. No puedo creerlo. ¿Qué demonios es esto, Riden? Me muestras amabilidad y luego esperas que me abra a ti, ¿es eso?

Riden se encoge de hombros.

—Eres una mujer y además la hija del rey pirata. Algo me dice que no cederías ante la tortura. Necesitábamos acercarnos a ti de una manera diferente.

—Maldito seas. Y tu maldita tripulación. ¿Algo de esto es real?

Riden se sienta y me mira seriamente.

—¿Algo de qué es real?

—¿Tu historia? ¿Esto? —Hago un gesto por la habitación—. ¿Todas las sutilezas? ¿Son sólo una forma de conseguir que me abra?

Se levanta y me pone las manos en los hombros.

—La mayor parte es real, Alosa, aunque no debería serlo.

Lo empujo hacia atrás y hago una mueca de dolor por las heridas de ayer.

—¿Qué se supone que significa eso? Estás interpretando un papel. El primer compañero conflictivo. Eres un mentiroso.

—Tú también lo eres. ¿Por qué no me dices lo que realmente haces en este barco?

—¡No estoy haciendo nada! —grito—. Sólo déjame irme. Quiero marcharme ahora.

Es difícil mantener las apariencias cuando estoy tan furiosa. Pero hay que hacerlo.

—No puedo hacerlo. No, a menos que quieras decirme dónde está el escondite de tu padre. Entonces te llevaremos hasta él.

Puedo sentir todo mi cuerpo tenso. Voy a explotar si no golpeo algo.

—Ah —dice Riden—. He llegado a entender esa mirada. Te dejaré sola un rato.

Se va justo antes de que mi pie conecte con la puerta.

* * *

Intento decirme a mí misma que no importa. ¿Qué me importa si Riden ha estado tratando de obtener información de mí? Ya sabía que lo estaba haciendo. Sólo que no esperaba que usara un enfoque sentimental. Nada ha cambiado. Todavía estoy tratando de conseguir el mapa. Y mientras mantenga en secreto la ubicación de la guarida de mi padre, puedo seguir buscándolo. ¿Y qué si Riden se vuelve un poco inteligente de vez en cuando? No puede tocarme.

Estoy sentada en el borde de la cama, esperando que pase el día, cuando se abre la puerta. ¿Era demasiado esperar que no fuera Riden? Me agarra del brazo.

—El capitán quiere verte.

Intento darle un puñetazo en el estómago, pero se lo espera. Atrapa mi puño.

—Venga, Alosa. Vamos a ver qué quiere.

—No quiero ver lo que quiere. Cada vez que veo a Draxen, algo terrible sucede. Quiero que me dejen en paz. He terminado contigo, y he terminado de estar en esta nave.

—Vamos. —Me arrastra hacia la puerta—. No va a pasar algo terrible. —Le echo una mirada—. Probablemente no ocurra algo terrible. Sólo dale a Draxen lo que quiera.

—¿Qué tal si le doy a Draxen lo que se merece?

Se ríe mientras me arrastra el resto del camino. Por la escalera. En los cuartos de Draxen.

—Ah, aquí está —dice el capitán. Ya tiene un par de hombres aquí con él: Kearan y Ulgin. Reprimo un escalofrío—. Creo que lo mejor es que la

princesa esté encadenada cuando no esté encerrada. —Asiente con la cabeza hacia Ulgin, que saca un juego de grilletes de su cinturón.

—Todavía está débil por lo de ayer, Capitán —avisa Riden, moviendo la cabeza hacia mis muñecas—. No creo que sea necesario.

—Si tú lo dices, Riden. Alosa, toma asiento.

—Creo que prefiero estar de pie.

—No estaba preguntándote.

Riden me acerca a una silla y me presiona los hombros. De mala gana, me siento. Si no me gusta lo que sucede a continuación, siempre puedo volver a levantarme.

—Ayer recibimos noticias de tu padre.

—¿Cómo es eso? Me dijeron que nadie sabía nuestra ubicación.

—Hemos estado usando pájaros yano.

No espero escuchar eso. Los pájaros yano se utilizan para llevar mensajes al mar. Son muy rápidos y excelentes navegantes. También son perfectos para la comunicación silenciosa, porque los pájaros no emiten una nota de canto. Pero son extremadamente raros. Mi padre sólo tiene cinco de ellos.

—¿Cómo has conseguido uno? —pregunto.

—Tengo un equipo de hombres que son muy buenos para hacer las cosas. Deberías preocuparte por lo que te ocurra en los próximos cinco minutos. Quiero saber dónde está el torreón de tu padre.

—¿No te lo dijo en su carta? Qué sorpresa.

Draxen frunce el ceño ante mi tono.

—¿Qué decía exactamente su nota?

—Está dispuesto a negociar un rescate. Sólo tengo que nombrar una cantidad y un lugar.

—Pues hazlo, entonces.

El capitán esboza su sonrisa maligna, mostrando su diente de oro. Es una sonrisa calculadora y maliciosa, acompañada de unos ojos fríos. Tan diferente de la forma en que Riden sonríe cuando cree que tiene la ventaja sobre mí. La de Riden es victoriosa, incluso arrogante, pero inofensiva. Pero la de este está impregnada de veneno.

—Verás —dice Draxen—, tengo la sensación de que si apareciera me rodearían diez naves de tu padre. Creo que sería mucho mejor sorprenderle y negociar cuando no esté preparado, ¿no crees?

—¿La promesa de paz de mi padre no es suficiente para convencerte?

—Riden me ha informado de que eres especial para él. Me parece que cuando se trata de ti, no podemos contar con promesas. Necesitamos algo más con lo que trabajar. Te dije lo que pasaría si seguías sin cooperar con mi hermano. Me he impacientado. Necesito la ubicación de tu padre ahora.

—No te lo voy a dar.

El capitán aprieta los dientes y mueve violentamente la cabeza hacia un lado.

—Iba a dejar que Ulgin te tuviera si no cooperabas, pero me parece que tengo demasiadas ganas de encargarme yo mismo de este interrogatorio.

Esto no va a ser agradable.

Draxen se pone detrás de mí y me tira de la cabeza hacia atrás por el pelo. Hago una mueca de dolor. Me golpea el costado de la cara con el puño cerrado.

—¿Dónde está el torreón de Kalligan, chica?

No respondo. Me golpea de nuevo.

—Draxen. —le avisa Riden.

—¿Qué?

—Esto no me parece bien.

—Entonces vete. Hay que hacerlo y lo sabes.

Recibo otro golpe en la cabeza. Mi nariz empieza a sangrar.

No puedes defenderte, me digo. *Puedes matar a Draxen tú misma cuando todo esto acabe, pero ahora mismo no puedes defenderte.* Es la voz de mi padre en mi cabeza.

—Draxen, por favor —intenta Riden de nuevo.

—He dicho que te vayas, Riden.

Me golpea con su otra mano. Esta muerde más profundamente. Creo que es su mano anular, donde lleva el sello de la línea Allemos. Me corta la mejilla.

—Hermano —lo intenta de nuevo. Esta vez con más fuerza. Es el mayor respaldo que he visto en él.

Los ojos de Draxen deben estar encendidos por la sed de sangre. Pero se detiene ante esa palabra. Suspira como si quisiera aclarar su mente.

—Bien, Riden. Si insistes. ¿Estás lista para hablar, princesa?

Permanezco en silencio.

—¿Qué piensas, Riden? —pregunta Draxen, y no me gusta el nuevo tono que adopta su voz—. El rey pirata no necesita una hija con pelo, ¿verdad?

Oigo cómo se desliza un cuchillo de una vaina.

Riden no protesta por esto. ¿Por qué iba a hacerlo? No hace daño cortarse el pelo, pero parece que no entiende el *valor* que el pelo de una mujer tiene para ella. Y yo no tengo intención de perder el mío.

—¡Para! —Gotas de sangre salpican hacia afuera mientras hablo. La sangre de mi nariz ha entrado en mi boca.

Kearan inclina la cabeza hacia un lado y habla por primera vez.

—¿Eso es lo que se necesita? ¿Su pelo ensangrentado?

—Para interrogar a una mujer, tienes que pensar como una mujer —dice Draxen.

—Lo cual es extrañamente fácil para ti —contesto.

A pesar de las protestas anteriores de Riden, Draxen me golpea de nuevo. Pero no me importa. Esa ha valido la pena. Los demás piratas de la sala tienen el sentido común de no reírse.

—La ubicación, Alosa —exige Draxen.

—El Pico de Lycon. ¿Lo conoces? —pregunto.

—Sí. —Kearan es el que responde. Naturalmente. Enwen me dijo que Kearan fue una vez un viajero y aventurero.

—El torreón está a dos semanas de navegación al noreste de allí.

—¿Es eso posible? —pregunta el capitán. ¿Hay algo más allá de eso?

—Podría haber fácilmente unas cuantas islas pequeñas allí. —responde Kearan

—Draxen me suelta el pelo y se pone delante de mí.

—Si estás mintiendo, chica, te quitaré tanto el pelo como una mano.

—¿De verdad crees que tendrás éxito colándote en el torreón de mi

padre? Una vez que lleguéis allí, os colgará a todos.

—Nos arriesgaremos. Riden, lleva a la prisionera a sus aposentos. Tráeme un mapa. Kearan, reúnete con nosotros en el timón para fijar nuestro rumbo.

Uno rato después, estoy de vuelta en la habitación de Riden, sujetando una toalla en mi nariz mientras él rebusca en la pila de mapas de su habitación.

No puede ver mi enorme sonrisa bajo la toalla. No es sólo porque haya destruido todos sus mapas. Tampoco he tenido que dar la ubicación de la guarida de mi padre. No, la ubicación que les di es una que mi padre y yo discutimos antes de emprender esta misión. Mi padre y muchos de sus hombres estarán esperando allí a que regrese con el mapa. Sabíamos que Draxen intentaría descubrir dónde está el torreón de mi padre. Ya teníamos una ubicación en mente para darle en caso de que las cosas se pusieran feas. El único problema ahora es que tengo un plazo para encontrar ese mapa. Tengo que tenerlo antes de llegar a mi padre. O no estará contento.

Cosas malas suceden cuando no está contento.

Capítulo 11

RIDEN ME DEJA SOLA durante varias horas ese día. Aunque ya no me duele la cara (siempre he sanado rápido), me duele el estómago de forma feroz por la falta de comida. Llevo día y medio sin comer.

Intento imaginar que estoy en casa, en la torre del homenaje, asistiendo a una de las grandes fiestas de mi padre. Tendrá todo tipo de carne imaginable, desde cerdo hasta ternera y aves de corral. Se me hace la boca agua al imaginar el sabor de las verduras al vapor y las frutas azucaradas. Pasteles y vino. Pan y queso. Si no me dan de comer hoy, tendré que arriesgarme a bajar a las cocinas esta noche.

Pero no tengo que preocuparme. Puedo oler algo caliente y delicioso desde el otro lado de la puerta. En cuanto entra Riden, le quito uno de los cuencos de la mano.

—Cuidado —dice—, todavía está caliente.

No me importa. Me quemo la lengua mientras doy unos cuantos tragos a la sopa. Apenas la saboreo, ya que el líquido me quema hasta el estómago. Cuando mi cuenco se ha vaciado, cojo el otro que tiene Riden en la mano y empiezo con él.

—Lo siento. No me había dado cuenta del tiempo que hacía que no comías. Deberías haber dicho algo.

No miro hacia él mientras cómo. Ya tengo suficiente comida para usar pacientemente la cuchara y soplar la sopa. Mis dientes muerden con avidez las verduras y las patatas de la mezcla.

Cuando he terminado el segundo cuenco, lo dejo caer al suelo y me retiro a la cama. Todavía me siento más débil que de costumbre. Puede que sea mediodía, pero algo me dice que podría quedarme dormida hasta la mañana. He pasado demasiadas noches durmiendo poco. Tengo los ojos cerrados, pero oigo a Riden moverse por la habitación.

—¿Qué estás haciendo?

—Tratando de limpiar tu desorden.

—¿Podrías hacerlo en silencio? Estoy intentando dormir. He tenido un par de días difíciles, ya sabes.

Él resopla, pero el sonido de limpieza continúa.

—Buena idea, tú limpiando la habitación y todo eso —digo—.

Necesitaré algo que hacer mañana.

Se oye un estruendo cuando tira lo que tenía en la mano. Mis ojos se abren de golpe cuando Riden me levanta por los brazos.

—¿Qué estás haciendo? —Exijo—. No puedes seguir tocándome como si fuera una niña pequeña a la que puedes coger y mover cuando quieras.

—Si insistes en actuar continuamente como una niña, entonces no hay razón para que no te trate como tal.

—¿De qué demonios estás hablando?

—¡Mi habitación! —resopla—. Mírala. Está sucia. La mitad de mis cosas están arruinadas, gracias a tus malditos dibujos. Debería tirarte por la borda.

—¡Me encerraste aquí! ¿Qué creías que iba a pasar? Deberías tirarte por la borda por ser un completo idiota. Y si querías que me castigaran, ¡deberías haber dejado que el capitán siguiera conmigo en lugar de pedirle que parara!

—¿Te quejas porque te he ayudado?

—Tenía las cosas bajo control.

—Justo ayer estabas haciendo un escándalo porque no te defendí. No puedes tener las dos cosas. ¡Así que elige una!

—¿Qué te importa lo que yo quiera? ¿Por qué no tienes los cojones de hacer lo que quieres?

Riden suspira y mira hacia el cielo.

—Deja de hacer eso.

—¿Hacer qué?

—Eres una mujer. Actúa como tal. No deberías decir semejantes groserías...

—Diré lo que me plazca. No soy una dama, ¡soy una pirata!

—¡Pues no deberías serlo!

—¿Y eso por qué? Soy muy buena en eso.

—Porque se supone que los piratas no deben tener el aspecto que tú tienes y hablar como tú hablas y hacer lo que haces. Eres confusa, y eso me está confundiendo.

—¿Y cómo va a ser eso culpa mía? Estoy segura de que tu cabeza estaba bastante desordenada antes de que yo llegara.

Puedo sentir el aliento de Riden en mi cara. Está tan cerca y tan enfadado que casi me dan ganas de reír.

—No, no lo estaba —insiste.

Luego me besa.

¿Qué...? Leí mal hacia dónde iba eso. Quería irritarlo. Meterme en su piel. Meterme con él porque está trabajando para el enemigo. No esperaba exactamente que se pusiera sentimental como resultado. Pero, de nuevo, no puedo describir esto exactamente como sensiblero. Es pura irritación expresada como una necesidad física. *Interesante.*

He besado a muchos hombres, piratas y terrestres por igual. Normalmente ocurre justo antes de que esté a punto de robarles algo. O porque estoy aburrida. Ahora mismo no estoy segura de tener una excusa. De hecho, estoy segura de que hay varias razones por las que no debería besarlo. Sólo que no se me ocurren en este momento.

Tal vez sea porque los labios de Riden saben aún mejor de lo que había imaginado. O porque sus manos me hacen sentir un cosquilleo en los lados de la cara. Tal vez sea la emoción de hacer algo que mi padre no aprobaría. Quiero decir, él no es exactamente del tipo sobreprotector. No podría importarle menos mis devaneos. Pero definitivamente se molestaría si supiera que estoy besando al enemigo, especialmente cuando no tengo nada que ganar con ello.

No, espera, eso no es cierto. Definitivamente podría *beneficiarme* tener al primer oficial envuelto alrededor de mi dedo.

Cuando los labios de Riden bajan hasta mi cuello, me olvido de mi padre. No hay nada más que calor y escalofríos a la vez. Llega al hueco de la base de mi cuello y dejo escapar un suave gemido. Vuelve a acercarse a mis labios con una nueva intensidad. El punto quemado de mi lengua hormiguea cuando lo recorre con la suya. Arranco la cinta que sujeta su pelo y paso los dedos por ella.

El momento es perfecto. Pero el pensamiento me golpea como un martillo: Esto no debería ser perfecto. De hecho, no lo es. He pasado demasiado tiempo sin dormir ni comer bien. Me está haciendo actuar como una tonta moza de taberna. No puedo hacer esto. Tengo que robar.

Con un gran esfuerzo, no del tipo físico, empujo a Riden lejos. Su pecho se agita hacia arriba y hacia abajo. Estoy segura de que el mío también.

—Ya está bien.

—Vuelves a sangrar —dice Riden, tocando un punto de mi mejilla.

No había sentido el corte reabierto.

—Probablemente sea culpa tuya.

—Como estoy seguro de que crees que lo son la mayoría de las cosas.

—Por supuesto.

Sonríe y empieza a inclinarse de nuevo, y estoy tan tentada de dejar que acorte la distancia. No sería tan difícil si no fuera tan bueno en esto. En lugar de eso, corto:

—He dicho que es suficiente.

Se aleja rápidamente de mí, como si no confiara en permanecer cerca.

—Tengo deberes que cumplir —dice, dándose la vuelta.

—Estoy segura.

* * *

Me gustaría no tener que esperar hasta el anochecer para seguir buscando en la nave. Todo lo que tengo que hacer cuando me quedo sola es pensar. Y pensar es lo último que quiero hacer ahora mismo. Preferiría estar golpeando algo.

Enwen entra más tarde para traerme otra comida. Sonrío una vez que se retira. Riden es un cobarde. No quiere enfrentarse a mí ahora. Quizá ese beso haya sido una buena idea. Sin duda valdrá la pena ver cómo se retuerce más tarde.

Tomo una siesta rápida para estar lista al anochecer. Es tentador volver a dormir una vez que me despierto, pero no tengo tiempo que perder ahora que Draxen y su equipo se dirigen a mi padre.

Es tarde cuando Riden vuelve a entrar en la habitación. Parece sorprendido de verme.

—Oh, pensé que estarías durmiendo.

—Quieres decir que estabas esperándolo —digo con una sonrisa.

—¿Y perderme cualquier comentario mordaz que tengas preparado para mí? Ni hablar.

—No tengo ningún comentario mordaz preparado.

—Es una pena. Esperaba que se repitiera lo que pasó después del último.

—Estoy segura. Por desgracia para ti, estoy un poco cansada.

—¿Entonces por qué no estás dormida?

—Estaba casi, casi.

—Parece más bien que me estabas esperándome.

Oh, por favor. Tal vez debería noquearlo por la noche. Pero no puedo hacer eso. Se acordaría por la mañana. Me quedaría sin explicaciones si lo noqueo, pero, en el barco. ¡No puedo irme hasta que tenga ese maldito y siempre esquivo mapa!

—Sólo ve a dormir, Riden. Toma. —Me bajo de la cama y me siento en la silla.

—¿Vas a dormir ahí?

—Sí.

—¿Por qué?

—Porque quiero, ¿de acuerdo? ¿Por qué tantas preguntas?

—Soy tu interrogador, ¿recuerdas?

—Ahora mismo estás fuera de servicio, así que vete a dormir.

—¿Por qué quieres tan desesperadamente que me duerma? ¿Esperas meterte en la cama después de que lo haga?

—En realidad, quiero el silencio que viene después.

Riden mira por la habitación.

—Sabes, me resulta muy difícil dormir sabiendo lo sucia que está mi habitación. Tal vez me quede despierto hasta que te desmayes.

No tengo tiempo para esto. Y no puedo arriesgarme a fingir que me duermo hasta que él lo haga. Podría quedarme dormida, y eso sería una noche entera desperdiciada.

Estoy irritada. Y tal vez si no estuviera tan irritada, no habría saltado tan rápidamente a esta solución. Pero estoy impaciente después de estar sentada todo el día. Me han machacado la cara. Todavía estoy de mal humor por la falta de sueño y, sinceramente, todavía tengo hambre.

Así que empiezo a cantar. La melodía es profunda y relajante. Siento que todo mi cuerpo, zumba con energía mientras sale de mí. Puedo sentir cada

lugar de la habitación. La forma en que el sonido rebota en la madera, se filtra en las mantas, entra en los oídos de Riden.

Se acerca, intentando escuchar mejor la melodía. Le doy el gusto de acortarle la distancia. Le cojo de la mano y le conduzco hasta la cama. Él me sigue, capturado por mi hechizo. Sé lo que Riden quiere en la vida. Amor y aceptación. Los incluyo en la canción y le ordeno que se duerma y olvide que me ha oído cantar.

No tiene más remedio que obedecer.

Capítulo 12

SIENTO LA ESPERADA ANSIEDAD DEL OCÉANO. Siempre lo siento después de usar mi canción. Me duele el pecho. Arde, anhelando ir bajo el agua donde pueda ser calmado y alimentado. Sin embargo, no necesito la fuerza del océano para sobrevivir, sólo para reponer mi canción, para fortalecer la parte de mí que intento mantener oculta. Pero reponer mis capacidades tiene su propia consecuencia. Esa otra parte de mí intenta tomar el control, algo a lo que no puedo arriesgarme hasta que haya completado mi misión.

Soy mayormente humana. Pero cuando me permito usar los dones que me dio mi madre, me convierto en otra cosa. Y me mata un poco por dentro cada vez que tengo que luchar contra ella.

* * *

Vuelvo a entrar en la habitación de Riden justo antes de que empiece a salir el sol. Tengo que volver a meter la llave de la puerta en su bolsillo. Pero Riden gime mientras se sienta en la cama. Me alejo rápidamente de la puerta y salto a la silla de su escritorio.

—¿Qué ha pasado? —pregunta, llevándose la mano a la cabeza.

—¿Te duele la cabeza? —le pregunto—. Estabas gimiendo muy fuerte mientras dormías.

—No, no me duele. Se siente...

He cantado a muchos hombres en el pasado. Aquellos a los que he permitido conservar su recuerdo de la experiencia han intentado explicarme qué se siente. He oído que es eufórico. Que es placer y felicidad todo en uno. Cuando les hago dormir, sueñan conmigo durante toda la noche. Mientras crecía, no había muchos hombres que me dejaran practicar mis canciones con ellos. Pero yo practicaba de todos modos. No estaba mi madre para enseñarme. Con el tiempo, mi padre consiguió que mis habilidades sólo fueran conocidas por un grupo selecto. No quería que sus rivales supieran lo poderosa que soy. Las habilidades de lucha que me enseñó me hacen peligrosa. Y ser mitad sirena, bueno, eso me hace mortal.

—¿Se siente qué? —pregunto.

—Nada —dice rápidamente.

Se ha refugiado en su mente, buscando entre los recuerdos o los sueños. Despertar suele desorientar a mis víctimas. Aunque es divertido ver

cómo se debate entre sus pensamientos, tengo que devolverle la llave a Riden antes de que se dé cuenta de que no está.

—¿Dormiste bien? —pregunto—. ¿Buenos sueños?

Sé que ha soñado conmigo, pero eso no significa que sepa lo que estaba haciendo en su sueño. Por supuesto, no espero que Riden sea sincero. Parece aturdido por un momento más. Luego empieza a recomponerse.

—Sí. ¿Qué pasó ayer? No puedo...

Le miro con severidad.

—¿Estuviste bebiendo?

Se sienta y pone los pies descalzos en el suelo.

—No bebo tan a menudo. Nunca lo suficiente como para emborracharme. Y menos cuando te estoy vigilando.

—¿Pero no recuerdas nuestra noche juntos?

Estoy pensando rápido. Necesito deshacerme de esta llave. Tengo que encontrar una excusa para acercarme a él.

—¿Nuestra noche juntos? —parece más que confundido.

Me muevo para sentarme en su regazo, poniéndome cómoda mientras envuelvo mis brazos alrededor de su cuello. Riden se queda paralizado.

—¿De verdad no te acuerdas? —Le susurro seductoramente al oído.

Con mis manos en sus hombros. Desciendo una de ellas por su pecho. Es sólido como una roca, pero su piel es suave y cálida. Cuando llego a su cintura, dejo caer la llave en el bolsillo de sus pantalones. En realidad, es un robo, sólo que al revés. Riden exhala y pone sus manos en mis caderas.

—¿Por qué no me lo recuerdas?

Deslizo mis manos por sus brazos hasta que puedo entrelazar nuestros dedos.

—Hubo algo de esto.

—Mmm hmm.

—Y esto. —Aprieto mis labios contra los suyos y lo beso suavemente. Él me corresponde.

—Entonces, ¿qué pasó? —susurra cuando me separo y recorro con mis labios el borde de su oreja.

—Entonces... —hago una pausa y me inclino más hacia él—. Prometiste ayudarme a salir del barco.

Me inclina hacia atrás como si fuera a tumbarme en la cama. Luego me deja caer. Golpeo las sábanas con un suave golpe.

—Creo que lo recordaría —dice, empujando también mis piernas sobre la cama.

—No te preocupes —le digo—. Estoy segura de que todo volverá a ti muy pronto.

—Mientras tanto, Draxen me estará esperando.

Se acerca al armario y rebusca entre la ropa que he dejado amontonada en el suelo, gruñendo con desagrado mientras busca. Una vez que encuentra lo que quiere -un par de pantalones-, empieza a quitarse el par que lleva puesto, observando mi reacción mientras lo hace.

—Deja de hacer eso —le digo, dándome la vuelta rápidamente.

Se ríe suavemente.

Debería haber mantenido la calma y no haberme dado la vuelta. Si simplemente me hubiera encogido de hombros como si no me molestara en absoluto, a Riden no le habría hecho tanta gracia. Se habría llevado la ropa a otra parte, estoy segura. Pero todo empezó tan repentinamente que no estaba preparada para actuar. No hay nada que hacer ahora.

—Cuando estás confinada en esta habitación —dice—, ¿cómo esperas que pueda ponerme ropa limpia?

—¡Ve a vestirte a la habitación de Draxen! —Le respondo bruscamente.

—¿Dónde está la diversión en eso?

Exhalo enfadada mientras espero a que termine. Escucho el crujido de la ropa, el ajuste de un cinturón, el ruido de las botas recién colocadas golpeando el suelo... y espero a que todo se detenga.

Estoy escuchando con tanta atención que ni siquiera me doy cuenta de que las botas se mueven hacia mí hasta que siento una mano en la parte baja de mi espalda. Sus labios están en mi oído.

—Ahora es seguro mirar, Alosa.

Me roza con los labios un lado de la cabeza antes de marcharse. No me doy cuenta de lo tensa que estoy hasta que todo mi cuerpo se relaja.

* * *

Supongo que debería estar aburridísima durante los próximos días, pero no es así. Riden viene a su habitación a menudo para ver cómo estoy. Hablamos hasta que intenta transformar la conversación en un interrogatorio. Quiere saber cosas, como la disposición del torreón de mi padre, la frecuencia con la que los barcos de suministros entregan los envíos, cuántos hombres custodian el torreón, etc. No le digo nada de eso. Moriré antes de dar esa información. Bueno, en realidad morirían, ya que no permitiría que me mataran.

He notado que Riden me ha mantenido a distancia. Sin embargo, no puede evitarlo cuando le pongo un cebo durante la conversación. Es divertido verle luchar, tratando de encontrar un equilibrio conmigo. Jugar con él es ciertamente más entretenido que recorrer la nave. Cada noche que pasa sin que aparezca el mapa, me siento un poco más ansiosa. Compruebo con frecuencia nuestro rumbo, calculando cuánto tiempo queda antes de tener que presentarle el mapa a mi padre. Pasamos el Pico de Lycon y empezamos a navegar hacia el noreste. *Ya no falta mucho*.

* * *

Me despierto temprano, aunque me he acostado tarde. Estoy demasiado preocupada para seguir durmiendo, así que miro al techo, pensando en mi cabeza. Repaso todos los puntos que he revisado, buscando cualquier cosa que se me haya pasado por alto. Mis dos semanas están a punto de terminar. El puesto de control puede aparecer en el horizonte en cualquier momento.

—Te has despertado temprano —dice Riden desde donde está acostado a mi lado.

—No he podido dormir —digo.

—¿Te preocupa algo?

—En realidad, fueron tus ronquidos los que me mantuvieron despierta.

Sonríe.

—Yo no ronco.

—Mis oídos dicen lo contrario.

Se pone de espaldas, mirando hacia arriba conmigo.

—Dime qué te preocupa.

—¿Aparte del hecho de que estoy secuestrada por piratas enemigos?

—Sí —dice simplemente—, aparte de eso.

Bueno, no puedo decirle que Draxen o su padre escondieron un mapa en algún lugar y no lo encuentro. En su lugar, le pregunto:

—¿Qué es lo más temerario que has hecho para intentar impresionar a tu padre?

Se queda callado.

—¿Te duele hablar de él? —le pregunto.

Sacude la cabeza.

—No, no es eso. Intento no pensar en él porque lo odiaba mucho.

—Lo entiendo.

Espero a ver si sigue respondiendo a mi pregunta. Suspira.

—Es difícil de decir. Hice muchas imprudencias.

—Cuéntame una de ellas.

—Está bien —dice pensativo—. Una vez, cuando navegábamos lejos en el mar, saqueamos un barco antes de quemarlo. A mi padre se le cayó un cofre de joyas al mar mientras intentaba arrastrarlo hasta el barco. Yo me zambullí tras él.

—Creo que quizás deberíamos repasar el significado de imprudente.

—Había anguilas acura en el agua, acabando con los marineros que sobrevivieron al ataque inicial a su barco.

Giro la cabeza en su dirección.

—Eso sí que fue una imprudencia.

Las anguilas acura son más temidas que los tiburones. Son más rápidas y más sensibles a la sangre humana. En algunos casos, son incluso más grandes y con más dientes. La mayoría de las veces, permanecen cerca del fondo del océano, pero si perciben una perturbación en la superficie, vendrán a investigar.

—¿Pudiste recuperar el cofre para él? —pregunto.

—No. Una anguila se dirigió hacia mí. Draxen la vio y me bajó una cuerda. Me sacó del agua justo a tiempo.

—¿Qué hizo tu padre?

—Intentó lanzarme de nuevo para coger el cofre, pero Draxen pudo convencerle de que no lo hiciera.

—Me parece que, si no lo hubieras matado, alguien más lo habría hecho al final. Parecía horrible.

—Lo era. —Se gira para mirarme—. Supongo que esa pregunta no fue al azar. ¿Estás haciendo algo imprudente para impresionar a tu propio padre?

—Hago cosas imprudentes por diversión.

—No me cuesta creerlo.

—¿Sientes que conocías bien a tu padre?

Se encoge de hombros.

—Lo suficientemente bien. ¿Por qué?

Tengo que tener cuidado. Tengo que hacer que la conversación parezca inofensiva. Tiene que pensar que todo se trata de mí.

—Mi padre confía en mí más que en cualquier otra persona en el mundo, pero no puedo evitar sentir que me guarda secretos.

—Todo el mundo tiene sus secretos. Todos nos sentiríamos demasiado expuestos si no fuéramos capaces de guardarnos cosas.

—¿Qué son...? —No, no puedo preguntarle a Riden sobre sus propios secretos. Necesito mantener la conversación centrada—. Pero esto se siente diferente. ¿No te diste cuenta cuando tu padre te ocultaba cosas? ¿Cosas importantes?

—Sí, normalmente.

—Mi padre tenía un escondite en su barco, una tabla suelta en sus habitaciones. Allí guardaba cosas importantes. Cuando sentía que no me lo contaba todo, solía encontrar allí sus planes y secretos.

Estoy inventando todo esto rápidamente. Espero que Riden no se dé cuenta. En realidad, mi padre tiene una habitación en la que sólo entra él en el torreón. Su refugio privado. He estado tentada muchas veces de entrar a escondidas. Incluso hice el intento una vez. Cuando mi padre me encontró afuera tocando la cerradura, dijo que, si estaba tan interesada en sus puertas cerradas, me pondría detrás de una. Y lo hizo. En una celda en el sótano. Durante un mes.

—Pero un día —continúo—, el espacio bajo el tablero estaba vacío. Y desde entonces no se ha guardado nada allí.

—Te descubrió.

—O sospechó lo que tramaba y no quiso arriesgarse.

Aunque parece natural, relajado, tiene que estar pendiente de cada una de mis palabras. No hay posibilidad de que no esté esperando que le cuente algo de los secretos del padre. Pero ese no es el propósito de esta conversación. Estoy tratando de aprender los secretos de Lord Jeskor.

—¿Qué hay de tu padre? —pregunto—. ¿Tenía un lugar donde guardaba secretos? ¿Alguna vez se enteró de algo que no debía?

¿Sabes dónde escondía su sección del mapa?

—Sinceramente, nunca tuve la suficiente curiosidad como para preocuparme. Cuando éramos más jóvenes, Draxen me engatusaba para que le ayudara a encontrar paneles secretos bajo la cubierta. Sin embargo, nunca resultó ser rentable.

Me identifico. Ya he pasado por todos esos paneles.

No puedo negar que disfruto hablando con Riden, pero realmente esperaba que saliera algo útil de la conversación. Algo que me hiciera darme cuenta de dónde está el mapa exactamente. Debería haberlo sabido.

—Además, si hubiera algo tan importante para mi padre, probablemente no lo habría perdido de vista. Probablemente lo habría llevado consigo en todo momento. Y Draxen y yo nunca fuimos tan tontos como para intentar robarle algo.

Oh.

Capítulo 13

RIDEN SE VA A BUSCAR EL DESAYUNO. Mientras tanto, reflexiono sobre mi propia estupidez. Por supuesto que guardaría algo tan valioso consigo en todo momento.

Después de la muerte de Jeskor, sus hijos habrían registrado su cuerpo. Habrían encontrado el mapa. Draxen es uno de los hombres más codiciosos que he conocido. Si no supiera ya lo que es el mapa, habría hecho todo lo posible por averiguarlo. Y una vez que lo hiciera...

Draxen es despreciable, abusivo y manipulador. Es lo último a quien querría acercarme en esta nave. Quizás por eso nunca pensé en comprobar *si llevaba el mapa encima*. Por supuesto que lo haría. ¿Dónde más guardarías algo que no quieres que nadie encuentre? Apuesto a que esa es la verdadera razón por la que Riden y Draxen se rebelaron contra su padre, intentaron tomar la nave y acabaron masacrando a la tripulación original. ¿Cómo podría ser por algo menos que el mapa que lleva al tesoro de las mil edades?

Pensar que puede que haya estado tan cerca de él tantas ocasiones. Pero lo podría llevar en cualquier parte. En cualquier bolsillo de su abrigo, camisa, pantalones. Incluso metido en su ropa interior. Oh, realmente espero que no esté ahí.

Desafortunadamente para mí, sólo hay una manera de averiguarlo. No tengo otra opción que *seducir al capitán.*

Odio hacer eso. Pero, ¿de qué otra manera voy a tenerlo a solas? Podría esperar hasta esta noche, cuando esté dormido, pero no quiero desperdiciar lo poco que queda de mi canción para mantenerlo inconsciente. Puede que Draxen tenga un sueño más profundo que Riden, pero ¿cómo podría alguien permanecer dormido mientras otro le quita toda la ropa?

No, tengo que actuar *ahora*. Tan pronto como Riden regrese. No puedo arriesgarme a llegar al puesto de control sin tener ya, el mapa para presentárselo a mi padre.

Es hora de usar más de lo que Madre me dio.

* * *

Riden vuelve con el desayuno: más huevos. Me los zampo rápidamente y le digo:

—Quiero salir fuera hoy.

—¿Por qué? —pregunta con suspicacia.

—Porque he estado encerrada aquí como la mascota de un niño, y quiero salir.

—Si estás fuera en la cubierta, el capitán esperará que trabajes.

—Bien.

Se le resbala el plato vacío que tiene en la mano, pero lo atrapa antes de que conecte con el suelo.

—¿Qué has dicho?

—He dicho que bien. ¿Te pasa algo en los oídos?

—Tenía la impresión de que no hacías nada que implicara ensuciarte la ropa.

—Aprendí de pequeña que piratear significa ensuciarse de vez en cuando. Sólo hay que ser lo suficientemente rica como para permitirse un baño regularmente y varias mudas de ropa. Hablando de eso, quiero un traje nuevo.

—Pero te vas a ensuciar.

—Lo sé, pero ya llevo demasiados días con éste.

Enwen me trae nueva ropa desde que me trasladaron a la habitación de Riden. Es muy considerado por su parte, pero no tengo tiempo para esperar a que decida traerme más. Necesito estar limpia y fresca cuando seduzca a Draxen.

—Muy bien, iré a traerte algo —dice Riden.

—No, quiero que traigas todas mis cosas.

Resopla.

—Ni hablar. ¿Quién sabe qué más escondes ahí? Te traeré un conjunto y sólo un conjunto.

Enwen tampoco accede a esa petición, pero vale la pena intentarlo.

—Bien —contesto—, tráeme el verde.

—¿El verde?

—Sí, lo reconocerás cuando lo veas. Y quiero una blusa y unas leotardos también.

—¿Algo más? ¿Algo de ropa interior, quizás?

—No soñaría con darte la satisfacción.

Se ríe.

—No puedes exactamente detenerme, ¿verdad?

Se va demasiado rápido para que me crea que simplemente está haciéndole un favor a una dama. Estaba demasiado nervioso. Tal vez no quería escuchar mis argumentos. O es la emoción de revisar mi ropa interior.

—¿Qué es esto? —exige un poco después. Ni siquiera se molesta en cerrar la puerta al volver a entrar.

—Mi ropa —respondo—. Sinceramente, Riden, ¿has olvidado los nombres de...?

—No —suelta, cortando mi ingenioso comentario—. Esto no es ropa. Esto no cubriría ni a una niña.

—Se estira, idiota.

—¡Se estira! —exclama—. No. No te pondrás esto.

En su lugar, me lanza un fajo de tela púrpura que llevaba en la otra mano. Es un corsé, pero este es un sobre busto en lugar de un bajo busto. Se completa con una capucha y mangas cortas acoplables.

—¿Qué ha hecho mi corpiño verde para ofenderte? —pregunto.

—No eres tonta, Alosa. ¿Crees que algún miembro de la tripulación sería capaz de concentrarse en sus tareas si te pusieras eso?

Exactamente por eso, lo elegí. Necesito llamar la atención de Draxen. Nunca me ha mirado como algo más que un inconveniente. Hoy eso tiene que cambiar, y tengo que hacerlo sin demora. Él es el capitán, y yo soy su prisionera. Pero necesito que me vea como algo más que eso. Necesita ser capaz de verme como una mujer. En ese corpiño verde, es imposible confundir el hecho.

—Ese no es mi problema —replico—. Quiero el verde.

—Bueno, pues no te lo doy. Lo tiro por el borde de la barandilla.

—Vamos, Riden. Eso no es justo.

—Eres una prisionera. Se supone que nada es justo para ti.

Bien, tendré que conformarme con el corsé morado, pero no puedo evitar burlarme un poco de Riden primero.

—¿Estás seguro de que no hay algo más en juego aquí, Riden?

—¿Qué quieres decir?

—Creo que estás actuando como un marido celoso.

—¿Un qué?

—Ya sabes, hombres a los que las mujeres se encadenan.

—Sí, sé lo que es un marido. —Aprieta los puños y me mira fijamente. Está terriblemente guapo cuando se enfada—. No hay nada de lo que estar celoso.

—Entonces, ¿dices que, si me pusiera ese corpiño, no te afectaría en absoluto personalmente?

—En absoluto.

—Entonces no hay ningún problema en que me lo ponga, ¿verdad? Dámelo.

Aprieta los dientes.

—No.

Supongo que tendré que confiar más en el lenguaje corporal, pero creo que se puede hacer. Con algunos hombres, puedo captar su atención con un saco de patatas.

Draxen parece inteligente. Lo suficientemente inteligente como para darse cuenta si me estoy esforzando demasiado. Esto lo tendré que hacer con mucho cuidado.

—Bien. Vete para que pueda cambiarme. ¿O serás incapaz de soportar saber que estaré desnuda en tu habitación?

Le estoy provocando, y él lo sabe. Me impresiona que consiga lanzarme otra mirada antes de dar un portazo.

Con dedos expertos, me abrocho el corpiño y le pongo las mangas. Estas se curvan en punta por encima de mis hombros. También me pongo la capucha. Si termino haciendo algo demasiado embarazoso, sería bueno tener algo tras lo que ocultar mi cara.

Riden me ha traído ropa interior. Intento no pensar en el hecho de que las haya tocado mientras me pongo el resto de la ropa limpia. Es increíble lo que una nueva ropa puede hacer por mi ánimo.

Salgo de la habitación de Riden convertida en una nueva mujer, libre de malicia, actitud y moral. Todo lo que supongo que atrae a Draxen.

Es hora de jugar.

He pasado tanto tiempo rodeada de piratas que he adoptado mi propia clase de fanfarronería, pero esa no es mi inclinación natural cuando camino. Las sirenas son criaturas de gracia y belleza. Se dejan llevar más por el instinto que por el aprendizaje y los hábitos. Aprovecho ese lado de mí, ese lugar que suelo ocultar. Supongo que no necesito la parte superior verde.

De esta forma, puedo percibir exactamente lo que los hombres quieren. Y puedo ser eso para ellos y conseguir lo que quiero. No pueden ocultar sus emociones de mí. Cada una de ellas se arremolina a su alrededor en una bruma de color.

Cada paso en la cubierta es suave y delicado. Mis movimientos son frágiles y angelicales. Mi rostro está desprovisto de la inteligencia que acecha mi mente o de la fuerza ladrona que me impulsa. Puedo sentir cada fragmento del viento cuando se desliza por mi piel. Puedo sentir la sal en el aire. Puedo sentir cada mechón de pelo de mi cabeza, percibir los movimientos de quienes me rodean.

Las sirenas son criaturas cuya única existencia depende de encantar a los hombres. Puedo pasar a esa naturaleza sin esfuerzo, pero la detesto. No me siento yo misma. Vivo en la cúspide de dos mundos, intentando desesperadamente encajar en uno.

Las cabezas se giran cuando salgo de los aposentos de Riden. Hago como que no me doy cuenta.

—¿Dónde quieres que esté? —Le pregunto a Riden.

Mi voz se ha suavizado, adquiriendo un tono casi musical. Pero no voy a hechizar a nadie con mi voz. No puedo controlar a más de tres a la vez. No me serviría de nada en un barco con tantos hombres, aunque tuviera suficiente canto en mí. Probablemente no debería haber usado tanto con Riden la otra noche, pero no pude resistirme una vez que empecé.

Se queda con la boca abierta cuando hablo. Me mira como si nunca me hubiera visto antes. En cierto modo, supongo que no. Mi aspecto no ha cambiado en absoluto, sólo mi forma de comportarme. La forma en que actúo, hablo, me muevo. He asumido mi naturaleza de sirena, y aunque mi aspecto es el mismo, los hombres se dan cuenta de que hay algo diferente, y eso despierta su interés.

—¿Qué está pasando? ¿Por qué todo el mundo ha dejado de...?

Draxen mira ahora hacia mí. Por un momento queda atrapado como todos los demás. Clavo mi mirada en la suya. Mostrando mi interés de la manera más sutil. Sacude la cabeza como si se recuperara de algún tipo de aturdimiento.

—Volved al trabajo o habrá latigazos para todos. Riden, ¿qué está haciendo ella en mi cubierta?

Riden también se sacude del estupor momentáneo.

—Ha optado por trabajar en la cubierta en lugar de pudrirse en mis aposentos. Creo que se está poniendo un poco inquieta, Capitán.

Draxen me mira con atención. Le dedico una suave sonrisa que le hace tragar saliva antes de hablar.

—¿Las cadenas te han hecho cambiar de opinión, entonces, princesa?

—Sí, Capitán.

Sin sarcasmo. Sólo sinceridad. E inocencia. *Sumisión*. Intento no encogerme cuando la palabra entra en mi mente. Es una palabra horrible. Pero es lo que debo ser si quiero que esto funcione. Por mi padre, estoy dispuesta a convertirme en todo lo que odio.

Ambos hacen una pausa como si estuvieran esperando que diga algo más. Ah… están esperando el comentario inteligente que seguramente viene ahora. Que esperen. La sirena Alosa es la promesa de la fantasía de un hombre. Ahora mismo estoy sintonizada con Draxen, intentando convertirme en la suya.

Riden se vuelve hacia su hermano como si tuviera algún tipo de respuesta para mi comportamiento. Si no estuviera tan en sintonía con mi papel, me reiría.

El capitán me está mirando de nuevo. Ve mi debilidad como su fuerza. Soy algo que dominar. Algo que controlar. A Draxen le gusta corromper la inocencia. No soy inocente. He matado a demasiados hombres como para que se me considere así, pero todo es cuestión de percepción.

Un ligero rojo de interés se cierne sobre los hombros del capitán. Está luchando con el naranja de la indiferencia. *Bien.*

Y Riden se vuelve hacia él, leyendo sus deseos. No está tan cautivado por esta forma. A Riden le gustan los retos. Le gustan los juegos. No soy tan convincente para él de esta manera. *Interesante*. Podría hacer el engaño más difícil, sin embargo. Actualmente, está rodeado de azul. El azul es la confusión.

He pasado años tratando de entender los significados de los colores que veo. He tenido que preguntar a los piratas qué sienten cuando estoy así, para poder asociar palabras con lo que veo. Es difícil, porque la gente está menos dispuesta a hablar cuando está sumida en emociones. Pero me las he arreglado para rellenar los huecos.

Espero en silencio. La encarnación de la paciencia y la tolerancia.

Riden parece estar a punto de caerse: Está estirando el cuello hasta el extremo, tratando de dar sentido a lo que tiene delante. Pero Draxen, es el capitán. Tiene que dar ejemplo a los demás, tiene que obligarse a entrar en razón más rápidamente. El hombre tiene una reputación que mantener, siendo el nuevo y joven capitán, es definitivamente el blanco más difícil de la nave.

Si estuviéramos solos, probablemente estaría sobre mí en cinco minutos. Es increíble las cosas que la gente hace en secreto, cuando los demás no pueden ver sus acciones. Ese será el truco: tenerlo a solas. Y especialmente lejos del siempre perceptivo hermano pequeño, Riden.

—Por el amor de las estrellas, que alguien le pase una fregona —dice Draxen.

Ya hay cinco hombres en la cubierta, limpiando con fregonas. El pirata más cercano salta hacia adelante y me entrega la suya.

—Gracias —le digo mientras toco delicadamente el mango de madera con la punta de los dedos.

Todo marinero tiene que limpiar la cubierta en algún momento. Es una tarea que debe hacerse con frecuencia para evitar que se acumule la sal y el exceso de agua. A mí nunca me ha importado, pero no puedo dejar que eso se note ahora.

Comienzo mi tarea, moviendo la fregona con movimientos suaves. Me inclino más en los puntos especialmente difíciles. Todo lo que hago tiene un propósito. Soy consciente de cada movimiento que hago y de la reacción de Draxen ante él.

Cuando la fantasía ataca, un hombre tiene la idea de que todo lo que hace una mujer es para él. Ahora mismo esto es cierto para Draxen. Aunque trata de ocultarlo, sé que me observa. No puede entender el cambio, pero para empezar no me considera tan inteligente. Y ahora su deseo crece, ardiendo cada vez más.

—¿Qué estás haciendo?

Riden me saca de las emociones de Draxen al hablarme.

—Limpiando la cubierta.

—No, eso no. Te estás comportando diferente.

—¿Diferente cómo? ¿Podrías moverte, por favor? Necesito limpiar ese sitio.

—Ves, ahora, eso es exactamente a lo que me refiero con diferente.

¿Desde cuándo dices 'por favor'? ¿Y por qué te mueves así? Te ves ridícula.

—Eres libre de pensar lo que quieras —le respondo con delicadeza, como si fuera un cumplido.

—Para —suelta, alargando la palabra.

—¿Ya no quieres que pase la fregona?

—Me refiero a tu comportamiento. Deja de hacerlo. Está... está... *mal*.

—No estoy segura de entender lo que quieres decir.

—Estás atrayendo la atención equivocada en este barco, muchacha. Te vas a meter en problemas.

—¿Y cuál sería el tipo correcto de atención? ¿La tuya, quizás?

No puedo evitar animarlo cuando está así. Además, todavía puedo sentir a Draxen detrás de mí. Echo un vistazo rápido y veo que un poco de verde se entremezcla con sus colores. Bien. A Draxen no le gusta que hable con Riden.

—No quise decir... —comienza.

—¿No lo hiciste, sin embargo? —Ahora me concentro en él. Me concentro en sus deseos y necesidades. Puedo ver los deseos más profundos de su corazón—. Anhelas la felicidad, pero no tienes el valor de ir a buscarla. Eres fuerte y valiente en muchos aspectos, pero cuando se trata de cuidar de ti mismo, eres débil.

—Alosa —dice Riden, bajando la voz. Su expresión se ha vuelto seria, y puedo sentir que lo que va a decir va en serio—. Siento lo que pasó entre nosotros antes, si eso te molestó. No hace falta que te desquites haciendo esto.

—¿Crees que todo esto es para tu beneficio, Riden? Qué injustamente engreído eres. Es agotador pelear todo el tiempo. Ya he terminado con esto.

—Alosa, por favor. ¿No ves lo que estás...?

—¡Riden! —lo llama Draxen.

Riden exhala lentamente. Tal vez pueda leer a su hermano sin ninguna habilidad especial.

—¿Sí, Capitán?

—Trae a la chica aquí arriba.

Riden no responde. Me mira a mí. Todavía estoy concentrada en él.

Sus colores están divididos. Se divide entre la lealtad que tiene hacia su hermano y lo que siente por mí. Dos remolinos completamente diferentes de rojo, el color más complicado de descifrar. Con la mayoría de los piratas, puedo asumir con seguridad que es lujuria. Pero no es el tono adecuado para lo que Riden siente hacia su hermano. O hacia mí.

Probablemente sea frustración.

—¡Riden! —llama de nuevo.

—Ya voy, Drax. —Se dirige a mi—: Vamos. Deja eso ahí atrás. Señala la fregona y el cubo.

Le obedezco. Extiende un brazo, indicando que quiere que yo vaya primero. Por lo menos no va a hacer esa espantosa maniobra de agarrarme del brazo que tanto le gusta.

Cuando pasamos entre la multitud de trabajadores, veo a Enwen, mover la cabeza y sonreírme. Está impresionado. Al igual que yo admiraba sus habilidades como ladrón, él admira las mías. Aunque no puedo leer su mente, me doy cuenta de que ve a través de mí. Puede que no sepa exactamente lo que estoy haciendo, pero reconoce a un actor cuando lo ve.

Es un paseo rápido a lo largo de la banda de estribor del barco y por la pasarela. Nos detenemos en el castillo de popa, cerca del timón.

—Eso es todo, Riden.

—¿Está seguro, Capitán?

—Sí.

—Pero podría...

—Soy bastante capaz de manejarme solo.

—Por supuesto.

Riden desciende las escaleras de nuevo. Toma posición en el otro extremo del barco, en el castillo de proa, donde puede vigilar a todos los hombres y mantenerlos a raya. Me doy cuenta de que también tiene una visión clara de nosotros aquí arriba. Incluso desde esta distancia puedo leer sus colores. Es negro con un poco de verde. El negro es el miedo. ¿Por qué debería tener miedo?

—Te relevo, Kearan —dice Draxen—. Ve a emborracharte.

—No necesitas decírmelo dos veces. Sólo mantenlo al noreste, Capitán.

Draxen toma el timón mientras Kearan se va, haciéndome un gesto de aburrimiento al pasar. Eso nos deja solos en la cubierta superior. Por supuesto, estamos a la vista de la mayoría de los piratas. Pero no pueden oír nada de lo que se diga. Y puedo decir que Draxen desea hablar. Peculiar.

—¿Has dirigido un barco antes? —pregunta.

—No —miento. Es la respuesta que quiere oír. Es un tonto por creerlo.

Soy la hija del rey pirata. Por supuesto que he dirigido un barco. Pero Draxen no está pensando precisamente bien, ahora. Me coge de la mano y me lleva frente a él. Agarro dos perillas al azar en el timón.

—No —dice—. Pon una mano aquí. —Me mueve la mano—. Y la otra aquí. Así, ¿no está mejor? —Su voz es tan dominante y firme como siempre.

Le gusta decir a los demás lo que tienen que hacer. Es un buen rasgo en un capitán. No puedo evitar mirar hacia el otro extremo de la nave. Riden no se ha movido de su sitio, y no puedo ver su cara para saber su expresión. Pero puedo sentir lo que siente. Y no le gusta que Draxen me toque.

Ya somos dos.

—Mantén la proa del barco hacia el noreste. El sol está a punto de ponerse, así que procura que quede detrás de ti, a tu izquierda. Una vez que se ponga, usaremos las estrellas para guiarnos.

Me cuesta un gran esfuerzo no poner los ojos en blanco.

—¿En serio? —Hago la pregunta inocentemente. No con sarcasmo.

—Sí, todos deberíamos adorar a las estrellas. Son tan útiles como hermosas. Algunas nunca cambian de posición. Son constantes en el cielo. Sin ellas, estaríamos perdidos.

—Fascinante.

Sigue parloteando. Prefiere que me quede callada. Lo noto. Este cambio en su actitud no es realmente una transformación. Es más bien una actuación. Todo el mundo cambia cuando quiere algo. Y ahora mismo, Draxen me quiere a mí. ¿Cómo puede no hacerlo? Le estoy dando exactamente lo que desea. No puede evitar sentirse atraído más y más. Esa naturaleza más oscura y pirata es momentáneamente dejada a un lado. Está tratando de encantarme de la misma manera que yo lo estoy hechizando a él. Es una respuesta habitual. Pero nunca funciona, por supuesto. Siempre soy yo la que tiene el control.

Capítulo 14

POR FIN ES DE NOCHE. Pronto podré terminar con esta farsa. Desgraciadamente, poder ver las estrellas sólo incita a Draxen a seguir con la charla.

—¿Ves esta constelación de aquí? —Señala el norte—. ¿Y ésa de allí? —Señala hacia el sur.

—Sí.

—No siempre fueron estrellas.

—¿Qué eran?

Es increíblemente ñoño de su parte usar esta historia.

—Eran amantes. Filirrion —señala la del sur— y Emphitria. —Indica la del norte—. Se dice que la suya es la mayor historia de amor jamás contada. Lamentablemente, no termina bien.

—¿Qué pasó? —pregunto, esperando que lo cuente mucho más rápido.

—Había otro enamorado de Emphitria: Xiomen, un hechicero de las artes más negras. Él la quería mucho, pero Emphitria sólo tenía ojos para Filirrion. Enfurecido por sus celos, Xiomen los maldijo a ambos. Cambió sus formas y los colocó a ambos en el cielo, en extremos opuestos del mundo para que nunca pudieran estar juntos.

—Qué trágico —digo.

Draxen asiente.

—Mientras todas las demás estrellas del cielo se mueven, hay tres constelaciones que nunca cambian. Filirrion y Emphitria son dos de ellas.

—¿Quién es la tercera?

Draxen vuelve a señalar hacia arriba.

—Xiomen. No fue suficiente para separarlos. Así que también se maldijo a sí mismo. Allí permanece, equidistante de los dos amantes, bloqueando su visión mutua. ¿Ves cómo él apunta hacia Emphitria y ella hacia él?

—Sí.

—Emphitria intenta ver a su Filirrion, pero por mucho que busque,

nunca puede ver más allá de la forma de Xiomen.

Si esta historia convenciera a una mujer de meterse en la cama con Draxen, me rebanaría el brazo.

Un suave silencio sigue a su historia. De vez en cuando, nos desvío del camino, obligando a Draxen a agarrarme de la mano y redirigirme. Él no cree que esté tratando de alejarnos. Sólo cree que soy incompetente. Le estoy dando ánimos para que me toque, para que quiera más. Llevarme a sus aposentos para que busque el mapa.

Un marinero de relevo nocturno sube.

—¿Me hago cargo, Capitán?

—Sí, creo que me retiraré ahora.

—Muy bien, entonces.

—Ven aquí, chica —exige Draxen. Le sigo hasta la puerta que lleva a sus aposentos—. ¿Continuamos nuestra discusión sobre las constelaciones un rato más?

—Oh, sí.

Como si pudiéramos seguir viendo las constelaciones estando en su habitación. *Idiota inepto*. No sé cuánto tiempo más podré soportar esto.

Draxen enciende unas velas una vez que estamos solos en sus aposentos.

—Cuéntame más sobre los dos amantes —le pido.

—Tengo una idea mejor —contesta.

Aquí viene. Sólo me quería a solas para que su tripulación no lo viera. O a mi luchar. Aunque no veo cómo puede ocultar lo que estamos haciendo cuando todos los hombres que siguen en cubierta me vieron entrar en su habitación.

—¿Y qué podría ser eso? —pregunto.

—Túmbate en la cama.

—¿Para qué?

Le encantan mis preguntas. Quiere responderlas. Quiere enseñarme. Está demasiado atrapado en el momento para darse cuenta de que todo esto es una estratagema. Debería saberlo. Pero cuando me concentro en un hombre, nunca se dan cuenta. Están demasiado atrapados en, bueno, *en mí*.

—Voy a mostrarte algo más mágico que las estrellas.

Oh, qué asco. Puaj. Puaj. Puaj. No puedo hacer esto. No puedo soportar oírle hablar más. Tiene que cerrar la boca.

Doy un paso adelante y me acerco a su cara.

—¿Qué tal si te enseño?

Cuando levanto mi cabeza hacia la suya, se encuentra con avidez para besarme. No besa mal, aunque dudo que Draxen tenga tanta práctica como Riden. Pero no disfruto con ello. Porque no estoy aburrida y buscando diversión. Estoy tratando de conseguir algo. Y sé exactamente el tipo de hombre sucio que es. Es imposible ignorarlo cuando estoy tan concentrada en los deseos de su corazón y su mente.

Le quito el abrigo y lo tiro al suelo con la intención de registrarlo pronto. Draxen lo toma como una invitación. Va directamente a por mis pantalones, tanteando el cierre.

Uf. Ya está bien.

Empujo a Draxen hacia la cama y me subo encima de él. Desde allí hago ver que me apresuro a desabrochar el cinturón de sus pantalones. Puedo sentir la lujuria ardiendo en él. Es repugnante y miserable, y quiero acabar con él. Cuando consigo desabrocharle la hebilla del cinturón, le quito la espada, con vaina y todo. Utilizo la punta para golpearlo, justo en la cabeza.

—Uf —suelta antes de caer, inmóvil.

No sé qué es peor: si lo que acabo de hacer o lo que me queda por hacer. No le mires, me digo. Concéntrate en la ropa. No en lo que hay debajo.

Lo desvisto. Hasta la última prenda. Le dejo tumbado desnudo en la cama mientras busco en todos los bolsillos, compruebo si hay forros ocultos, una suela falsa en sus botas. Pero es... No está aquí.

Se me hunde el estómago. ¿Cómo es posible que no esté aquí? Estaba tan segura. Contaba desesperadamente con eso. ¿Ahora qué voy a hacer cuando se despierte? Sabrá que le he timado. Sabrá que lo usé para algo. Y no estará contento. Y entonces pronto llegaremos con mi padre. Y él...

No, tengo que dejar esa línea de pensamiento de inmediato. No me servirá de nada. Debo mantener mi mente firmemente en el presente. ¿Cómo puedo arreglar esto?

Cantar a Draxen para que se olvide no es una opción. No me queda suficiente canción para borrar sus recuerdos. Juguetear con los recuerdos requiere más que dormir a los hombres.

Me he metido en un buen lío. ¿Seducir a Draxen? Esa tiene que ser mi peor idea hasta ahora. Tengo que taparme la boca para no gruñir de frustración. De repente, se oyen golpes en la puerta.

—¡Draxen! —Es Riden—. Abre ahora o voy a entrar.

Oigo cómo se abre el picaporte, así que corro hacia la puerta. Cuando se abre, salgo y la cierro detrás de mí antes de que Riden pueda ver el interior.

—¿Qué está pasando? —pregunta.

—Tu hermano me estaba hablando de las constelaciones —le respondo.

Los ojos de Riden se abren de par en par. Esta debe ser una jugada habitual de Draxen.

—Él no hizo...

—¿No hizo qué? —pregunto.

—No intentó... —No le sale.

—Riden, apenas estuvimos dos minutos.

Sacude la cabeza.

—Por supuesto. Pero, ¿qué está haciendo ahora, entonces? —Sus ojos se abren de par en par—. ¡Dime que no lo has matado!

Aunque me halaga que sepa que soy fácilmente capaz de matar a Draxen, pongo los ojos en blanco.

—No lo he matado.

—¿Entonces por qué no está gritando e insultando?

Buen punto, ese. Tendré que ser un poco sincera si quiero salir de esta.

—Se estaba poniendo demasiado manoseador, así que lo noqueé.

Riden se relaja un poco. Me hace gracia que no se ofenda ni le preocupe que haya noqueado a su hermano. Mira la puerta. No puede entrar ahí en absoluto. No puedo explicar por qué Draxen está desnudo si no me acosté con él y, bueno, no quiero que Riden piense que me acosté con él.

—¿Qué está pasando, Alosa? ¿Por qué entraste ahí para empezar?

Tenemos que salir de aquí. Ahora mismo. No sé cuánto tiempo tengo antes de que Draxen se despierte.

—¿Podemos hablar en otro lugar? —pregunto—. ¿En tu habitación, tal vez? Responderé a todas tus preguntas. Hace frío aquí fuera.

Todavía me mira con desconfianza, pero finalmente consiente y se dirige a su habitación. Hay una fuerza extra en sus pasos. Riden salta a la cubierta principal, sin preocuparse por las escaleras. Los vigilantes nocturnos giran la cabeza para ver la causa del alboroto. Cuando abre de un tirón la puerta de su habitación, no puedo evitar sonreír. Está de mal humor.

Pero mi diversión se desvanece casi al instante. Tengo un gran problema. Me está costando todo lo que tengo no entrar en pánico. Tal vez debería volver y matar a Draxen. Cuando se despierte, todo se irá al infierno de todos modos. Y merece morir.

No estoy segura de poder hacerle eso a Riden. Por razones que no puedo explicar, él ama a su hermano. Creo que estaría devastado por su muerte. Tal vez incluso roto.

¿Pero qué otra opción tengo? ¿Dónde más podría estar el mapa?

Si no está en la nave y Draxen no lo lleva encima... estoy mirando la espalda de Riden cuando me viene a la cabeza.

¿Y si lo tiene Riden?

Después de registrar la habitación de Draxen la primera noche de mi captura, mi siguiente pensamiento fue que podría haberle dado el mapa a Riden para que lo escondiera. ¿Pero qué pasa si Riden lo lleva encima? ¿Cómo puedo ser tan lenta? He tenido muchas oportunidades de cachearlo. La noche que le canté para que se durmiera, ni siquiera un huracán podría haberlo despertado.

Ahora supongo que tendré que noquearlo como hice con Draxen. No puedo fastidiarla más ahora, ¿verdad? Ya he saboteado la misión. O quizás no. Tal vez cuando Draxen se despierte, no hará más que devolverme a mi celda. Pero lo dudo.

Cuando nos quedamos solos, Riden permanece expectante, con los brazos cruzados. En cuanto dejé inconsciente a Draxen, liberé mi parte de sirena. Después de un tiempo, esto hace mella en mi mente. Es difícil de explicar, pero me pierdo en los demás si me centro en sus sentimientos y deseos durante demasiado tiempo. Empiezan a convertirse en los míos, y me olvido de quién soy. Es aterrador. Padre me empujaría, me ayudaría a entender cuánto tiempo puedo aguantar consumiéndome en los demás antes de empezar a ser como ellos. Desde entonces, nunca me he permitido sobrepasar mi punto de ruptura.

Por si fuera poco, también tengo que lidiar con los efectos secundarios

a corto plazo, las sensaciones de otro mundo. Odio los deseos y emociones que son tan claros para mí como la pintura en un lienzo. No son míos, y no me gusta sentirlos, percibirlos. Además, no necesito leer a Riden. Sólo tengo que tener cuidado porque él ya sospechosa y está confundido. Si voy a conseguir hacerlo caer, primero tendré que conseguir que se relaje, que hable. Tendré que darle mentiras mezcladas con verdades.

—Estoy preocupada, Riden —empiezo. —Puede parecer que mi padre se preocupa por mí, que está deseando tenerme de vuelta a cambio de un rescate, pero estará furioso conmigo.

—¿Por qué? —pregunta.

—Por haberme dejado atrapar en primer lugar. Pensará que soy descuidada y estúpida. Y se enfurecerá por el dinero que perdió por mi culpa. No sé lo que me hará cuando me recupere.

Riden mira mis piernas, sin duda recordando las cicatrices que una vez vio allí.

—Puedo creerlo, pero ¿qué fue todo eso? —Mueve el pulgar en dirección a la cubierta. Su rostro se endurece.

—Estaba tratando de llamar la atención de Draxen. Necesitaba hablar con él sobre el tema. Pensé que tal vez podríamos llegar a un acuerdo. Encontrar una manera de que él obtuviera su dinero y de que yo quedara libre.

—¿Y?

—Draxen no estaba interesado en hablar.

Riden hace una mueca de dolor. Se lleva la mano a la cara y se rasca la nuca.

—Hablaré con él.

No tengo que fingir mi confusión.

—¿Sobre qué?

—Estoy seguro de que hay una manera de conseguir nuestro dinero y luego dejarte libre. Tendrás que divulgar toda la información que has estado ocultando, pero no tienes que volver con tu padre.

Me río, un sonido corto y dudoso.

—¿Dónde más podría ir?

—A cualquier sitio.

—Me encontrará vaya donde vaya.

—Entonces no te vayas. Quédate. —La boca de Riden se ensancha ante su propia ocurrencia.

—¿Quedarme? ¿Por qué iba a hacer eso?

—No sé por qué he dicho eso. Olvídalo.

Parece muy incómodo, posiblemente listo para salir corriendo. Tengo que actuar rápidamente. ¿Cómo voy a conseguir un tiro claro a su cabeza? ¿Y con qué se supone que voy a noquearlo? Riden ha retirado todas las armas de la habitación. Y definitivamente sigue sospechando después de todo lo que pasó con Draxen.

Esto no me deja muchas opciones. Es difícil pensar con claridad cuando todo se desmorona. Por ahora, necesito que siga hablando. Algo se me ocurrirá al final.

—Lo has dicho porque lo estabas pensando —suelto.

—No, no lo estaba pensando.

—¿De verdad? ¿A tu boca se le ocurrió por sí sola?

—Tiene mucho talento.

—Sí, soy muy consciente. —Podría abofetearme por decir eso, pero necesito que siga hablando. Necesito pensar.

Él sonríe, con conocimiento de causa.

—Probablemente deberíamos hablar de eso.

—¿Sobre qué? —pregunto, con demasiada inocencia para ser creíble.

—Ya sabes qué.

Han pasado un par de semanas. ¿Por qué iba a querer hablar de eso ahora? En realidad, es un pirata, ¿por qué iba a querer hablar de eso?

—¿Qué tienes que decir exactamente? —pregunto, tan curiosa como siempre.

Riden no dice nada. Puedo ver que busca las palabras, pero no le sale nada.

—Esto es todo lo que hay que decir —digo—. Soy una prisionera en esta nave. También soy la única mujer en ella. Te has quedado un poco solo, y yo me he vuelto un poco loca. Eso es todo. Fue una estupidez, pero se acabó, así que sigamos adelante.

¿Debo estrellarlo contra la pared? Quedará inconsciente como

Draxen, pero si me ve hacer eso, será muy sospechoso cuando despierte. ¿Cuántas mujeres tienen la fuerza para hacer algo así? Riden ya sabe que hay algo raro en mí. ¿Y si lo adivina? La paranoia se está apoderando de mí. Necesito dormir más.

—No lo creo.

—¿El qué? —pregunto, volviendo a la conversación.

Riden sabe que le he oído, así que no se molesta en repetirlo. ¿Se ha acostumbrado tanto a discutir conmigo que es lo único que puede hacer? ¿Incluso cuando digo la verdad? ¿Por qué insiste tanto en el asunto?

Decido hacer trampa. Ahora mismo mi curiosidad es más poderosa que mi repugnancia, y tengo mucho tiempo antes de perderme. Me concentro en Riden. En su mente y su corazón. Puedo sentir su frustración. Tanto con él mismo como conmigo. Pero no sé por qué. Puedo sentir sentimientos y deseos. Pero no puedo leer la mente, por muy útil que sea. Nunca sé los porqués de las intenciones de la gente. Todo lo que percibo es que Riden quiere besarme de nuevo. Ahora mismo es su mayor deseo, y no puede ocultármelo. Lo siento como si fuera mi propia emoción. Y aunque estoy segura de que es simplemente porque hace tiempo que no está a solas con una mujer, esto es definitivamente algo que puedo usar a mi favor.

Olvídate de noquearlo. Necesito que el mayor deseo de Riden sea dormir. Una vez que esté dormido, puedo mantenerlo así con mi canción. Hay suficiente dentro de mí para eso. Pero sólo hay una manera de cambiar lo que más desea. Tengo que dar el paso, para que se sienta satisfecho y piense en otra cosa. Trago. Por alguna razón, la idea me excita. *Debe ser la emoción del juego. Entonces, ¿cómo empiezo?*

—¿No lo crees? —pregunto—. ¿Qué crees que ha pasado, entonces?

Un gris profundo y tormentoso le rodea. Se siente culpable. Será la traición a su hermano, sin duda. Quiere que se le quite esa culpa. Quiere conseguir lo que quiere sin las consecuencias que eso conlleva. El típico pirata. Sin responsabilidad. Sólo deseo egoísta.

—Creo —dice finalmente—, que hay más aquí de lo que cualquiera de nosotros está dispuesto a admitir.

—¿Más de qué?

Su frustración se dispara, al igual que el deseo. Es interesante cómo están unidos. Pero ya no puedo aferrarme a esto. Es hora de dejar que la sirena se vaya de nuevo.

—¿Qué has hecho? —pregunta.

Enarco una ceja.

—¿Qué quieres decir?

—Tú... acabas de cambiar. Por un momento parecías ausente, pero pensé que lo había imaginado. Ahora vuelves a ser tú misma.

Nadie ha sido capaz de decir cuando estoy usando mis habilidades antes. Él no podría haber notado la diferencia, ¿verdad?

—Bueno, Riden, esta conversación ha sido una prueba clara de que no estás en tu mejor momento. Tal vez deberías descansar un poco.

—Dormir es lo último que tengo en mente.

Lo sé. Necesito llevarlo a la cama.

—Necesitas relajarte. Toma. Ven, siéntate.

Me siento en la cama y le doy una palmadita al lugar a mi lado. Parece confundido, afligido. Tal vez no debería haber guardado la sirena tan pronto. Pero no me limitaré a sacarla de nuevo esta noche. Tendría que estar realmente desesperada.

—No te preocupes. No voy a hacerte daño —le aseguro.

—Como si pudieras. —Se burla.

Señalo su costado, donde le corté cuando estábamos en la isla.

—Te permití hacerlo.

—Claro. Porque eres muy audaz y valiente. Ven, siéntate. Incluso los piratas conflictivos necesitan un descanso.

Finalmente cede. Pero no me mira, y se asegura de que haya un buen pie entre nosotros en la cama. Interesante, puesto que ya sé lo que realmente quiere. Debe estar tratando de mantenerse alejado de la tentación. Si es así, no debería haberme cedido la cama. Esa es toda la invitación que necesito.

—Imagino que ser el primer oficial es estresante para ti —digo.

—¿Por qué?

—Porque no eres el capitán. No podría soportar ser el primer oficial. Siempre tengo que salirme con la mía. —Se ríe—. Me gusta la libertad que me da —continúo—. Parece que necesitas más libertad.

—¿Soy tan fácil de leer?

No tuve que usar mis poderes para aprender eso. Para mí, Riden es más fácil de leer que otros.

—A veces. Aquí pasa más de lo que dices. —Le doy un golpecito con el dedo en la cabeza. Finalmente se gira hacia mí al contacto.

—¿Cómo sabes tanto?¿Cómo es ser tú… tú?

—Soy yo porque elijo ser yo. Soy lo que quiero. Algunas personas dicen que tienes que encontrarte a ti misma. Yo no. Creo que nos creamos a nosotros mismos para ser lo que queremos. Cualquier aspecto de nosotros mismos que no nos guste puede modificarse si nos esforzamos.

Puede que haya sido un poco exagerada, pero él se lo traga. Sus ojos arden. Son realmente de un hermoso color marrón. Alargo la mano y la entrelazo con la mía.

—¿Qué estás haciendo? —pregunta.

—Nada. Quería tocarte, así que lo hice.

—¿Tan simple como eso?

—Tan simple como eso.

—Quiero volver a besarte.

—¿Entonces por qué no lo haces?

—Porque no puedo ayudarte. Todo lo que puedo hacer es recibir, pero no dar nada a cambio.

Su sinceridad me deja sin palabras. Tal vez no la honestidad, sino la sinceridad y el desinterés en lo que cuenta. Nunca he oído a un pirata decir algo así. Está mal. Desconcertante. Casi me hace sentir culpable por cómo lo estoy manejando. *Casi.* Me deslizo más cerca de él, acerco mi mano a su cara y le susurro:

—Pero estás dando. Me estás distrayendo del destino que me espera. Eso es más de lo que podía esperar.

Me inclino hacia delante y aprieto mis labios contra los suyos. En lugar de devolverme el beso, me pone la mano en el pelo y pronuncia mi nombre en voz baja, con un toque de desesperanza. Sé que quiere esto; sólo tengo que hacer que ceda.

Levanto las piernas y las deslizo sobre su regazo, atrayéndolo al mismo tiempo hacia mí. Aunque me moriría de vergüenza si alguien de mi tripulación supiera que he dicho esto, añado:

—Por favor, Riden. Quiero esto. ¿Tú no lo quieres?

Eso hace efecto. Finalmente siento movimiento bajo mis propios

labios. Es suave, inseguro. Curioso para venir de Riden, que siempre ha parecido tan seguro de sí mismo. Quizá necesite más estímulo.

Trazo su labio superior con la punta de la lengua. El cambio es instantáneo. Antes de que me dé cuenta, tiene su mano en mi nuca y la otra en el lateral de mi muslo. Desciendo mis labios hasta su cuello, provocándole en los lugares adecuados para que su corazón se acelere aún más. Pero él ya no deja que yo tenga toda la diversión. Con una mano en la barbilla, vuelve a acercar mis labios a los suyos. Toma el control del beso, marcando su propio ritmo. Le dejo, le doy la sensación de control. Tengo la impresión de que lo necesitará, si quiero llevarle hasta donde necesito. Riden se quita el abrigo. Obviamente, las cosas se están calentando para él aquí.

Bien, una cosa menos que tendré que quitarle. Por un momento, me dejo llevar por el beso. Todo es por un bien mayor, pero no puedo negar lo diferente que es besar a Riden de lo que fue besar a su hermano. Con Draxen se sintió mal. Es un amante egoísta. Eso era obvio. Y Riden… Riden no lo es.

Sabe dónde acariciar mi piel para hacerme sentir más viva. Me tiene prácticamente jadeando bajo la presión de sus labios. Gimo cuando sus dientes pican la piel de mi garganta. Me baja de nuevo a la cama. Alcanzo la base de su camisa y la subo. Me ayuda a sacársela por encima de la cabeza antes de tirarla al suelo. Pero tomo buena nota de dónde cae exactamente. Los bolsillos ocultos se pueden coser en cualquier parte.

El plan era darle a Riden un poco de lo que quería. Para que estuviera menos frustrado. Para que quisiera dormir. Ahora puedo ver cómo esto podría no haber sido mi mejor plan. Tal vez ni siquiera era un plan real, sólo mi manera de justificar que quería besarlo de nuevo.

Al menos tendré menos prendas que quitarle una vez que él esté dormido. Los hombres pesan bastante.

¿Pero qué voy a hacer con lo que está pasando ahora?

Riden toca con los dedos el cordón que ata el lado de mi corsé. Aunque no lo deshace, la acción me está volviendo loca. ¿Se da cuenta de esto? No puede estar haciéndolo de casualidad. Es demasiado astuto para eso. Mi estómago arde de excitación. Mi mente lucha contra ella.

Draxen está noqueado. No me queda mucho tiempo.

Pero las manos de Riden son tan suaves y cálidas. No quiero que deje de tocarme.

Tienes que encontrar el mapa ahora. Piensa en lo que Padre te hará si fallas.

Pero pensar en los labios de Riden me hace salivar. Podría quedarme

en sus brazos para siempre.

Alosa, ¿has olvidado tu deseo de convertirte en la reina de los piratas? Hay una isla llena de tesoros ahí fuera. Consigue el mapa y todo cuadrará.

Bien. Vuélvelo a hacer. Esto será lo más temerario que he hecho desde que llegué a este barco. Pero necesito actuar antes de que Draxen se despierte y antes de que me pierda en el momento. Me queda muy poco, pero tendrá que servir.

Dejo salir una canción. Una sola nota. Es todo lo que tengo. Pero por suerte para mí, Riden ya está muy compenetrado conmigo. Se cae sobre la cama. Fuera de juego, en un instante. No hay manera de que dure mucho tiempo. Apenas le he dado nada.

Mi aliento sigue viajando más rápido que el viento. Eso fue una estupidez. Aunque tenía suficiente canción para dormir a Riden, no quedaba ninguna para hacerle olvidar. Él recordará que le canté. Pero una vez que tenga el mapa, podré salir de esta nave, y ya no importará. Padre tomará posesión del *Rondador Nocturno* y matará a todos a bordo. No quedará nadie para contarlo.

Un tablón de madera cruje. Mis ojos se dirigen hacia la puerta, pero sacudo la cabeza y miro rápidamente hacia otro lado. El barco es viejo. La madera cruje. Aunque me apremia el tiempo, tengo que tomarme unos segundos para respirar. Mi corazón late a un ritmo imposible.

Finalmente, reviso su abrigo y su camisa, pasando los dedos por el material varias veces. No puedo decir si estoy decepcionada o no cuando averiguo que no está en ninguno de los dos. Porque eso deja sus botas, polainas. Y los pantalones. No es que Riden no esperara que se los quitara de todos modos.

Me apresuro con el resto, pero al contrario que con Draxen, no me tomo tantas molestias para apartar la vista. Llevo bastante tiempo atrapada en esta nave. Es lo mínimo que merezco. La novedad se desvanece rápidamente una vez que la conclusión inevitable se hunde. El mapa no está aquí.

Me equivoqué de nuevo.

Maldita sea, ¿dónde más podría estar? He comprobado casi todo. Draxen no lo habría escondido en algún lugar en tierra. Hay demasiadas posibilidades de perderlo u olvidar dónde lo ha colocado. Nadie hace un mapa para encontrar un mapa.

Intento respirar profundamente, pero tengo que apartar la vista del cuerpo desnudo de Riden para hacerlo con éxito. Ahora bien, Padre no puede

culparme si el mapa simplemente no está aquí para empezar...

Pero sé que no es así. Culpará a quien sea que pueda tener en sus manos. Que seré yo, una vez que le dé la noticia. Quién sabe qué será esta vez. Encerrada en una celda durante un mes. Azotada diariamente en la franja. Sin comidas durante una semana.

No es culpa mía. El mapa no está en ninguna parte de este barco. En ninguna parte de este barco.

Dentro de él.

Mi mente gira y da vueltas. Sí, he comprobado todas las partes de la nave. ¿Pero qué hay del exterior?

Capítulo 15

¿A CUANTAS CONCLUSIONES PUEDE llegar una persona antes de que una de ellas resulte ser la correcta?

Cierro los ojos mientras trato de recordar el aspecto del Nocturno desde el exterior. Sesenta pies de largo. Hecho con una combinación de madera de roble y cedro. Tres velas. Popa redondeada. Pero esto no es lo que me interesa. El bauprés se extiende seis metros por delante del barco. Debajo de él, tallada en la misma mezcla de madera, está la figura de una mujer de tamaño superior al natural. Es hermosa, con una larga cabellera y grandes ojos vidriosos, probablemente de cristal. Pero es el vestido lo que me hace pensar que la chica es una sirena.

Lleva un vestido largo que parece ondular bajo el agua. También parece ingrávida por la forma en que sus piernas están desligadas del barco, colgando por encima del agua. Sólo está unida por la espalda.

Me siento como si todo el futuro descansara en mis manos mientras me apresuro a salir de la habitación de Riden. Me escabullo por el barco y encuentro una cuerda larga y resistente. Con un nudo de bolina, la ato a la barandilla de la proa del barco.

Sin esfuerzo, me bajo y me cuelgo justo delante de la gran cara de la sirena. Mis muñecas están casi curadas de haber estado colgadas frente a los piratas durante todo un día. Ahora me molestan menos. Además, me preocupa más encontrar este mapa y hacerlo rápidamente. Un poco de dolor ahora no será nada comparado con lo que podría pasar si fallo.

Muevo las manos sobre la madera que compone su piel, buscando cualquier ranura oculta, botón trucado o cualquier otra cosa que pueda estar escondida en la madera. Noto una hendidura en la parte superior de su cabello, pero resulta ser sólo una ranura en la madera. Pero mi corazón se acelera ante la posibilidad de ello. Luego se estrella al comprobar que también es inútil.

¿Fueron los antecesores de Jeskor descuidados? ¿Perdieron su mapa a lo largo de los siglos? Riden dijo que su padre se volvió descuidado. Tal vez apostó el mapa. Eso lo haría casi imposible de encontrar.

Puedo escuchar pasos ligeros en la cubierta, pero es probable que sea sólo la guardia. Tuve que pasar por delante de ellos en mi camino hacia aquí. ¿Cómo puede haber sido todo esto para nada? Me han secuestrado, interrogado, torturado y reducido a desempeñar papeles horriblemente degradantes para conseguir lo que quiero.

Estoy tan furiosa que la cuerda a la que me aferro empieza a balancearse. Mi cuerpo está tenso y tiembla de vez en cuando mientras me tambaleo de frustración.

¿Qué ha sido eso?

Juro que he captado un destello de algo en sus ojos. Inclinándome hacia delante, hago que la cuerda se balancee de nuevo. Ahí está de nuevo. Su ojo izquierdo. Parece más oscuro que el derecho desde este ángulo. Puedo sentir la sangre palpitando bajo mi piel. Mi corazón late en mi cabeza. Me agacho para agarrar un extremo inferior de la cuerda. Lo enrollo alrededor de mi pie varias veces y luego sostengo el extremo bajo mi barbilla. Necesitaré las dos manos para esto.

Mi daga sigue en mi bota. Riden no me la ha pedido ni una sola vez. Debe de haberse olvidado de ella. Introduzco la hoja entre el cristal y la madera y aplico presión en ángulo. El cristal sale disparado y apenas lo atrapo antes de que caiga al agua. Por detrás, veo claramente que hay un trozo de pergamino dentro. ¿Cómo puede ser otra cosa que lo que busco?

—Por fin —digo sin aliento.

Ladeo la cabeza hacia la sirena tuerta.

—Lo siento. Pero tengo que coger esto.

El ojo es del tamaño de una manzana grande, pero aun así consigo meterlo en uno de mis bolsillos para poder trepar por la cuerda. Sonrío mientras me arrastro por el borde y me dejo caer en la cubierta. Pero entonces miro hacia arriba.

No estoy sola. Ni de lejos. Parece que toda la tripulación está en cubierta. Eso incluye a un Riden vestido y a Draxen.

Oh, estrellas.

—Bueno, mira quién es —dice Draxen.

Es difícil saber su estado de ánimo. Por un lado, parece contento de haberme atrapado. Por otro, está muy disgustado de verme. Después de todo, lo dejé inconsciente y desnudo en su habitación.

—Nuestra pequeña prisionera. ¿O sería mejor el término *ladrona*?

—¿Ladrona? —pregunto con una mezcla de confusión y enfado.

—Bueno, o eres una ladrona o una puta, princesa. Esas son las únicas palabras que explicarían la situación en la que nos has dejado a los dos.

—Creo que lo único que he robado a gente como tú es tu dignidad.

Tal vez tu reputación.

Draxen baja los párpados. Si pensaba que me odiaba cuando llegué a la nave, no es nada comparado con lo que piensa de mí ahora. Da un paso adelante.

—Vacía los bolsillos —dice Riden.

Vuelvo mi atención hacia él. Se esfuerza por mantener una máscara sobre su rostro. Pero algo sigue asomando. ¿Decepción? ¿Enfado? ¿Tal vez incluso un matiz de tristeza? ¿Soy yo la razón de eso? Draxen saca su espada.

—¿Vaciar sus bolsillos? ¿Por qué no hacemos que la princesa se quite la ropa para poder inspeccionarla bien?

Algunos hombres silban. Pero no me preocupa. Saltaré por la borda antes de dejar que eso ocurra. Riden intenta resolver las cosas por su cuenta.

—Entrégalo, Alosa.

—¿Qué tengo que entregar?

—Oh, no seas tonta, muchacha. Sabemos que has encontrado el mapa.

—Acabo de conseguir excavar unos cuantos agujeros cerca del fondo de la nave. Tengo la intención de hacer que se hundan.

Draxen intenta avanzar de nuevo hacia mí, pero Riden se le adelanta. Susurra:

—No sé por qué sigo tratando de protegerte. Pero que sepas que mi hermano está de un mal humor que ni siquiera yo podría calmar. Debes entregárnoslo ahora.

—No tengo...

Pero él debe ver el bulto en mi ropa. Lo alcanza antes de que sea capaz de detenerlo.

No, no, no.

Riden saca el ojo de mi bolsillo. Lo estudia cuidadosamente. Puedo ver el momento preciso en el que está convencido de que el mapa está dentro. Asiente satisfecho y da un paso atrás, entregando el ojo a su hermano. El mapa es suficiente para que Draxen se calme un poco.

—Por fin —dice.

—Espera —suelto, dándome cuenta de algo dada la reacción de Draxen—. Sabías lo del mapa. ¿Sólo que no dónde estaba?

—No tenía ni idea —dice alegremente, restregándome los detalles en la cara—. Te raptamos para conseguir que el rey pirata cayera para poner nuestras manos en su parte del mapa. El hecho de que encontraras nuestro propio mapa para nosotros resultó ser bastante serendípico.

Le devuelvo la mirada, con la boca abierta.

—Pero ¿cómo supiste que lo estaba buscando?

—Riden empezó a sospechar hace tiempo. ¿De verdad creías que estabas siendo tan cuidadosa? Tus incursiones nocturnas en la nave. Tus patéticas fugas falsas. La forma intrépida en que te has comportado en el barco. Sólo una mujer que quisiera estar aquí no mostraría un ápice de miedo frente a los piratas enemigos.

Eso no es cierto en absoluto. No me conocen ni saben lo que haría o no haría en cualquier situación. Pero la poca consideración que Draxen tiene de mí no es lo que más duele. Es que Riden me haya vendido.

Sé que estaba jugando un papel. Fingiendo ser mi protector a veces. Sé que en el fondo este es siempre el rol que estaba destinado a desempeñar. Pero aun así duele. ¿Puedo llamarlo traición? ¿Cómo puedo ser traicionada por alguien que nunca estuvo de mi lado para empezar?

Mi misión era conseguir el mapa sin que nadie se diera cuenta. Luego se suponía que debía guiar la nave hasta el punto de control. He fallado completamente en la primera parte, aunque voy por buen camino con la segunda.

—Llévenla a mi habitación, señores —dice Draxen—. Ya es hora de que alguien se divierta como es debido con ella.

Frunzo el ceño antes de darme cuenta de que esto me viene bien. Luchar contra Draxen en solitario mientras los hombres se calman es mucho más fácil que intentar enfrentarse a todos a la vez.

Tres hombres me arrastran hacia delante. Uno en cada brazo y otro en mis piernas. Hago intentos forzados de liberarme de sus garras. Pero no grito. Una promesa es una promesa, y le dije a Draxen que nunca me oiría gritar. Riden también está allí. El capitán le devuelve el mapa para que lo guarde. Se mete el ojo en el bolsillo. Luego ayuda a los hombres a escoltarme. Apuesto a que le encanta esto. Dar a su hermano lo que quiere es la especialidad de Riden. Primero el mapa y ahora yo.

Draxen ha terminado de fingir que me retiene por un rescate. No hay necesidad de jugar limpio ahora. Me arrojan, muy poco elegantemente y sin delicadeza, a la habitación. Riden se queda de pie junto a la puerta, aparentemente queriendo unos momentos a solas conmigo antes de que llegue

su hermano. Pero yo no quiero eso.

—Lárgate —le digo—. Ya has hecho bastante.

Su expresión permanece tranquila, concentrada.

—¿Todavía tienes ese cuchillo en la bota?

Exhalo una risa de incredulidad.

—Por supuesto que no.

—Bien. Mantenlo cerca. Pero, por favor, úsalo sólo si es necesario. Sigue siendo mi hermano. No lo mates.

—Tan acostumbrado estás a mis mentiras ahora, ¿Puedes distinguir la verdad de la ficción? ¿Qué estás haciendo, Riden? ¿Cuál es tu juego? Estoy harta de tratar de entenderte. Justo cuando creo que lo he conseguido, haces algo más para irritarme. ¿Para quién estás montando el numerito?

—No hay tiempo, Alosa. Libérate y vete de aquí si puedes. Es lo mejor que puedo hacer. El mapa para mi hermano, y la libertad para ti. Por favor. Te lo vuelvo a pedir, no lo mates.

—Es una gran apuesta la que estás haciendo, Riden. ¿Qué pasa si Draxen me somete? ¿Cómo te sentirás al respecto?

—Oh, por favor. Ambos sabemos que estás ocultando algo más que tus intenciones de conseguir el mapa. Eres hábil, Alosa. Más hábil de lo que cualquier chica humana podría ser. Ningún hombre podría contigo. No sé lo que eres. Sólo sé que de alguna manera te has metido en mi cabeza. Y te las arreglaste para encantar a toda la tripulación el otro día. Todavía estoy tratando de entender por qué no nos has matado a todos ya.

La puerta se libera y Draxen entra a grandes zancadas.

—Déjanos —ordena. Con rapidez y fuerza al mismo tiempo.

Riden obedece, y luego envía una mirada más suplicante en mi dirección. *No lo mates*.

Sigo atascada en las palabras de Riden. Niña humana. Él lo sabe. Sé que recuerda que le canté para que se durmiera, pero ¿era demasiado esperar que se lo atribuyera a una coincidencia? Pero entonces, ¿por qué no se lo diría a Draxen? O, bueno, ¿por qué no le avisaría? Probablemente no debería importar. Pero sí importa. No sé cómo me siento porque Riden sepa mi secreto. O al menos que haya adivinando parte de él. Todavía estoy descifrando todo esto cuando Draxen me golpea contra la pared de su habitación.

—Voy a disfrutar de esto. Si hubieras aceptado todo, la última vez, lo habrías hecho también. Pero ahora no. Ahora voy a hacerte gritar.

—En realidad, Draxen —digo, luchando contra su peso—, realmente no lo harás.

Se ríe mientras intenta forzarme hacia su cama.

—He pensado en hacer esto durante mucho tiempo.

—Yo también.

Apoya mi espalda contra la pared. Sus brazos están en mis hombros. Consigo levantar las dos piernas, las planto en su estómago y le doy una patada, usando la pared para estabilizarme. Eso le hace retroceder varios metros.

Aterrizo dolorosamente en el suelo. Mi mente retrocede rápidamente en el tiempo hasta el momento en que él me interrogó en esta habitación. Parte de mi sangre aún está seca en el suelo. Me golpeó una y otra vez, intentando que le diera la ubicación del escondite de mi padre. Siempre he vivido con la mentalidad del *ojo por ojo*.

Envío mi puño derecho su mejilla. No tengo que contenerme ahora, y no lo hago. Pongo todo lo que tengo en ello. Sé que he pegado con seguridad cuando puedo sentir el consiguiente dolor punzante en los nudillos. Después de haber estado encerrada y conteniéndome durante tanto tiempo, esto es una bendición. Una felicidad dolorosa. Draxen gruñe por el impacto. Todavía no está seguro de lo que está pasando cuando le doy un segundo golpe con el puño izquierdo.

—¿Qué se siente, Draxen? —Siseo—. No te preocupes, aún no hemos terminado.

Gruñe mientras trata de mirarme. Avanza, intentando golpearme con sus propios puños. Pero con un rápido agache y dos golpes más tarde, le hago caer al suelo. Pronuncia unas cuantas maldiciones agotadas. Todavía no he terminado con él.

—Me has amenazado con cortarme el pelo. ¿Qué clase de escoria asquerosa hace eso? ¿Qué tal si te corto algo que valoras, Draxen?

Toma una gran bocanada de aire. Por supuesto, esa amenaza le haría gritar pidiendo ayuda, pero no puedo permitirlo. Una rápida patada en la cara y está fuera. Saco mi cuchillo de la bota. ¿Qué le quito? ¿Una oreja? ¿Un dedo? ¿Algo de abajo?

Me estremezco al pensar en ello. Demasiado asqueroso. Quizá debería clavarle esto en el corazón y acabar con él. Pero la voz de Riden vuelve a

circular por mis oídos. *Por favor, no lo mates.*

Nunca he tenido un hermano. No sé cómo me sentiría con él. Especialmente si se comportara como Draxen. Creo que igual lo mataría. ¿Qué me importa lo que piense Riden? Él es el único que saldrá herido. Draxen no sentirá nada. Los piratas bajo su mando siempre pueden encontrar un nuevo barco para tripular. La mayoría de ellos parecen más leales a Riden que a su capitán de todos modos. Lord Jeskor no está para reclamar venganza. Pero Riden podría. Supongo que incluso podría reunir a la tripulación para que se uniera a él.

No tengo miedo.

Me arrodillo y me encuentro mirando la daga. Es la daga que Riden me permitió conservar. Él sabe que la tengo. Lo sabe desde hace tiempo. Pero ha confiado en que no abusaré de ella. Fue un regalo de protección de su parte. Me quitó todo lo demás que tenía, pero me dejó conservar esta ficha de buena fe.

¿Y confió en mí lo suficiente como para no matar a su hermano? *Qué tonto*.

Me situó sobre el pecho de Draxen, visualizo el cuchillo hundiéndose, imagino la resistencia de la piel y las entrañas, oigo el sonido del cuchillo deslizándose entre las costillas. Pero por más que lo pienso, no consigo que mi mano avance hacia abajo. Por mucho que intente que no me afecte Riden, por todo lo que ha pasado, parece que no puedo hacer el simple acto de matar a su cruel hermano. He matado a cientos de hombres. ¿Por qué no a éste?

Maldito Riden.

Trato de hacerme sentir mejor, pensando que no vale la pena perder el tiempo matándolo. Por supuesto, he perdido más de un minuto, sentada aquí, pensando en ello. Pero no importa eso.

Necesito conseguir ese mapa.

Necesito encontrar a Riden.

Capítulo 16

ASOMO LA CABEZA CAUTELOSAMENTE fuera de los aposentos de Draxen. No puedo ver a nadie desde donde estoy, pero está oscureciendo, así que es difícil asegurarlo. No se necesita a nadie para dirigir porque no nos movemos por el momento. Draxen está esperando su oportunidad, probablemente formulando algún tipo de plan para infiltrarse en la fortaleza de mi padre, si es que no lo ha hecho ya. No importa lo que haya planeado, no llegará lejos. Mi padre tendrá exploradores por todas partes. Puede que incluso ya hayan visto el barco.

En los últimos días, hemos pasado por varias islas pequeñas y vacías. Esta zona está salpicada de ellas. Mi padre ha elegido una de las más grandes como punto de encuentro. No podemos estar a más de unas horas de navegación.

Llego a la cubierta principal y vuelvo a echar un vistazo. Hay movimiento a babor. Unos pasos más y resulta ser Riden, preparando un bote.

—¿Lo has matado? —es lo primero que me pregunta.

—Sorprendentemente, no. De nada.

—Gracias. Eso significa para mí más de lo que puedo expresar.

Me encojo de hombros.

—¿Se supone que eso es para mí? —pregunto, señalando el bote que está bajando al agua.

—Sí. He ordenado a la tripulación que baje a cubierta. Deberías tener tiempo suficiente para llegar al torreón de tu padre. Lo único que pido es que nos des una ventaja antes de enviar al rey pirata tras nosotros.

—Si enviara a mi padre tras vosotros, no importaría la ventaja que tuvierais. La única razón por la que no estáis todos muertos ahora es porque él nunca os buscó.

Riden levanta la vista de la cuerda en sus manos.

—¿Qué quieres decir? Estás diciendo que...

—Mi captura fue toda una treta.

La mirada que me lanza no tiene precio.

—Pero pensé que habías decidido aprovechar tu secuestro para registrar el barco una vez que llegaste.

—Me temo que no. Planeé que me secuestraran desde el principio. Mi padre lo ordenó.

La cara de Riden es de abierta confusión.

—¿Por qué el rey pirata enviaría a su única heredera a una misión tan peligrosa?

—Porque soy la única en quien confía para tener éxito. Tengo ciertas habilidades que otros no tienen.

Riden suelta la cuerda. El bote debe haber llegado al agua.

—¿Las estás usando ahora? ¿Es por eso que estoy haciendo esto? ¿Ayudándote?

—Si fuera así, ya me habrías dado el mapa. Ya que te esfuerzas tanto en ocultármelo, puedes estar seguro de que aún tienes control sobre tu mente.

—Tus ojos han cambiado —dice, aparentemente al azar.

—¿Qué?

—Eran azules cuando llegaste. Ahora son verdes.

Es muy perspicaz. Mis ojos son azules cuando tengo la fuerza del mar conmigo. Una vez que se ha ido, vuelven a ser verdes.

—Mis ojos son azul verdoso —contesto.

—No. Definitivamente han cambiado. —Se apoya en la barandilla, con un aspecto sorprendentemente poco temeroso—. ¿Qué eres?

—Como si fuera a decírtelo.

—¿Eres una sirena?

Me estremece la palabra. Es muy extraño oírla salir de los labios de Riden.

—No exactamente.

—Tu madre es una sirena. Esa historia. El rumor de que tu padre es el único que se ha acostado con una sirena y ha sobrevivido, es cierto.

¿Tiene sentido negarlo? Mi padre estará cazando este barco en breve de todos modos.

—Sí.

—¿Pero por qué eres cómo eres? Las sirenas dependen de los hombres humanos para su supervivencia, pero engendran más sirenas. ¿Qué te

hace más humana que criatura marina?

—Esa es una excelente pregunta. Tienes razón: no soy totalmente una sirena, más bien mitad sirena-mitad humana. Y hay algo especial en torno a mi nacimiento. Te diré lo que es si me dices dónde escondiste el mapa.

—Por muy tentador que sea, no puedo hacerlo. ¿Por qué no acabas con esto y me obligas a decírtelo?

—No funciona así.

—¿Entonces cómo funciona?

—Te lo diré. Sólo entrégame el mapa, Riden, por favor.

—Lo siento, Alosa.

—Bien. Te lo sacaré. Pero quiero que sepas que detesto hacer esto.

Llevo la mano a esa parte antinatural de mí. De repente, me siento incómoda en mi propia piel. Se me pone la piel de gallina en brazos y piernas. Mi pelo parece ponerse de punta. Mentalmente, es agotador ser tan consciente de todo lo que me rodea.

—Vuelves a hacer eso —dice—. Has cambiado otra vez.

Nunca antes nadie había sido capaz de detectar el cambio en mí. Ni siquiera mi propio padre puede notarlo, así que ¿cómo puede hacerlo Riden?

—Estoy aprovechando la parte de mí que viene de mi madre. Odio usarla. Se siente horrible y antinatural.

—¿Te da la capacidad de leer mi mente?

—No, sólo puedo saber lo que sientes.

Esto parece alarmarle mucho. Sus emociones pasan de un rojo brillante y vibrante a un gris claro casi instantáneamente.

El gris es un color interesante. Cuando es el gris oscuro de las nubes de tormenta, la emoción está ligada a la culpa. En un tono más claro, la emoción es la pena. Una profunda tristeza se ha apoderado de Riden. Pero el cambio es tan inmediato que me hace creer que está pensando en algo extremadamente triste a propósito para que no pueda sacarle nada más.

—¿Tienes pensamientos tristes a propósito? —le pregunto.

—Es aterrador que sepas lo que estoy pensando.

—No lo sé. No sé por qué estás triste. Sólo que estás pensando en algo que te causa pena.

Ahora tengo que jugar con su miedo. Su miedo a que encuentre el mapa. No lo llevara encima. Tuvo que saber que yo lo buscaría. Lo habrá escondido en algún lugar de la nave. Tendré que medir su miedo si quiero encontrarlo.

Empiezo a moverme por la embarcación, pero le sigo hablando mientras lo hago.

—¿Cómo te has dado cuenta de que soy... diferente? —pregunto mientras camino hacia el lado de estribor de la nave.

Estoy cerca de la entrada que lleva a las cubiertas inferiores. Los hombres ríen y hablan en voz alta. Tendrían que hacerlo para que yo los oyera desde aquí arriba. Probablemente agradezcan un tiempo de descanso.

—Aquella vez que me desperté y no recordaba qué había pasado antes de desmayarme. Al principio supuse que me habías noqueado, pero no recordaba ningún tipo de pelea. De hecho, recuerdo todo lo contrario.

Sonrío para mis adentros. Sí, fue una noche divertida.

Riden sigue intentando enmascarar algo con su profundo sentimiento de dolor. Si tuviera que adivinar, diría que está pensando en la muerte de su padre. Pero hay destellos de rojo que brillan cuando habla conmigo. Sobre todo, cuando menciona aquella noche.

—Pero luego hubo ese día en que cambiaste. Fue como si fueras alguien completamente diferente. No te resistías. No hablabas como lo haces habitualmente. Era... desconcertante. Te juro que también te veías diferente. Si entrecerraba los ojos, podía ver una tenue bruma de luz a tu alrededor.

Eso, se imaginó. No hay ninguna diferencia física cuando altero mis acciones y palabras, cuando llamo a la sirena.

—Conozco el mapa de mi padre desde que era un niño —continúa—. Conozco a las sirenas, aunque no las entienda del todo. Uní mis limitados conocimientos con lo que sabía de ti y de tu padre. No fue una conexión difícil de hacer. Tenía mis sospechas mucho antes de esta noche, antes de que me cantaras.

Sólo percibo destellos de calor en medio de su tristeza. No hay miedo. El mapa no puede estar aquí. Me dirijo hacia la cubierta superior. Riden me sigue a una distancia segura.

—¿Por qué no puedes obligarme a decirte dónde está? Me has hecho dormir, ¿verdad?

—Sí, te hice dormir. Dos veces. Pero agoté mis —no quiero llamarlos poderes; eso suena extraño— habilidades. Por eso no pude dormirte

profundamente la segunda vez. Me quedé sin nada.

—¿Y cómo las recuperas?

—El mar. Él, me da fuerza. Cuanto más cerca estoy de él, más fuerte soy.

El mapa no está aquí arriba. Vuelvo a bajar a grandes zancadas por la pasarela y me dirijo a la proa del barco.

—¿Qué más puedes hacer? ¿Además de dormir a la gente?

Riden retrocede, casi como si tuviera miedo de tocarme, cuando paso junto a él en mi camino hacia el otro extremo del barco.

Puedo hacer que los hombres vean cosas que no existen. Puedo poner pensamientos en sus cabezas. Puedo hacerles promesas que creerán. Puedo hacer que hagan lo que yo quiera. Todo lo que tengo que hacer es cantar. Sin embargo, no estoy segura de que deba decirle nada de esto. Incluso si creo que mi padre capturará esta nave pronto.

—Si lo decido, puedo sentir lo que los hombres quieren. Conozco todos sus deseos. Y uso eso para conseguir lo que yo quiero. Es algo que puedo apagar y encender a voluntad. —Y perderme en ello, si voy demasiado lejos.

Riden se congela ante eso. Espera, no. Hay un destello de negro. De miedo. Me detengo donde estoy y miro a mi alrededor. Paso por el centro del barco, donde el palo mayor se extiende en el aire.

—¿Por eso actúas de esa manera? —pregunta.

Creo que está tratando de distraerme. Doy unos pasos hacia Riden, de vuelta al palo mayor.

—¿Qué quieres decir?

—Todo el tiempo que has estado en este barco. Todo lo que has dicho y hecho. ¿Has estado leyéndome? ¿Dándome lo que quiero? ¿Es por eso que siento la necesidad de protegerte? ¿O te metiste en mi cabeza? ¿Obligarme a sentir cosas que nunca he sentido antes?

Eso me detiene en seco.

—Riden, lo único que te he obligado a hacer es a dormir. No he manipulado tu mente ni he actuado de cierta manera para jugar contigo. Sólo usé eso con Draxen una vez para tratar de encontrar el mapa. Lo que sea que pienses y sientas, viene de ti. Yo no hice nada.

La luz a su alrededor se vuelve azul.

—Estás confundido —digo—. ¿Por qué?

Él estrecha los ojos.

—Porque no te entiendo. Y no sé qué creer.

—Puedes elegir creer lo que quieras, pero te digo la verdad. Ahora, si me disculpas, tengo que encontrar un mapa. —Miro hacia arriba—. El nido del cuervo, ¿eh? —pregunto. Debe ser donde Riden lo ha escondido.

Riden ladea la cabeza hacia algo que está detrás de mí.

—¿Qué haces aquí arriba?

Estaba tan concentrada en la reacción de Riden a mis movimientos por la nave, que no me di cuenta de que alguien venía detrás de mí. Estoy a punto de girarme cuando siento un dolor agudo en la parte posterior de mi cabeza y caigo en la oscuridad.

* * *

Todo está borroso. Puedo distinguir un par de formas, pero sobre todo siento el balanceo de un barco en el mar.

—Se está despertando —dice alguien.

—Se cura más rápido de lo que pensaba. Golpéala de nuevo.

La negrura me saluda una vez más.

* * *

Frío.

Hace muchísimo frío. Lo siento en mi mejilla. Aferrándose a mis dedos. Se filtra a través de mi ropa. Me pesan los párpados, pero consigo abrirlos. Se encuentran con barrotes. ¿Estoy de vuelta en mi celda?

No. Más allá de los barrotes no está el interior de un barco, sino la arena y los árboles. Oigo el ruido de las olas no muy lejos, aunque no puedo ver la orilla. Estoy sola.

Los árboles crujen con el viento. Tiemblo de frío. Las criaturas se deslizan y se arrastran por el suelo, abriéndose paso entre la maleza. Los sonidos de la noche no me asustan. No, es la jaula la que me asusta. Estoy sin canción. Sin mis ganzúas. Sin ninguna compañía.

Por primera vez en mucho tiempo, tengo verdadero miedo.

* * *

Es ya por la mañana cuando alguien se acerca a mí. No reconozco al hombre. Es alto, aunque no tanto como mi padre. Calvo en la parte superior de la cabeza, una barba marrón en la barbilla. De su oreja izquierda cuelgan cinco aros de oro. Sus ropas son finas, aunque pícaras. Lleva una espada y una pistola en la cadera. Aunque no me imagino que tenga que usarlas a menudo. Parece que está hecho de músculos sólidos, pero apuesto a que podría vencerlo si no estuviera encerrada. Saca algo de su bolsillo, una especie de orbe. Ah, es el mapa. Lo lanza al aire y lo coge perezosamente. Un espectáculo para mi beneficio.

—¿Sabes quién soy? —pregunta. Su voz suena exactamente como yo esperaba: profunda y exigente.

—¿Se supone que me tiene que importar? —pregunto con indiferencia, como si no estuviera atrapada. Estoy orgullosa de mí misma por mi tono. Enmascara por completo el enrollamiento de los nervios en mi estómago.

—Me llamo Vordan Serad.

Disimulo mi sorpresa. He sido secuestrada por el tercer señor pirata, y esta vez mi captura no está planeada. Al menos, no por mí. Intento fingir confianza.

—¿Sabes quién soy? —pregunto a su vez, igualando el aire de autoridad de Vordan.

—Eres Alosa Kalligan, hija de Byrronic Kalligan, el rey pirata.

—Excelente. Entonces ya sabes lo estúpido que estás siendo por retenerme así.

—¿Estúpido? En absoluto. Tu padre cree que el joven capitán Allemos te tiene, así que no vendrá a por mí. Sé de buena tinta que se te ha agotado el poder que te da el mar, por lo que no puedes salvarte. Yo diría que eres tú la que está siendo estúpida al no tener miedo.

Mi estómago se hunde en el suelo mientras se me seca la boca.

—¿Y de quién tendría que tenerlo?

—De mi —dice una voz a mis espaldas. Varios hombres se abren paso entre los árboles. Riden está entre ellos, pero no es el que ha hablado. No, él tiene dos pistolas apuntándole. Le obligan a caminar en mi dirección. ¿Por qué no está encerrado como yo? Nos estamos quedando sin jaulas

enormes, ¿no?

Mi mente se vacía en cuanto pongo los ojos en quien ha hablado, el cuarto hombre que entra en el claro. Es Theris.

Se encorva contra uno de los árboles y saca su moneda, haciéndola girar sobre sus dedos. Le sacudo la cabeza.

—¿Traicionaste a mi padre? Ese será el último error que cometas. ¿Sabes lo que le pasó al último hombre que les dio información a sus enemigos? Mi padre lo ató por los tobillos y lo aserró por la mitad.

A Theris no le afectan mis palabras.

—Afortunadamente para mí, no lo estoy traicionando.

No necesita decirlo para saber que estoy confundida.

—Nunca fui el hombre de tu padre —continúa.

Tardo más de lo debido en interpretar sus palabras. Pero el símbolo... conocía la marca de mi padre. Se identificó claramente como servidor de la línea Kalligan.

—Mi alcance es profundo. —explica Voldan, devolviendo el mapa en la caja de cristal a su bolsillo—. Kalligan es tonto. Se cree intocable. No se da cuenta de que los más cercanos a él están tan dispuestos a entregarlo. Y, lo que es más importante, a entregarte a ti.

Me vuelvo hacia Theris.

—No estabas en la nave para ayudarme.

—No —responde—. Me enviaron para vigilarte.

—¿Entonces quién es el hombre de mi padre a bordo del *Rondador Nocturno*? —pregunto más bien para mí.

Theris responde.

—Era el pobre Gastol. Me temo que lo degollaste cuando Draxen tomó el control de tu nave.

¿Cuáles eran las probabilidades de que uno de los dos hombres que maté fuera el hombre de mi padre? La culpa me golpea, aunque sé que no es del todo culpa mía. Mi padre debería haber tenido la previsión de decirme quién era su informante a bordo del *Rondador Nocturno* antes de que fingiera mi captura. Entonces Gastol no habría muerto, y Theris no habría podido engañarme. Padre no tiene en cuenta estos detalles menores. ¿Qué le importa si uno de sus hombres muere por accidente? Siempre habrá alguien que ocupe

su lugar. Pero en este caso su locura podría costarle el mapa de Draxen.

Y tal vez a mí.

Por otra parte, tal vez debería haberme dado cuenta de que Padre nunca le habría pedido a su informante que me ayudara. Él sabe que no necesito que me cuiden. Debería haber sabido que Theris estaba fingiendo desde el principio. Furioso conmigo misma, vuelvo a la conversación en cuestión.

—¿Por qué tenías a Theris vigilándome? —Le pregunto a Vordan—. ¿Qué podrías querer de mí?

—No te das cuenta de tu propio valor —dice Vordan—. ¿Crees que Kalligan te mantiene cerca porque eres su hija? No, Alosa. Es por los poderes que posees. Te utiliza para su propio beneficio. No eres más que una herramienta para él. He oído todo sobre los castigos de Kalligan, su entrenamiento, sus pruebas. Sé todas las cosas horribles que te ha hecho pasar. Y estoy aquí para liberarte.

Por un momento me pregunto cómo es posible que sepa tanto sobre mí. Luego me doy cuenta de que, si tiene a alguien de alto rango en las filas de mi padre trabajando para él, sabría... bueno, casi todo.

—Meterme en una jaula probablemente no fue la mejor manera de demostrar lo mucho que quieres liberarme.

—Mis disculpas. Esto es simplemente una precaución de seguridad para mí y mis hombres mientras te explico las cosas.

—Ya lo has explicado. Ahora déjame salir.

Vordan sacude su calva cabeza.

—No he terminado.

Y no quiero que lo haga. Quiero salir de esta jaula. Ahora mismo. Pero guardo silencio para no arriesgarme a enfurecerlo. Puede que no tenga mi canción para encantarlo, pero puedo leerlo.

Como si no estuviera ya incómoda por estar encerrada en una jaula sin esperanza de escapar, ahora tengo que invocar a la sirena. Otra vez. Siento un sabor desagradable en el fondo de mi garganta. Se me pone la piel de gallina, y no tiene nada que ver con el frío.

Su color es el rojo, el más complejo de todos. Puede significar muchas cosas: amor, lujuria, odio, pasión. En realidad, cualquier emoción abrumadoramente fuerte me parece roja. Con mi mejor estimación, diría que Vordan siente el rojo brillante de la pasión, pero ¿pasión por qué?

Vordan está más que ansioso por tener éxito, decido. Quiere algo de mí. Si tan sólo puedo ser lo suficientemente paciente para escuchar lo que es.

—Continúa, entonces —logro decir.

—Estoy aquí para ofrecerte un lugar en mi tripulación. Quiero darte la libertad de hacer lo que quieras después de que me ayudes a llegar a la *Isla de Canta*.

—Soy la capitana de mi propio barco y de mi tripulación. Tengo la libertad de navegar donde quiera. ¿Por qué iba a encontrar tu oferta siquiera remotamente tentadora? —No pregunto con ira. Mi tono es sólo objetivo. Intento razonar con él. Mantener la calma.

—Porque en última instancia estás bajo el dominio de tu padre. Cuando todo esto termine, Alosa, cuando tú y tu padre tengáis los tres trozos del mapa, cuando hayáis navegado hasta la Isla de Canta y hayáis reclamado la riqueza de los siglos... ¿qué pasará entonces? Te lo diré. Entonces tu padre no sólo seguirá teniendo el control total de los mares de Maneria, sino que también tendrá toda la riqueza que necesita para mantener ese control. Y tú siempre tendrás que servirle. Nunca serás verdaderamente libre de él.

—¿Pero lo seré si me uno a ti? —pregunto con escepticismo.

—Sí. Ayúdame a conseguir lo que tu padre quiere. Ayúdame a llegar a la Isla de Canta. Ayúdame a usurpar el gobierno de Kalligan y te liberaré. Cuando tengamos éxito, serás libre de ir a tu antojo, hacer lo que quieras, tener lo que quieras. No te molestaré ni te llamaré de nuevo.

Vordan Serad es un imbécil. ¿Cree que puedo confiar en que mantendrá su palabra? ¿Realmente cree que me volvería tan fácilmente contra mi padre? ¿Cree que es una carga para mí servir a Kalligan? *Él es mi padre*. Es el amor a la familia lo que impulsa mis acciones. No anhelo la libertad, porque ya la tengo. Tengo mi propia nave y tripulación que son mías para hacer lo que me parezca. De vez en cuando ayudo a mi padre cuando me necesita. Es, después de todo, el rey. Y me convertiré en reina cuando el reinado de mi padre haya terminado. ¿Vordan espera que renuncie a eso por él? *De ninguna manera*.

Sin embargo, no me atrevo a decir nada de esto. Todavía percibo los sentimientos y deseos de Vordan. Está esperanzado. Muy esperanzado por... algo. Aceptar es la única manera de salir de esta jaula y tener una oportunidad de escapar.

—Tienes razón —afirmo en un intento de decirle a Vordan exactamente lo que quiere oír—. He tenido demasiado miedo para liberarme de mi padre. Anhelo librarme de él. No quiero tener nada que ver con la Isla de Canta ni con Kalligan, pero si me juras que me concederás la libertad a

cambio de mis servicios, te ayudaré a obtener lo que buscas.

Vordan mira detrás de mí. Me giro. Theris sacude la cabeza.

—Está mintiendo.

—No lo hago —digo apretando los dientes.

Estaba tan concentrada en Vordan, que no me molesté en sentir lo que Theris quería escuchar. No me di cuenta de que era a él y no a Vordan a quien tenía que convencer. Theris sonríe.

—Ella está usando el mismo truco que usó con Draxen. Fui testigo de cómo Alosa puede manipular a otros diciéndoles lo que quieren oír.

—Puede que haya usado mis habilidades con Draxen, pero eso no significa que las esté usando ahora —replico, aunque sé que no tiene sentido. Ahora sé lo que tenía que decir, y es demasiado tarde para cambiar mi respuesta.

—No te has resistido lo suficiente, Alosa —dice Theris—. Te observé durante un mes en esa nave. Escuché tus conversaciones y... interacciones. —Al decir esto, mira con atención a Riden.

Riden no ha dicho nada todavía. Sin embargo, está observando de cerca a nuestros captores, tratando de entender la situación para poder salir de ella. Ante las últimas palabras de Theris, me mira. ¿Cuánto ha visto Theris? pienso con disgusto.

—Sé exactamente lo terca que eres —continúa Theris—. Y sé lo que sientes por tu padre. No lo defendiste como sueles hacerlo.

Quiero darle una patada, pero está demasiado lejos para que pueda alcanzarlo, y no podría pasar la pierna por los barrotes, aunque quisiera. Un brazo, sí, pero no una pierna.

—Bien —digo mientras intento pensar en un nuevo plan—. ¿Y ahora qué?

—En el caso probable de que no te hayas mostrado complaciente —responde Vordan—, estamos preparados para utilizarte de otra manera.

No me gusta cómo suena esto. He guardado la sirena. No tengo forma de prepararme siquiera para lo que Vordan pueda estar pensando ahora.

—Traed las provisiones —ordena a los dos hombres que aún tienen las pistolas apuntando a Riden. Al instante se dan la vuelta y abandonan el claro.

Puedo ver cómo la mente de Riden da vueltas. Aunque no puedo

percibir lo que está pensando, no es difícil de adivinar. Está tratando de decidir cómo sacar el máximo provecho de no estar tan vigilado. Pero antes de que pueda dar un paso, Theris tiene su arma fuera y amartillada.

—Ni siquiera lo pienses.

—¿Por qué está aquí? —pregunto—. Me tienes a mí. ¿Por qué tomarías un segundo prisionero? Ahora Draxen saldrá a buscarlo.

—Con el tiempo todo se revelará —dice Vordan.

Está disfrutando demasiado, y está ansioso por lo que está por venir. Supongo que no importaba si aceptaba acompañarlo o no. Me pregunto si debería cambiar yo misma. ¿Debería convertirme en la mujer perfecta de Vordan para que él desee liberarme? Es la única arma que me queda, pero ¿servirá de algo? Al mirar de nuevo a Theris y su moneda, me doy cuenta de que no funcionará. Si intento algo con Vordan, Theris lo sabrá y lo detendrá.

Estoy indefensa. Sin armas. Sin poder. En este punto, sólo puedo esperar que alguien se aventure demasiado cerca de la jaula o que Riden se libere de alguna manera y luego a mí. Como no está muy contento conmigo en este momento, dudo que quiera ayudarme, aunque se libere.

Cuando los guardias de Riden regresan, no tienen las manos vacías. Cada uno lleva un cubo lleno de agua en una mano y algo que se parece mucho a un palo en la otra. Al principio no puedo distinguir lo que son.

—Alosa —dice Vordan—, estás aquí para que pueda aprender todas las habilidades que posees. Porque si no puedo usarte para ayudarme a llegar a la Isla de Canta, entonces te usaré para aprender todo sobre las sirenas y así poder estar adecuadamente protegido una vez que llegue allí.

Un temor helado me congela.

Voy a ser su *experimento*.

Capítulo 17

—¿QUÉ? —PREGUNTO PORQUE no se me ocurre nada más que decir.

—No puedo esperar que seas sincera sobre tus habilidades, así que tendré que determinarlas por mí mismo —dice Vordan—. Juntos, Alosa, identificaremos todos los poderes que poseen las sirenas.

No se da cuenta de lo aterradora que me parece la perspectiva. ¿Cómo puede saber cuánto detesto, y a veces temo, usar mis habilidades? Odio cómo me siento por dentro y por fuera. Odio la carga emocional que me suponen. Y luego está la forma en que cambio cuando tengo que reponer mis habilidades. Vordan me hará demostrar todo una y otra vez. La idea hace que la bilis me suba a la garganta. Me la trago de nuevo.

—Sólo soy en parte una sirena —replico despreocupadamente—. Lo que puedo y no puedo hacer no se aplicará a las criaturas que encontraréis en la *Isla de Canta*. No os sirvo de nada.

Vordan se tira del pelo de la barbilla.

—Eso no es cierto. Aunque no seas tan poderosa como una verdadera sirena, tus habilidades me darán la información que necesito para prepararme para tal aventura.

Durante nuestro rápido intercambio, los hombres de Vordan se han movido. Colocan sus cubos a un metro y medio de la jaula, lejos de mi alcance. Ponen lo que parece una rama larga, hueca y tubular en cada cubo. —Para empezar —anuncia Vordan—, vas a cantar para mí.

—Por supuesto que lo haré.

Sonríe.

—Y es por eso que el joven primer oficial está aquí. Theris, enséñale a Alosa lo que pasará cada vez que me rechace.

Theris saca su alfanje y lo pasa por la parte superior del brazo de Riden, cortando su camisa y haciéndole sangre. Riden se estremece, pero aparte de eso no muestra ningún signo de dolor. En lugar de eso, se ríe, aplicando presión a la herida fresca.

—Sois todos unos idiotas si creéis que a la princesa le importa si vivo o muero.

Theris resopla.

—Estás equivocado, Riden. Alosa vive según sus propias reglas. Tiene una fuerte tendencia a la venganza. No puede soportar ver a aquellos que la han perjudicado salir ilesos. Draxen la secuestró, la golpeó, la humilló, intentó tomar su cuerpo. Ella lo detesta. Sin embargo, está vivo. ¿Sabes por qué?

Riden me mira. Rápidamente vuelvo mi mirada hacia abajo.

—Si no le importara tu dolor, lo habría matado. Lenta y agónicamente. El hecho de que viva demuestra que hay al menos una cosa que le importa más que su propia justicia. Tú.

Eso no es cierto. Yo... se lo debía a Riden. Me dejó conservar mi daga cuando debería habérmela quitado. Saldo mis deudas. Me ayudó a estar a salvo, para que no matara a su hermano. No fue más que eso. Estoy segura de ello.... ¡Espera…mi daga! Desde mi posición sentada, envuelvo mis brazos alrededor de mis tobillos, como si tratara de consolarme. Acaricio mi bota. A excepción de mi pie, está vacía.

—¿Buscas esto? —pregunta Theris, sacando el arma de su cinturón, donde no me había fijado antes.

Intento aparentar que esto no me preocupa en absoluto. En realidad, estoy indignada. No sólo Theris me quitó mi única esperanza de escapar, sino que estoy bastante apegada a esa daga.

—Así es como va a funcionar esto —comunica Vordan, desviando mi atención de Theris—. Yo te diré lo que tienes que hacer, y tú lo harás. Si hay alguna vacilación o desviación de mis palabras, Riden sufrirá otra herida. Intenta usar tus habilidades para escapar, y lo mataremos y te traeremos a alguien más para hechizar. ¿Queda entendido?

Le envío a Vordan una mirada asesina.

—Cuando salga de esta jaula, lo primero que haré será matarte.

Sin siquiera esperar una señal de Vordan, Theris apuñala a Riden en su antebrazo. Mis ojos se abren de par en par mientras contengo un grito ahogado.

—He dicho: ¿Se entiende?

Aunque va en contra de mi naturaleza, ya sea la humana o la sirena, me trago mi orgullo.

—Sí.

—Bien. Niffon, Cromis, la cera.

Los hombres de Vordan le entregan a él y a Theris dos fajos de cera

amarillo-naranja. Luego cada uno saca un par para sí mismo. Cada hombre inserta la sustancia en sus oídos.

Qué inteligente, Vordan. Te crees invencible. Encontraré una manera de salir de esto. Siempre lo hago. Es sólo cuestión de tiempo. Pero desearía que el miedo que penetra en cada miembro de mi cuerpo tuviera la misma confianza. Ni siquiera intento ocultar la furia en mi rostro cuando Vordan señala los cubos. Sus subordinados agarran cada uno, y una de las finas ramas y la meten en su cubo.

—Extiende las manos, Alosa —ordena Vordan en voz demasiado alta.

No. No lo haré. No puedo. No me someteré a esto. No otra vez. Mi mente regresa a la mazmorra de mi padre.

Unos grilletes me sujetan las muñecas, encadenándome a la pared. Mis tobillos, igualmente, están inmovilizados, tintineando mientras las cadenas me impiden alejarme más de un pie de la pared de piedra.

—Relájate —dice mi padre antes de echarme un cubo de agua en la cara.

Me atraganto y escupo mientras el agua gotea a mi alrededor.

—Asúmelo, Alosa. Ahora, vamos a ver cómo podemos hacerte aún más poderosa...

Me devuelve al presente un fuerte gruñido. Riden tiene la mano derecha agarrada a su brazo. La sangre sale a borbotones de un nuevo corte, pasando por sus tensos dedos.

—¡Arriba las manos! —exige Vordan, esta vez gritando.

Tus recuerdos son sólo recuerdos, me digo. *Padre te hizo fuerte. Te ayudó a aprender todo lo que puedes hacer. Si has sobrevivido a la presión y el escrutinio del rey pirata, seguro que puedes soportarlo de cualquier otra anguila patética, descerebrada y babosa.*

Mi autoestima pasa a través de mí en menos de un segundo. Así que antes de que Theris pueda hacerle más daño a Riden, hago lo que dice Vordan. No miraré a Riden. ¿Qué significa mi sumision para mí? ¿Qué significa para Riden?

Niffon y Cromis se arrodillan uno al lado del otro frente a sus cubos. Niffon tapona el extremo de su rama hueca, la levanta del cubo y la eleva en el aire frente a mí.

Parece que Vordan ha pensado en todo.

Si tan sólo Niffon bajara la rama un pie más, podría alcanzarla. Una

simple subestimación por su parte me sería de gran ayuda en este momento. Pero no. Theris ha visto lo que puedo hacer con recursos limitados. Ni siquiera me permite poner las manos en un palo. Me siento atrapada por la expectación y el temor mientras espero lo que va a ocurrir a continuación.

Niffon retira el pulgar de su extremo de la rama. El agua del océano atrapada en su interior cae ahora en mis manos que esperan. Dejo que el agua se deslice entre mis dedos y caiga al suelo, pero intento que parezca que he absorbido parte de ella. Tengo la esperanza de poder fingir durante el proceso. En realidad, no puedo reponer mis habilidades. No así.

Pero Vordan se da cuenta de eso. Mueve la cabeza con disgusto. Theris arrastra su espada contra la piel de Riden de nuevo. Esta vez cerca de su pantorrilla.

—No dejes que el agua se acumule en el suelo —dice Vordan—. Cógela toda.

Le preocupa que conserve el agua hasta que haya suficiente para hacer algo realmente peligroso con ella. Mientras Vordan y sus compinches tengan cera en los oídos, no importa cuánta agua tenga a mi disposición.

Pero no señalo esto. No tengo tiempo que perder si quiero evitar causar más dolor a Riden. Así que cuando Niffon deja caer más agua, la atrapo toda y la absorbo al instante. No se me escapa nada, y mis manos se secan inmediatamente.

El cambio es instantáneo. El agua calmante se convierte en parte de mí. Llena el vacío que he sentido durante las últimas semanas, reponiendo mi canto, fortaleciendo mi confianza, aliviando mi miedo. Quiero disfrutar de ese confort en todas partes a la vez. Quiero saltar al océano y nadar hasta el espacio más profundo y negro para que el consuelo nunca me abandone.

Por un momento, sólo puedo pensar en el océano. No tengo ninguna preocupación, excepto la de volver a él. Nada más importa.

—Alosa.

Es la voz de Riden cortando mis anhelantes pensamientos. Intento refrenar los deseos de la sirena. Por eso no puedo reponer mi canción si no me tomo el tiempo necesario para orientarme. Porque usar el océano para nutrirme me abre a un instinto de sirena. Y el instinto de ellas es no preocuparse por nada más que por ella misma, sus hermanas y el océano. Este hombre no es nada para mí. ¿A quién le importa si lo matan? Él no importa.

Me importa a mí.

—Alosa —repite Riden.

Estrecho la mirada en su dirección, intentando centrar mis pensamientos. No te conviertas en una criatura sin alma. Eres una mujer. Piensa en tu tripulación, en tus amigos, en tu familia. Recuerda la vez que robaste un barco y lo hiciste tuyo. Recuerda lo que se siente al ser una capitana, al haberse ganado el respeto y la gratitud de tu tripulación. Piensa en el orgullo en los ojos de tu padre cuando lo complaces. Piensa en Riden. ¿Recuerdas cuando te divertías luchando contra él, espada contra espada? Recuerda las burlas y los golpes. Recuerda la daga. Recuerda sus besos. ¡Piensa en Riden, que no merece morir sólo porque tú no puedes controlarte!

Eso me centra. Vuelvo mi mirada a Vordan, esperando instrucciones.

—Cántale, Alosa. Impresióname.

Sin duda, Vordan quiere ver a Riden bailar y hacer otras acrobacias ridículas. En otras circunstancias, creo que sería divertido hacer que Riden se humille. Pero ahora no. No para satisfacer a un hombre que me ha metido en una jaula. Riden no es un mono y yo no soy una esclava.

Lo miro. No parece asustado exactamente, sólo inquieto.

—Adelante —dice finalmente. Como Riden me mira de frente y los hombres tienen cera en los oídos, no pueden saber que me está hablando a mí —. Al final saldremos de esto. Haz lo que necesites mientras tanto.

Vordan me observa con atención, así que no me arriesgo a asentirle. En su lugar, empiezo. Empiezo con algo sencillo e indetectable. Mis labios se abren ligeramente mientras canto una melodía calmante y lenta. Las notas no importan. Es la intención que hay detrás de ellas lo que da fuerza a la canción. Es lo que hace que Riden haga lo que yo quiero. Y lo que quiero ahora es quitarle el dolor.

Al instante, su brazo y su pierna tensos se relajan, dejando de sentir los crueles cortes o el profundo tajo cerca de su muñeca. Entonces arranco una tira de tela de la parte inferior de mi blusa y se la arrojo a Riden.

Los hombres de Vordan se ponen en pie, preparados para intervenir en caso de que intente hacer huir a Riden o liberarme. Debería sentirme halagada de que piensen que puedo lograr algo con nada más que una tira de tela. Pero es para el brazo de Riden. Entrelazo unas cuantas notas más en la canción, haciendo que Riden ate su herida más grave para frenar la hemorragia. Me gustaría poder curarlo, pero mis habilidades son limitadas. Sólo puedo alterar la mente, de donde he descubierto que proviene realmente el dolor. Puedo aliviar el sufrimiento de Riden temporalmente, pero nada más.

Me quedan pocas notas, así que intento darle a Vordan lo que quiere. Riden se pone de pie. Sus ojos no están vidriosos ni nada por el estilo. Parece perfectamente normal, como si sus acciones fueran propias. Pero no lo son.

No hace ni más ni menos que lo que le digo a través de la canción. Riden realiza un par de movimientos de combate. Le hago dar patadas y puñetazos a enemigos invisibles. Salta por el aire, esquivando y golpeando a sus oponentes. Finalmente, enfunda una espada imaginaria.

Le libero de mi hechizo una vez que mis poderes se han agotado. Luego me siento en el suelo de la jaula. Riden parpadea. Mira a su alrededor confundido hasta que me ve y todo vuelve a su mente. No le he quitado los recuerdos de la canción, así que sabe exactamente lo que le he hecho hacer. Respira rápidamente. El dolor de sus heridas vuelve a él. No puedo alejar el dolor una vez que dejo de cantar. Sólo fue un alivio temporal, pero le di lo que pude. Es mi culpa que esté aquí para empezar. Bueno, en realidad es de Theris, pero no puedo esperar que Riden lo vea así. Vordan se acerca a la jaula, mirándome atentamente.

—Tus ojos son realmente la ventana de tu alma, Alosa —dice alzando la voz en un intento de compensar la cera de sus oídos—. En menos de un minuto, han pasado de verde a azul y de nuevo a verde. Una herramienta tan útil para saber cuándo tienes el poder de tu canción y cuándo no.

Maldita sea.

Esperaba que no fueran capaces de saber cuándo estaba fuera. Me observan demasiado de cerca. No me quedará ningún secreto al final de esto.

—Pero volvamos a la tarea que nos ocupa. Creo que puedes hacerlo mejor, Alosa —dice Vordan con una voz alentadora que me revuelve aún más el estómago—. Inténtalo de nuevo. —Señala con un dedo al otro pirata que tengo delante.

Esta vez Cromis detiene su rama con el pulgar antes de levantarla sobre mis brazos, que cuelgan sin fuerzas fuera de la jaula. Esto es una actuación. Quiero que piensen que usar mis poderes me debilita momentáneamente. Puede que me ayude a conseguir hacerlos caer más tarde.

Atraigo el agua hacia mí mientras cae. La siento correr a través de mí, extendiéndose por todos mis miembros. La duda se convierte en certeza. Las debilidades se convierten en fortalezas. El miedo se convierte en determinación. Estos hombres no saben a quién se enfrentan. Soy poder y fuerza. Soy muerte y destrucción. No soy alguien con quien se pueda jugar. Están por debajo de mí. Yo...

—Alosa. —La voz de Riden corta mis alarmantes pensamientos.

¿Se da cuenta de cómo la sirena intenta apoderarse de mí? ¿O simplemente me está urgiendo porque tiene miedo de lo que hará Theris si no obedezco inmediatamente? Sea cual sea el caso, estoy agradecida de que parezca tener la capacidad de devolverme a mí misma. Y rápidamente.

—Alosa, no tienes que hacer esto —continúa. Una vez más, da la espalda a Vordan y sus hombres, para que no puedan saber que Riden me está hablando—. Está bien. Ignóralos. Concéntrate en salir de esto. Eres buena escapando. Así que hazlo.

Le sonrío a pesar de la situación.

—Cada vez que he escapado, ha sido porque lo he planeado. No planeé esta captura.

Espero que Vordan asuma que mi boca en movimiento es el comienzo de mi canción. Para mantener la ilusión, difumino la última palabra en una nota y comienzo una nueva canción.

Para mí, la melodía suena trepidante, emocionante, excitante. Siempre parece coincidir con mi intención. Por esta vez, hago que Riden haga un impresionante despliegue de flexibilidad y destreza. Le hago dar volteretas en el aire. Sube a los árboles y se lanza desde ellos hacia atrás. Le hago correr más rápido de lo que debería ser posible con sus lesiones. Realiza acrobacias que estoy segura de que no puede hacer por sí mismo, pues mientras yo sepa hacerlas, él también podrá hacerlo. Cuando me escurro de las notas, me vuelvo a hundir en el fondo de la jaula.

Vordan se quita la cera de las orejas. Sus hombres, siguiendo su ejemplo, hacen lo mismo.

—Mucho mejor, Alosa.

Tiene ahora un trozo de pergamino y una barra de carbón en sus manos. No importa que la cera haya desaparecido; mis habilidades también.

—Vamos a empezar a desglosar el alcance de tus habilidades. —comienza a escribir con su carbón—. Si no me equivoco, tienes esencialmente tres habilidades. La primera es tu canto. Puedes hechizar a los hombres para que hagan esencialmente cualquier cosa, siempre que no desafíe las leyes de la naturaleza. Por ejemplo, no puedes hacer volar a Riden. ¿Cuántos hombres puedes encantar a la vez, Alosa?

Dudo. ¿Debo mentir o decir la verdad? Riden jadea frente a mí. Theris retira una espada ensangrentada.

—¡Tres! —grito—. Por el amor de las estrellas, déjame pensar un momento, ¿quieres?

—No hay nada que pensar. Contesta, y no se le hará ningún daño a Riden. Ahora, repones tu canción con agua del océano. Y el agua del océano sólo llega hasta cierto punto. No podrías hacer que Riden hiciera mucho con la cantidad que te dio Cromis. Estoy seguro de que la complejidad de la instrucción determinará cuánta agua es necesaria.

Y la mente de cada hombre es diferente. Eso también afecta a la cantidad, pero no me voy a molestar en mencionarlo. La mente de Riden es mucho más firme y sólida de lo que estoy acostumbrada a ver. Encantarlo me exige más de lo que necesitaría en la mayoría de los hombres.

Tras un momento de pausa, Vordan revisa sus notas.

—Espléndido. Ahora, el poder de tu canción afecta a la mente. ¿Pero hasta qué punto? Theris te ha visto hacer olvidar a los hombres. Cuando encantaste al pobre Riden aquí la primera vez, él no recordó la experiencia. Theris también te ha visto poner a Riden a dormir. Estoy seguro de que puedes hacer que un hombre se suicide fácilmente. ¿Pero podrías darle una realidad diferente?

—Sí —digo rápidamente, no queriendo arriesgarme a ninguna duda.

—Muéstrame.

Se vuelve a poner la cera en los oídos. Sus hombres hacen lo mismo, y un nuevo flujo de agua desciende hacia mí. Miro a Riden mientras lo asimilo. Por alguna razón, mirarlo a él me permite mantener la cabeza despejada mientras siento que la fuerza del agua fluye hacia mí, algo que nunca antes había experimentado al reponer mis habilidades.

—Odio hacer de marioneta —digo. ¿Tienes alguna idea?

—Si alguien es la marioneta, soy yo —dice agitado—. Tú eres la titiritera. —Le miro molesta—. Estoy trabajando en una —dice para responder a mi pregunta—. Sigue haciendo lo que te dicen hasta que pueda solucionarlo todo.

No me permito tener esperanzas mientras empiezo a cantar, cerrando los ojos e imaginando lo que quiero que Riden vea. Imagino un mundo mágico lleno de nuevos colores y sonidos. Mariposas con alas brillantes revolotean a mi alrededor. Las estrellas fugaces se precipitan sobre el cielo púrpura en rápida sucesión. Una masa de agua cercana lanza chorros de gotas al aire a alturas imposibles. Los pájaros, más grandes que las ballenas, sobrevuelan con plumas rojas y azules. Reúno los primeros elementos aleatorios que se me ocurren, añadiendo más y más detalles hasta que estoy satisfecha. Entonces abro los ojos.

Riden tiene una mirada de puro asombro y maravilla. Alarga la mano hacia delante como si quisiera tocar las criaturas invisibles que he colocado delante de él.

—Hermoso —dice.

—Alosa —dice Vordan—. Proyecta esa imagen en Theris también.

Veo ahora que Theris ha entregado su pistola a Vordan. Se quita la cera de las orejas y se la mete en el bolsillo. Rápidamente expando la canción para abarcarlo a él también, aliviada ahora que Theris es incapaz de herir a Riden. Él también se asombra pronto de todo lo que le rodea. Gira, tratando de ver cada parte del mundo mágico que le estoy mostrando.

Mi mente se tambalea mientras intento pensar en algo que pueda hacer ahora que tengo a uno de los hombres de Vordan bajo mi influencia. Con Riden y Theris, la lucha sería de dos contra tres. Pero no me queda suficiente canción después de mi mundo proyectado para hacer que ambos hagan algo sustancial. Vordan es muy cuidadoso de no darme ninguna pizca de poder sobre él. Pero me pregunto por qué se molestaría en que yo encantara a uno de sus hombres. Si tiene tanta curiosidad por mis habilidades, ¿por qué no ofrecerse él mismo?

—Excelente —dice Vordan, rascando su carbón rápidamente sobre el pergamino—. Ahora libera a Theris.

Lo hago. Theris mira al instante a su alrededor, ajustándose a la realidad, y luego se recoloca la cera en los oídos. Vordan le devuelve su pistola.

—Ahora muéstrame algo realmente impresionante —dice Vordan.

Miro de uno al otro, levantando una ceja en confusión.

—Haz que Riden vea algo horrible. Hazle sentir un dolor que no existe realmente. Muéstrame cómo los hombres están a tu merced.

Cromis suelta otro chorro de agua, y apenas lo atrapo a tiempo. Siento como si unas agujas heladas me perforaran el estómago. No puede esperar que yo...

Dejo de cantar cuando el agua se filtra en mi piel. Riden se libera de la falsa realidad que le he dado. Siento que mi mente se aleja de mí. Estos hombres están todos muertos. Una vez que tenga toda mi fuerza, los reduciré a jirones de carne. Imagino la forma en que mi cuerpo cambiará. La fuerza que tendré. Me veo tirando de los cinco hasta el fondo del océano, observando sus ojos mientras la vida se escapa. Sintiendo cómo sus cuerpos se retuercen hasta quedar atrapados en el olvido....

—¡Alosa!

Es como si me hubiera despertado de un sueño profundo, aunque mis ojos han estado abiertos todo el tiempo. Me he dejado llevar a mi propia realidad alternativa. Mi yo alternativo.

—Está bien, Alosa. Vuelve conmigo —dice Riden. Llevo mi mirada hacia él—. Sea lo que sea lo que te han dicho que hagas, hazlo. —No habrá

oído la orden, no cuando estaba atrapado en otro mundo—. Saldremos de esta. Sigue adelante.

No puedo. ¿Qué importa si dejo que corten a Riden porque dudo? De cualquier manera, le dolerá. *Pero el dolor no será real si le cantas*, intento decirme a mí misma. Le dolerá un momento y luego se acabará. No puedes vacilar, o le dolerá de verdad otra herida de espada. Hazlo rápido.

—Lo siento mucho —le digo.

Al instante, Riden grita. Se retuerce en el suelo de dolor mientras atizadores calientes imaginarios se clavan en su piel. Me odio a mí misma. Odio mis habilidades. No es así como se supone que deben usarse mis poderes. Soy despreciable, ruin, imperdonable. Pongo fin al sufrimiento de Riden tan pronto como me atrevo, esperando que sea lo suficientemente largo para Vordan. Lanzo al aire la canción sobrante, deshaciéndome de ella rápidamente. Ya no la quiero. No quiero tener nada que ver con ella. Aléjala de mí.

El bastardo enfermo se ríe.

—Bien hecho. —Escribe algo más en su pergamino. Ojalá pudiera clavarle atizadores de verdad en su carne—. Estoy satisfecho con tus habilidades de canto por hoy —dice Vordan, liberando sus oídos de la cera—. Hablemos de tu segundo conjunto de habilidades. Si Theris te escuchó correctamente, puedes leer las emociones de una persona, pero esta habilidad no requiere alimentarse del mar. Es algo que posees innatamente.

Riden jadea en el suelo, tratando de recuperarse del dolor imaginario. Lo veo frotarse las manos sobre la piel, convenciéndose de que no era real.

—Alosa —me llama Vordan, desviando mi atención de Riden. Theris se adelanta y le da una patada en la cara a Riden. La sangre sale de su nariz, manchando la arena de rojo. En cierto modo, me alivia que Theris lo haya pateado tan fuerte. Riden está ahora inconsciente y no puede sentir ningún dolor.

—Sí —respondo—. Puedo saber lo que siente la gente, si lo decido.

—¿Y no tienes que cantar?

—No.

—Excelente. —Más rayones en el pergamino—. Dime lo que siente cada uno de mis hombres.

Ya he usado esto muchas veces hoy. No puedo arriesgarme a usarla mucho más, o me perderé. Lo último que necesito es olvidarme de quién soy cuando estoy en una situación que amenaza mi vida. La exposición al poder

del mar casi me reclama ya varias veces. Y Riden no está despierto para volver a sacarme. Intentaré apresurarme. *Entonces, apágalo.*

Admiro la complejidad de las emociones. Son pinturas para que yo las vea. Sólo tengo que sufrir a través de lo ajeno para poder observarlas. Mientras la sensación enfermiza recorre mi piel, miro rápidamente a cada uno de los hombres de Vordan.

—Ese tiene hambre —digo señalando a Niffon—. Ese está aburrido. —Ese es Cromis—. Él está excitado… no, feliz por algo. —Ese es Theris—. Y tú estás... —El de Vordan es un poco más complicado—. Contento —termino.

Mira a cada uno de sus hombres por turno, quienes asienten, mostrando que tengo razón.

—Aburrido, ¿verdad, Cromis? —pregunta Theris—. Tal vez deberíamos reasignarte al servicio de cocina.

Cromis me mira con determinación.

—Estoy bien, C… Theris.

Theris frunce los labios por un momento, pero su rostro vuelve a la normalidad rápidamente después. Interesante vacilación, aunque no debería sorprenderme que Theris me diera un nombre falso. Francamente, no me importa cuál es su verdadero nombre. Dejará de importar una vez que yo sea libre y él esté muerto.

—Cállate —sisea Vordan. Sus ojos están en su pergamino hasta que me mira—. Mañana jugaremos un poco más con eso. Pasemos rápidamente a tu tercera y última habilidad, Alosa. Dime, ¿cómo llamarías a este poder? Me ha costado mucho encontrar un nombre conciso para él.

Pienso por un momento.

—Riden puede estar inconsciente, pero todavía puedo hacer que Theris le haga daño. Así que habla.

Miro fijamente la forma despreciable de Vordan.

—Puedo convertirme en la idea que cualquier hombre tiene de una mujer perfecta.

—Esencialmente eres una seductora. No se puede esperar menos de una mujer, ¿verdad?

Si no lo hubiera marcado ya para la muerte, ahora definitivamente tendría una marca negra. Con los dientes apretados, digo:

—Puedo convertirme en lo que sea necesario para conseguir que un hombre haga lo que yo quiera.

—Eres una manipuladora. Imagino que esta habilidad va bien con la lectura de emociones. Si unes esas dos con tu canción, realmente eres una criatura formidable, una maestra sobre todos los hombres. Ahora, asumo que esta habilidad sólo funciona con un hombre a la vez.

—Depende. Muchos hombres se sienten atraídos por las mismas cosas. Sólo puedo discernir la mujer perfecta de un hombre a la vez, pero si esas características les gustan a muchos en…

—Entonces podrías afectarlos a todos.

—Sí.

—Hazme una demostración. Quiero que uses esto en cada uno de mis hombres.

De todas mis habilidades, esta es la que mi padre encontró menos útil. No la probó como a las otras dos. Tuve que experimentar con ella por mi cuenta. Todavía no he encontrado ninguna consecuencia por usarla. Aparte de sentirme como una completa zorra cuando he terminado. Pero no rechazo la idea de usarlo para conseguir lo que quiero. Aunque normalmente prefiero que me quede alguna canción para borrar el recuerdo de mis víctimas después. Pero al final de hoy, parece que habré perdido mi sentido de la seguridad, mi secreto y mi dignidad.

Capítulo 18

VORDAN ME HACE CAMBIAR para cada uno de sus hombres. A su vez, hago el papel de una puta (porque a Niffon le gustan las mujeres que saben lo que hacen), de una inocente campesina (a Cromis le gusta corromper la inocencia sin consecuencias) y de una mujer casada (porque a Theris le gusta el peligro y el secreto de una aventura ilícita).

Yo me mantengo en la jaula. Por suerte, a los hombres no se les permite tocarme, pero quiero darme un puñetazo por los comentarios soeces, tímidos y sugerentes que me obligan a pronunciar. Todo el tiempo que estoy realizando mi acto, Vordan está de pie con su papel infernal y su carboncillo, tomando notas a medida que avanzo. Juro que destrozaré ese pergamino para que nadie pueda leer las cosas que me veo obligada a decir y hacer.

—Puedes parar —avisa Vordan después de lo que deben haber sido quince minutos de hablar con Theris—. No te molestes en leerme. Ya he visto suficiente.

Theris mira interrogativamente a Vordan. Yo debo dirigirle una mirada similar. Si hay algo que me hubiera hecho querer seguir usando mis —como él dijo tan elegantemente— poderes de seducción, era decirme que no lo leyera. Puedo leer los deseos de Vordan como si estuvieran escritos en una pizarra sobre su cabeza.

—Oh —contesto—, puedo ver que no me encontrarías atractiva sin importar cómo actúe.

Antes de este momento, Vordan me había mirado con nada más que un agradable interés, pero ahora lo hace como si fuera una vil criatura que ha encontrado pegada al exterior de su barco. Desenfunda su espada y avanza hacia mí.

—¿Qué estás haciendo? —pregunta Theris—. ¿Capitán?

Vordan, llamado a sus sentidos, enfunda su arma y vuelve a su pergamino. Todavía estoy aturdida. No porque a Vordan sólo le guste la compañía de los hombres, sino porque nunca he tenido que usar mis habilidades con los de su clase. No me había dado cuenta de que hay hombres que son inmunes a ese particular talento mío. Y saber que Vordan es uno de ellos hace que la jaula que me rodea parezca más sólida de alguna manera.

—Es suficiente por hoy —suelta—. Coge al chico y las provisiones.

Niffon y Cromis comienzan a moverse mientras Theris mira con desaprobación a su capitán.

—¡He dicho que cojas al chico, Theris! —repite.

Este se apresura a obedecer mientras el capitán se dirige a mi por última vez.

—Volveremos mañana. Te sugiero que te prepares, te espera otro duro día. —Ante mi mirada mordaz, añade—: No te preocupes. Tenemos semanas de diversión por delante, tú y yo.

Una vez más, siento que mi última comida sube por la garganta, pero consigo contenerla mientras veo a todos los hombres retirarse, llevándose con ellos la forma inerte de Riden.

¿Semanas? *¿Semanas?*

Vordan no me dejó mucho tiempo para pensar en una salida mientras me sometía a una prueba tras otra, pero ahora la desesperación se apodera de mí. Tengo que encontrar una.

No puedo alcanzar ninguno de los árboles de los alrededores. En el suelo, no hay más que hierba alta y arena. Una roca aquí o allá. Nada útil para salir de la jaula. No tengo nada más que la ropa que llevo puesta. Inútil, toda ella. No pueden mantenerme en esta jaula para siempre, ¿verdad? En algún momento tendrán que dejarme salir, ¿para qué? ¿Para comer? Me alimentarán a través de los barrotes, sin duda. ¿Aliviarme? Ni hablar. Vordan ya ha sido muy cuidadoso hasta ahora. Sin duda esperará que me vaya a un rincón de la jaula.

Es algo extraño darse cuenta de que todo lo que necesitas es comer y beber y seguirás viviendo. No necesitas interactuar con otros. No necesitas moverte, correr, caminar. Realmente no necesitas ni siquiera dormir. Puedo estar atrapada para siempre y seguir viviendo.

Hubo algunos días, encadenada en las profundidades del torreón de mi padre, en los que pensé que esa sería mi vida. Que viviría como una prisionera eterna. Me negué a usar mis poderes en ese entonces. Fingía que no existían. Sólo cuando me enfrentaba a estar atrapada para siempre o a usarlos para escapar, mi padre podía obligarme a hacerlo.

En el presente —aunque sigo dudando en usarlas— utilizo mis habilidades para sobrevivir, pero ahora ni siquiera son una opción. ¿Y qué más tengo? Nada en absoluto.

Espera. *No*. *Tengo a Riden*. ¿Pero de qué sirve, estando herido y aislado en este momento?

Pienso en esto tanto como puedo. Mi mente está trabajando tan tremendamente, que ni siquiera me doy cuenta cuando mis pensamientos se convierten en sueños. Me veo a mí misma mirando a través de los barrotes,

viendo a Theris haciendo sangrar a Riden mientras le ataca una y otra vez. Primero con sus puños. Luego con su espada. Finalmente, saca su pistola del cinturón, la pone a ras de su cabeza y dispara.

* * *

El disparo resuena en el aire, sacudiendo todo mi cuerpo. Cuando mis ojos se abren, me doy cuenta de que no es el sonido de un disparo lo que oigo, sino a alguien golpeando mi jaula con una espada.

Cromis se aleja rápidamente de mí cuando ve que mis ojos se abren.

—Alosa —saluda Vordan—, ¿estás lista para empezar otro día?

Riden está vivo, aunque ensangrentado por las heridas de ayer, tendido ante mí en el suelo. Me mira y sonríe.

¿Por qué sonríe este idiota? No hay nada por lo que alegrarse. Llámalo como quieras: confianza o engreimiento. Pero si yo no he pensado en una forma de salir de esto, es imposible que él lo haya hecho.

—No he podido dormir, estaba muy emocionada —digo, inexpresiva.

—Me alegro de oírlo —dice Vordan, sin inmutarse por mi sarcasmo.

El escenario es el mismo que el de ayer. Niffon y Cromis tienen sus cubos de vuelta. Theris se apoya en un árbol perezosamente, con una mano en la pistola apuntando a Riden, y la otra haciendo girar una moneda entre sus dedos. El jefe se mantiene erguido y seguro, con los brazos musculosos agarrando su pergamino y su carboncillo. Un bulto en su bolsillo revela que lleva el mapa encima de nuevo, sin duda para que me dé un golpe en la cara con su victoria. Me da la razón cuando me sorprende mirándolo y sonríe.

Exhausta y dolorida por haber dormido en una jaula estrecha, miro hacia abajo mientras me froto los ojos. Una pieza de fruta y una rebanada de pan están junto a un vaso de madera lleno de agua. Cromis debe haberlos dejado caer antes de despertarme.

—¿Conseguiste algo para comer? —Le pregunto a Riden.

Vordan responde por él.

—El niño debe mantenerse débil. Tú, en cambio, necesitas tus fuerzas. Espero un día completo de espectáculo, así que come.

Hago un gesto de desagrado ante la comida que tengo delante. ¿Y si la ha drogado?

—Tienes exactamente un minuto para comerte eso antes de que ordene a Theris que dispare a Riden.

—Tómate tu tiempo —añade Theris—. Hace tiempo que no le disparo a alguien.

Huelo el pan. No huele raro, pero si la alternativa a comerlo es ver cómo le disparan a Riden, ¿tengo muchas opciones? Hago una mueca mientras muerdo la fruta. No está del todo madura. Trago grandes bocados en un intento de evitar probar demasiado. Cuando termino, me froto la lengua contra el pan mientras mastico, intentando quitarle el sabor.

Riden me observa mientras sonríe. Más vale que tenga un plan y no se limite a disfrutar del hecho de que me atiborre por él. Si no, tendré que dejar que Theris le dispare.

Cuando he tragado el último bocado, me lavo la escasa comida con el agua. Como es agua dulce, no hace nada para restaurar mi canto, pero necesito beber tanto como los humanos normales para sobrevivir.

Vordan y Theris comienzan a discutir sus planes para hoy, alejando momentáneamente su atención de mí y de Riden. Este hace un movimiento con sus manos, llamando mi atención. Mueve los labios.

Miro a los hombres que están delante de los cubos. Están mirando a Riden, pero sus cabezas están inclinadas hacia la conversación de Theris y Vordan. No pueden estar prestándonos mucha atención a nosotros.

—¿Qué? —Le pregunto a Riden, apenas un susurro.

Él repite el movimiento. Esta vez no me cuesta leerlo. *Prepárate.*

—*¿Para qué?* —respondo con la boca. ¿Qué podría hacer?

Esta vez se arriesga a un susurro.

—¿Recuerdas nuestra pelea de espadas?

Asiento con la cabeza. Era un idiota engreído que se dejaba herir para poder ganar. ¿Qué tiene que ver eso con todo esto?

Ahora, habla con su voz. Me pongo tensa, aunque no sé qué estoy esperando. Y Riden, que no está atado, pero sí herido, salta hacia el cubo de Niffon. Mete las manos en el agua mientras se dispara un tiro.

El humo sale de la pistola de Theris. Riden se desploma en el suelo, sosteniendo sus manos por encima de él, tratando de conservar el agua ahuecada con tanto cuidado. Pero Niffon finalmente entra en acción, golpeando las manos de Riden para forzar el agua al suelo. Limpia las manos de Riden en sus propios pantalones antes de lanzarlo de nuevo hacia mí, lejos

del agua.

—Idiota —dice Theris con calma. Comienza a recargar su pistola, aplicando más pólvora al arma y alojando otra bola de hierro.

—Idiota —repito, sin importarme si los demás me oyen—. Todo este tiempo me he estado asegurando de que no te dispararan. No debería haberme molestado.

Riden se agarra la pierna, justo por encima de la rodilla. Su voz es lenta.

—Nunca me han disparado antes. Duele un poco... mucho.

Sé exactamente lo que se siente al recibir un disparo. Se siente como uno espera que se sienta. Como si el hierro partiera tu carne a la velocidad del rayo y se calzara contra tus huesos.

—Inténtalo de nuevo —amenaza Theris—, y lo sentirás el doble de fuerte.

—Al menos no me mataron —dice Riden, ignorando a Theris.

—Excepto que ahora no puedes caminar.

Una vez que Theris tiene su arma recargada, se vuelve hacia Vordan como si no hubiera habido ninguna interrupción. Niffon y Cromis están mucho más alertas, apenas se toman el tiempo de parpadear mientras nos observan a Riden y a mí.

—¿Ese era tu brillante plan? —pregunto. A nadie parece importarle que estemos hablando ahora. Riden está herido más allá del punto de utilidad, y yo estoy encerrada. Apenas somos una amenaza.

—Sí —dice, tragándose un gemido—. Pero necesita un poco de refinamiento.

Antes de que pueda preguntarle qué quiere decir con eso, se arrastra de nuevo hacia los cubos, arrastrando la pierna herida tras de sí. Todo el mundo deja de hacer lo que está haciendo y lo mira fijamente.

—Mira eso —dice Cromis.

—No se rinde —añade Niffon.

—¡Riden, detente!

Por fin encuentro mi voz, pero él parece haber perdido el sentido por completo. ¿No se da cuenta de que lo van a matar? Como mínimo le van a disparar otra vez. Me ignora, arrastrándose hacia adelante. Casi ha llegado a los cubos. Oigo el amarre de la pistola. Theris apunta y dispara.

Riden jadea antes de que su cuerpo se desplome, su cabeza cae justo en el cubo. Niffon lo saca y lo arroja hacia mí.

Los ojos de Riden están cerrados. No respira. Busco a lo largo de su cuerpo, tratando de encontrar el lugar en el que le impactó el disparo. Finalmente, veo otro agujero empapado de sangre. Theris le dio en la misma pierna, esta vez por debajo de la rodilla. Parece que el segundo disparo no alcanzó el hueso, atravesando el músculo del lado de la pantorrilla.

—El chico tiene ganas de morir —dice Theris.

—¿Debemos matarlo, Capitán? —pregunta Cromis.

—Sí, mátalo.

Niffon y Cromis se levantan. Lucho furiosamente contra los barrotes, deseando que se doblen. No quiero ver morir a Riden. No quiero...

Riden levanta la cabeza. Intento tocarlo, pero está fuera del alcance de mi brazo. Sonríe. Engreído, pequeño... Espera. Algo está mal. Su cara. Sus mejillas son demasiado redondas. Parece que va a vomitar. Pero cuando abre la boca, no es vómito lo que sale. No, es agua de mar. La lanza hacia mi mano que la espera.

—¡No! —grita Theris, pero es demasiado tarde. No puede alcanzar su cera más rápido de lo que yo puedo cantar.

Hago que Theris, Cromis y Niffon se sumerjan inmediatamente. ¿Dónde está la llave? les exijo. Theris instantáneamente saca el gran pedazo de metal retorcido de su bolsillo. Le doy una ilusión. Está completamente oscuro. No puede ver nada excepto la cerilla encendida en sus manos. Necesita encender la vela si quiere borrar la oscuridad, si quiere sentirse seguro y tranquilo. Yo soy la vela, y la llave de mi jaula es la cerilla.

Me estremezco cuando Theris derriba el segundo cubo de agua de mar en su prisa por alcanzarme. Si hubiera prestado más atención, podría haberle esquivado, pero ahora mismo busco más la velocidad que la precisión. El agua se empapa rápidamente en el suelo. Ya habrá desaparecido para cuando logre salir de aquí. Sólo tengo lo que Riden logró conseguir para mí. Será mejor que lo haga valer.

Mientras Theris se acerca, envío a Cromis y Niffon para mantener a Vordan ocupado. Sólo puedo encantar a tres a la vez. Vordan rápidamente se mete la cera en los oídos antes de luchar por su vida, uno contra dos.

Las respiraciones de Riden son cortas y rápidas desde donde yace en el suelo. Le arranco la llave a Theris y lo envío a luchar también contra Vordan mientras abro la jaula. Este, decidiendo que no puede vencer a tres hombres a la vez, se da la vuelta y corre.

Exijo una pistola a Cromis, que es el más cercano con un arma cargada. Se acerca corriendo, saca el arma de su costado y me la ofrece. Mientras sostengo la pistola frente a mí, ralentizo mi respiración y apunto a la espalda de Vordan. Justo donde el corazón descansa bajo su piel. Es difícil porque ahora tengo que hacer que la bola esquive a Theris y a Niffon.

—¡Apártense! —les ordeno a los dos. En cuanto ambos saltan a un lado, disparo. El disparo sale y Vordan cae.

Riden tose.

—Eso fue impresionante, pero te equivocaste. Sigo siendo el mejor tirador.

Tiro el arma a un lado y me vuelvo hacia él. No puedo decirle nada porque tengo que mantener a los otros tres ocupados con mi voz, pero aun así sacudo la cabeza ante su ridícula afirmación.

—¿Podemos irnos ya? Estoy sangrando por aquí.

Vuelvo a sacudir la cabeza, esta vez con determinación. *Oh, no. Todavía no he terminado con estos tres.*

Rápidamente alcanzo el cuerpo de Vordan. Una vez que lo hago, arranco el papel que detalla mis habilidades de sus ávidas patas y lo hago pedazos. A continuación, saco el mapa encerrado en cristal de su bolsillo y lo meto en el mío. Una vez hecho esto, tomo la espada de su lado y me vuelvo hacia los tres hombres restantes. No tengo reparos en masacrarlos mientras están indefensos. Estaban preparados para hacer lo mismo conmigo.

Pero entonces me asalta otro pensamiento. ¿Qué pasa con el mapa de Vordan? Me vuelvo hacia su cuerpo y lo registroo minuciosamente. El poder de mi voz se está agotando, pero el mapa tiene que estar delante de mí. No puedo detenerme ahora. Si le doy los dos mapas a mi padre al mismo tiempo... Sólo puedo imaginar lo contento que estaría.

Le quito los pantalones y los sacudo, rezando a las estrellas para que un trozo de papel caiga de ellos.

—¿Qué estás haciendo? —pregunta Riden débilmente desde muy atrás.

Supongo que sabe lo que estoy haciendo, pero se sorprende por la forma en que lo hago. No tengo tiempo de registrar a Vordan cuidadosamente, y no veo por qué alguien sentiría la necesidad de hacerlo. Espero que los animales salvajes se den un festín con su carne podrida.

Cuando no encuentro el mapa en él, pateo su cuerpo inerte. El bastardo debe tenerlo en su barco. Es entonces cuando lo último de mi

canción me abandona. Con la espada de Vordan en la mano, me vuelvo hacia los tres hombres que han recuperado la cordura.

—Esto debería ser divertido —aseguro.

Capítulo 19

TRES ESPADAS SE DESPLIEGAN DE SUS FUNDAS. Me abalanzo sobre el hombre más cercano, Niffon. Desvía el golpe mientras Cromis intenta ponerse detrás de mí. Salto a un lado para tenerlos a ambos claramente en la mira.

—Mantenla ocupada —ordena Theris—. Voy a por el resto de la tripulación. No dejes que se escape.

—Quédate —le digo. Le doy una estocada a Niffon mientras me deslizo bajo un tajo de Cromis—. Os tendré a los tres de bruces en la arena en poco tiempo.

No se demora y sale corriendo por la orilla en dirección al barco de Vordan, que debe estar anclado.

Bien, entonces. Me encargaré de él la próxima vez que nos encontremos.

Los dos piratas que tengo delante son buenos para mantenerme alerta. Atacan simultáneamente, esperando que uno de ellos pueda dar en el blanco. Los movimientos que tengo que hacer para esquivarlos son vertiginosos, pero no disminuyo la velocidad. Ataco con mi espada y mis piernas, pero para golpear con éxito a uno de ellos tendría que recibir un golpe del otro si no tengo cuidado. Tengo que esperar una oportunidad.

Llega cuando cometen el error de alejarse de mí al mismo tiempo. Uno, para recuperar el equilibrio de mi último golpe, el otro, para conseguir más fuerza detrás de un golpe oportuno. Lanzo mi espada hacia Niffon, que se estaba preparando para ensartarme. Tengo el tiempo suficiente para ver cómo mi espada le alcanza en el cuello antes de dirigirme a Cromis, que sigue desequilibrado. Mi puño golpea en su estómago. Cuando se dobla de dolor, le quito su propia espada y la utilizo para ayudarle a dar su último aliento.

Cuando ambos hombres yacen muertos a mis pies, trato de apuntar a Theris, pero ya se ha ido. No sé cuánto tiempo tengo, pero sé que Theris traerá refuerzos. No podré luchar contra toda una cuadrilla de hombres. Con una exhalación furiosa, me apresuro a volver al lado de Riden.

—No te preocupes por mí —dice entre respiraciones aceleradas—. Sólo me estoy desangrando.

—Estás bien —le digo—. A menos que no salgamos de esta isla de inmediato.

Riden no es demasiado pesado para que cargue con él, pero sus heridas hacen que el viaje hasta el agua sea demasiado lento. Estamos huyendo de Theris y del resto de la tripulación de Vordan. No puedo distinguir las pisadas por encima del viento, pero eso no significa que no estén ahí.

Cuando por fin atravesamos los árboles y vemos la costa, apresuro el paso, a pesar de los gruñidos de dolor de Riden. Ya estamos muy cerca. Pero, por supuesto, no hay ningún bote ni ningún otro medio para mantenernos a flote a la vista.

—Tendremos que nadar para conseguirlo —dice Riden.

—No podemos —niego yo, con la ansiedad que se apodera de mi voz. Utilizo la manga de mi brazo libre para secar el sudor de mi frente. Todos los cantos y las peleas me han pasado factura—. No puedo estar sumergida en el agua. Es demasiado. No podré evitar que se apodere de mí.

—Es nuestra única opción. Theris volverá en cualquier momento.

Todavía dudo.

—No puedo nadar solo, Alosa —apunta Riden.

Lo miro. Por alguna razón, él fue suficiente para mantenerme cuerda durante mi interrogatorio con Vordan. Espero que también lo sea para esto.

—No será necesario. Yo haré todo el trabajo. Sólo espero seguir recordándote mientras lo hago. —Examino sus cortes—. Esto te va a escocer.

Riden y yo nos sumergimos en las olas, vadeando hasta que el agua nos llega a las rodillas. Riden sisea entre dientes cuando el agua salada llega a su primera herida de bala.

—Respira hondo —le digo, incluso cuando el agua empieza a llenarme. Me siento cambiar, por dentro y por fuera.

Y sin dudarlo más, lo sumerjo conmigo y empiezo a nadar. Mi corazón se acelera. Una alegría pura me recorre al sentirme tan llena, al estar rodeada por el mar. Para un humano, sería un frío glacial. Pero no para mí. Es relajante, revitalizante y refrescante. Puedo sentir que la fuerza y la salud me invaden cuando empiezo a nadar a un ritmo increíblemente rápido. Y puedo sentir cómo cambia mi cuerpo.

Mi pelo se alarga, adquiere vida propia mientras se arremolina y se agita en el agua. Mi piel se blanquea, pasando del color bronceado que me dio el sol al color de las perlas blancas. Mis uñas se alargan y se afilan ligeramente. Puedo respirar incluso bajo el agua. Puedo moverme sin esfuerzo por ella. Puedo ver tan bien como si estuviera en tierra, de noche o de día. Me

siento conectada a la vida marina que me rodea. Los caracoles en las rocas de las profundidades. Los peces que nadan a mi derecha. Las plantas que se mecen en la ligera corriente de abajo. Incluso las pequeñas criaturas que no puedo ver con mis ojos. Todavía puedo sentirlas.

Lo único que quiero es nadar y simplemente disfrutar de la sensación del agua que fluye a mi lado mientras me impulso. Pero un peso me impide hacerlo. Casi lo olvido. Hay un hombre conmigo. Sus ojos están abiertos, incluso a través del agua salada. Me observa con claro asombro. Como debería. Soy poder y belleza. Soy canción y agua. Gobierno el mar y todas las criaturas que hay en él.

El hombre señala hacia arriba. Luego hace un gesto hacia su garganta. Un rastro de sangre se mezcla en el agua, fluyendo detrás de nosotros. Una anguila acura cercana lo huele, pero luego me percibe y huye en otra dirección. El hombre me sacude, agarrando mi brazo. Vuelvo a prestarle atención. Ah, se está ahogando. Necesita aire para sobrevivir.

Disfrutaré viendo cómo se retuerce y se ahoga. Será un espectáculo agradable mientras continúo nadando y me uno a las aguas tranquilas. Quizá después baile con su cuerpo sin vida.

Comienza a dar patadas con los pies, intentando alcanzar la superficie por sí mismo, pero sus heridas son demasiado grandes para que lo consiga, y mi agarre es demasiado fuerte para que pueda escapar. Finalmente, deja de luchar. En su lugar, pone sus manos a ambos lados de mi cara, esforzándose por mirarme a los ojos. Presiona sus labios contra los míos una vez antes de quedarse quieto.

Con ese simple movimiento, algo se despierta en mi interior. Riden. Este es el hombre que *se hizo matar para ayudarme* a escapar de Vordan, y ahora estoy dejando que *se ahogue*.

Al instante, nado hacia la superficie. No está respirando, incluso por encima del agua. Tengo que llevarlo a tierra. Palpo a mi alrededor en busca de interrupciones en el agua, buscando algo grande que resista el flujo de las corrientes naturales que me rodean. Hay un barco no muy lejos. El barco de Riden. Deben estar buscándolo.

Más rápido que cualquier otra cosa en el agua, nado hacia el barco. Como un pájaro en el aire, paso sin esfuerzo, montando ola tras ola. Vuelvo a nadar hacia mis otros captores, pero no puedo entregarme a ellos sin un plan de escape. El pánico se apodera de mí. No hay tiempo. Cada segundo que pasa es un segundo que acerca a Riden a la muerte. Tengo que llegar a la nave ahora.

No detengo mis movimientos hasta llegar al barco, pero sumerjo la

cabeza y empiezo a cantar. Desde debajo del agua mi voz es clara. Clara y aguda como una campana. Viaja rápidamente, llegando a los oídos de los que están en el *Rondador Nocturno*. El poder de mi canción es ilimitado cuando estoy en el océano. El mar sigue nutriéndome, alimentándome para que nunca me canse.

Extendiendo la mano hacia el barco, preparo a los hombres para lo que está por venir. Tienen que estar listos para nosotros. No podemos perder ni un segundo. Todavía sólo puedo controlar a tres hombres a la vez, así que primero me dirijo a Kearan, diciéndole que mueva el barco en nuestra dirección. Luego encuentro a Enwen y Draxen. Los llevo al borde de la nave y sostengo a Riden, para que sea a él a quien vea primero Draxen.

—¡Bajen una cuerda! —ordena inmediatamente.

Mientras sus hombres se apresuran a obedecer, suelto un verso más. Esta vez llego aún más lejos. Me veo obligada a nadar hacia la derecha, esquivando la gran cuerda anudada que me salpica de agua al llegar a su final. Mi cuerpo cambia en cuanto me sacan del agua, tan rápido que nadie puede darse cuenta. Nadie puede ver mi forma de sirena a menos que se asome al agua, y creo que es seguro decir que estaban demasiado lejos para darse cuenta. Pero eso apenas me preocupa en este momento.

Los hombres de Draxen nos suben rápidamente. Debe haber al menos cinco de ellos tirando de la cuerda. Tengo que agarrarme al borde de la barandilla una vez que llego a la cima; es difícil mientras sostengo también el peso de Riden. De lo contrario, me habrían arrastrado hasta el final, y probablemente me habría roto un dedo o la muñeca al atascarme en la barandilla.

Draxen agarra a Riden y lo tumba en la cubierta del barco. Estoy a punto de dar un paso adelante para ayudar cuando me agarran lo que parecen ser veinte hombres.

—¡Trae a Holdin! —ordena. Alguien corre por debajo de la cubierta.

—El médico del barco no puede ayudarle —digo.

Estoy momentáneamente distraída por los dedos sucios en mi cuerpo. Tantean y empujan, desviándose a lugares que no deberían. Lugares apenas necesarios para contenerme. Me duelen los músculos por el esfuerzo. Me duele el orgullo por toda la escena.

—¿Qué le has hecho? —exige el capitán.

Eso es. No me importa si toda la tripulación es testigo de esto. Están a punto de morir de todos modos. Golpeo mis habilidades contra Draxen, ordenándole que haga que sus hombres me suelten.

Su tripulación me oye cantar; están bastante perplejos por eso. Pero una vez que Draxen les ordena que me dejen ir, se quedan boquiabiertos. Tiene que repetirlo, más fuerte esta vez, antes de que le escuchen. Deben decidir que no estoy detrás del cambio si aún obedecen la orden de Draxen. *Bien*.

Me precipito hacia Riden, me siento en la fría cubierta y coloco una mano a cada lado de su cabeza. Bajo la cabeza como si fuera a darle un beso. Necesito forzar el aire en sus pulmones. Taponando su nariz con los dedos de mi mano derecha, soplo en su boca, deseando que el aire llegue a sus pulmones.

Espero un momento y vuelvo a intentarlo. Lo hago cinco veces y nada cambia.

—No —digo, apenas un susurro.

Me tumbo encima de su cuerpo, colocando mi cabeza contra su pecho, una súplica silenciosa para que empiece a moverse hacia arriba y hacia abajo, para que sus pulmones funcionen, para que su cuerpo mantenga la vida dentro. Esto no puede estar pasando. No después de haberme rescatado. No después de dejarse disparar para ayudarme. *No puede morir ahora*.

Pero hay agua en sus pulmones. Puedo sentirla bajo mi mejilla. Y si pudiera sacarla...

Coloco mis manos contra su pecho para que parezca que las estoy usando para forzar el agua de sus pulmones, pero sé que a estas alturas son inútiles. Canto, tan suavemente que sólo Riden puede oírme, si está despierto. Le digo a su mente que se mantenga alerta. Le pido a los órganos que se mantengan firmes. No puedo curar sus heridas. No puedo acelerar o cambiar nada. Sólo puedo llegar a su mente. Le digo que no se rinda. Todavía no. No puede morir.

Cuando he expulsado parte de la canción de mí, tiro del agua debajo de mí, el agua de los pulmones de Riden. No puedo tocarla, pero puedo sentirla.

Y exijo que venga a mí.

No se mueve.

Pero clavo mis dedos en el pecho de Riden y tiro, tanto física como mentalmente. Le devuelvo la vida con toda mi esencia. Y finalmente, el agua se balancea hacia arriba. Sale de los pulmones, atraviesa su carne, suda de su piel y entra en mí.

—¡Ahora respira! —le pido y canto al mismo tiempo. Le insuflo aire en la boca una vez más.

Exijo que sus pulmones empiecen a funcionar. El corazón de Riden todavía late, así que, si puedo convencer a sus pulmones de que respiren por sí mismos, estará bien. Tiene que estar bien.

Jadea, lanzando la respiración más fuerte que he oído nunca. Me recuerda a un bebé recién nacido respirando por primera vez. Es el sonido de la vida. Me alejo de él y me tomo un momento para respirar yo.

En segundos, están sobre mí. Draxen debe haber recuperado sus sentidos. Una cuchilla es empujada bajo mi garganta. Otra presiona contra mi estómago, clavándose lo suficiente como para arañar la piel. Ni siquiera puedo reunir las fuerzas para preocuparme. Riden está vivo. Eso es lo único que importa. Sus ojos están cerrados y sus heridas aún sangran. Pero sobrevivirá.

—¿Qué quiere que se haga con ella, capitán? —pregunta uno de los piratas ofensivos.

—Llévenla de vuelta al calabozo. Quiero que cinco hombres la vigilen en todo momento. No le den comida ni agua. Y no le hablen.

Como un pájaro enjaulado, estoy encerrada. Otra vez.

Realmente estoy empezando a odiar esto.

Capítulo 20

NO HAY PALABRAS para describir el frío que siento en el calabozo. Ahora que puedo permitirme pensar en mí misma, registro el efecto de la ropa mojada y el aire fresco de la mañana. Los pequeños huecos en la madera permiten que las tenues brisas se cuelen en el barco. Me rozan la piel y me producen escalofríos.

Mis mudas de ropa extra ya no están aquí. No tengo ni idea de qué ha hecho Riden con ellas. Tal vez los otros piratas las cogieron una vez que mi celda fue desbloqueada. Las telas se pueden vender a un buen precio, y los piratas siempre buscan sacar provecho.

Me siento en el suelo, con los brazos rodeando mis piernas. Se me han entumecido los dedos de los pies. Me quito las botas y me los froto ferozmente con las manos. Los hombres que están fuera de mi celda no hacen nada. Apenas me dedican una mirada. Es obvio que Draxen ha sido el responsable de que este grupo haya sido elegido para vigilarme. No responden a ninguno de mis comentarios.

—¿Es intención del capitán que yo muera o puedo tener una manta? Oye, feo, te estoy hablando a ti.

Un hombre mira. Su cara se enrojece y luego vuelve a mirar las paredes.

—¿Cómo es que Draxen se las arregló para encontrar un grupo entero de hombres sordos como mis guardias? ¡Traedme una maldita manta o tendré que cortaros vuestras cabezas! ¿Supongo que uno de ustedes no querrá lanzarme su camisa?

A estas alturas aceptaría cualquier prenda maloliente, siempre que esté seca. Al final intento forzarme a secarme. Corro en círculos, agito los brazos... cualquier cosa para que la sangre fluya. Pero cada cosa que hago envía más aire a mi piel en carne viva. Me gustaría volver al agua. Me quito toda la ropa que me atrevo en esta compañía.

¿Cómo puede haber todavía agua en mi piel? ¿Cómo puede haber tanta? Lo verdaderamente terrible es que podría quitarla, pero no sé cuáles serían las consecuencias. ¿Me perdería y me convertiría en la sirena? ¿O podría conseguir mantener la cabeza como hice aquellas pocas veces con la ayuda de Riden? No lo sé, pero en este momento, no puedo arriesgarme. No con lo que está por venir.

No sé cuánto tiempo pasa antes de que renuncie a ser tan cuidadosa. Le canto una melodía baja al hombre que ha levantado la vista ante mi burla.

Parece ser el más débil del grupo. ¡Tráeme una manta! le lanzo las palabras en forma de una dura canción. Sólo él puede oír la intención de la canción. Para los demás, estoy haciendo un ruido sin sentido. De repente, se levanta y se va.

—¿Adónde vas? —le pregunta otro. No recibe respuesta.

El hombre encantado vuelve enseguida. Me entrega una manta a través de los barrotes.

—Sólo para que te calles —le hago decir, para despistar a los demás.

—Ya era hora —contesto.

Le arranco la manta de las manos y la uso para limpiar el agua de mi piel. Luego me envuelvo en ella. Mucho mejor. Puedo pensar con claridad. Todo lo que necesito ahora es esperar el resto del día. Posiblemente también la noche. No sé cuánto tiempo me llevará.

Ayer y esta mañana me han agotado por completo. Voy a la deriva en el sueño y fuera de él. Primero sueño con Riden. Está sano y bien. Me repite que es mejor tirador que yo. Nos turnamos para disparar a los muñecos. Al final, él gana. Pero esto me hace ver que es un sueño. En realidad, es imposible que me gane.

Entonces sueño con mi padre. Está exigiendo el mapa. Me grita desde donde descanso tras las rejas, negándose a dejarme salir hasta que lo presente. Busco entre mis ropas, donde sé que he puesto el mapa, pero misteriosamente no está allí. Me dice que nunca veré el exterior de la celda. Los barrotes empiezan a acercarse, aplastando mi piel. Jadeo en voz alta. Los hombres del otro lado de los barrotes resoplan antes de volver a sus dados y a su bebida.

Unos instantes después, vuelvo a sumirme en un sueño reparador, pensando en la última canción que pronuncié antes de que me subieran a este barco. Ya no falta mucho.

* * *

Me despierto con el sonido de los disparos. Una enorme sonrisa se extiende por mi cara. Es la hora.

—¡Todos a cubierta! —grita Draxen desde arriba. Todos mis guardias se apresuran a subir las escaleras, dejándome sola abajo.

Después de volcar la mesa de mi celda, compruebo la pata en busca de mis ganzúas. Todavía están aquí. Todo este tiempo y Riden no ha podido averiguar cómo he salido de mi celda.

La pelea de arriba es ruidosa. Hay gritos y gruñidos. Miembros que se balancean y metal que choca. Maldiciones y colapsos. Finalmente, oigo un rápido pisotón; se distingue del resto de la batalla en curso. Probablemente porque está más cerca. Si tuviera que adivinar, diría que alguien rodó por las escaleras. Es una pena. Probablemente le dolerá como un loco al día siguiente si el pobre bastardo no está ya muerto.

—Capitana, ¿está aquí abajo?

—¡Aquí! —grito.

La cara de Niridia aparece a la vista, seguida de otros dos miembros de mi tripulación. Podría saltar de lo contenta que estoy de verlos.

—Recibí sus señas. Wallov vino a verme en cuanto te oyó cantar —dice. Me mira de arriba abajo—. No puedes estar de buen humor. Tienes un aspecto terrible.

Me acobardo.

—No me lo recuerdes.

Niridia sonríe. Es una de las mujeres más hermosas que he visto, pero no es por eso que es mi primera oficial. Nos conocimos hace cinco años, ambas hijas de piratas. Niridia es un año mayor que yo, pero sigue las órdenes y lucha casi tan bien como yo. Con el pelo del color del sol y los ojos azules brillantes, es una completa contradicción, como puede atestiguar cualquiera que la haya visto luchar.

—¿Cómo está la situación arriba? —pregunto.

—En forma de barco, capitana —dice Niridia—. Los hombres de Tylon ya tienen a casi la mitad a sus espaldas.

—¿Tylon está aquí? —El veneno se cuela en mi voz.

—Lo siento. Me pilló saliendo. No le dije a dónde iba, pero me siguió.

—Maldita sea, ese hombre tiene que aprender a ocuparse de sus propios asuntos.

—Ya sabes cómo es.

Sí, pero igual voy a tener una larga charla con él cuando todo esto termine. Tylon capitanea uno de los barcos de la flota de mi padre. Y últimamente se le ha metido en la cabeza que los dos tenemos que estar... involucrados. Una noción de la que mi padre sin duda lo convenció. Yo, sin embargo, no quiero tener nada que ver con ese arrogante.

—No sería demasiado dura con él, Capitana. Sus hombres ayudaron a algunas de las chicas de arriba cuando estaban en apuros.

—Estoy segura. ¿Y cuántas veces tuvieron que ayudar las chicas a su idiota tripulación?

—Muchas.

—Ya me lo imaginaba.

—¿Vamos a unirnos a la lucha, entonces? —pregunta Mandsy con entusiasmo desde donde se encuentra entre Niridia y Sorinda.

—¿Espada? —pregunto.

—Aquí, capitana. —dice Sorinda. La chica de pelo negro saca mi espada de la nada. Sorinda esconde más armas en ella que una espía secreta.

Ah, mi alfanje. Uno de los primeros regalos que me hizo mi padre. Le pedí a Sorinda que me lo guardara mientras iba a mi misión. Puedo ver que lo cuidó bien. No hay nadie en quien confiaría más con un arma que en Sorinda. Verlos de nuevo me calienta. Ahora lo único que quiero es volver a mi nave, pero lo primero es lo primero.

—Vamos a ayudar a los chicos y chicas de arriba, ¿de acuerdo?

—Sí —responden todas a la vez.

Subimos a la cubierta y participamos en la lucha. Es un caos total. Sólo tengo un momento para distinguir a los amigos de los enemigos mientras intento recordar las caras de todos los hombres del *Rondador Nocturno*. Esto sería mucho más fácil si los hombres de Tylon no estuvieran mezclados con los de Draxen. En lugar de simplemente matar a todos los hombres del barco, ahora tengo que desconfiar de los piratas que sirven bajo la

la tripulación de Tylon. Para ser justos, un par de hombres son míos. Pero conozco tan bien a todos los miembros de mi barco, que me sería imposible confundirlos con alguien más.

Hay gente que sigue tratando de abordar la nave, ansiosa por unirse a la batalla. Draxen y sus hombres no tienen ninguna posibilidad, pero están dando guerra. La mayoría de ellos, al menos. Veo a Kearan sentado en la cubierta, bebiendo, sin ninguna preocupación en el mundo. No es un gran luchador.

Diviso a Draxen. Está luchando contra dos hombres de Tylon a la vez. Por un momento, deseo que uno de ellos lo mate. Riden no puede culparme por eso, y yo quiero verlo muerto. Pero sé que no importa por qué mano caiga, a Riden le seguirá doliendo la pérdida. Odio seguir dándole la razón a Vordan.

Me importa el dolor de Riden. *No sé por qué, pero lo hace*.

Ante mis ojos, Draxen mata a uno de los hombres de Tylon. El otro retrocede un par de metros. Luego avanza con una nueva furia. Mal movimiento, ese. El pobre hombre no está pensando con claridad. Sólo se unirá a su amigo.

Por supuesto, también lo mata. El pirata cae a la cubierta mientras Tylon sube al barco. Ver a un hombre matar a uno de tus propios hombres es un espectáculo terrible. Te ayuda a elegir tus objetivos durante una batalla. Y Tylon corre hacia Draxen inmediatamente.

Esto tiene que parar. *Ahora.*

Tylon es un excelente luchador. Ha estado pirateando unos buenos seis años de su vida, desde que era un muchacho de doce años. Ahora es uno de los hombres de confianza de mi padre y un buen rival para cualquier capitán pirata. No sabría decir quién ganaría en una pelea. Esto me pone inexplicablemente nerviosa. No puedo arriesgarme a que gane Tylon, pero ¿cómo se vería si interviniera?

¡Oh, por las estrellas!

Corro hacia adelante, saltando entre los dos hombres que todavía están a tres metros de distancia el uno del otro.

—Alosa —oigo como Tylon me llama por detrás de mí.

Lo ignoro por ahora.

—Draxen, tienes que parar esto. Dile a tus hombres que se rindan o morirán más.

Este me mira, con los ojos llenos de sed de sangre. Rendirse es lo último que considerará, incluso a costa de la vida de todos sus hombres. Avanza hacia mí, decidido a acabar conmigo de una vez por todas. Tendré que noquearlo de nuevo. Pero, ¿cómo lo verán los demás si no lo mato?

De repente, los ojos de Draxen ya no están sobre mí, y oigo cómo las espadas caen a la cubierta.

¿Qué...?

Me doy la vuelta, aunque ya sospecho lo que voy a encontrar. El rey pirata ha llegado.

Miro alrededor del barco, veo a Niridia y capto su mirada. El mensaje que transmite la mirada que le dirijo es evidente. ¿Has hecho tú esto? Ella sacude la cabeza una vez. No. Mi siguiente acción es dar una patada a Tylon en la espinilla.

—Ay —protesta.

—¿Lo has traído aquí?

—Por supuesto. Obviamente pediste ayuda. ¿Por qué no iba a traerlo aquí?

—Porque no necesitamos su ayuda. —Hago un sonido parecido a un gruñido. Luego avanzo hacia el borde de la nave—. Hola, padre.

—¿Lo tienes? —pregunta.

No parece satisfecho. Mi padre es un hombre muy fuerte. Pelo y barba castaños oscuros. Hombros anchos. Más de dos metros de altura. No hace falta conocerlo de antemano para saber quién es. Mi padre llama la atención de la misma manera que los vientos llaman a las olas.

—Por supuesto —respondo.

Introduzco una mano en el único bolsillo de mis pantalones y saco el pequeño orbe. Draxen estaba tan preocupado por la vida de su hermano que no pensó en volver a buscar el mapa. Puede que ni siquiera se diera cuenta de que ya no estaba en su poder. De manera muy profesional, pongo el mapa en las manos de mi padre, que me está esperando. Él mira por encima del cristal, confirmando que le he dado lo que quería.

—Ahora explícate. ¿Por qué has llamado a Niridia?

Todo está en silencio, detenido. Todos los hombres y mujeres tienen a la tripulación de Draxen a punta de pistola o espada. A mi padre no le importa su incomodidad. Se tomará todo el tiempo que quiera para interrogarme. Es como si todo se detuviera para él. Siempre ha sido así.

—Necesitaba una forma de salir del barco. Tenía el mapa y necesitaba una manera de transportarlo.

Me mira, ligeramente incrédulo.

—¿Por qué no me trajiste la nave? —Antes de que pueda responder, levanta una mano para silenciarme—. ¿Niridia?

—¡Sí, señor! —grita ella desde donde tiene a dos hombres apuntados con una pistola.

—Dime, ¿dónde encontraste a mi hija cuando abordaste la nave?

—Ella estaba...

—En el calabozo —interpongo.

Niridia mentiría por mí. También moriría por mí. Y en este caso,

serían la misma cosa. Mi padre puede hacerme muchas cosas, pero sé que nunca me mataría. No mostraría la misma cortesía con alguien que le mintiera.

—Fue un contratiempo menor —argumento—. Me secuestraron en esta nave. Vordan Serad vino a buscarme.

—¿Vordan? —El rostro de mi padre se ensombrece. Siente un profundo desprecio por sus competidores—. ¿Cómo sabía que estabas aquí?

—Tenía un espía en el barco.

—¿Qué quería de ti?

—Tenía curiosidad por mis... habilidades. Me encerró y me obligó a hacer cosas para él. —Intento que la conversación sea lo menos reveladora posible, ya que tenemos oídos pendientes de nosotros.

—¿Qué aprendió?

—Mucho, me temo. Pero él ya sabía la mayor parte. Dijo que tenía un espía en lo alto de tus filas.

Los ojos de mi padre pasan rápidamente por sus hombres.

—Sea como sea, me ocuparé de ello más tarde. ¿Fue difícil tu huida?

Me mantengo firme.

—Lo manejé bien.

—¿Y Vordan?

—Muerto.

—¿Buscaste en su cuerpo su mapa?

—Sí. No estaba allí, y las circunstancias de mi huida no me permitieron hacer una búsqueda en la zona.

—¿De verdad? —pregunta mi padre dudando. Le cuesta ver cómo los demás son incapaces de completar hasta la más difícil de las tareas—. ¿Y eso porque fue?

Porque tenía que poner a Riden a salvo.

—Toda su tripulación estaba cerca. Estaban siendo alertados de mi huida. No tenía al tiempo de mi parte.

—¿Tiempo?

Realmente estoy empezando a odiar sus preguntas indiscretas.

Siempre me ponen nerviosa, pero trato de mantener mi temperamento bajo control. Mi padre es un buen hombre. Tiene que mantener una cara dura frente a la tripulación, incluso durante su trato conmigo.

—Ya fue bastante difícil derribar el enorme volumen de Vordan y escapar. Necesitaba salir de allí.

Ahora Kalligan me mira con extrañeza; no puedo adivinar el motivo.

—Descríbeme a Vordan.

—Era alto —le describo—. Más de dos metros. Bien musculado. Calvo en la parte superior y con barba marrón. Tenía cinco aros de oro en su oreja izquierda...

—Ese no era Vordan.

—¿Qué quieres decir?

—Vordan es un hombre poco llamativo. De aspecto y complexión media. Pelo castaño. Ropa informal. Le gusta pasar desapercibido entre la multitud. Aunque tiene un hábito bastante obvio. Le gusta lanzar una moneda sobre sus dedos.

Siento que mi mente se expande físicamente cuando la información se filtra en mis oídos. Se me cae la mandíbula.

—¡Cabrón inteligente! —exclamo.

—¿Qué? —pregunta mi padre.

—Estuvo allí. Estuvo aquí. Era el espía del barco. Quería observarme por sí mismo, pero no quería que supiera quién era, así que dejó que uno de sus hombres se hiciera pasar por él. Se aseguró de que toda la atención se mantuviera alejada de él.

Por eso era él quien tenía la llave de mi celda. Y él habría sido el que llevaba la última pieza del mapa.

Padre levanta la vista de repente. Me agarra del brazo y me arrastra a un lado en el momento en que Draxen aterriza justo donde habíamos estado, con su espada apuntando al rey pirata. Debe haber trepado por la red cuando toda la atención estaba puesta en el rey y en mí.

¡Maldito idiota! Si me molesto en salvar su lamentable trasero, ¡Draxen podría al menos facilitármelo!

Los hombres de mi padre avanzan, preparados para proteger a su rey.

—No —les dice, levantando las manos para detenerlos—. Yo me

encargaré del chico. —Saca su espada y se prepara para el duelo.

—Padre —digo apresuradamente.

—¿Qué? —Mantiene sus ojos en Draxen, pero puedo ver la mirada de fastidio en su rostro.

—La muerte por tu mano es demasiado buena para él y su tripulación. Deja que me los lleve cautivos. —Sonrío de una manera que espero sea convincente ahora que Padre me mira—. Me gustaría devolver la cortesía que me han mostrado mientras estuve a bordo de su barco. —No debería importarme que Draxen muera, ni nadie de su tripulación, pero lo hace.

Me gustaría poder endulzar el trato con una pequeña canción. Pero mis poderes de persuasión no funcionan con mi padre, desafortunadamente. En realidad, ninguna de mis habilidades funciona con él. Es el único hombre que he conocido que es inmune a todas mis habilidades (aunque ahora sé que mis poderes de seducción no funcionan con hombres como Vordan, o quienquiera que fuera ese hombre que se hacía pasar por él) Probablemente tenga que ver con el hecho de que es mi padre. Su sangre corre por mis venas.

Kalligan finalmente me mira con aprobación, y me calienta ver esa mirada en su rostro.

—Muy bien. Llévate a quien quieras. Mata al resto. No puedo permitir que ninguno de ellos quede libre. Tira sus cuerpos al mar y tráeme de vuelta este barco.

—Sí, señor.

—Y cuando hayas terminado y limpiado, ven a buscarme. Espero un informe completo.

El rey pirata abandona el barco, llevándose a sus hombres con él. Tylon y los suyos lo siguen.

Mi tripulación ya les ha quitado todas las armas a los hombres de Draxen. Ahora son trasladados ante mí en fila y obligados a arrodillarse. Varias de mis chicas tienen que arrancarle la espada a Draxen. A pesar de estar rodeado, no se rendirá sin luchar. Pero lo obligan a arrojarse al suelo en fila con todos los demás.

Los observo lentamente, dejando que el miedo se apodere de ellos. He vivido muchas cosas en este barco que preferiría olvidar. Estos hombres no sufrirán las mismas desgracias. Sólo se enfrentarán a la muerte o al encarcelamiento. Así que un poco de miedo es saludable para ellos en este momento.

—Esto me resulta extrañamente familiar —digo a los piratas que

ahora están a mi merced. Sabía que este día llegaría; sólo que no esperaba que se sintiera tan bien—. ¿Quién quiere vivir? ¿Debo ser misericordiosa? ¿O debo matarlos a todos como intentaron hacer con mi tripulación cuando me capturaron? —Dirijo esa última parte a Draxen específicamente.

—Haz lo que quieras, mujer —contesta él, escupiendo en la cubierta.

No esperaba que se enfrentara a la muerte con tanta nobleza.

—Tus hombres deberían estar decepcionados porque ni siquiera intentas negociar por sus vidas.

—Si da igual —dice un pirata—, prefiero vivir. —Esto lo dice Kearan.

Sonrío.

—Muy bien. Wallov, Deros, llevad a este pirata al calabozo.

Wallov y Deros son los únicos dos hombres de mi tripulación. Son todo músculo, los dos, y son hábiles tratando con prisioneros. Especialmente los grandes como Kearan. Pero sus músculos no son lo único que los hace útiles. Necesito al menos un hombre en mi nave en todo momento. Los hombres son los únicos que pueden escuchar mi canción. O al menos ser afectados por ella. Cuando me separo de mi tripulación, es bueno tener siempre una forma de contactar con ellos rápidamente cuando están al alcance de mi melodía.

—Llévate a éste también —ordeno, señalando a Enwen—. Y al capitán. Además, encuentra a un hombre herido, que sufre dos heridas de bala en las habitaciones de la cubierta principal. Llévenlo también al barco. ¿Mandsy?

—¿Sí, capitana?

—Encárgate de él, ¿quieres?

—Por supuesto.

Ordeno que traigan a varios más, algunos de los más jóvenes. Es difícil permitir que esa juventud sea arrebatada del mundo tan fácilmente. Los dejaré ir en el próximo puerto, y Kalligan no se enterará. Pero a los demás, a los que fueron crueles conmigo, a los que son verdaderos despreciables, como Ulgin, quiero verlos pudrirse en el fondo del mar.

—Maten al resto —ordeno.

Sorinda es la primera en sacar su espada. Comienza a pasar por detrás de los hombres y a degollarlos uno tras otro. Matar es prácticamente un arte para ella. Su forma de moverse es mágica.

Todos se apresuran a seguir las órdenes. Los prisioneros son llevados al barco. Hago que algunos de mis tripulantes se queden a bordo del *Rondador Nocturno* para dirigirlo hacia el lugar de encuentro. Los cuerpos son arrojados por la borda y todos vuelven a sus puestos.

Sólo cuando todo está resuelto puedo regresar a mi propio barco. Cuando por fin piso la cubierta del *Ava-lee*, el sabor de la libertad me golpea. Nunca fui realmente una prisionera mientras estaba en el Nocturno, por supuesto, pero hay algo realmente dulce en estar de nuevo en casa.

Capítulo 21

DESPLAZO LAS MANOS por la barandilla de madera mientras camino. Fue dañada una vez, durante una batalla contra un barco que intentó desertar de la flota de mi padre. Un cañón del mío atravesó el palo de mesana del navío contrario, y todo él consiguió caer sobre mi barco, rasgando la barandilla y abollando la cubierta. La tripulación y yo nos dirigimos rápidamente a la isla de Butana, donde robamos tablones de madera de los finos aserraderos que hay allí. Casi perdimos también a un miembro de la tripulación. Los hombres con sierras y hachas nos persiguieron, pero incluso cargando con pesados tablones de madera, salimos todos vivos. Reconstruimos la barandilla nosotros mismos y sustituimos los tablones dañados de la cubierta.

Cada pieza de esta embarcación tiene una historia. Se ha luchado mucho por cada pieza y se ha ganado. Eso hace que el conjunto sea mucho más gratificante, porque costó mucho esfuerzo armarlo.

Quiero a mi barco casi tanto como a mi tripulación.

Veo la puerta de mis aposentos y siento una fuerte atracción en esa dirección, pero la ignoro. Ya habrá tiempo de ponerse cómoda más tarde.

—Hola, Capitana —saluda una vocecita desde arriba.

Roslyn se balancea desde una cuerda hasta que sus pies descalzos tocan el suelo. La pequeña es más estable balanceándose en el aire que en el suelo. Le alboroto el pelo mientras observo las caras de toda mi tripulación, prometiéndome a mí misma que ya habrá tiempo para ponerse al día con todos. Pero hay algunas cosas que deben ser resueltas primero.

—Niridia —llamo.

No importa en qué parte del barco me encuentre, mi primera oficial siempre consigue oírme. Juro que podría susurrarle desde abajo y ella me oiría desde la cofa. Es una habilidad fantástica de ella misma.

—¿Sí, Capitana? —pregunta, materializándose frente a mí.

—¿Cuántos muertos en la escaramuza?

—No te martirices por ello. Cuando hay que luchar, se pierden hombres y mujeres buenos. Y no hay ninguno en esta nave que no esté dispuesto a morir por ti.

—¿Cuántos? —repito.

—Dos.

—¿Quiénes?

—Zimah y Mim.

Cierro los ojos y me imagino sus caras en mi mente. Zimah fue una de las tres que se ofreció a acompañarme en el viaje para que me secuestrara Draxen. Era una gran rastreadora y una buena conversadora. Tenía todo tipo de historias para compartir sobre los lugares en los que había estado. Me encantaba escucharla. Mim tenía un buen par de manos. Siempre dispuesta a hacer lo que le pedía, contenta sin importar lo que fuera. Una gran pirata. Las echaré mucho de menos a las dos. Odio pensar que fue porque pedí ayuda que las dos murieron. Me doy cuenta de que todos los hombres y mujeres saben a lo que se apuntan cuando se unen a la tripulación, pero, aun así. Odio las constantes pérdidas que conlleva la piratería.

—Encenderemos velas por ellas esta noche —comunico.

—Ya he enviado la orden a Roslyn.

—Bien. —Como capitana, tengo que dejar de lado las pérdidas y centrarme en lo que es mejor para la tripulación. Yo también odio esa parte—. Necesitaremos un nuevo navegante. Alguien que sepa rastrear y conozca bien las tierras y las aguas.

Niridia asiente.

Me viene un pensamiento loco.

—Conozco al hombre adecuado.

—¿Hombre? —pregunta Niridia—. ¿No juraste después de Ralin que nunca tomarías otro hombre para la tripulación mientras ya tuviéramos uno?

—Oh, no me recuerdes lo de Ralin. No podía mantener sus manos fuera de la tripulación. Criatura despreciable.

—Era un poco más soportable una vez que se las cortó.

—Sí, lástima que decidió dejar nuestro empleo después de eso. No puedo imaginar de qué se trataba.

Niridia sonríe.

—Algunos hombres no tienen estómago para ser piratas.

—Este, si está dispuesto, debería estar bien hecho para el trabajo. Está más interesado en su bebida que en las chicas. Y es tan lento que no podría atrapar a ninguna de las mujeres.

—Parece un buen espécimen. ¿Cómo podríamos rechazar a un hombre tan capaz?

Me río.

—Te he echado de menos, Niridia.

—Yo también te he echado de menos, Capitana.

—Tengo que bajar a cubierta, pero volveré pronto. Ponte en marcha, ¿quieres? Quiero llegar al puesto de control lo más rápido posible.

—Por supuesto.

No parece correcto que el primer lugar al que deba ir una vez que aborde mi propia nave, el *Ava-lee*, sea el calabozo. He pasado mucho tiempo en jaulas, celdas y otras formas de encierro durante el último mes. No es la vista que quiero recibir ahora. Pero hay mucho que hacer, y ¿por qué perder el tiempo? Además, Draxen está en mi calabozo, y quiero regodearme.

Camino por debajo de la cubierta. El sonido de mis pies golpeando los escalones de madera es mucho más dulce que cuando Riden me arrastraba bajo cubierta en el *Rondador Nocturno*. La libertad es un sonido diferente a cualquier otro. Y mi barco es mucho más bonito. Dudo que pueda encontrar su semejanza en algún lugar.

Las celdas están todas llenas. Me gusta mantener a los prisioneros tan separados como sea posible. Así hay menos posibilidades de escapar. Aun así, algunos tienen que compartir, dos hombres por celda. Pero no Draxen. Hay que tener especial cuidado con él. Él está al fondo.

Probablemente me quedé con más de la tripulación de Draxen de lo que debería. Habrá muchas oportunidades para deshacerse de ellos. Idealmente, antes de que Trianne se quede sin comida para hacer en la cocina. Los hombres son más caros de alimentar.

Wallov y Deros se ponen en guardia cuando entro en el calabozo. Draxen me mira disimuladamente.

—¿Por qué tanta hostilidad, Draxen? —pregunto—. Tienes la mejor celda. —Me ignora. Sonrío mientras miro a mis hombres.

—Me alegro de verle, Capitana —dice Wallov—. Roslyn lleva tiempo preguntando por usted.

—¿Cómo va con sus cartas?

—Bastante bien. Le gusta leer todo lo que pasa por su vista.

—Me alegro de oírlo. Es bueno verlos a ambos de nuevo.

Lamentablemente, debo interrumpir la charla. Tendremos mucho tiempo para celebrar el hallazgo del mapa y para ponernos al día más tarde esta noche. Ahora mismo, ¿tendrías la amabilidad de sacarme ese? —pregunto, señalando una celda en el centro.

—¿Al grande, Capitana?

—Sí.

—Claro que sí.

Ambos entran en la celda, Deros de pie cerca de la puerta mientras Wallov entra hasta el final. Hay dos piratas en esta celda. El más joven se levanta y trata de dar problemas a Wallov, pero éste lo empuja hacia atrás, enviándolo al suelo y dejando el camino libre a Kearan.

Kearan se desploma en el suelo, pero se levanta rápidamente.

—No es necesario forzar, amigo. No tengo ninguna razón para no ir de buena gana.

Wallov le deja salir por su cuenta, pero no lo pierde de vista. Tiene brazos fuertes y ojos agudos, ese Wallov.

Deros vuelve a cerrar la celda mientras Wallov trae a Kearan hacia mí. Estoy de vuelta junto a la entrada del calabozo. No es necesario que todos los piratas escuchen lo que voy a ofrecerle. Podría darles una idea equivocada. Porque Kearan es uno de los dos únicos hombres que pretendo reclutar.

—¿Kearan?

—¿Sí? —pregunta, sin molestarse en poner ningún tipo de título civil. Incluso en una situación tan grave, tiene su actitud de "venga lo que venga".

—Una de mis buenas mujeres murió en la escaramuza. Se ha abierto una plaza en mi tripulación. Me vendría bien un navegante como tú. ¿Estás interesado?

—Sólo ha pasado un mes desde que intentaste matarme. ¿Y ahora quieres contratarme? —No parece confundido, ni asustado, ni siquiera agradecido. Sólo aburrido.

—Lo sé. Yo misma me lo estoy cuestionando.

—¿Qué pasará si digo que no?

—Te quedarás aquí abajo hasta que te mate o... bueno, matarte es probablemente la única opción.

No quiero decirle que lo dejaría marchar. No puede pensar que tiene muchas opciones. Además, una vez que pase un tiempo en mi nave, no se

arrepentirá de la decisión.

—Con opciones tan graciosas como esas, ¿cómo puedo elegir?

Me cruzo de brazos.

—Creo que estoy siendo más que justa. Eres perezoso y no necesitarías contribuir tan a menudo.

—Mientras tanto, ¿me quedaré aquí abajo?

—No, estarás a prueba, libre de vagar por la nave con un guardia siguiéndote. Cuando sienta que puedo confiar en ti, te lo quitaré.

Kearan se rasca la barba incipiente de la cara, pensando en ello.

—Tenemos un almacén de ron bastante grande. —añado.

—Lo haré.

—Pensé que dirías eso. Ahora, infórmate arriba. Ve a presentarte al timonel.

—Sí. —Comienza a irse.

—Kearan. —Lo detengo.

—¿Sí?

—A partir de ahora te dirigirás a mí como *Capitana*.

Mira al suelo por un momento, como si esto pudiera hacerle cambiar de opinión. Finalmente, dice:

—Sí, Capitana.

—Bien.

Se va y vuelvo a llamar la atención de Wallov.

—Ahora necesito a ese. El hombre de las perlas.

Enwen es el único que está en la celda. Sale paseando en cuanto se abre.

—Señorita Alosa —dice—. Veo que el brazalete le ha traído suerte después de todo.

—¿Qué?

Me señala el pie. Olvidé por completo que había atado allí su *"amuleto de sirena"*.

—Te consiguió la libertad, ¿no? Y sé que mis perlas aún funcionan porque estoy aquí sano y salvo en tu barco. ¿Ya eres creyente?

—Me temo que no creo en la suerte. Sólo en la habilidad.

—A veces creo que son la misma cosa.

No estoy segura de lo que quiere decir con eso, pero realmente no me importa en este momento.

—Resulta que me vendría bien un buen ladrón. ¿Estarías dispuesto a unirte a mi tripulación?

Sonríe.

—Por supuesto. No me importa mucho dónde navegue, siempre que haya muchas monedas que encontrar.

—No te preocupes. Te prometo que donde vayamos habrá más dinero del que puedas imaginar.

Enwen se relame los labios.

—En ese caso, prometo ser el mejor ladrón que hayas visto nunca.

—Bien. Preséntese arriba, entonces.

—Sí, sí.

Mientras desaparece por encima de la cubierta, me doy cuenta de que debería haber mencionado que dejara los robos para cuando estuviera fuera del barco. Mejor no olvidarlo la próxima vez que lo vea. Examino a los prisioneros restantes antes de hablar.

—El resto de vosotros permanecerá aquí hasta que decida qué hacer con vosotros. No debéis temer por vuestras vidas a menos que intentéis escapar. —Miro a Draxen durante la última parte—. Entonces tenéis mucha necesidad de preocuparos.

Draxen se levanta.

—¿Qué pasa con mi hermano?

—Mi mejor sanador está atendiendo sus heridas.

—Si le pasa algo, te mataré.

—Draxen, las amenazas vacías son inútiles. Tu hermano está bajo mi cuidado, y lo que decida hacer con él se hará. No hay nada que puedas hacer para cambiarlo. ¿Entendido?

Puede que lo haya hecho sonar un poco peor de lo que es, pero no me

importa. Después de pasar tanto tiempo cerca de él, debería alegrarse de que le deje conservar su vida.

Me dirijo a la superficie, siguiendo a los dos nuevos miembros de mi tripulación. Aunque el dolor de nuestra pérdida es grande, creo que Kearan y Enwen serán buenas adiciones. Tengo un montón de buenos combatientes en la nave, pero los ladrones y navegantes hábiles son difíciles de encontrar.

Abro la compuerta de popa y me saluda el sol brillante. Es un buen día con pocas nubes en el cielo. El viento me hace volar el pelo por encima de los hombros. Es perfecto para navegar. Me detengo en seco cuando encuentro a Kearan congelado en su lugar, de cara a la popa.

—¿Kearan? —pregunto, dándole un golpe en la espalda. No se mueve.

Me giro para poder mirarle a la cara. Tiene la mirada fija en algo que está delante. Intentando seguir su mirada, sólo puedo adivinar que está mirando el castillo de popa.

—¿Kearan? —Lo intento de nuevo.

Abre la boca, la cierra de nuevo para tragar, y vuelve a intentarlo.

—¿Quién es esa?

Está mirando a una persona. Echo otro vistazo.

—¿Niridia? Esa es mi primera al mando en el timón.

Sacude la cabeza.

—No ella. La belleza oscura en las sombras.

Vuelvo a mirar. No me había dado cuenta de que Sorinda se escondía en la sombra proyectada por la vela del extremo.

—Esa es Sorinda.

No aparta la mirada. Por lo que veo, no ha parpadeado.

—¿Y cuál es su trabajo en el barco?

Sonrío.

—Es mi asesina.

—Quiero que sea ella quien me supervise.

—¿Qué?

—Dijiste que estaba a prueba y que me supervisarían durante un

tiempo. Quiero que sea ella.

Nunca he oído a Kearan hablar con tanta claridad. Sus palabras suelen ir acompañadas de la mala leche que conlleva la embriaguez constante.

—¿Oíste la parte en la que dije que es mi asesina? No te metas con ella. Te matará antes de que tengas tiempo de parpadear.

—Entonces no debería ser un problema. Ella puede asegurarse de que no me pase de la raya.

No hace ni veinte minutos, le aseguré a Niridia que Kearan estaba más interesado en su bebida que en las chicas. Parece que hablé demasiado pronto. Pero para ser honesta, me muero por ver cómo resulta esto.

—¡Sorinda! —grito.

Ella no cambia de postura, pero veo que sus ojos se dirigen hacia mí.

—Ven aquí. —Le hago un gesto para que se acerque.

Como un gato, se desliza desde las sombras. En lugar de tomar la escalera, salta por encima de la barandilla y aterriza sin hacer ruido. Ella es, como Kearan describió, una belleza oscura. Pelo largo y negro. Delgada con rasgos elegantemente puntiagudos. Aunque intenta esconderse constantemente, cuando sale a la luz, hay pocas que destaquen más. Niridia es una belleza obvia con rasgos que casi parecen pintados. Sorinda es como algo forjado en la naturaleza. Una de las bellezas que sólo sale a la luz por la noche. No responde una vez que llega a nosotros. Se limita a esperar que yo hable. Kearan la mira abiertamente. Sorinda finge no darse cuenta.

—Este es Kearan. Se ha unido a nuestra tripulación. Va a ser nuestro nuevo navegante. Ahora mismo está a prueba. ¿Le echarás un ojo por mí?

—Siempre tengo un ojo en todos.

Sonrío.

—Lo sé, pero éste es oficialmente tu responsabilidad.

Ella evalúa a Kearan. Su expresión nunca cambia mucho. Siempre es imposible saber lo que siente. Pero ahora sus labios se curvan ligeramente hacia abajo. Puede que Kearan sea grande y feo, pero no se puede negar que es bueno en lo que hace, siempre que esté bien motivado para hacerlo.

—Muy bien —dice por fin.

—Bien. Ahora, si me disculpan, tengo que ver a un prisionero más.

Aunque la nave de Draxen es más grande que la mía, he optado por

más habitaciones en la parte superior en lugar de los cuartos del capitán más grandes para mí. Como realmente me preocupo por mi tripulación, he mandado hacer una habitación para tratar las heridas. Esta es por la que empiezo.

De camino, veo a Enwen en la barandilla de babor, observando a la tripulación. Me preocupa menos que Kearan. Haré que alguien lo vigile, pero eso puede solucionarse más tarde.

Mandsy se inclina sobre la mesa acolchada de la habitación, donde Riden yace de espaldas, dormido. Sus pantalones han sido cortados en los muslos para permitir un fácil acceso a las heridas de pistola. La habitación huele a ungüentos y a sangre.

—¿Cómo está? —pregunto.

—La cosa pinta muy bien, Capitana. Ya le han sacado la bala del muslo. El disparo en la pantorrilla le atravesó por completo. Le he vendado lo mejor que he podido, incluidos los cortes y puñaladas más leves de los brazos.

Algo dentro de mí se relaja, y la respiración se hace más fácil.

—Bien. ¿Ha estado consciente en algún momento?

—Sí. Se despertó una vez y me miró raro.

—¿Dijo algo?

—Dijo: *'No eres pelirroja'*. Luego se volvió a quedar dormido. —Ella sonríe con conocimiento de causa—. Estaba muy decepcionado de que no fuera usted, Capitana.

—Tonterías. Hay muchas mujeres pelirrojas.

—Si tú lo dices.

—¿Alosa? —La voz es débil e inestable.

—Riden. —Me acerco a la cabecera de la mesa para estar en su línea de visión.

—Os dejo un momento —murmura Mandsy.

—Sí, gracias, Mands.

Cierra la puerta tras ella.

Su rostro está pálido, pero su pecho sigue subiendo y bajando, llenándose de aire y luego soltándolo. Nunca había apreciado realmente ese movimiento hasta ahora. Sus brazos y piernas están cubiertos de vendas. Apenas hay más piel que tiras blancas de tela.

—¿Cómo te sientes? —Le pregunto.

—Como si me hubieran disparado. Dos veces.

—Si no estuvieras ya tan herido, te daría una paliza por lo que hiciste allí.

—¿Liberarnos?

Sacudo la cabeza.

—No, idiota. ¡Hacer que te dispararan! Dos veces.

—El dolor desaparece con el tiempo —dice—. La muerte es permanente.

—Estás muy lúcido para un hombre al que le dispararon.

Sonríe antes de que su rostro se vuelva serio.

—Lamento lo que te hicieron esos hombres. No puedo saber lo terrible que fue para ti, pero imagino que fue horrible.

Le miro incrédula.

—¿Qué?

—¿Me ves? —pregunto.

—Sí. ¿Qué...?

—Estoy de pie. No tengo heridas. Ninguna herida de bala, ¿y crees que lo he pasado fatal? Estoy bien. —Aunque me enfurece que Theris, el verdadero Vordan, siga vivo.

—¿Cómo está mi hermano? —pregunta.

—Está en mi calabozo.

—¿Vivo?

—¡Sí, vivo! ¿Crees que quiero un cadáver apestando el lugar?

—Gracias, Alosa.

Lo ignoro como si nada.

—Confío en que encuentres tu propio alojamiento satisfactorio. —Comento cuando el silencio se hace demasiado largo.

—Estoy en una mesa.

—Sí, pero es lo único que hay en la habitación, aparte del maletín de

suministros de curación de Mandsy. No hay ningún desorden a la vista. No hay nada que te obsesione.

Se ríe. Cuando termina, pregunta:

—¿Qué pasa ahora?

—Sinceramente, no lo sé. Mi padre y yo tenemos que hacer algunos planes. Los hombres de tu tripulación que aún están vivos, los dejaré en algún puerto. No puedo dejar que Draxen quede libre. Claramente no abandonará su derrota, así que seguirá siendo mi prisionero por ahora. Pero no le pasará nada a él ni a ti si puedo evitarlo.

Me mira a los ojos. Su expresión es tan agradecida, tan aliviada, que se diría que le he hecho rey de su propia isla.

—Me has salvado la vida, Riden. Simplemente te estoy devolviendo el favor.

—¿Es eso realmente todo lo que es?

—Sí.

Respira profundamente.

—Cuando estuvimos en esa isla, aprendí mucho sobre ti. Antes te acusé de hechizarme, de jugar con mi mente. Ahora sé lo que realmente se siente al estar bajo tu control. Me di cuenta de que antes estabas siendo honesta conmigo, y que lo que pienso, lo que siento, no tiene nada que ver con tus habilidades, sino todo que ver contigo.

—Riden —digo, deteniéndolo.

—¿Sí?

—Has perdido mucha sangre, y estoy bastante segura de que estuviste muerto durante un tiempo. Tal vez deberías tomarte un momento para recuperar tus fuerzas, y tu cabeza, antes de decir o hacer alguna locura.

—¿Cómo recibir dos disparos? —pregunta, aliviando la tensión en la habitación.

Me río.

—Sí, como eso.

—Bien, pero ya que sé tanto de lo que eres capaz, ¿te importaría que te hiciera una pregunta?

—Puedes preguntar. —No significa que vaya a responder.

—¿Qué tuvo de especial tu nacimiento? ¿Cómo llegaste a poseer los poderes de las sirenas sin convertirte completamente en una? Dijiste que me lo dirías a cambio del mapa. Aunque no te lo ofrecí libremente, ahora lo tienes, y aun así me gustaría saberlo.

Riden sabe mucho sobre mí. Fue testigo de primera mano de todas las cosas horribles que podría hacerle si quisiera. Sin embargo, todavía me habla como si fuéramos... amigos, casi. No me importa que sepa más. Es notable que me acepte como soy. No es que deba importarme si lo hace o no.

—Mi padre siguió su sección del mapa hace casi diecinueve años. Quería ver hasta dónde podía llegar con lo que tenía. Él y dos barcos de su flota se encontraron con una isla que nunca había sido cartografiada por ningún cartógrafo de Maneria, salvo el que hizo el mapa de la *Isla de Canta* hace mucho tiempo.

Me sé esta historia de memoria. Cuando era pequeña, le pedía a mi padre que me la contara una y otra vez. Ahora que soy mayor, me doy cuenta de que es un poco inapropiada para una niña. Pero mi padre siempre me ha tratado como si fuera mayor de lo que realmente soy.

—¿Cuál era la isla? —pregunta Riden.

—No sabemos su nombre. Sólo que se encuentra en el camino hacia la *Isla de Canta*. Pero su nombre no es importante. Lo importante es lo que encontraron al llegar a ella.

—¿Qué encontraron?

—Una laguna. Una laguna donde hermosas mujeres se bañaban. Pensando en ir a divertirse, varios hombres saltaron por la borda, entre ellos mi padre. Pero en lugar de que las mujeres huyeran, gritando para escapar, fueron los hombres los que chillaron hasta que sus cabezas desaparecieron bajo la superficie del agua.

—Pero tu padre sobrevivió. ¿Cómo?

Sonrío, recordando cuando me contó la historia de cómo él y Draxen tomaron el control del Rondador Nocturno.

—No interrumpas. Estoy llegando.

—Lo siento.

—La sirena es una criatura fuerte. Más fuerte que cualquier hombre. Cuando encuentra a su presa, lo agarra por los hombros y lo obliga a bajar al fondo del océano, donde hace de las suyas.

Riden traga.

—Qué romántico.

Ladeo la cabeza.

—¿Dirías que es más terrible que las intenciones de los hombres que fueron a por ellas en primer lugar? —guarda silencio ante eso. Continúo—. Un hombre luchará y peleará para salvar su vida, pero la sirena siempre ganará. Y las sirenas que conciben mientras están bajo el agua darán a luz a niños sirena. Siempre niñas, por supuesto. Porque las sirenas siempre son mujeres. Mi padre fue atrapado por la más bella de todas ellas. Su reina, incluso, según él. Ella, como las otras, lo arrastró hasta el fondo del océano.

—¿Y?

—Mi padre luchó al principio. Luchó con todas sus fuerzas, pero fue inútil. Sabía que iba a morir. Así que, en lugar de luchar hasta que la falta de aire fuera demasiado para él, decidió que se convertiría en un socio de lo que estaba sucediendo.

—Quieres decir...

—En lugar de luchar, devolvió sus abrazos y besos. Y por alguna razón, esto le salvó la vida. Ella lo trajo de vuelta a la superficie. Todo el camino de vuelta a tierra. Porque un niño concebido por una sirena en tierra será más humano que sirena.

—Estrellas —dice Riden, todas las demás palabras lo abandonan.

—Mi padre, y los que se quedaron a bordo de los barcos, abandonaron la isla, habiendo llegado lo más lejos posible sin los otros dos tercios del mapa, y navegaron a casa. Se les permitió partir debido al encuentro de mi padre con la reina sirena. Ella les permitió conservar sus vidas en lugar de enviar a todas sus súbditas a acabar con ellos. Mi padre ha vuelto a esa isla muchas veces desde entonces. Pero nunca ha visto otra sirena.

Riden no dice nada más. Está demasiado perdido en sus pensamientos, tratando de asimilarlo todo. Finalmente, sus ojos se cierran y supongo que está dormido. Miro fijamente sus párpados cerrados. Su respiración profunda y uniforme. Sus labios carnosos. Es un hombre extraño. Extraño por haberme salvado. Extraño por haber luchado tanto para salvar a su horrible hermano. Extraño por no luchar por lo que quiere, sea lo que sea. Supongo que tendré mucho tiempo para entenderlo mejor en el futuro. Todavía hay un tercio del mapa que hay que *encontrar*.

AGRADECIMIENTOS

Esta novela no habría llegado a publicarse sin la ayuda de muchas personas. En primer lugar, quiero dar las gracias a mi agente, Rachel Brooks, que apostó por mí, encontró un hogar para Hija del Rey Pirata y sigue trabajando para garantizar su éxito. Eres una súper heroína y un hada madrina todo en uno, Rachel. Gracias por ser increíble.

Muchas gracias al equipo de Feiwel and Friends, especialmente a Holly West, mi increíble editora. Sus ideas sobre la trama y los personajes son inestimables. Me has ayudado mucho a meterme en la cabeza de Alosa y a hacer brillar esta novela. También agradezco los esfuerzos de Starr Baer y Kaitlin Severini, que trabajaron como editora de producción y correctora de textos, respectivamente.

Y a todos los que no trabajaron directamente conmigo, pero me ayudaron con DotPK -yo fui una de esas personas y sé que existen-, gracias.

Alek Rose, como mi compañera de cuarto en la universidad, sufriste que mi alarma sonara una hora antes para que yo pudiera escribir y editar. Me dejaste parlotear sobre nuevas ideas de libros y nunca dejaste de animarme. Gracias, Eerpud.

Sarah Talley, Megan Gadd y Taralyn Johnson, sois las mejores amigas y compañeras de crítica que un escritor podría pedir. No cambiéis nunca.

Estoy muy agradecida a mis lectores beta: Gwen Cole, Kyra Nelson, Shanna Sexton, Jennifer Jamieson, Elizabeth Anne Taggart, Juliet Safier, Tyler Wolf, Samantha Lee, Erica Bell, Kyra Pierce, Grace Talley y Candace Hooper.

Tengo que dar un rápido agradecimiento a los Swanky Seventeens, especialmente a mi hermana agente Gwen Cole, por mantenerme cuerda y compartir este loco viaje conmigo.

También tengo que dar las gracias a Elana Johnson, que fue inestimable durante el proceso de solicitud de información para DotPK; a Brandon Sanderson, cuya clase de escritura creativa me enseñó mucho sobre los sistemas mágicos de éxito; a Rick Walton, que me enseñó más de lo que jamás podría haber esperado aprender sobre la publicación; y a Kathleen Strasser, sin cuya ayuda quizá nunca hubiera empezado a escribir.

También tengo que dar las gracias a mi tía Krista y a mi tío Tim. Hice la mayor parte del trabajo de este libro mientras terminaba mi último curso de la universidad y vivía con vosotros. Gracias por abrirme su casa. Gracias, Audrey, por ayudarme a pensar en los nombres de los personajes. Gracias,

Emmy, por dejarme robar tu habitación y leerte. Nathan y Jared, gracias por hacer que nunca me aburra.

Y, por supuesto, estoy eternamente agradecida a mi familia, que me apoyó en todo momento. Gracias, mamá, papá, Jacob, Becki, Alisa y Johnny por su ánimo y su sufrimiento al escucharme hablar del largo camino hacia la publicación.

SOBRE LA AUTORA

Tricia Levenseller es de un pequeño pueblo de Oregón, pero ahora vive junto a las Montañas Rocosas en Utah con su mandona perra, Rosy. Se licenció en Lengua Inglesa y Edición, y está encantada de no tener que volver a leer un libro de texto. Cuando no está escribiendo o leyendo, Tricia disfruta armando rompecabezas, jugando al voleibol y viendo sus programas de televisión favoritos mientras come palomitas de maíz con mantequilla extra. Hija del Rey Pirata es su primera novela.